UNA VIDA CONTIGO



ALANA MOIRA

Selecta

Una vida contigo

Alana Moira

Selecta

Prólogo

«Y fueron felices y comieron perdices…». ¿Cuántas veces habré leído esto a lo largo de mi vida? Ya os puedo decir que muchas, muchísimas, si tenemos en cuenta que mi trabajo incluye contar cuentos, pero a lo que vamos, ¡cuánto daño ha hecho la industria cinematográfica! ¡No son más que patrañas y mentiras!

Si os digo la verdad, en mi caso el «supuesto príncipe de brillante armadura» no es otro que un ranchero cabezón con aires de superioridad, aunque para ser justos, el caballo en el que viene a galope, sí que es digno de cuento de hadas. Con un pelaje de color caramelo tostado y crines negras, Wolfy, es, con diferencia, el caballo mas bonito que he visto en mi vida.

¿Que por qué os hablo del «ranchero cabezón»? ¿Y por qué sigo loca por él, a pesar de todo? Pues si tu sabes la respuesta, por favor, dimela, porque mira que le doy vueltas al asunto, pero no consigo entender por qué no puedo olvidarlo. Supongo que a mi madre se le debí caer un par de veces de los brazos cuando era pequeña, aunque nunca me lo hayan contado.

Bueno, creo que me estoy enrollando demasiado. Supongo que forma parte del paquete de ser profesora.

Mi nombre es Juliett Brooks, y si quieres saber si conseguí olvidarme de él, o, por el contrario, él tuvo que «bajarse del burro» te tocará seguir leyendo y verás como tengo razón y todo lo que pasa es culpa suya, ¿o quizá no tanto?

Capítulo 1

La boda está siendo preciosa. Mara y Axel resplandecen de felicidad y eso me hace feliz; al menos soy feliz por ellos. No os equivoquéis, yo no creo en estas cosas, la vida se ha encargado de demostrarme que no todos consiguen su «felices para siempre».

No me quejo, solo soy realista.

Tomo un sorbo más de la copa y miro a mi alrededor. La mayoría de los invitados están, como yo, agotados de tanto bailar y reír, y ahora hablan entre ellos mientras picotean de la mesa de dulce que apareció hace no mucho.

Miro hacia la fuente de chocolate y sonrío. A veces los adultos son peores que los niños y dicha fuente corre peligro de volcar frente a los invitados que se afanan por empapar sus pinchitos todo lo posible.

Vuelvo mi mirada hacia la pista para torcer entonces el gesto.

Ahí está él.

Guapo como nunca y cabezón como siempre, prácticamente ha bailado con todo el mundo menos conmigo, no vaya a ser que su madre sospeche algo —como que estamos juntos, de nuevo —, a pesar de que ella ya lo sabe.

Hombres…, ¿quién los entiende?

Noto como alguien se sienta a mi lado y entonces una mano femenina se queda reposando sobre mis hombros.

—No te enfades con él —escucho que me dice Vega. El susto que me ha dado no es pequeño, pero procuro que no se me note.

Carraspeo, dejo la copa en la mesa y me giro hacia ella, mirándola con algo de asombro.

Vega y yo no es que nos llevemos mal, es solo que «gracias» a su hijo, nunca hemos tenido más contacto del estrictamente necesario. Ni siquiera cuando Bran y yo estuvimos juntos en el instituto pude entablar las suficientes conversaciones con ella como para sentirme cómoda teniendo su brazo sobre mis hombros desnudos.

—No te enfades con él —repite mientras yo trago saliva y pienso algo qué decir.

—¿Perdona? —Es lo único que se me ocurre replicar.

Vega señala con el mentón a su hijo mediano, que ahora baila con Lia dando vueltas sobre sí mismo sin parar. Solo espero que la niña no se maree; si el se cae, pues casi mejor, así me hecho unas risas a su costa. Además, se lo tendría merecido, por no acercarse a mí en toda la noche.

Vale que estoy aquí como amiga de Mara, pero… ¡por el amor de Dios si llevamos más tiempo juntos, que solos! ¿Es que no se da cuenta de que así llama más la atención? Además, esto es un pueblo, todo el mundo sabe lo nuestro, aunque él se empeñe en hacer como si nada.

—Mi hijo es un pelín cabezón —sigue diciendo Vega.

—¿Solo un pelín? —suelto sin darme cuenta. Tapo mi boca al instante siguiente y aprieto los labios. Creo que acabo de meter la pata hasta el fondo. Miro a Vega pidiendo disculpas con los mientras ella me sostiene la vista durante unos segundos sin apenas mover un músculo.

Comienzo a disculparme para quedar con la boca abierta cuando Vega empieza a reírse a carcajadas y yo me relajo.

—Bueno, digamos que no es solo un pelín cabezón —dice Vega cuando consigue parar de reír —, pero lo lleva en los genes. —Se disculpa encogiéndose de hombros—. Qué le vamos a hacer, los tres me han salido cabezones —suelta con gracia para comenzar a reír de nuevo.

Yo la miro, intentando con todas mis fuerzas no reírme, porque, aunque lleva más razón que un santo, son sus hijos al fin y al cabo. Me aguanto todo lo que puedo, pero al final estallo en risas, uniéndome a ella, haciendo tanto ruido que a los dos segundos noto como alguien se acerca y mi ojos se encuentran con los de Bran, que nos mira entre curioso y divertido.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta con una sonrisa de medio lado y sin dejar de observarme.

—Nada —responde su madre—. Solo hablamos de lo mucho que os parecéis los Hudson en algunos aspectos.

Bran entonces tuerce el gesto.

—Espero que te refieras a nuestra belleza natural —contesta sonriendo de lado y guiñándome un ojo.

—Si —responde Vega—. Justo de eso.

Yo me suelto del agarre visual que mantengo con Bran y miro a Vega para ver que ahora es ella la que me guiña un ojo y puedo ver las similitudes entre madre e hijo.

Carraspeo y asiento con la cabeza varias veces. Cojo mi copa y hago como que estoy bebiendo, para no tener que decir nada más al respecto.

—Bran —interviene ahora Vega—, ¿me haces un favor?

La cara de Bran cambia de diversión a preocupación en cuestión de milisegundos.

—¡Claro! ¿Qué necesitas?

Ella entonces sonríe de lado y libera mis hombros de su brazo.

—Saca a bailar a la chica, que has bailado prácticamente con todas menos con ella. ¡Vergüenza debería darte dejar a tu novia desatendida en un día como hoy! —lo regaña, mientras su mano empuja mi espalda para que me levante.

Doy gracias a que el lugar tenga la luz atenuada, ya que así no puede ver que me he puesto roja como un tomate.

Bran se queda inmóvil durante unos segundos y podría jurar que sale humo de su cabeza.

«¿Tanto le cuesta, que nos vean juntos?».

—Si no quieres, no pasa nada —suelto de mala gana. Está claro que no está cómodo con la situación.

—Por supuesto —contesta entonces él, extendiendo una mano hacia mí y buscando mis ojos de nuevo—. Juliett, me encantaría bailar contigo.

Vuelvo a sentir como mi cara arde por unos instantes mientras sigo notando como la mano de Vega me empuja hacia arriba con una fuerza que no aparenta tener, y finalmente me pongo en pie. Carraspeo, dejo la copa en la mesa y agarro la mano de Bran.

Caminamos en silencio hacia el centro de la pista y como por arte de magia comienza una canción.

Pero no cualquier canción.

NUESTRA canción.

La que sonaba cuando nos besamos por primera vez, y la misma que sonaba en nuestra primera vez. La canción que ha sido la banda sonora de nuestra relación y cuya letra es, irónicamente, lo único que siempre he querido, y lo que, por desgracia, no he tenido.

Miro a Bran preguntando con los ojos y veo como él mira a su alrededor para sonreír con picardía al ver a su hermano Axel apartándose de la persona que pone la música y emprende el camino de vuelta hacia la que ahora es su mujer. Llega hasta ella, la besa y le guiña un ojo a su hermano con una sonrisa de complicidad en la cara.

Miro de nuevo a Bran, quien busca mis ojos con una gran sonrisa mientras se encoge de hombros.

Looks like we made it

Y siento como su mano se aferra a mi cadera.

Look how far we´we come, my baby

Su mano busca la mía, para elevarla entonces hacia su cuello. La otra hace lo mismo automáticamente y entonces su mano libre se aferra al otro lado de la cadera.

We mighta took the long way

Nuestras frentes se tocan con suavidad y cierro los ojos. Los recuerdos. Todos, los buenos y los malos, comienzan a pasar por mi cabeza como si de una película se tratase.

We knew we´d get there someday

Mi estómago se encoge de emoción. Es un momento feliz, estoy en la boda de mis amigos, y en los brazos del hombre que siempre he querido. Atesoraré este momento junto con los otros en mi cabeza mientras viva.

They said, "I bet they´ll never make it"

Eso es exactamente lo que pensaba en este momento, en lo que todos han pensado durante

tanto tiempo, sobre nosotros.

But just look at us holding on

Nos balanceamos, más que bailar, y puede que los demás no entiendan estos pasos, o quizá se pregunten qué tipo de baile es. Pero no me importa…, ahora mismo solo estamos nosotros en esta sala. Nosotros y nuestros corazones, que parecen haberse sincronizado con los acordes de nuestra canción.

We´re still together still going strong

—*You still the one I run to* —susurra Bran en mi oído a la vez que suena la música—. *The one that I belong to* —continua—. *You´re still the one I want for life…*

Separo mi cabeza lo justo para poder mirarlo a los ojos.

—Ojalá eso fuera verdad —contesto. Pero él niega con su cabeza mientras me mira con tanta intensidad que siento que me traspasa.

—Lo siento. —Es lo único que dice después de unos segundos interminables. Y no me da tiempo a responder ya que envuelve mi cuerpo con sus brazos, dejándome sin aliento por esta muestra de cariño pública. Algo que nunca antes había pasado.

Pasamos el resto de la canción así, balanceándonos en nuestro abrazo. No se que pasara mañana, pero si se que este momento ha sido especial.

Nos separamos cuando la canción acaba y justo entonces llega Axel, quien pide bailar conmigo mientras Mara hace lo propio con Bran.

—Bienvenida a la familia de forma oficial —dice Axel con una sonrisa en la cara.

Mi ceja se eleva en señal de pregunta y él niega con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Si después de esto, Bran se niega a admitir lo obvio, yo mismo lo lanzare al lago más cercano para que espabile de una vez.

Yo me sonrojo de nuevo sin pretenderlo e inclino mi cabeza hacia abajo. Nunca me he considerado una persona tímida, pero con Bran no soy capaz de sacar el carácter por el que todo el mundo me conoce. No se si eso es bueno, o malo. Por una parte entiendo que es por que el me importa de verdad, pero tampoco creo que deba ser quien no soy, ni por él, ni por nadie.

Así que ahí estoy yo, en mi encrucijada personal, perdida en mi mundo por un segundo cuando Axel toca mi barbilla para buscar mis ojos.

—Bran te quiere —dice cuando los encuentra—. Pero su cabezonería le impide ver más allá. Supongo que sabes lo que pasó cuando te fuiste…

«Claro que lo sé. ¿Cómo no voy a saberlo? Él se encargó personalmente de que supiera lo que había dicho delante de todos, una vez mi coche se alejó, dejándolo plantado en la acera frente a la casa familiar».

Asiento con la cabeza y Axel tuerce el gesto.

—No lo decía en serio. Conozco a mi hermano. Tu siempre has sido su debilidad, pero no es capaz de admitirlo. —Se encoge de hombros—. Lo haré entrar en razón —me guiña el ojo—, lo prometo.

—¡No lo hagas! —respondo casi sin darme cuenta—. Si no es lo suficientemente mayor para saber qué es lo que quiere. Es su problema. Pero que luego no se queje si me pierde. No soy una niña y no pienso sentarme a esperar a que reaccione.

La risa de Axel se escucha por encima de la música, atrayendo todo tipo de miradas hacia nosotros.

—¡Esa es la Juliett que conozco! —Vuelve a reír, esta vez más bajo—. Eres justo lo que él necesita. Alguien que le ponga los puntos sobre las ìes. Que le obligue a reaccionar y haga de una vez lo que tendría que haber hecho el día que volviste al pueblo. —Me guiña el ojo de nuevo y me suelta con cuidado, para abrazar a su hija que venía hacia nosotros por detrás de mí.

Tira de mi vestido con cuidado cuando suelta a su padre y yo me agacho para poder escucharla con más facilidad.

—¿Te lo estás pasando bien, Lía?

La niña asiente con la cabeza de forma enérgica para, acto seguido, bostezar y rascarse un ojo.

Axel sonríe y la coge en brazos para llevarla hasta la mesa donde Vega los espera con los brazos abiertos.

Yo, al verme sola en medio de la pista, emprendo el camino de vuelta a la silla cuando alguien toca mi hombro y veo a Joel detrás de mí.

—¿Bailas? —me pregunta.

—¡Claro! —contesto de forma automática, aunque a los pocos segundos noto algo que no me gusta. Joel ha bebido demasiado. Es la primera vez que lo veo así. Él es el mayor, y desde que murió su padre adoptó su rol, asumiendo unas cargas que no debería haber tenido.

—¿Te ha gustado la boda? —pregunto, para arrepentirme al segundo siguiente. En cuanto Joel abre la boca el olor a alcohol se hace mucho más intenso y me doy cuenta de que tiene los ojos rojos—. ¡Por supuesto! ¿No me ves? ¡Esto es una fiesta y hay que disfrutar! ——dice trabándose en algunas palabras, lo que me hace ver que está peor de lo que pensaba—. Si me disculpas —le digo con tacto, para ir a por Axel y comentarle lo que acabo de ver.

—Yo me encargo, no te preocupes —me contesta con cara de preocupación antes de mirar de reojo a Mara, que asiente solo una vez, y camina con rapidez hacia Joel, que sigue en medio de la pista, intentando mantener el equilibrio. Veo como Axel le dice algo al oído y pasa su brazo por el hombro de su hermano para llevarlo hacia una de las mesas más alejadas.

Pocos segundos después, Bran llega hasta ellos. Aunque están algo lejos, puedo ver la cara de sorpresa y preocupación en sus gestos. Minutos después, es el mismo Bran quien, después de poner de pie a Joel con cierta dificultad, va hacia afuera, hasta perderse en la oscuridad de la noche.

—No entiendo lo que puede haber pasado. —Escucho a Vega de nuevo a mi espalda—. Joel nunca se ha emborrachado. —Se encoge de hombros—. Ni siquiera en la adolescencia.

Mi cara pregunta lo que mis labios se niegan a decir y Vega sonríe de medio lado. —¡Vamos, no me mires así! —continúa—. A esa edad es más que normal pasarse alguna que otra vez.

Nadie es peor persona por eso —susurra guiñándome un ojo, a lo que yo no puedo más que asentir con la cabeza mientras intento, una vez más, disimular mi sorpresa por ser tratada con tanta familiaridad, de repente.

La fiesta llega a su fin poco después, y comienzo a despedirme de la familia y amigos, para emprender el camino hasta mi coche.

Justo al poner la mano en la manilla, alguien pone su mano sobre mi brazo y me llevo el susto de mi vida. Me giro de forma instantánea y tengo el tiempo justo de reconocer a mi acompañante antes de gritar como una posesa.

—¡Bran! ¡Me has asustado! ¿Qué pasa? —digo de carrerilla mientras intento calmarme sin mucho éxito.

—Solo quería despedirme. Acabo de dejar a Joel en casa pero no quería irme sin, al menos, decirte adiós.

Mi expresión se dulcifica un poco, pero entonces caigo en algo.

—¿Que le ha pasado a tu hermano? Vega me ha dicho que nunca lo había visto así…

Incluso en la casi plena oscuridad soy capaz de ver la cara de asombro de Bran.

—¿Así que mi madre y tú habéis estado hablando?

Lo conozco lo suficiente como para notar el tono de preocupación en esa frase aparentemente inocente.

—¿Hay algún problema con eso? —pregunto sin poder evitar cruzarme de brazos.

Bran se encoge de hombros, fingiendo indiferencia, pero a mi no me engaña, por lo que le mantengo la mirada, a la espera de una confesión.

—¡Esta bien! —confiesa después del duelo de miradas—. Es solo que me sorprende —dice torciendo el gesto—. Por lo visto mi madre es más lista de lo que nos pensábamos —continúa, recordando cómo se las ingenió para que Mara tuviera que traer a Shadow cada dos por tres, forzando un acercamiento con Axel—. No sé —continúa ahora con una sonrisa de medio lado—. No me termino de fiar, ¿entiendes?

—¿Acaso piensas que trama algo? —pregunto frunciendo el ceño.

—Después de lo de hoy…, me esperaría cualquier cosa —confiesa, para echarse a reír.

Su risa es contagiosa. Siempre lo ha sido. Una risa franca y natural que me encantó desde la primera vez que la escuché, hace ahora tantos años, por lo que acabo acompañándola, sin apenas darme cuenta.

—Bueno, es tarde —dice Bran después—. Sube al coche antes de que te resfríes. Tus alumnos te necesitan sana y salva —bromea guiñándome un ojo.

—¿Solo mis alumnos? —pregunto con picardía, levantando una ceja.

Bran no dice nada, tan solo me mira con esa mirada penetrante que siempre ha conseguido derribar mis muros sin apenas esfuerzo. Da un paso más hacia mí, pasa su mano por mi cuello y enreda sus dedos en mi pelo, empujándome con suavidad hacia él para besarme.

Y el tiempo se para.

Ojalá lo hiciera, porque me quedaría en este instante toda una vida.

Solos el y yo.

Pero, como dije al principio, la vida no es un cuento de hadas, y Bran rompe el beso antes de lo que me habría gustado.

—Vete a casa, Juliett —susurra en mi oído, consiguiendo que la piel de esa zona se erice.

Suspiro con fuerza, asiento y entro en el coche después de que él me abra la puerta con galantería.

Conduzco hasta mi casa, en el pueblo de al lado. Entro en la pequeña mansión que mi padre ha ido construyendo según su nivel económico se hacía mayor y procuro no hacer ruido, aunque sé que, casi con toda seguridad, mi padre no estará en casa.

Me desvisto, me desmaquillo y suelto un suspiro de alivio cuando mis pies se liberan de los zapatos de tacón.

Miro mi mesa de trabajo, la que uso para ir apuntando las ideas y juegos que se me ocurren para hacer más amena la enseñanza, y vuelvo a suspirar.

«¿Quién dijo que ser profesora era fácil?».

Me voy a la cama cansada pero contenta. Hoy han pasado muchas cosas y, a excepción del numerito de Joel, todo ha salido bien.

Cierro los ojos en cuanto toco las sábanas y caigo rendida en los brazos de Morfeo sin apenas darme cuenta.

Capítulo 2

Antes

—¡Esto es un asco! —le digo a Aiden, el chofer de mi padre, mientras me cruzó de brazos—. ¡Yo quería ir al otro instituto! Casi todo el mundo que conozco irá allí. No entiendo por que tengo que ir al instituto del pueblo de al lado, teniendo uno aquí mismo —refunfuño justo cuando pasamos por la calle, ahora repleta de adolescentes de camino a clase, en la acera de enfrente. Me pego en la ventanilla cerrada, con los cristales tintados, y vuelvo a enfadarme con mi padre, por obligarme a hacer esto.

—Lo siento, señorita. Entiendo que no le guste, pero yo solo sigo órdenes —contesta Aiden con aplomo. El señor, de unos cincuenta años y pelo canoso, ha trabajado para mi padre desde hace años, prácticamente me ha visto crecer y se empeña en llamarme «señorita» cuando le he pedido un millón de veces que me llame por mi nombre, que para eso tengo uno.

—¡Juuulieeett! —le recuerdo una vez más, pero entonces veo su sonrisa por el espejo retrovisor y me doy cuenta de que lo ha hecho adrede para que deje de pensar, al menos por un momento, en el porqué de mi enfado. Le doy las gracias en silencio antes de volver a reposar mi espalda en el asiento trasero, y me hago a la idea de lo que van a ser los próximos años de mi vida, porque cuando a mi padre se le mete algo en la cabeza, no hay forma de hacerle cambiar de opinión.

Aiden para el coche unos diez minutos después, justo en la puerta del instituto, consiguiendo llamar la atención de todos cuantos pasan en ese momento por la calle.

«Perfecto», me lamento para mí misma.

Salgo del coche e intento no pegar un portazo, aunque es lo que más ganas tengo de hacer. Se que eso solo conseguiría llamar más la atención, y es lo último que necesito.

—Estaré aquí esperando a la hora de la salida —me dice Aiden por la ventanilla del copiloto que ha bajado por la mitad—. Intente pasarlo bien. Estoy seguro de que hará amigas enseguida.

La ventanilla del copiloto sube y ya no puedo ver a Aiden, aunque podría jurar que estaba sonriendo cuando me ha dicho esto último.

«Amigas».

Con lo que me costó conseguir tenerlas en el colegio, y ahora tengo que volver a empezar de nuevo.

Por no hablar del problemilla de mi familia. Nosotros, los Brooks, somos conocidos en todo el pueblo de Canleen. Mis padres, descendientes de las primeras familias que llegaron a formar el pueblo, y, por lo tanto, un ejemplo a seguir por todos y cada uno de los habitantes de dicho pueblo.

Partiendo de esa base, ya os podréis imaginar el revuelo que se formó cuando mi madre abandonó a mi padre por un profesor de instituto —sí, ese al que debería estar asistiendo en este preciso instante—, y que ocasionó una vergüenza tan grande para mi padre que se encerró en su estudio y no salió hasta varios días después, papeles del divorcio en mano y preparado para olvidar aquella parte de su vida.

Para él, mi madre y su matrimonio nunca habían existido. Lástima que yo estuviera en medio como recuerdo constante de que no era así.

Y por eso mi padre decidió desentenderse de mí desde aquel mismo momento. Se preocupó, por supuesto, de que estuviera atendida en cualquier aspecto, pero aparte de eso, normalmente hacía como que yo no existía. No intervenía en mis decisiones, aunque siempre tuve a alguien con quien contar y que me aconsejaba cuando tenía algún problema.

Pero claro, cuando llegó la hora de ir al instituto, ni se planteó la posibilidad de que yo fuera a ese del que había salido él —según mi padre «malnacido»— que intentó tirar por tierra el buen nombre de su familia, pero que, claro está —según él— no lo consiguió.

Así que, aquí estamos.

Gracias a mi historia familiar, estoy ahora mismo subiendo los escalones del instituto de Summerbona en lugar de hacerlo, como es lógico, en el de mi pueblo.

Suspiro con fuerza y tiro de la puerta de entrada para llenar mi oídos de gente riendo, algunos grupos de chicos y chicas, que, como es obvio, se conocen desde siempre, mientras yo camino sola por medio del pasillo intentando esquivar a unos y otros.

Después de ir a conserjería, miro el papel que me han dado y busco mi clase para tirar de nuevo de la puerta para entrar cuando me doy cuenta de algo. La clase ya ha empezado, por lo que acabo de interrumpir a la profesora, que me mira con cara de pocos amigos, mientras siento una multitud de ojos sobre mi.

«Mierda».

—¿Y bien? — pregunta la profesora cuando, después de unos segundos en *shock*, aún no he hablado.

Carraspeo y muevo mi cabeza para centrarme.

—Soy Juliett —me presento— acabo de llegar y creo que esta es mi primera clase.

—¿A ver? —dice la profesora pidiendo que le de el papel que llevo en la mano. Lo agarra, lo mira durante un par de segundos y pone los ojos en blanco—. Está bien, Juliett, busca un sitio donde sentarte y procura llegar antes, la próxima vez —me regaña.

—Sí, señora —susurro mientras agarro las bandas de mi mochila con ambas manos. Miro al suelo, levantando la mirada lo justo hasta encontrar un pupitre libre y me siento, cuando lo encuentro.

—Como iba diciendo —continúa la profesora—, este año tendremos algunos cambios con respecto a años anteriores… —Y empieza a explicar en qué consisten esos cambios y en que nos afectan a nosotros.

Por lo visto, los alumnos de este pueblo son algo bandarras y siempre han buscado ocasionar problemas a la mínima, por lo que se ha decidido separarlos en diferentes clases para, así, mantenerlos vigilados.

Vamos, que en lugar de que una sola clase sufra a los innombrables, ahora nos tocará aguantar, por lo menos, uno de ellos a todos.

«Genial»

Veo como todos se giran a la vez y miran a un mismo lugar, por lo que no me cuesta identificar al problemático de la clase, que resulta ser un chico bastante guapo, con el pelo demasiado largo para mi gusto pero que, en contraste, tiene una cara casi angelical.

Al sentirse observado, se recuesta en su silla, se cruza de brazos y los mira a todos con una gran sonrisa en la cara, como si disfrutara del protagonismo.

Niego con la cabeza y busco dentro de mi mochila el libro que necesito y un cuaderno para tomar apuntes. En el colegio era de las mejores alumnas y no pienso dejar que mis notas bajen solo por que mi padre haya decidido fastidiarme la vida.

La clase termina con tranquilidad y los estudiantes salen a toda prisa del aula en busca de la siguiente. Los pasillos se llenan nuevamente de vida y ruido, y aprovecho para buscar mi taquilla.

Cuando la encuentro, carraspeo para pedir que un par de chicas me dejen usarla, pero ellas parecen no haberme escuchado, por lo que doy un paso adelante, me armo de valor, y abro la boca para pedirles que se aparten. En ese momento, veo que las chicas dejan de hablar, miran por detrás de mí y se mueven rápidamente, alejándose y dejando el espacio de mi taquilla vacío.

Miro por encima del hombro y veo que el chico problemático de mi clase me está mirando, sonríe, me guiña el ojo y se da la vuelta, perdiéndose entre la multitud.

Frunzo el ceño durante un segundo, me encojo de hombros y le doy uso, por fin, a la taquilla.

El resto del día es una sucesión de clases y profesores dando la típica charla de principio de curso. Las normas que hay que seguir, el itinerario preparado para el curso y demás. La verdad es que creo que las cosas se pueden hacer mejor, y por eso tengo claro que estudiaré para ser profesora. Si ellos no están dispuestos a cambiar las cosas, alguien debe hacerlo, ¿no?

Los días pasan y, después de un par de semanas, sigo como al principio, sin amigas ni nada que se le parezca. El peor momento del día es el de la merienda. Todos tienen sus amigos y es difícil encajar en un grupo formado desde la infancia, por lo que suelo llevarme mis cosas a un rincón y aprovechar para leer un poco. No es lo ideal, pero no me queda otra.

Y todo habría seguido igual si no llega a ser porque, uno de esos días, encuentro a un grupo de gente sentada en mi sitio habitual, por lo que me quedo parada en medio del pasillo.

—¿Piensas venir, o prefieres quedarte de pie el resto del tiempo? —me pregunta Bran, el chico problemático de mi clase, que está sentado junto a otros dos chicos y un grupo de chicas, que me indican con la mano que me acerque.

Me lo pienso solo un segundo antes de tirarme a la piscina y sentarme con ellos. Me quedo callada al principio, pero enseguida entablo conversación con todos y voy descubriendo sus nombres, aficiones, y demás.

Para cuando toca volver a clase, siento que por fin puedo decir que tengo, al menos, algunos conocidos en el instituto y empiezo a sentirme un poco menos sola.

—Perdona —susurro a Bran, tirando un poco de su manga para llamar la atención justo antes de entrar.

El se gira hacia mí y me enseña de nuevo esa sonrisa que vi el primer día.

—¿Si? —pregunta, cruzándose de brazos.

—Gracias —consigo articular después de un par de intentos.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar.

—Por incluirme.

Bran sonríe, solo que esta vez de lado, y apoya su hombro en la pared del pasillo.

—No hay nada de agradecer. Lo habrías conseguido tú sola. Yo solo te he dado un pequeño empujoncito —dice en voz baja mientras me guiña un ojo, y entra en clase como si nada hubiera ocurrido.

Y quizá sea así, para él. Pero para mí ha sido de gran ayuda. Así que comienzo a preguntarme por qué tiene fama de ser problemático cuando hasta ahora, no lo he visto hacer nada que no hagan los demás.

Y mi teoría habría ganado fuerza si no llega a ser porque, solo un par de días después, la profesora se queda pegada, literalmente, al asiento y toda la clase comienza a reír mientras ella no para de gritar y farfullar. Consigue levantarse medio inclinada y sale por la puerta, supongo que en busca del director.

En cuanto la puerta se cierra todos estallan en carcajadas y veo como algunos de los alumnos se acercan a Bran para chocar las manos o darle la enhorabuena por la broma.

Y entonces entiendo a qué se refería la profesora con lo de separarlos. Si eso se le ha ocurrido a él solo, ¿que hubieran hecho si fuera un grupo entero?

El director del colegio entra visiblemente enfadado seguido de una profesora arqueada y con el trasero aún pegado a la silla y todos tenemos que hacer un esfuerzo por no reírnos de la situación.

El director camina directamente hacia el pupitre de Bran, le dice algo que no alcanzo a entender y acto seguido se levanta de la silla, coge su mochila y camina con tranquilidad hacia la puerta, parando solo un momento para girarse y sonreír a la clase mientras hace el saludo militar.

Y por una fracción de segundo, me busca con la mirada y cuando nuestros ojos se encuentran, me guiña un ojo antes desaparecer por el pasillo.

Capítulo 3

Ahora. Unos meses después

Suena el timbre y los niños salen a la carrera hacia el patio con sus meriendas.

Normalmente engullen con ansia lo que sus padres les han preparado para poder disponer más tiempo para jugar antes de que toque volver a entrar en el aula.

Salgo detrás de ellos con mi pequeña bolsita de tela y busco por el patio hasta dar con él.

El pequeño Ian llegó hace solo unos meses al colegio pero sentí que algo no iba bien prácticamente desde el principio. El niño no era feliz, eso es algo que se nota. Además, suele venir mal vestido y en más de una ocasión no trae merienda, de ahí que lo esté buscando.

Ian está sentado en un rincón del patio, donde casi nadie puede verlo, supongo que no quiere que los demás vean que no tiene nada que comer. Es pequeño, pero los niños a su edad ya se dan cuenta de muchas cosas.

Me acerco hacia él y me siento a su lado.

—¿Cómo estás, Ian?

—Bien —dice el niño mientras se abraza las piernas con las manos y sin dejar de mirar al suelo. En ese momento su estómago ruge y veo como aprieta los ojos.

—¿Tienes hambre cariño? —pregunto con todo el tacto del mundo.

El niño asiente una sola vez sin levantar la mirada.

Aprieto los labios y guardo mis pensamientos para mí mientras meto la mano en la bolsita de tela.

—¿Sabes? Vas a tener que hacerme un favor.

Ian levanta la mirada por primera vez y me mira con ojos inquisitivos.

—Es que esta mañana estaba muy dormida y, sin darme cuenta, me he preparado dos bocadillos, en lugar de uno. —Pongo mis ojos blanco y aparento haberme equivocado—. ¿Podrías comerte tú el segundo? Es que si no se echara a perder, y es una pena.

Los ojos de Ian se vuelven un poco más brillantes y una pequeña sonrisa se dibuja en su cara.

—¿Entonces? ¿Me ayudarás? —pregunto con inocencia y le entrego el bocadillo extra que cada vez traigo con más frecuencia, mientras pienso en las siguientes excusas que pondré.

El niño agarra el bocadillo, le quita el papel que lo envuelve y comienza a comer con ganas, lo que me hace preguntarme cuándo fue la última vez que comió y siento como mi estómago se encoge ante la posibilidad de que fuera ayer a esta misma hora.

Antes de darme cuenta el niño se ha terminado el bocadillo y el zumo que le he dado. Se levanta con una gran sonrisa en la cara, me abraza y sale corriendo para ir a jugar con sus compañeros.

Y ahora sí. Ahora que estoy segura de que no puede verme, dejo que la rabia me inunde y aprieto mis labios, manteniendo así ocultos mis pensamientos.

«Esto no puede seguir así», me digo a mí misma. «Si mañana Ian no trae comida, hablaré con dirección. Está claro que el niño no está bien atendido y ningún niño debería vivir así».

Tiempo después, estamos en clase y pido que los niños se sienten en el suelo formando un círculo al que me uno.

—Hoy vamos a hablar de lo que más os gusta hacer con vuestros papás. ¿Quién quiere ser el primero?

Lucas es el primero en levantar la mano.

—¿Sí, Lucas?

—Mis papás suelen jugar conmigo a los coches. ¡Me encantan los coches! y luego merendamos juntos —dice enseñándome su sonrisa mellada.

Entonces Leonard, el más pequeño de la clase, obtiene su turno.

—Pues, en casa a veces está papá ya veces está mamá. Hacemos puzzles y montamos un carril para el tren… Lo malo es que, después, hay que recogerlo todo y es un rollo —termina mientras niega vagamente con la cabeza mirando al suelo, y yo reprimo una sonrisa. Está bien que los padres enseñen a sus hijos a recoger después de jugar, aunque ellos no suelen estar muy por la labor.

Lia es la siguiente.

—Pues yo primero hago los deberes, y luego juego con papá y mamá. A veces pintamos juntos, y otras corremos por el rancho con Peter para ver quien consigue cansarlo primero. ¡Es muy divertido! —levanta las manos en alto y me regala una gran sonrisa, que consigue derretirme. Lia ha cambiado tanto con la llegada de Mara que prácticamente parece otra y el hecho de que la llame mamá ablanda aún más mi corazón.

Esta vez soy yo la que doy el turno de palabra a Ian. En realidad he elegido la pregunta adrede. Necesito saber algo más de su entorno familiar.

—Ian —lo llamo, a pesar de que él no ha levantado la mano para hablar, a diferencia de los demás—.¿Qué hacéis vosotros por la tarde? ¿A qué jugáis?

El niño abraza sus piernas y mira al sueño, removiéndose inquieto mientras se encoge de brazos como respuesta.

—¿Qué significa eso, cariño? —pregunto con tacto.

Ian acaba levantando la mirada y me mira con ojos demasiado brillantes, por lo que me

arrepiento al instante de haber preguntado.

—Yo juego en la calle mientras mamá duerme o habla con su novio. A veces hablan tan fuerte que los perros del vecino empiezan a ladrar y tengo que taparme los oídos. No me gusta cuando eso pasa, así que me alejo todo lo que puedo.

Acabo de recibir un golpe en el pecho. Las palabras de Ian me han dado más información de la que él mismo piensa y mis sospechas se acrecientan. Algo anda mal en esa familia, y sé que debería mantener las distancias, pero las lágrimas que Ian se empeña en no dejar salir pueden conmigo.

Seguimos con la charla, intentando tranquilizar mi corazón cada vez que mis ojos se posan sobre Ian. El niño no ha vuelto a mediar palabra y solo cuando pasamos a realizar otro juego en clase para que los niños mejoren su psicomotricidad, consigo verle sonreír. Una pequeña sonrisa que me calienta el corazón de forma involuntaria.

Ese mismo día, al acabar las clases y despedirme de los pequeños hasta el día siguiente, camino con decisión hacia el despacho de la directora.

—Hola Juliett —dice Mary al verme abrir la puerta después de llamar—. ¿Qué tal estás? Esta semana no podré ir a la cena de los jueves. Mi madre ha vuelto a caer enferma y necesita que pase a ayudarla con algunas tareas —dice mientras camino y me siento en la silla frente a su mesa.

—No te preocupes —respondo sonriendo—. Dejaremos los temas más graciosos para la semana que viene —le guiño el ojo y Mary suelta una pequeña carcajada. La directora, de unos cincuenta y pico, con la cara salpicada de pequeñas arrugas y canas esparcidas por su pelo oscuro se mecen con el movimiento y no puedo evitar unirme a ella.

—Te lo agradezco —contesta sin dejar de sonreír—. ¿Necesitas algo? —pregunta al darse cuenta de que me quedo en silencio. Se que lo que voy a decir no le gustara, pero debo hacerlo. Cada día veo al niño más triste y no puedo dejar que esta situación continúe—. Necesito un favor, Mary.

Ella pierde su sonrisa y une sus manos sobre la mesa, pasando en un instante de amiga a jefa.

—¿Qué necesitas? —pregunta preocupada.

Le explico la situación y mis sospechas sobre la vida familiar de Ian.

—Necesitaría saber su dirección. He intentado hablar con su madre en varias ocasiones pero nunca responde a las notas que le dejo en la mochila del niño y no se me ocurre otra cosa que hacer —me explico.

—Pero Juliett, lo que me comentas es algo serio. ¿Estás segura de que quieres involucrarte?

—¡Ya lo estoy! —respondo casi al instante—. Ian está en mi clase, es mi responsabilidad, y no soy capaz de mirar hacia otro lado.

Mary hace una mueca mientras piensa su próximo movimiento. Se toma su tiempo y yo espero con paciencia a que decida.

—Está bien —responde al final. Gira la silla en la que está sentada y rebusca en uno de los

armarios hasta dar con la ficha del niño. Vuelve a su posición original y abre la carpeta, buscando la dirección. Una vez la encuentra, coge un Post-it y apunta los datos que necesito. Cierra la carpeta y me entrega el papel con cara seria—. Ojala solo sean conjeturas y no lleves razón —dice mientras se da la vuelta para dejar la carpeta en su lugar de origen.

Yo me levanto de la silla mientras me meto el pequeño trozo de papel en el bolsillo.

—Gracias —digo antes de darme la vuelta en dirección a la puerta—. Te mantendré informada —prometo.

—Eso espero —la escucho decir antes de cerrar la puerta con cuidado.

Esa misma tarde pongo en marcha la aplicación de mi móvil e introduzco la dirección del papel. Arranco el coche una vez tengo la ruta creada y salgo del *parking*, en busca de la casa de Ian.

Diez minutos después de haber salido del pueblo, el gps me indica un camino de tierra a la derecha, que sigo con algo de recelo. Nunca había estado en esta parte de Summerbona, y según me acerco a la zona, entiendo el porqué.

Las caravanas aparcadas sin ton ni son dejan entrever el tipo de lugar que es. Algunas de ellas son más nuevas que otras o simplemente están en mejor estado.

Aparco el coche y miro a mi alrededor, recordando el camino para no perderme, hasta encontrar la «casa» de Ian.

Mis sospechas se acrecientan conforme me acerco a la caravana, que ha visto tiempos mejores y se asienta sobre un coche en el mismo estado. Me acerco en silencio y creo oír unos gritos que provienen de dentro seguido del estruendoso ruido de golpear algo contra el suelo al romperse, trago saliva e intento calmarme antes de tocar a la puerta.

Esta se abre a los pocos segundos y aparece una mujer con la mirada perdida y una súplica en los ojos.

—¿Si?,¿Quien eres? ¿Qué quieres? —balbucea como puede. Está claro que esta bebida, o algo peor.

Carraspeo y me presento mientras le extiendo una mano, para saludarla.

—¿La profesora de Ian? ¿Y qué diablos se te ha perdido a ti aquí? —vuelve a preguntar la que, entiendo, es su madre.

—Verás… —comienzo a decir, hasta que me doy cuenta de que no tenía nada preparado. Mi intención ha sido buena, pero tendría que estar lista para contestar a las preguntas obvias que iba a escuchar—. Solo quería hablar con usted cara a cara —me explico—. He dejado varias notas en la mochila del niño, pero no he recibido respuesta, y solo quería asegurarme de que está todo bien…

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta la mujer, ahora de brazos cruzados y con cara de pocos amigos—. Ian está bien —replica—, está conmigo, con su madre, que es donde debe estar. —La mujer da un paso hacia mí y yo lo doy hacia atrás de forma automática, debería haberlo visto venir, tendría que haber tenido más cuidado al usar mis palabras.

—No he dicho lo contrario, Joana —digo usando su nombre adrede para establecer una cercanía entre nosotras, aprovechando la información que me ha dado Mary—. Es solo que Ian me tiene un poco preocupada. A veces no trae merienda y apenas sonríe. Le cuesta establecer amistad con los compañeros y prácticamente no participa en clase. Me gustaría ver si entre las dos podemos ayudarle de alguna manera. —No es del todo cierto, pero tampoco es mentira.

Los ojos de Joana se ponen en blanco por unos segundos y sus hombros parecen relajarse.

—¿Eso es todo? —pregunta con desdén—. A veces se me olvida prepararle algo, pero no se morirá de hambre por estar sin comer unas horas. Además, es poco sociable —replica —¿Que quiere que haga yo, si le cuesta hacer amigos?

Me quedo sin palabras por un segundo. Ese no es el tipo de infancia que ningún niño debería tener. Me guardo para mí el hecho de haberle visto moretones en algunas partes del cuerpo, a pesar de que no lo he visto caerse en el patio. Ian no es un niño feliz, como tampoco es nervioso, más bien se pasa el tiempo del patio solo, jugando con algún que otro palo.

Voy a replicar cuando alguien sale de la caravana y se acerca a Joana, pasando un brazo por sus hombros demasiado delgados y veo la reacción de su cuerpo a la cercanía del hombre.

«¿Le tiene miedo?».

—¿Qué pasa, preciosa? —pregunta a Joana—. ¿Quién es esta?

Ella gira su cuerpo hacia él, y me da la impresión de que quiere protegerme, usando su cuerpo como escudo entre él y yo.

—La profesora de Ian. Ha venido a darme las tareas del niño, que se las ha olvidado en clase —suelta como si nada. Sus ojos buscan los míos y su mirada me dice todo lo que debo saber.

—Si —respondo—. Era solo eso, ya me iba.

El hombre, que tiene los ojos rojos y apenas se tiene en pie, da un paso hacia atrás.

—Está bien— suelta—. Pues entonces despídete ya de ella y entra adentro, hay algo que quiero hacer contigo —dice mientras le da una palmada en el trasero a Joana y le guiña el ojo sin reparo alguno.

Joana lo mira entrar en la caravana en silencio y solo cuando está segura de que el hombre no puede escucharla se gira hacia mí, da un paso adelante y agarra mis manos como quien se agarra a un clavo ardiendo.

—Disculpa lo de antes. Sabía que él estaba escuchando y no lo quería alarmar. Se que Ian no lo está pasando bien. Yo tampoco. Nuestra situación es algo desesperada —dice con rapidez—. No tengo casa ni familia. Y él… —refiriéndose al hombre—, no es una mala persona, nos ofreció lo que tenía sin apenas conocerlo y llevamos con él desde que Ian era apenas un bebe… Es verdad que tiene mal genio, pero en general se porta bien con nosotros.

Algo dentro de mi se remueve, he escuchado antes esas palabras y no me gustan. Me tomo un segundo para tomar la decisión y busco su mirada para asegurarme su atención.

—Joana, ¿alguna vez te ha puesto la mano encima? —pregunto con todo el tacto que soy capaz de reunir. Veo como ella agacha su mirada y lo entiendo al instante.

—Estoy intentando buscar trabajo —se excusa, en lugar de solo negarlo—. Pero es complicado. Aquí no me conoce nadie y cuando digo donde vivo, veo como se me cierran las puertas. —Vuelve su mirada a la caravana un segundo y gira su cara de nuevo hacia mí—. Ian no sabe nada de esto. El se pasa las horas fuera…, se que no debería ser así, pero prefiero eso a que esté en medio y le vea hacerlo. —Dos grandes lágrimas se cuelan de sus ojos cayendo con fuerza al suelo y mi rabia por la situación que estoy presenciando me impide callarme—. ¿Alguna vez le ha pegado al niño? —sé que no debería haber preguntado, que quizá esta pregunta le haga volver a levantar un muro invisible y se cierre en banda por miedo a las represalias, pero como le dije a Mary, Ian está en mi clase y también es mi responsabilidad.

—¡No! —responde ella demasiado rápido—. No se lo permitiría —contesta desviando la mirada.

Cierro mis ojos un segundo. Las piezas del puzzle comienzan a ponerse en su lugar.

—Está bien. Ya me voy, pero por favor, la próxima vez que deje una nota en la mochila del niño, acude a la reunión. Puedo intentar ayudarte si me prometes que Ian estará bien atendido, ¿te parece?

Joana asiente con fuerza y me da un pequeño apretón en las manos que aún sujeta para darse media vuelta y entrar en la caravana con rapidez, dejándome allí plantada, donde me siento impotente ante una situación desesperada que arrastra consigo la infancia de un niño.

Tomo aire para calmarme y solo cuando estoy de camino a casa dejo que caigan las lágrimas.

Al entrar en casa, me voy directa a mi habitación y al abrir la puerta me encuentro con Bran en ella. Su sonrisa de bienvenida se apaga en cuestión de segundos al ver mi cara y yo me abalanzo hacia él sin pensarlo. Necesito sentirme acogida y tranquila, y se que solo dentro de su abrazo puedo sentirme así.

—¿Un mal día? —pregunta después de un rato en silencio. Separa un poco su cuerpo del mío para mirarme a los ojos—. ¿Qué necesitas? —pregunta cuando los encuentra—. ¿Puedo hacer algo?

Yo niego con la cabeza y hago un esfuerzo por sonreír.

—Nada —contesto negando con la cabeza—. Ahora mismo solo necesito sentirme segura —respondo apretando mi abrazo, a lo que él me lo devuelve con cariño mientras con una mano me acaricia el brazo.

Siempre ha sido así, desde el primer abrazo, supe que era él, que Bran era mi lugar seguro en el mundo, y que él era la única forma en la que podía sentirme a gusto. En casa.

Quizá por eso no conseguí olvidarme de él cuando estaba estudiando la carrera. Después de saber lo que se debe sentir, cualquier otro abrazo parece vacío y frío, en comparación.

Capítulo 4

Antes

Desde el momento en que Bran y su pandilla me acogieron en su círculo las cosas han empezado a mejorar. Aunque siempre he sido más bien callada, Bran siempre consigue sacarme una sonrisa y me reta a hacer algo para sacarme de mi zona de confort, cosa que, aunque al principio no me hacía ni pizca de gracia, ahora debo agradecerle ya que poco a poco estoy cogiendo más confianza en mí misma.

Su fama de chico malo está ganada con creces, pero he empezado a darme cuenta de que no todo es lo que parece.

Por ejemplo, hace un par de días, recuerdo que, en el tiempo del patio, estábamos todos charlando animadamente cuando el, que estaba sentado en la mesa, dejó de hablar, perdiendo su sonrisa y frunciendo el ceño. Acto seguido bajó de la mesa en un salto y salió corriendo. Todos nos giramos extrañados y entonces vi como él empujaba a otro chico y le decía algo, aunque no se escucho el que; entonces se dio la vuelta y le ofreció una mano al que estaba en el suelo para ayudarlo a levantarse.

Todos corrimos hacia el círculo que comenzó a crearse alrededor de Bran y el chico al que había empujado y fue ahí cuando me di cuenta.

—¡Déjalo en paz! —le gritaba Bran.

—¿O que? —respondía este, desafiante.

Bran negó con la cabeza y se remangó el jersey, preparándose para la pelea.

—O te las verás conmigo —soltó con aire de superioridad.

En pocos segundos, había comenzado la pelea y, como por arte de magia, aparecieron dos chicos más, que se parecían de alguna manera a Bran, así como chicos del bando contrario, y la pelea pronto se transformó en una batalla campal.

Consecuencia: Bran acabó expulsado del colegio por instigar a la violencia. Sus hermanos (a los que conocí ese día) se fueron a casa con una nota del director y el chico que, en realidad, lo había comenzado todo, se fue de rositas.

Desde ese día en adelante, además de charlar con el grupo al que ahora pertenecía, también

pasamos tiempo con sus hermanos. Uno mayor, Joel y uno más pequeño, Axel que venía de la mano de su novia, Ona.

Y también desde ese día no puedo evitar verlo desde otra perspectiva.

Bran siempre está alerta cuando estamos en el tiempo de descanso y no pierde oportunidad de meterse en algún lío siempre y cuando con eso ayude a alguien.

—¿En que piensas? —escucho a mi lado y vuelvo en mí, parpadeando un par de veces. Miro a mi derecha y los ojos de Bran parecen centellear con un brillo especial y una sonrisa pícara. Nos ha tocado juntos para el trabajo de ciencias por lo que ahora mismo lo tengo tan cerca que nuestros brazos se rozan a cada instante y creo que mi corazón se va a salir por la boca cada vez que pasa.

—Nada —contesto—. Solo pensaba.

—¿En que?

—En qué tendrá que ver esto con lo que en realidad quiero estudiar.

—¿Y qué quieres estudiar?

Sonrío de lado sin darme cuenta.

—Voy a ser profesora—. admito con orgullo, y me quedo esperando a que me dé la enhorabuena, pero en lugar de eso, escucho una gran risotada que consigue sacarme los colores «¿Se está riendo de mí?». Me quedo mirándolo fijamente mientras él sigue riendo y agarrándose el estómago. La profesora detiene su explicación y toda la clase nos mira, por lo que noto mi cara cada vez más caliente por la vergüenza.

Se escucha el carraspeo de la profesora y Bran abre por fin los ojos y, al posarlos en mi, su sonrisa desaparece.

Ahora estoy enfadada, y con razón.

—Al menos yo, sé lo que quiero —digo con rabia mientras me cruzo de brazos.

Noto la mano de Bran en mi hombro pero lo remuevo de un movimiento.

—Lo siento —dice después—. No quería reírme de ti, es solo que me hace gracia que, después de ver todo lo que los profesores tienen que aguantar de nosotros, tú quieras ser uno de ellos.

Me giro y lo enfrento.

—Seré profesora de niños pequeños, quiero cambiar la forma en que nos enseñaron a nosotros, y para eso, debo convertirme en una de ellos. —Vuelvo a mirar hacia la mesa—. Por lo menos yo, tengo claro mi futuro —murmuro.

Pero Bran lo ha escuchado y no sé por qué, pero tengo la sensación de que esas palabras le han dolido por alguna razón.

—No todos tenemos el privilegio de poder elegir —susurra él unos minutos más tarde, confirmando mis sospechas.

—¿Qué quieres decir? —pregunto en voz baja

Bran mueve su cara en mi dirección, quedando demasiado cerca el uno del otro. Sus ojos se posan en los míos y juraría que un destello de tristeza se cuela en ellos.

—Yo ya sé lo que seré, cuando acabe los estudios. Pero a diferencia de ti, yo no tengo opción.

—¿A qué te refieres?

Bran suspira, suelta el aire con fuerza y mira las pequeñas marcas de la mesa antes de hablar.

—Mis padres tienen un rancho y tres hijos varones. ¿A qué adivinas a qué me dedicaré? —suelta con sarcasmo.

Y tiene razón. Ahora me doy cuenta de que, en ese sentido, soy una privilegiada. Así que asiento con la cabeza y mi enfado desaparece.

—Lo siento.

Los hombros de Bran se mueven, como si no tuviera más importancia y niega con la cabeza.

—No es culpa tuya, tranquila —me sonríe y guiña uno de sus ojos consiguiendo que mi corazón vuelva a desbocarse y esta vez me asusto.

«¿Por qué me pasa esto cada vez que estoy cerca de él? No lo entiendo».

Un par de días después, descubro que Bran no siempre espera a que haya alguien necesitado para hacer una de las suyas. A veces, su imaginación es más que suficiente.

Durante toda la hora anterior, una nota ha ido pasando de alumno en alumno desde su mesa. Y todos y cada uno de los que la han leído han asentido entre sonrisas entrecortadas. Cuando la nota llega por fin a mis manos no puedo evitar que mis ojos se abran de par en par. No me puedo creer lo que va a pasar. Y encima esta vez estaré involucrada.

En el tiempo de descanso entre clase y clase, todos se ponen manos a la obra. Giran sus sillas hacia el lado contrario y entre algunos de los compañeros agarran la pizarra y la colocan justo en el lado contrario. Una vez finalizados los trabajos, la suerte está echada, y veremos si de esta no salimos todos castigados.

Cuando el profesor de turno hace su aparición, su ceño se frunce al instante y camina hacia la pizarra para poder miraros a la cara.

—¿Qué habéis hecho? ¡Poned ahora mismo la clase como estaba! —ordena.

—Pero profesor —comienza Bran—. ¿De qué está hablando? La clase siempre ha estado así… ¿Está usted bien? —pregunta con inocencia.

El profesor se saca un pañuelo de la manga y comienza a secarse el sudor. Deja sus cosas en la mesa y comienza a abrirse el cuello de la camisa sin dejar de dar vueltas, mirándolo todo.

—¡No es verdad! ¡La clase siempre ha estado al revés! ¡Haced el favor de cambiarla de una vez!

Cuando ve que los alumnos empiezan a mirarse entre sí con cara de no entender nada empieza a dudar de sí mismo, puedo verlo en sus ojos.

El profesor nos mira a todos, esperando que alguien se salga del guión establecido y le dé la razón, pero después de unos minutos en los que no ocurre nada, él estalla,

—¡Esto no acabará así! ¡Ahora mismo voy a por el director! —brama mientras camina hacia la puerta de salida, seguro que en dirección al despacho del susodicho.

—¡Ahora! —grita Bran, para comenzar a girar de nuevo toda la clase. En unos pocos segundos las mesas están en su lugar original y entre algunos de ellos colocan de nuevo la pizarra en su sitio. Todos vuelven a sus puestos, a la espera de que llegue el profesor.

Sus palabras llegan a nuestros oídos antes que ellos mismos.

—¡Son unos sinvergüenzas! ¡Ya verá lo que han hecho!¡Esto no puede quedar así! —prácticamente grita el profesor, antes de entrar.

Tres segundos más tarde, la cara del profesor está blanca como la pared mientras el director pasea su mirada de una punta a otra de la clase, y luego de nuevo al profesor.

—Albert —comienza el director— Yo la veo como siempre.

August, el director, nos mira de nuevo.

—¿Alguien puede decirme lo que está pasando aquí?

—No lo sabemos —contesta rápido Bran—. El profesor entró, empezó a dar gritos diciendo que la clase estaba al revés, y salió a por usted, aunque le dijimos que siempre había estado así…

La cara del profesor es un poema y la del director indescifrable. Este pone una mano en el hombro de August y se acerca a él solo un poco.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Necesita unos días libres?

Albert parece salir en ese momento de su estado casi catatónico, camina con decisión hacia la mesa, agarra sus cosas y sale disparado de la clase, dejando al director sin saber qué hacer con nosotros.

—Buscaré a algún profesor sustituto, ahora vuelvo —dice antes de cerrar la puerta.

Bran nos pide silencio por unos minutos, solo por precaución, y después toda la clase estalla en risas.

Bran 1, profesor 0.

Albert no volvió a aparecer por el colegio en una buena temporada. Más tarde nos enteramos que se había pedido una baja por estrés.

Capítulo 5

Ahora

Es viernes por la tarde y, como siempre, me cambio, me pongo un vestido bonito y me meto en el coche, camino de la residencia.

Aparco en el aparcamiento, voy a recepción y James, como cada semana, me recibe con una sonrisa.

—Hola, Juliett, ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias. ¿Y ella? ¿Cómo ha pasado estos días? ¿Alguna novedad?

James niega con la cabeza con algo de tristeza en su mirada.

—Amanda sigue igual, Juliett. Los médicos ya te dijeron que su estado es permanente y en todo caso regresivo, lo siento.

—Ya…bueno…no te preocupes. Si me lo permites, pasaré a verla un rato.

—Por supuesto. Está donde siempre.

Asiento con la cabeza y camino intentando aparentar normalidad cuando por dentro, esto me está destruyendo poco a poco. Mi abuela, Amanda, fue la única de la familia que no se desentendió de mí, cuando papá y mamá se divorciaron.

El abuelo y ella se preocuparon de que, al menos, la pequeña Juliett estuviera en familia en las ocasiones y fechas especiales del año. Siempre pude contar con ella hasta que apareció su enfermedad.

Demencia senil.

Una enfermedad que no tiene cura, y que te arrebata lo que más quieres sin remordimientos.

Tus recuerdos, tu familia, tu vida…, todo borrado poco a poco, con la esperanza de algún momento fugaz en el que recuerda algo y te sonríe, al reconocerte, para, al instante siguiente, preguntar por el abuelo, que murió hace muchos años, o pedir ir a casa con su mamá, a la que ella perdió siendo ella una adolescente.

Voy hasta el comedor y me la encuentro donde siempre, en su silla mirando por la ventana hacia el infinito, y, en su porte puedo reconocer a la que una vez fue mi abuela, aunque ahora ni siquiera sepa quien soy.

Me acerco a ella y me siento en la silla de al lado, llamándola con cariño.

Ella me mira y me sonríe, pero sé que no me reconoce, no ahora, al menos. Ella siempre sonríe a todo el mundo, pero tenía una sonrisa especial para mí. Siempre la tuvo, hasta que esta maldita enfermedad se la comenzó a llevar.

Y papá, práctico en todos los sentidos y hasta la médula, no dudo un solo instante en internarla.

Al igual que hizo conmigo, cuando alguien ya no le servía, lo desechaba como si fuera un despojo sin valor. Por supuesto ella tiene la mejor asistencia posible y no se repara en gastos en cuando a salud se refiere, pero a parte de eso, nada. Ni una sola visita a su madre, ni una sola pregunta sobre cómo está, ni una sola llamada. Nunca.

A estas alturas ya debería estar acostumbrada a su forma de hacer las cosas, pero no puedo.

Y esa fue otra de las razones por las que me decidí a volver. Porque sabía que, si no venía yo a verla, nadie lo haría.

—¿Cómo estás hoy, Amanda? —pregunto. Deje de llamarla abuela por que cada vez que lo hacía la pobre se volvía histérica, gritando, sin entender quien era yo o por que la llamaba así.

Ella me mira de nuevo y asiente, sonriendo.

—Muy bien, hija. No me puedo quejar… —desvía su mirada de nuevo hacia la ventana—. Aunque si estuviera aquí mi marido, podríamos ir a dar un paseo. —Me mira de nuevo—. ¿Tú sabes cuando viene? Ya se está tardando mucho y como llegue tarde, se hará de noche…

Reprimo una lágrima y la mantengo en su sitio, antes de hablar.

—Él está descansando, Amanda. Ya sabes lo que le gustan las siestas… —Me obligo a decir, mientras fuerzo una sonrisa.

—Es verdad —contesta sonriendo con sinceridad. Ellos siempre se quisieron mucho y su pérdida fue muy traumática para ella. De hecho la enfermedad empezó poco después y aún a día de hoy me pregunto si ambas cosas están relacionadas.

—¿Y tú? ¿Cómo te encuentras? —pregunto cogiendo su mano con suavidad y envolviéndola con las mías. Ella me mira a los ojos un instante, y creo que me ha reconocido, pero mis esperanzas se ven frustradas cuando baja su mirada hacia mis manos y puedo ver que no entiende por que acabo de hacer eso.

Palmeo su mano con suavidad y la suelto. A veces se me olvida que no recuerda quién soy, por lo que no debería tomar según qué confianzas.

—Bien —contesta cuando por fin se siente liberada. Vuelve su mirada hacia la ventana y se queda en silencio durante tanto tiempo que creo que no volverá a hablar, pero entonces me mira de nuevo, acerca su cuerpo al mío y me pide que me acerque con la mano. Lo hago y ella susurra —: En realidad estoy aquí porque me han secuestrado. Les he dicho muchas veces que yo no vivo aquí pero ellos insisten en que debo quedarme y no me dejan salir sola. ¿Me ayudas a escapar?

Mi mundo se viene abajo por un instante. Ya conozco esta historia. Me la ha contado infinidad

de veces. Y el resultado siempre es el mismo. Cuando ve que no seré su compinche en su intento de huida, comienza a gritar hasta que los enfermeros tienen que sedarla y yo vuelvo a casa con el corazón encogido por el dolor y la tristeza.

Pero esta vez intentaré algo nuevo.

Asiento y sonrío.

—Buena idea, les diremos que vamos afuera a que nos dé el aire mientras nos tomamos un café y una vez allí, miramos cómo escapar. ¿Te parece?

Ella asiente entusiasmada como una niña y cinco minutos después estamos en la terraza trasera del hospital, café en mano, y disfrutando de la naturaleza del paisaje.

—¿Has visto al abuelo? —me pregunta de nuevo—. Hace mucho que fue a echar la siesta, y si duerme demasiado, por la noche no habrá quien lo haga ir en la cama…

Tomo aire para serenarme de nuevo y le ofrezco mi mejor sonrisa.

—No te preocupes por el abuelo —le digo—. Seguro que aparecerá por aquí de un momento a otro.

Ella asiente con la cabeza, le da otro sorbo al café y su mirada se pierde en los árboles que rodean la zona y yo me quedo mirando su pelo, ahora blanco, mecerse con la brisa.

—¿Juliett? —la escucho decir.

Los nervios se me desbocan y miro a los ojos a mi abuela, que acaba de reconocerme

—Sí, abuela, aquí estoy —digo acercándome a ella y abrazándola antes de que el momento pase y vuelva a ser una simple desconocida que está sentada a su lado.

—¡Cariño! —susurra ahora en mi oído—. Qué grande estás y cómo has cambiado. Deberías venir a ver a tu abuela más a menudo o quizá algún día no pueda reconocerte —me regaña con gracia—. Busca mis ojos y su manos acarician mi cara mientras unas grandes lágrimas caen por mis mejillas.

—Lo sé abuela, tienes razón. A partir de ahora vendré a verte más a menudo.

Ella sonríe y limpia mis mejillas mojadas para volver a mirarme con un cariño infinito.

Nos quedamos en silencio unos instantes, hablando con la mirada sin necesidad de palabras. Ella y yo siempre nos entendimos muy bien y nuestra relación fue muy cercana por esa misma razón.

Pero entonces ocurre.

El cariño desaparece de sus ojos y en su lugar el miedo la inunda. Está desorientada y no sabe porque está acunando la cara de una perfecta desconocida.

El momento ha pasado y ella vuelve a ser Amanda.

Me suelta con delicadeza y se disculpa, como si hubiera cometido un tremendo error. La desesperación me envuelve y tengo que trabajar en mi respiración para que mi corazón vuelva a latir a un ritmo normal. Han sido solo unos segundos. Segundos que guardaré con fiereza en mi memoria, pero su expresión al volver a olvidarme para mi es tan dolorosa que siento que me atraviesa el pecho.

Es contradictorio. La esperanza por tenerla de vuelta aunque solo sean unos instantes lo significa todo, aunque el miedo al consiguiente olvido sea tan doloroso.

—¿Has visto a mi mama? —pregunta acto seguido—. Me dijo que volvería pronto pero de eso ya hace mucho rato, y quiero volver a casa —susurra haciendo un ligero puchero.

Mi interior se estremece de nuevo. Me levanto de la silla y la ayudo a caminar hacia dentro. Volvemos a su lugar favorito y paso el resto del tiempo escuchando sus historias sobre lo que quiere ser de mayor, o como el abuelo tarda demasiado, o de su nieta favorita y como le gustaba hacer galletas de jengibre con ella. La escucho decir que se lamenta por las decisiones que tomó su hijo y de cómo esa niña hacía muchísimo tiempo que había dejado de ir a su casa y como le encantaría volver a ver su carita de nuevo. Yo sonrío y asiento cuando lo considero oportuno, reconociendo que lo que me dijo James al llegar es cierto. La enfermedad la hace recordar el pasado, pero es regresiva, por lo que, en algún momento se olvidara de su nieta, de su hijo, de que estuvo casada, e incluso de su madre…

Maldita enfermedad y malditas las consecuencias que pagamos quienes tenemos a algún familiar así.

Cuando llega el momento, me despido de ella como si de una vieja amiga se tratara y ella me sonríe cordialmente para volver a mirar por la ventana sin siquiera pestañear. Se acaba de despedir de una desconocida, después de todo. De alguien que le ha hecho compañía un rato, pero a la que no volverá a ver.

Yo la veo perder su mirada en la lejanía y suelto el aire con fuerza, cerrando los ojos un instante, y me preparo mentalmente para volver al mundo real.

Al llegar a casa, me sorprendo al ver que mi padre sale de su despacho para saludarme. Sabe de donde vengo. Le pedí mil veces que me acompañara, pero él siempre tenía alguna excusa para no ir hasta que un día deje de pedirlo. El es así, y hace tiempo que entendí que hay cosas que no deben pedirse sino que deben salir del corazón.

Y muchas veces he dudado de que mi padre tenga uno.

«¿Por qué, sino, se comportaría como lo hace?»

—¿Qué tal el día? —me pregunta.

—Bien — respondo. Es todo lo que escuchará de mí. Si quiere saber cómo está su madre que se tome la molestia de ir a verla.

Comienzo a subir las escaleras cuando lo escucho carraspear y me giro, para mirarlo, esperando lo que tenga que decirme. Esa es su forma de interactuar conmigo. Él habla y yo escucho.

—Solo quería decirte que tengo que salir de viaje, por trabajo. Estaré fuera algún tiempo.

—¿Cuando te vas?

—Mañana.

—Vale, gracias por decírmelo. No te preocupes, estaré bien. —No entiendo por qué se preocupa ahora de darme explicaciones cuando sus viajes han sido la norma en mi vida. Viajes

de los que sabía al preguntar a las personas que se encargaban de mi, ya que él ni siquiera se tomaba la molestia de avisarme. Además, soy adulta, por lo que, si no lo tuve cuando era pequeña, cuanto menos lo necesito ahora.

Me doy la vuelta y termino de subir las escaleras hasta llegar a mi habitación, donde me doy una ducha y, ya en pijama, me paso el resto del dia inventando juegos relacionados con la estación para que los niños aprendan mientras juegan.

El teléfono vibra con un mensaje y lo agarro para mirar de quién es.

Bran: Hola guapa, ¿Cuándo nos vemos?

Juliett: Hola Bran. La pregunta debería ser donde nos vemos ¿No te parece?

Bran: No seas así, cariño. Qué más da, donde sea. Lo importante es que pasemos un rato juntos ¿no?

Juliett: Lo importante es que dejes de ser cabezón y admitas de una vez que te equivocaste. Te precipitaste al hablar antes de tiempo, y ahora te toca retractarte. En cualquier caso, no es mi problema. ¿Quieres que nos veamos? Perfecto. En una hora en el café del pueblo ¿Qué te parece?

No hay respuesta. Tampoco la esperaba. Bran es un buen chico, pero su arrogancia, unida a su negativa a dar su brazo a torcer, están empezando a pasar factura. Esto empieza a parecerse al juego del ratón y el gato y estoy cansada de sentir que mi vida está en manos de lo que decidan los demás.

Capítulo 6

Antes

—¡Venga Juliett, no es tan difícil, solo dilo! —suelta Bran con arrogancia, cruzándose de brazos y sonriendo con superioridad.

—Que diga ¿Que?

—¡Pues que te gusto! Es más que evidente, y lo sabes.

«Maldita sea ¿Tan transparente soy? Y si él se ha dado cuenta, ¿Debo imaginar que los demás también lo saben?».

Estoy a punto de abdicar cuando caigo en algo, «Yo también puedo jugar a este juego». Ahora soy yo la que se cruza de brazos, apoyándome en uno de los árboles de la zona abierta del instituto.

—Está bien… —empiezo—, pero con una condición —digo, y lo miro de reojo, esperando su reacción.

Esta no se hace esperar y su aparente seguridad desaparece para llenarse de intriga.

—¿Qué condición?

—Que tú también lo admitas —sonrío al saber lo que viene a continuación.

Y mi interior amplía su sonrisa con fuerza al ver como, tal y como he predicho, se ha puesto rojo como un tomate y ha desviado la mirada. «¡Lo sabía!»

Llevamos tiempo hablando sin parar, riéndonos de las mismas cosas y, en general, conociéndonos. Hace mucho que empezamos a escuchar comentarios por los pasillos. Murmullos que hablaban de la pareja Bran-Juliett, pero nosotros, al escucharlos, solo podíamos reírnos de las ocurrencias de los demás. ¿Es que un chico y una chica no pueden ser solo amigos? Para nosotros está claro que tan solo somos dos personas que se llevan bien…, o eso pensaba hasta hace poco. Más bien, hasta el momento en que escuche como Angela hablaba con su amiga mientras se pintaba los labios mirando su reflejo en el espejo de los baños femeninos. Yo estaba dentro de uno cuando entraron, por lo que pensaban que estaban solas.

—Te lo juro, Tiffany, este no se me escapa —decía Ángela sin mirar a su amiga, repasándose el brillo de labios, para asegurarse de que quedaba perfecto.

—¡Qué dices, tía! sabes que Bran ni siquiera te mirará. No, mientras Juliett esté cerca, que es prácticamente siempre. Estos dos no se separan ni con agua caliente.

Me quedo de piedra al escuchar nuestros nombres y espero a ver cómo sigue la conversación.

—¡Precisamente por eso! Bran es un reto. Un premio que pienso ganar. Y solo de pensar en la cara que se le quedara a la pobre Juliett al ver a su amorcito con otra, no puedo dejar de sonreír. Esa engreída no debería haber venido a nuestro instituto e intentar llevarse el premio gordo. Nosotras somos de aquí, y estábamos desde antes, por lo que tenemos preferencia.

Tiffany comienza a reír y su amiga la sigue.

—Te lo juro, Angela, a veces puedes ser muy retorcida, pero esta vez llevas toda la razón. Tienes todo mi apoyo en esto —dice antes de abrir la puerta que las llevará de nuevo al pasillo. Sus risas se pierden entre las conversaciones de los que pasan en ese momento por allí.

Me quedo sin aliento. No puedo creer lo que acabo de escuchar. Primero, no entiendo por qué piensan que estamos juntos cuando no es así. Y segundo, ¿Bran, un trofeo? El es una persona, no algo que se pueda ganar, o vender al mejor postor.

Pero algo en mi cambia en ese momento. Solo de pensar en Angela envolviendo los hombros de Bran y a él sujetando a Angela por la cintura me ha atravesado de lleno una especie de dolor. Es la primera vez que me pasa algo así y no sé con certeza a qué se debe, pero si estoy segura de que no me gusta. No, no me gusta nada.

Desde ese día en adelante miro a Bran con otros ojos sin poder evitarlo. Nuestras conversaciones sobre todo y nada a la vez, comenzaron a ponerme tensa. Su cercanía consigue que mi corazón bombeé con fuerza, y cada vez que me sonríe, me inunda una sensación extraña.

Bran también lo ha notado…maldita sea, ese chico me conoce demasiado, y sabía que me pasaba algo. Me pregunta a cada ocasión, pero no puedo decirle nada. ¿Cómo demonios voy a explicar algo que ni siquiera yo comprendo?

Pero todo queda claro cuando Angela hace su movimiento, hace unos días. Ella se acerca, seguida de su fiel amiga Tiffany e invita a Bran a dar un paseo por el bosque después de clase. Bran le sonríe con confianza y le dice que Sí, que a los dos nos irá bien una caminata.

Fue entonces cuando la sonrisa de Angela se perdió, y en su lugar el desdén ocupó su rostro.

—Creo que no lo has entendido, Bran —dice dando un paso hacia él—. El paseo es para nosotros —susurra en su oreja, mientras roza accidentalmente su pierna con la mano—. Para que podamos conocernos mejor. —Da un paso hacia atrás y le guiña un ojo.

La cara de Bran pierde todo su color y sus ojos buscan los míos con rapidez. Yo desvío la mirada con la misma rapidez. No puedo mirarlo, no ahora. Ni tampoco puedo mirar a Angela o mi cara delataría mi enfado. Un enfado que estoy lejos de tener derecho a sentir.

—Entonces, creo que paso —escucho responder a Bran. Acto seguido, pasa su mano por encima de mi hombro y me acerca a él de forma posesiva—. Juliett y yo vamos juntos. Si ella no viene, entonces no voy.

Comienzo a negar con la cabeza. No puedo creer que Bran haya dicho eso. Angela es de las

más guapas del instituto, a la altura solo de Ona, la novia de Axel. No entiendo por que prefiere pasar el día conmigo haciendo nada, que con ella, pasándolo bien.

Lo miro a los ojos, buscando una respuesta, y entonces lo veo. La verdad de lo que nos está pasando a ambos, la certeza de que es mutuo, y la seguridad de que siempre seremos nosotros dos.

El tiempo se para en ese instante y ni siquiera nos damos cuenta de que Angela y Tiffany se han ido hasta mucho tiempo después.

Los siguientes dos días no puedo mirarlo a la cara. La vergüenza de saber que estoy enamorada de Bran y no lo he visto antes. ¿Cómo puedo haber sido tan tonta? Estaba claro. Todos lo veían. Todos menos nosotros.

Bran intenta hablar conmigo en varias ocasiones pero le digo que tengo que pensar, que necesito tiempo y espacio. Y él me lo da.

Son los peores días de mi vida. Nunca me he sentido así con nadie, y no pensaba que Bran sintiera lo mismo. Si no merezco el cariño de mi propio padre. ¿Cómo lo voy a merecer de Bran, o de nadie? Y más importante aún, ¿estaré a la altura? Bran es mi persona favorita en el mundo y haré lo que sea por no hacerle daño, pero, ¿y si hago algo que lo aleje de mí? ¿Es mejor dejar las cosas como están y que esté para siempre en mi vida, aunque sea solo como amigo? ¿O debo arriesgarme a tenerlo, y exponerme a poder perderlo?

No consigo decidirme. Tome la decisión que tome, le haré daño. Estoy segura de ello.

Entonces Bran aparece en mi habitación.

—¿Cómo has entrado? —le pregunto tras darme el susto de mi vida. Estoy de espaldas en ese momento, escuchando por la radio una canción de Shania Twain.

—Por la ventana —contesta él como si fuera lo más lógico del mundo.

—¿Y para qué has venido? —pregunto con recelo.

Y Bran no dice nada más. Solo se acerca a mí con paso seguro y sin dejar de mirarme a los ojos. Acuna mi rostro con sus manos y me besa.

Un beso que es como lo más cerca de estar en el cielo, a la vez que una sentencia.

Las cosas están claras, ahora. Cristalinas, más bien.

Estoy enamorada de Bran. Lo estoy desde hace mucho tiempo sin apenas darme cuenta, y lo estaré por el resto de mis días.

Después de eso, Bran se va tal y como ha venido. No dice ni una palabra más y me da mi espacio el tiempo que considera suficiente.

Lo que nos lleva al momento actual, en el que él quiere escucharme decir las palabras mágicas. Pero como a este juego pueden jugar dos, si quiere oírlas, tendrá que pronunciarlas él también.

—¿Y bien? —pregunto con inocencia al ver que él no contesta.

Bran aprieta los labios y mi mirada se desvía hacia ellos sin poder remediarlo. He rememorado nuestro beso un millón de veces en mi mente y la verdad es que estoy deseando que se repita.

Doy un paso hacia él, forzando la situación. Ahora es él quien se muestra incómodo, y sonrío.

—¿Bran? —susurro a un paso de su cuerpo. Pongo una mano en su pecho y siento como su corazón bombea tan fuerte que parece imposible—. Estoy esperando —vuelvo a susurrar, esta vez en su oído, para buscar después sus ojos y morderme el labio adrede al encontrarlos.

Su mirada se desvía hacia ellos y, sin previo aviso, devora mi boca como lo haría un sediento al encontrar un manantial.

Ya no hacen falta las palabras. Los hechos hablan por sí solos.

Nuestros labios se despegan con reticencia y nos miramos, sin saber qué decir.

Bran sonríe, pero esta vez es una sonrisa diferente, una que habla sin palabras, una sonrisa que reconozco como la mía, por que solo a mi me mira así.

Sonrío y me alegro de haber dado el paso. La suerte está echada y espero que esto no se acabe nunca, porque es demasiado bonito como para estropearlo.

Solo entonces nos damos cuenta de que la canción que se escuchaba en una radio a lo lejos había cambiado, y es ahora una de Shania Twain. La misma que sonaba el día en que apareció en mi habitación por primera vez.

Los dos nos miramos unos instantes antes de volver a sonreír.

—Dos de dos —sentencia Bran—. Creo que se ha convertido en mi nueva canción favorita… —susurra mientras pone un mechón de mi pelo detrás de la oreja y busca mis ojos.

—Y la mía también —respondo casi al instante.

Capítulo 7

Ahora

El teléfono me despierta demasiado temprano. Es domingo y pretendía remolonear un poco en la cama hasta más tarde. Pero el móvil no deja de sonar y maldigo mientras salgo de la cama para ir a buscarlo. Siempre lo dejo en la mesita de noche, pero, como no, para una vez que se me olvida ponerlo en su sitio, el universo decide enviarme unas cuantas llamadas demasiado temprano.

—¿Diga? —pregunto de mala gana sin mirar siquiera quién es.

—¿Juliett? ¿Estás bien? ¿Por qué parece que estás enfadada? —contestan al otro lado del teléfono.

Reconozco la voz al momento y mi malestar desaparece para llenarme de sorpresa por volver a escuchar la voz de Jane, mi compañera de habitación en la universidad. Una sonrisa se instala en mi cara y reprimo un pequeño gritito. Hace años que no nos vemos y, a pesar de seguir en contacto, la verdad es que la echo de menos. Ella y las demás, son lo mejor que me podía haber pasado durante los años que estuve en la facultad.

—¿Cómo estás? —pregunto ahora con entusiasmo—. ¿Cómo te va la vida? ¿Sigues dando clases en el mismo colegio?

—Muchas preguntas para una sola llamada —dice riendo por el teléfono—, pero primero dime. ¿Has desayunado?

Sonrío al escucharla.

—¿Desayunar? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—¡Hazme caso y contesta! —vuelve a insistir Jane.

Niego con la cabeza, Jane siempre estuvo un poco loca, pero esta es, con diferencia, la conversación más extraña que hemos tenido nunca. Suelto el aire con fuerza y sonrío de nuevo

—Está bien, te seguiré el juego —digo—. No, no he desayunado. ¿Contenta?

Escucho una carcajada al otro lado del teléfono y frunzo el ceño «¿Qué está pasando aquí».

—Respuesta correcta —contesta. En ese momento alguien toca al timbre por lo que salgo de la habitación en pijama, extrañada por que alguien llame a casa un domingo a esta hora.

—Espera, Jane, que acaban de llamar a la puerta —le digo a la carrera.

Abro la puerta con fuerza y mi cara pierde el color al ver a Jane frente a mí, con una bandeja de cafés y una bolsa abultada que, de seguro, está llena de comida.

—¡Sorpresa! —dice Jane con una gran sonrisa mientras corta la llamada.

Esta vez, no reprimo el grito de alegría y prácticamente doy un salto. La abrazo con fuerza mientras ella hace malabares con las manos para que no se le caigan lo que lleva entre ellas.

—¡Vale! —dice entre risas—. Está claro que te alegras de verme…

—¿Alegrarme? ¡No podías haber venido en mejor momento! —exclamo—. Mi padre está de viaje así que tenemos la casa para nosotras solas! —Se me ilumina la cara al empezar a planear lo que podemos hacer hasta que me doy cuenta de algo—. Espera —digo— ¿Hasta cuando te quedas?

Jane vuelve a sonreír y carraspea.

—Sigues haciendo demasiadas preguntas. Da un paso adelante y extiende las manos para que yo agarre la bandeja de cafés, en la que, ahora me doy cuenta, hay demasiados. La miro con cara de interrogación, ella lo pilla al vuelo y hace una pequeña mueca que me hace recordar a los niños de clase cuando los pillas en alguna trastada.

—En todo caso —comienza a decir—. No estás haciendo las preguntas correctas…

—¿Cuántos cafés pretendes tomar? —pregunto.

—Solo el mío —responde encogiéndose de hombros con naturalidad.

—¿Entonces? ¿El resto? —pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—Sigues sin hacer las preguntas correctas, Juliett—. A ver; si somos dos, y hay cuatro cafés, pero solo tomaremos uno cada una…¿Que quiere decir eso? —pregunta usando el tono que, de seguro usa en clase, cuando intenta explicar algo a sus alumnos.

Mi ceja se levanta de forma automática y sonrío de lado.

—¿Que no has venido sola? —pregunto como respuesta. Es la única explicación posible.

«Pero eso no es posible», pienso.

Ella amplía su sonrisa y comienza a asentir con la cabeza.

—Muy bien señorita —dice—. Es usted una alumna muy aplicada. —Gira la cabeza hacia el coche aparcado y hace una señal con la mano, pidiendo a alguien que se acerque y yo no puedo más que ahogar mi sorpresa cuando veo aparecer a Susan y Emily acercándose al umbral de la puerta.

Vuelvo a soltar un pequeño grito de alegría y salgo disparada hacia ellas sin importarme estar en calcetines por la calle. Las abrazo con fuerza al llegar y mi alegría se intensifica cuando puedo mirar a los ojos a Emily. Suelto a Susan por un segundo y acuno su cara, buscando sus ojos.

—¿Cómo estás, Emily? ¿Está todo bien? ¿Significa esto lo que creo? —pregunto de forma atropellada.

Ella pone sus manos sobre las mías y asiente con la cabeza mientras por sus mejillas

comienzan a correr ríos de lágrimas.

Yo amplío mi sonrisa por la alegría y la abrazo de nuevo con fuerza.

—Ya está, cariño. Ya pasó todo. A partir de ahora todo irá mejor, te lo prometo —susurro en su oído mientras acaricio su pelo como si fuera una niña pequeña.

Emily se agarra a mi cuerpo y comienza a sollozar de forma audible, por lo que yo aprieto aún más si cabe ese abrazo.

—Has hecho lo que debías, cielo. Te lo prometo. Sé que ahora quizá no puedas verlo, pero te aseguro que es la mejor decisión —continúo diciendo.

Noto como ella asiente con la cabeza sin dejar de llorar y no puedo más que sentir como algo en mi mundo se coloca en su lugar. Todas lo hemos pasado mal por ella, sin poder hacer nada más que acompañarla e intentar que abriera los ojos, pero se por experiencia que no hay más ciego que quien no quiere ver. Y Emily ha pagado con creces su ceguera, por lo que ahora se merece todo lo bueno que le pueda deparar el futuro.

Deshacemos nuestro abrazo solo cuando noto que ella está preparada y las cuatro, juntas de nuevo después de tantos años, entramos en casa. Tengo muchas preguntas que hacer. Tantas, que creo que un solo café y bollos no serán suficientes, pero soy tan feliz que no me importa nada mas en este momento.

Entramos en la cocina y nos sentamos alrededor de la mesa. Le doy un sorbo a mi café, ya algo templado y sonrío, alternando mi mirada de una a otra. Hacía tanto que no estábamos juntas que parece que ha pasado toda una vida.

—Bueno —comienzo—. Contadme. ¿Qué es de vuestra vida? ¿Cómo están Jonathan y Carl? —preguntó mirando a Jane y Susan.

Ellas sonríen y cada una me explica por turnos como es su vida en sus diferentes puestos de trabajo, lo contentas que están con sus respectivas parejas. Como Jonathan, por fin, se le declaró a Jane en medio de la autopista 66 en uno de sus viajes, y como Carl y Susan están planeando ampliar la familia, no sin antes encontrar el nido perfecto.

Evito casi deliberadamente los ojos de Emily. A ella no puedo, ni quiero, preguntarle cómo está Sean. Puedo imaginarlo sin necesidad de palabras. Ese malnacido estaría mucho mejor si nunca hubiera entrado en su vida. Ella ya había sufrido suficiente en su vida antes de que él llegara, y lo único que hizo fue empeorarla, a pasos agigantados. Nunca he entendido lo que vio en él, pero cada uno es libre de elegir. Aunque a veces hubiésemos querido secuestrarla y alejarlo de él, pero sabíamos que no podíamos hacerlo. Que cada persona tiene su ritmo y abre los ojos cuando es el momento adecuado.

Al menos no tuvieron hijos juntos. Eso habría sido aún peor.

—¿Y tú qué tal estás? —pregunto mirándola ahora a los ojos.

Ella sonríe de lado casi de forma imperceptible y se encoge de hombros.

—Bien, supongo —responde.

Extiendo mi mano en busca de la suya y entrelazo mis dedos con los suyos cuando la

encuentro.

—Tranquila —le digo—. No estás sola. Nunca lo has estado. Te ayudaremos en lo que necesites —sentencio ahora buscando los ojos de mis amigas y viendo como las dos asienten con la cabeza.

Pasamos el resto de la mañana haciendo planes. Se quedarán una semana, por lo que tenemos tiempo suficiente para ponernos al día y disfrutar.

Estamos a punto de salir cuando escucho el relincho de un caballo y un ruido en la planta de arriba. Se, de forma automática quién es, y me giro en dirección a las escaleras mientras veo como Jane y Susan se cruzan de brazos y sonríen, negando con la cabeza. Ellas también saben quien es.

—¿Aún sigue haciendo eso? —pregunta Jane—. Pensaba que ya era mayorcito para eso…pero claro —dice poniendo un mechón de su pelo tras la oreja—. Como los hombres tardan más en madurar…, supongo que sigue estando en la pubertad… —termina, para comenzar a reír junto con Susan.

Yo niego con la cabeza sonriendo. La verdad es que tienen razón. Ya podría usar la puerta como todo el mundo, en lugar de seguir colándose en mi habitación, como un crío…pero eso es algo muy típico de Bran.

«¿Para qué hacer las cosas fáciles, pudiendo hacerlas de forma difícil?».

Llego a mi habitación y abro la puerta con rapidez, para cruzarme de brazos y apoyarme en el umbral de la puerta.

—Buenos días a ti también —digo al ver que deambula por la habitación como si fuera suya.

Deja de caminar y me mira, sonriéndome como solo él sabe. Mi estómago da un vuelco al ver su sonrisa, como siempre desde que estamos juntos, pero reprimo ese sentimiento y me hago la indiferente.

—¿Qué pasa ahora, Bran? —pregunto al ver que no dice nada.

—Perdona —dice caminando hacia mí con decisión—. No sabia que tenias visita. —Señala a la ventana, desde la que se ve el coche de alquiler y hago una mueca.

—Yo tampoco, mis amigas se han presentado por sorpresa y se nos ha hecho algo tarde.

Bran entonces se encoge de hombros, me envuelve entre sus brazos y me besa con ternura.

—Quería invitarte a dar una vuelta, pero como estás ocupada, será en otra ocasión — susurra guiñándome un ojo.

«Sí, claro. Y voy yo, y me lo creo», pienso. «Justamente me iba a llevar donde todos pueden vernos, cuando no puedo porque tengo visita».

—No cuela, Bran —respondo sin más. Lo conozco demasiado como para creer que fuera verdad.

Él se encoge de hombros y aparenta inocencia.

—No te lo creas, si no quieres —dice dando pasos hacia atrás sin dejar de mirarme.

Me cruzo de brazos, de nuevo.

—Si eso es lo que quieres, podemos ir —digo para ponerlo a prueba—. Ellas lo entenderán —sentencio. Se que no pasará de las palabras pero siempre me ha gustado ver como el color desaparece de su cara cuando se ve entre la espada y la pared.

Como había predicho, la cara de Bran pasa a ser de un color cenizo, pero solo por un instante, entonces sonríe y niega con la cabeza.

—¿Lo entenderán? —pregunta con inocencia—. No puedes hacerles eso y lo sabes —contesta, sabiendo que tiene la guerra ganada antes de empezar—. Ve, y disfruta. Ya tendremos tiempo de salir juntos. —Me guiña el ojo y sale por la ventana de un salto, desapareciendo de mi vista sin darme tiempo a contestarle.

«Ojala se caiga de culo», pienso, enfurruñada. «¿Cuando aprenderá a comportarse como un adulto?».

Bajo las escaleras y tengo que aguantar las miradas de mis amigas mientras me hago la desentendida de forma estoica. Estoy tan cansada de jugar a esto que no sé cuanto tiempo más podré aguantar antes de mandarlo a pastar con sus vacas.

—¿Nos vamos? —pregunto aparentando inocencia.

Jane pone los ojos en blanco un segundo y pasa una mano por el hombro de Emily.

—Anda Sí, vámonos, porque está claro que con Bran no irás a ninguna parte —suelta mientras gira a Emily hacia la puerta y empieza a caminar, saliendo a la calle sin mirar atrás.

Ella siempre ha sido la más decidida de todas. Sabe lo que quiere y va a por ello. No en vano acabó la universidad un año antes, solo para darle en los morros a sus hermanos quienes decían que no podría conseguirlo.

Me visto, nos montamos en el coche y salimos hacia el pueblo. Quiero enseñarles donde trabajo y presentarles a Mara. A ella solo la conocen de oídas, pero estoy segura de que la querrán tanto como yo en cuanto la conozcan.

Capítulo 8

Antes

—Y, si pudieras elegir. ¿Qué te gustaría estudiar? —pregunto a Bran. Nos ha tocado juntos en ciencias, de nuevo. Tenemos que diseccionar una rana y la verdad es que no me apetece nada abrir en canal a un pobre animalillo que ha tenido la mala suerte de acabar en mi mesa de trabajo.

—No lo sé —responde—. La verdad es que, como siempre he sabido a qué me dedicaría, nunca me he parado a pensar en hacer otra cosa…aunque la mecánica me gusta bastante… —comienza a divagar—. Sí, creo que sería mecánico —sentencia después de unos segundos.

—Bien —contesto mirando de reojo a la rana—. ¿Y por qué no podrías serlo? Ser mecánico, seguro que le vendría bien a tu familia. Podrías encargarte de arreglar las máquinas, o lo que sea. Podrías hacer las dos cosas… —digo sin pensar demasiado.

—¿A qué te refieres?

Miro a Bran y me sorprendo de lo que veo, Siempre he pensado que no quería estudiar porque, total, sabía a qué tendría trabajo, con o sin estudios, pero ahora está realmente interesado en lo que digo, así que quizá no esté todo perdido, aún.

—Digo, que podrías estudiar lo que te gusta y usarlo en tu día a día en el rancho. Además, estoy segura de que serías uno de los buenos, por lo que podrías trabajar arreglando cosas de quien lo necesitara…eso no estaría reñido con tu vida diaria, ¿no?

Bran se queda pensando un momento mientras yo me encojo de hombros. Lo he dicho sin pensar, pero creo que he dado en el clavo.

Ahora habrá que esperar para ver si de verdad luchará por hacer lo que le gusta, o se dejará llevar por la corriente.

Sonrío al ver a Bran con la cabeza metida entre los libros. La charla que tuvimos hace unos días ha dado sus frutos y él ha pasado de no interesarle nada de lo que daban en clase, a ponerse a estudiar casi sin descanso para ponerse al día.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunto casi en un susurro. Estamos en la biblioteca, y la señora encargada mira a quienes hacen ruido con cara de pocos amigos cada vez que escucha el más

leve sonido.

—Más o menos —responde él, también en un susurro—. La verdad es que solo escuchando en clase ya se aprende bastante, pero eso de recordar fechas o acontecimientos exactos no es tan fácil como creía.

Reprimo una risa.

—Es normal —le digo—, pero si quieres, te enseño mi truco.

—¿Tu truco? —pregunta levantando una ceja y con el semblante serio.—. ¿Hay trucos para esas cosas?

Esta vez no consigo reprimir mi carcajada y la bibliotecaria me manda callar con el universal sonido que sale de la boca, además de poner un dedo sobre ella.

Me disculpo en silencio y vuelvo a mirar a Bran, que no ha relajado sus facciones ni un milímetro.

—¿Y bien? —me insiste.

Sonrío de lado.

—Es fácil. En lugar de tener que acordarte de una fecha en sí, piensa en algo que te recuerde a ella. Por ejemplo, para acordarte de un día en específico, piensa en la fecha de nacimiento de alguien de tu familia, el número de caballos o vacas que tenéis…, cosas así. Si es un mes, piensa en algo que puedas asociar a ese mes, como por ejemplo: julio, con Julio Cesar; agosto, con la playa. Octubre, con las hojas marrones del suelo…

—Vale, vale… —comienza a decir—, lo pillo, algo que pueda asociar a la fecha en concreto.

—¡Exacto!

Bran asiente con aire pensativo y luego sonríe y me mira.

—Eres buena… —susurra—. Vas a ser una maestra de primera —dice, guiñándome un ojo, y consigue sacarme los colores. Desvío la mirada y entonces noto como él me sujeta el mentón con suavidad y lo gira hacia él, para, sin darme tiempo a reaccionar, besarme en los labios con una dulzura infinita. Un beso que, a pesar de no ser más que eso, se que recordaré hasta mi último aliento.

¿Cuando me he enamorado tanto de él? Es como si siempre hubiéramos estado juntos, a pesar de no haberlo conocido hasta que llegué al instituto.

Las semanas pasan, y con ellas, los meses, hasta que llega el final del curso. Durante todo ese tiempo Bran se ha esmerado en mejorar sus notas. Sigue siendo un mal ejemplo para la mayoría de los profesores, que no se creen su aparente cambio a nivel académico y en más de una ocasión han intentado pillarlo haciendo trampas, pero él les demuestra en todas y cada una de esas ocasiones, que es verdad que se sabe la lección, o al menos lo suficiente como para aprobar, aunque no consiga una matrícula de honor.

Finalmente, Bran aprueba todas las asignaturas y nadie se siente más orgullosa que yo al verlo salir con las notas en la mano.

Bran se planta ante mí, me besa con fuerza en los labios y me abraza.

—Gracias —dice sin soltarme—. Nada de esto habría sido posible sin ti.

Yo doy un paso atrás y busco sus ojos con sorpresa.

—¡Eso no es verdad y lo sabes! Yo solo te he ayudado, pero el trabajo, lo has hecho tú —explico—. Bran. Eres listo, mucho más de lo que crees, lo que pasa es que nunca le habías puesto ganas, por pensar que tu futuro ya estaba escrito. Pero eso no es así. Todos tenemos derecho a decidir que queremos hacer.

Ahora desvía la mirada y me inunda un mal presentimiento.

—¿Qué pasa, Bran?

Él aprieta los labios y se niega a mirarme, por lo que soy yo quien agarra su mentón y lo obligo a hacerlo, levantando un ceja en señal de pregunta cuando nuestros ojos conectan.

—No sé si podré seguir estudiando al acabar el instituto —susurra al fin.

Parpadeo, no puedo creer lo que estoy escuchando.

—¿Cómo que no? —pregunto indignada—. ¿Tus padres no te dejan? Si es eso, iré personalmente a ponerles los puntos sobre las íes. Hablaré con mi padre si es necesario, él es abogado, seguro que sabe cómo ayudarte.

Bran niega con la cabeza mientras una media sonrisa se instala en su cara.

—¡No es eso! —replica—. Es solo que, si sigo estudiando, no podré ayudar tanto en el rancho como ellos necesitan, y me siento mal al pensarlo. No he hablado con mis padres aún; primero quería ver si era capaz de conseguir sacar las notas necesarias para poder seguir. Pero ahora me siento culpable por no poder echarles una mano durante un par de años más…

Me relajo notablemente. Aún no conozco a sus padres, pero siempre he pensado que son de los buenos, por la forma en que tanto él como sus hermanos hablan de ellos.

—Bueno —digo poniendo mis manos en sus antebrazos—. No te pongas en lo peor. Habla con ellos, seguro que lo entenderán —asiento mirándolo a los ojos—. El no, ya lo tienes —sentencio guiñándole un ojo como él suele hacerme a mi.

Dos días más tarde, a pocos días de acabar el curso, veo como Bran viene corriendo hacia mí y me preparo para que me levante en brazos, como suele hacer.

Efectivamente, Bran me sujeta con suavidad y me abraza sin dejar de dar vueltas conmigo sobre su cuerpo y yo no puedo evitar soltar una carcajada. Lo nuestro siempre ha sido así. Sus alegrías son las mías y viceversa, así como los malos momentos; por eso, aun sin saber a qué viene esto, estoy contenta por él.

Bran me suelta con delicadeza y besa mis labios consiguiendo que mi corazón de un vuelco, como cada vez que lo hace. No se si esto es normal, pero así es para mi. No importa las veces que nos hayamos besado, siempre es como la primera vez.

—¡Puedo seguir estudiando sin problema! —suelta Bran en cuanto encuentra mis ojos—. He hablado con mis padres, y ellos, en lugar de poner mala cara por tener que seguir pagando a

alguien para que les ayude con el rancho, se pusieron muy contentos por mí y me animaron a estudiar lo que quisiera.

Mi alegría se multiplica por segundos, ahora soy yo quien lo abraza y comienzo a reír.

—¡Lo ves! —digo—. Estoy segura de que serás un mecánico de primera.

Él asiente con la cabeza, dándome las gracias.

—Y lo mejor de todo —dice es que donde dan ese curso está cerca de aquí, por lo que podré seguir durmiendo en casa y así no dejaremos de vernos cada vez que queramos…

Mi cara pierde su sonrisa sin apenas darme cuenta y desvío la mirada. He estado tan concentrada en él, que ni siquiera le he explicado cual es mi situación actual con mi plan de carrera.

El no parece notarlo y lo agradezco, así que me repongo en cuanto puedo y vuelvo a sonreír, contenta de que, al menos él, pueda tener lo que quiere.

—¿Me lo vas a contar? —pregunta Bran antes de lamer su cucurucho de chocolate. Estamos sentados en un banco y disfrutamos de algo de tiempo libre, al acabar las clases.

—Contarte ¿el que? —pregunto.

Niega con la cabeza y suelta el aire con fuerza.

—Tu cara, cuando te dije que podíamos seguir viéndonos, mientras estudio mecánica —suelta encogiéndose de hombros.

Parece que en realidad sí se dio cuenta de mi cambio de expresión y, al parecer, me ha dado tiempo para ver si voy a contarlo por propia voluntad. Tiempo que, por lo visto, acaba de expirar.

Tomo aire con fuerza y clavo la cuchara en mi tarrina; el helado de avellana tendrá que esperar.

La verdad es que no sé cómo tener esta conversación. Se que debería haberla tenido antes, pero me da miedo pensar en las consecuencias.

Bran nota mi reticencia, por lo que pasa su brazo por mis hombros y me acerca a él.

—Solo dilo, sea lo que sea, lo afrontaremos juntos.

Cierro los párpados con fuerza y recuerdo la discusión con mi padre, el día que le dije lo que quería estudiar y dónde:

—Es mi vida, papá. Tengo derecho a decidir lo que quiero estudiar —le digo con una seguridad que no tengo.

—Pero eres mi hija, así que decido yo —contesta él, sin apenas inmutarse.

—No pienso hacerlo —amenazo—. No estudiaré derecho solo por que tú seas abogado.

David, entonces, se levanta de su asiento, y noto como me hago mas pequeñita por segundos. Una sonrisa que podría fácilmente catalogarse como maléfica se instala en su rostro y mi corazón comienza a bombear con fuerza al ver que se acerca a mí.

—No, cariño… —comienza a decir con aparente dulzura—. No solo yo soy abogado, sino que mi padre también lo fue, y su padre antes que él —señala los cuadros de la pared—. Todos y

cada uno de los Brooks que han sido abogados —me señala con el dedo la pared que queda a su espalda, llena de cuadros de nuestros antepasados, todos con la toga correspondiente—. El apellido Brooks ha sido sinónimo de abogado desde que tengo memoria…y no vas a ser tu quien ponga fin a la saga familiar. ¿Me has oído? —sentencia, amenazando con el dedo.

Siento que mi mundo se viene abajo. Siempre creí que, ya que él nunca se ha interesado en nada que tenga que ver conmigo, le daría igual lo que estudiara…, pero al parecer en esto, es en lo único que piensa inmiscuirse. Debo ser abogado como todos ellos lo fueron antes que él, me guste o no…

David me mantiene la mirada, esperando que me rinda ante sus demandas, pero ser profesora es lo único que he tenido claro desde que era pequeña. Lo único en lo que me veo trabajando.

Cierro los ojos, tomo aire y los abro cuando mi decisión está tomada.

—No lo seré —sentencio.

Puedo ver como las aletas de la nariz de mi padre se abren y cierran con demasiada rapidez, creo que es la primera vez que alguien se ha opuesto a algo que él quisiera, y no está para nada acostumbrado a no salirse con la suya. Pero entonces sus facciones cambian a unas mucho más relajadas y deshace su camino para volver a sentarse en su silla, detrás de la mesa.

—Muy bien —dice en tono neutro—. entonces irás a la universidad que yo elija. Si no vas a ser abogada como yo, me encargaré personalmente de que seas la mejor en lo que hayas decidido estudiar.

Frunzo el ceño.

«¿Dónde está la trampa», pienso.

—¿Entonces no te molesta que estudie para ser profesora?

—¿Profesora? ¿Eso es lo que quieres estudiar? —pregunta como si nada.

Asiento con la cabeza y puedo ver como la sonrisa de mi padre se hace algo más grande, lo que no augura nada bueno.

«Supongo que el hecho de que el marido de mi madre lo sea, no ayuda».

Empieza a teclear con rapidez en su ordenador y me mantengo en silencio durante los minutos en los que él parece haberse olvidado de mí; pero no me ha dado permiso para irme, que fue la primera regla que aprendí (por supuesto a las malas) en las pocas ocasiones en las que él me llamaba a su despacho.

—Ya está —dice mi padre al fin. Y yo aprieto los puños. Ha tomado una decisión, y conociéndolo, no habrá forma de hacerle cambiar de opinión, por lo que la suerte está echada.

—Irás a la universidad de Camlaeigh. Es de las mejores en ese sector. Solo por estudiar allí tendrás trabajo asegurado donde quieras.

Me quedo blanca como la pared y creo que el corazón se me ha parado. Camlaeigh está en la otra punta del país. Yo quería estudiar en East Arbor, que está a solo una hora en coche de aquí…, pero si voy a Camlaeigh no podré ver a Bran durante varios años…

Noto como mis mejillas se humedecen y solo entonces me doy cuenta de que estoy llorando.

Me las limpio con rabia y doy un paso hacia adelante, ganándome una mirada reprobatoria de mi padre.

—Puedo estudiar en la East Arbor. Está aquí al lado y podré venir a menudo a casa —pido intentando no sonar suplicante.

—Lo sé —replica mi padre—. Y allí también podrías sacarte la carrera de derecho y tener tiempo para estar con ese novio tuyo que no es más que un don nadie. Pero si decides estudiar algo que no sea lo que yo quiero, tendrás que ir a donde yo diga. Esas son las opciones. —Su sonrisa se amplía y entonces entiendo su juego—. Tendrás que decidir. Tómate el tiempo que necesites. Puedes irte.

David vuelve su mirada de nuevo hacia el ordenador y me hace un gesto con la mano que indica claramente que estoy molestando, por lo que me doy la vuelta y salgo de su despacho mientras mi corazón se parte en dos.

Es evidente que sabe lo de Bran, pero ¿desde cuando? y ¿Cómo sabe quien es?, aunque luego entiendo que seguramente habrá hecho los deberes y para este momento debe saber hasta la situación financiera de su familia.

La rabia me inunda. Mi padre siempre tiene un as en la manga y acaba de usarlo para manipularme a su antojo.

Tengo que decidir. Estudiar derecho y poder estar con Bran. O hacer mi sueño realidad y perder a la única persona que amare por siempre.

«¿Y ahora qué hago?», pienso, mientras me siento en el borde de la cama.

Me tumbo y dejo que las lágrimas corran libres por mis mejillas hasta caer en la tela de mi almohada y pierdo el sentido del tiempo.

A la mañana siguiente me despierto con un dolor enorme de cabeza y con la ropa del día anterior, por lo que entiendo que me he quedado dormida mientras lloraba.

Y aún no soy capaz de tomar una decisión.

—¡Juliett! ¿Estás ahí? —escucho como Bran me pregunta a la vez que mueve con suavidad mi cuerpo. Vuelvo en mí e intento reunir el valor suficiente para hablar con el.

Capítulo 9

Ahora

La campanilla de la puerta que da a la pastelería suena y entramos en medio de risas.

Emma, que está despachando al último cliente, sonríe al vernos y sale de detrás de la barra para darme un par de besos. Esta mujer es tan cariñosa que más de uno la consideramos de la familia.

—¿Cómo estás, Juliett? ¿Y quienes son estas chicas tan guapas que te acompañan? —pregunta con una enorme sonrisa en la cara.

—Estoy muy bien, gracias —contesto, devolviéndole la sonrisa. —Y ellas son mis amigas de la universidad —Giro un poco mi cuerpo para poder presentarlas—. Ella es Jane, Susan y Emily —me vuelvo de nuevo hacia Emma—. ¿Está Mara por ahí detrás? Me gustaría que las conociera.

—¡Claro! —responde Emma con un ademán efusivo—. Ahora mismo la aviso—susurra guiñándome un ojo, lo que consigue que todas sonriamos, mientras se dirige a la trastienda.

Mara aparece medio minuto después, quitándose el delantal y sacudiendo los brazos y ropa de harina. Su sonrisa se agranda y puedo ver como las ojeras, casi permanentes de sus ojos, han menguado bastante. Está claro que su nueva vida le está sentando de maravilla.

Doy un paso al frente para acercarme a ella y la abrazo con cariño.

—¿Cómo estás, Juliett? Hace días que no nos vemos. Entre el trabajo y la familia, casi no me queda tiempo para ti, disculpa —dice—. Aunque siempre nos quedará el día dulce —sonríe, refiriéndose a los dulces que trae al colegio una vez por semana.

—Estoy muy bien, gracias —respondo—. Vengo a presentarte a mis amigas, me aparto un poco y las presento, como he hecho con Emma, y Mara las abraza con cariño sin pensar.

—Cualquier amiga de Juliett es amiga mía —dice sonriéndoles—. ¿Queréis algo? ¿Un dulce? ¿Un café?

Las chicas se decantan por unas *cookies* con *chips* de chocolate y canela, además de un café y todas ponen la misma expresión cuando las prueban. Mara no ha perdido su toque y todos cuantos prueban sus creaciones se quedan maravillados. Tanto, que hace algún tiempo que incluso viene gente de los pueblos de alrededor, atraídos por los comentarios de algún conocido,

llevando bolsas llenas de todo lo que haya en ese momento.

Mara está feliz de que la tienda tenga cada vez más clientes, y Emma está encantada de ver que su negocio prospera más que nunca.

Al final, todas tomamos otra ronda de cookies y, después de un rato, nos vamos de la tienda no sin antes quedar con Mara para unirse a alguno de los planes que hagamos.

— ¿Qué os dije? —pregunto mientras nos despedimos de Mara, que mueve su mano en la puerta de la tienda mientras nos ve alejarnos.

—¡Pues que es un encanto de persona!—responde Susan.

—¡Si!, la verdad es que me ha caído bien, en seguida —dice Jane.

Miro a Emily, que casi no ha hablado antes, y ella asiente con la cabeza y sonríe, dando por buenos los comentarios de las demás.

Conozco esa mirada, está pensando en Sean y en su propio futuro. Debe ser duro enfrentarse a tener que hacer un cambio tan drástico, pero es necesario, aunque al principio duela. Por lo que me acerco a ella y, sin decir nada, la abrazo con cariño.

—Todo va a ir bien —susurro en su oído, de modo que solo ella pueda escucharme—. Te recuerdo que no estás sola. Nosotras siempre estaremos aquí para ti.

Emily asiente y noto como Susan y Jane nos abrazan a ambas y, juntas, formamos una masa de brazos y cabezas que se unen, dando sentido a lo que acabo de susurrarle.

—Lo sé —escucho como dice Emily—. Es solo que…duele —susurra con un hilo de voz.

La rabia y la impotencia nos invade a las tres, que nos miramos de forma alterna sin decir una sola palabra.

Emily es una buena persona, siempre lo ha sido, a pesar de no haber tenido una vida fácil. Y por eso nos da tanta rabia. Ella se merece ser feliz y que la traten y cuiden bien, no una vida de mierda al lado de un malnacido que no ha hecho más que hacerle daño desde el minuto uno.

—Ya está, Emily —dice Jane, acariciando su pelo—. Lo más importante ya está hecho, a partir de ahora las cosas empezaran a mejorar, te lo prometo.

—Por supuesto, y nosotras estaremos a tu lado en el proceso —susurra Susan.

Emily agacha aún más su cabeza y nos aprieta en su abrazo mientras escuchamos unos pequeños sollozos y nos quedamos así, abrazadas en mitad de la calle sin importarnos nada más que nuestra amiga, dándole el tiempo que necesite para desahogarse.

Cuando sentimos que ella nos suelta y respira de forma profunda, deshacemos el abrazo.

—Gracias —dice en voz baja. Y nosotras negamos con la cabeza rápidamente—. Para eso están las amigas —sentencio guiñándole un ojo y limpiando una última lágrima de su mejilla con mi jersey.

Caminamos, entonces, hacia el coche. Nos montamos en él y nos vamos de turismo. Todas necesitamos despejarnos y pensar en otras cosas, por lo que les propongo visitar los lugares más bonitos de la zona, y luego comer en algún sitio.

Todas aceptan, y nos pasamos el día hablando de todo y de nada, riéndonos por tonterías,

como hacíamos en los ratos libres en la universidad, y, sobre todo, pasándolo bien.

Cuando llegamos a casa ya es de noche. Sé que mi padre, organizado ante todo, habrá ordenado que me dejen la cena lista, pero no creo que contara con que seríamos cuatro, en lugar de una, por lo que pedimos una pizza. Nos ponemos cómodas y esperamos a que llegue mientras elegimos una peli y hacemos palomitas.

Un rato después, noto como alguien me mueve ligeramente el brazo y abro los ojos con lentitud, para darme cuenta de que nos hemos quedado dormidas en el sofá. La peli sigue su ritmo y no sé cuánto tiempo hace que caí en los brazos de Morfeo.

Centro mi mirada en la persona que me ha despertado y me encuentro con los ojos color miel de Emily, que me sonríe con cariño.

—Creo que deberíamos irnos a la cama —propone. Yo asiento con la cabeza, escondo un bostezo y apago la televisión. Entre las dos, despertamos a Susan y Jane y nos vamos a dormir. En la casa hay habitaciones de sobra, por lo que cada una tiene su propia estancia. La pizza, que Emily ha recogido, está en la mesa intacta. Y ahí se quedará.

Nos damos las buenas noches con la mano y las puertas se cierran con cuidado. Me meto en la cama y el silencio me invade, cayendo de nuevo en un sueño profundo del que solo salgo cuando la claridad de la mañana se filtra por las cortinas que, al entrar casi dormida anoche, no cerré.

Maldigo entre dientes y me levanto para moverlas y conseguir que la oscuridad vuelva a la habitación para poder dormir un poco más cuando escucho algo que hace que todos mis sentidos se pongan alerta. Es solo un pequeño gemido pero reconozco la voz, por lo que salgo de mi habitación algo más espabilada y me encamino directamente a la que está más cerca de la mía, abriendo la puerta sin tocar.

Como me temía, Emily está en la cama, llorando. Me acerco hasta ella con rapidez para descubrir que está dormida. El dolor me invade el cuerpo y pienso en una forma de ayudarla.

Un instante después me meto en la cama con ella, abrazándola y acariciando su pelo claro, con reflejos cobrizos.

El cambio en su cuerpo, hasta ese momento rígido, es casi instantáneo. Este se relaja y su respiración vuelve a ser pausada y ligera. Sigue durmiendo, pero al menos ya no llora, por lo que me quedo con ella, y sin darme cuenta, el cansancio me vence y me quedo dormida abrazándola.

Cuando vuelvo a despertarme, estoy sola en la cama, miro alrededor, buscando a Emily entre la poca luz que entra en la habitación, pero no la encuentro, por lo que salgo al pasillo para escuchar entonces algunas risas que reconozco en seguida.

Bajo las escaleras y camino hacia la cocina, donde mis amigas ya se están sirviendo el café, mientras charla de forma animada entre sí.

—¡Buenos días, Blancanieves! —suelta Jane con desparpajo.

—Ya estábamos pensando en subir a despertarte —dice entre risas Susan —Lo raro es que no

nos hayas escuchado hasta ahora, por que mira que hemos hecho ruido…

Yo sonrío de lado mientras intento quitarme algún enredo del pelo para poder hacerme una coleta. Miro a Emily de camino a la isla de la cocina y ella solo asiente de forma ligera con la cabeza a lo que yo respondo de igual manera. No hacen falta más explicaciones.

Estoy a punto de tomar un sorbo de mi café cuando suena el timbre, por lo que me acerco a la puerta de entrada y me sorprendo de ver a Bran ahí. Creo que es la primera vez que entra en casa por la puerta principal.

—¡Buenos días, cariño! —dice plantando un beso en mi mejilla y entrando como si fuera su casa—. He traído *muffins* de la pastelería de Emma, seguro que a tus amigas les encantará —me guiña el ojo y camina con decisión hasta la cocina, como si supiera que ellas están ahí.

—¡Buenos días, señoritas! —dice en voz alta al entrar—. Os traigo el desayuno, para que luego digan que los chicos de campo no tenemos modales —suelta con su habitual encanto.

Y lo que él pensaba que sería una gran entrada, seguida de unas risas y agradecimientos, se convierte en una escena fría en la que la tensión se puede cortar con tijeras.

Mis amigas, todas en pijama y con su café en la mano, no hacen un solo gesto para acercarse a él, ni tampoco dicen una sola palabra.

Si Bran piensa que va a ser fácil ganarse su amistad, está muy, pero que muy equivocado. Puede que estemos en su territorio, pero son mis amigas, las mismas que me han visto llorar, pasar noches enteras sin dormir y mi cara de decepción la primera y única vez que pise Summerbona en mis años de estudio.

Y estoy segura de que ahora mismo esas son las imágenes que se les vienen a la memoria, teniéndolo enfrente.

A Bran se le cambia la cara en cuestión de segundos y yo entro en la cocina, agarro la bolsa que él aún mantiene en el aire, le doy las gracias y la dejó en la isla. Pongo los *muffins* en un plato, que luego les acerco a las demás y doy un sorbo de café.

En todo ese tiempo nadie ha movido ni un solo músculo y la tensión no hace más que crecer.

—Chicas —digo, rompiendo el silencio al fin—. Aunque ya lo sabéis, él es Bran —lo presento de forma oficial—. Bran, ellas son Susan, Jane y Emily —digo señalándolas una por una. Mi mirada se centra de nuevo en él—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

Bran parpadea varias veces, como volviendo en sí, y se encoge de hombros.

—Solo quería traeros el desayuno, y, de paso, conocerlas en persona —dice de forma inocente —. Lo que no me esperaba, es este caluroso recibimiento —suelta con ironía.

Niego con la cabeza, dejo en café en la isla y camino hacia él.

—Ahora vengo —les digo a las chicas, agarrando el brazo de Bran y sacándolo de la cocina.

—¿Qué esperabas? —pregunto en un susurro, cruzándome de brazos, al verificar que estamos lo bastante lejos como para que no nos oigan.

El vuelve a encogerse de hombros.

—Desde luego, esto no —responde sin más.

—Bran —digo, después de tomar aire para intentar calmarme—. Ellas son mis amigas… y teniendo en cuenta lo que hiciste… es lógico que no les haga ilusión conocerte.

La expresión de Bran cambia de forma instantánea.

—¿Lo que YO hice? —pregunta casi en un susurro, como si así, sus palabras tuvieran más fuerza—. ¿No sería más lógico decir lo que TÚ hiciste? Porque, que yo recuerde, fuiste tú la que se fue. La que me dejó tirado, como a un perro. La que prefirió una carrera, antes que estar conmigo.

Veo como las aletas de su nariz se abren y cierran y se que se está conteniendo para no gritar. Este es un tema delicado entre nosotros y cada vez que sale a relucir, acabamos discutiendo. Pero estoy cansada de tener que luchar por defender mi posición.

—Bran, por favor, no volvamos a lo mismo —suplico.

Tome una decisión. Se que le hice daño, pero yo también sufrí en el camino. La diferencia entre él y yo, es que yo acepto que no se puede tener todo en la vida, y que hay veces en las que tienes que ser algo egoísta, pensar en lo mejor para ti, aunque eso haga infeliz a algunos.

Irme a estudiar lo que siempre quise no fue fácil para mí tampoco. Sabía que renunciaba a estar con Bran, y que quizá estaba equivocándome. Pero quería ser profesora desde antes de conocerle. Ese sueño estuvo conmigo desde que tengo memoria. ¿Cómo podía renunciar a algo así?

Intente explicárselo. Hablar con él un millón de veces. Intente hacerle entender que no lo estaba abandonando sino que perseguía un sueño que nos separaría solo por un tiempo, pero que eso no significaba que dejara de quererlo. De hecho nunca deje de hacerlo.

Pero él no me escuchó. Se centró en su dolor, en cómo se sentía, en que lo estaba abandonando. Nunca se paró a pensar en cómo me sentía yo. En que yo también sufría por esa decisión.

Es mucho más fácil así, supongo. Si tienes a alguien a quien culpabilizar por tu dolor, puedes centrarte en eso, en lugar de buscar una solución.

—Sabes que intente mantener el contacto —sigo diciendo—. Intente hablar contigo por teléfono pero no contestabas ni a mi llamadas ni a mis mensajes. Te escribí tantas cartas que perdí la cuenta… —susurro—. Yo al menos lo intente.

Entiendo que siga dolido, pero somos adultos, deberíamos ser capaces de dejar el pasado atrás y mirar hacia el futuro que, ahora sí, podemos construir juntos.

Me mira a los ojos, y podría jurar que el azul de los suyos se vuelve del color del hielo.

—Si te hubieras quedado aquí, no habría hecho falta nada de eso —contesta, dando por finalizada la conversación. Da un paso hacia atrás y camina hacia la puerta principal.

—Espero que disfrutéis del desayuno —dice de espaldas a mí justo antes de cerrar la puerta con cuidado.

Trago con fuerza e intento serenarme. Esto es un callejón sin salida. Ese tema es algo que siempre nos persigue, como una sombra de la que no te puedes librar.

Y estoy cansada.

Estoy muy cansada de repetir lo mismo una y otra vez para escuchar siempre la misma respuesta.

Quizá es que lo nuestro nunca fue tan profundo como había creído. Quizá no estamos hechos para estar juntos…, quizá es hora de rendirse…

Me tomo algo de tiempo para intentar cambiar mi humor y entro en la cocina para encontrarme con las caras de mis amigas, que dejan de comer y me miran, a la espera de una respuesta.

Yo sólo niego la cabeza con ligereza y camino hacia mi café.

—No te preocupes —dice Susan—. Entrara en razón. Es un hombre, solo hay que darle algo más de tiempo.

—Sí —contesta ahora Jane—. Él te quiere y tú a él. Eso está claro. Al final acabaréis arreglándolo.

—No se… —digo al fin, después de dar un sorbo a mi café, ahora ya templado—. Ya no lo veo tan claro. Llevo aquí casi cuatro años y aún estamos como al principio. Quizá es momento de darse por vencido.

—¡No! —exclama de repente Emily—. Bran es un buen chico, te quiere, y mucho, sino, no le habría dolido tanto tu partida. —Camina hacia mí y me agarra la mano mientras busca mis ojos —. No te des por vencida con él. Un amor como este, se merece todas las oportunidades del mundo…, créeme cuando te digo que lo que vosotros tenéis es algo difícil de encontrar. Y aunque no sea fácil, vale la pena…porque en el fondo sabes que estáis hechos el uno para el otro.

Contengo mis lágrimas y asiento una vez con la cabeza sin dejar de mirar a Emily.

Lleva razón y lo sé. Ahora solo hace falta averiguar cómo hacérselo ver al cabezón de Bran.

Capítulo 10

Antes

Bran no se lo ha tomado bien, como era de esperar. He intentado hacérselo entender por activa y por pasiva pero al «señor cabezón» no hay quien lo haga entrar en razón. Está tan enfadado conmigo que lleva días sin hablarme, me evita, e incluso ha empezado a saltarse algunas clases…y eso me mata…esta echando por tierra todos los avances que ha conseguido y, además, y para que nos vamos a engañar… necesito saber como esta…, estoy tan acostumbrada a su presencia que hasta me parece reconocer su olor y comienzo a buscarlo por todos lados.

Él está tan presente en mi vida que creo que me volveré algo loca… O al menos eso pensaba los primeros días. Después de una semana me he acostumbrado a echarlo de menos. Por supuesto, sigo intentando hablar con él, pero me he dado cuenta de que el necesita su espacio; un tiempo para asimilar lo que va a pasar, a pesar de que él no quiera, por lo que debo respetarlo y darle ese espacio que, ahora veo, necesita.

Cada día que pasa, tardo más en intentar un nuevo acercamiento, o simplemente no lo intento. En varias ocasiones lo he pillado mirándome desde su asiento en clase, pero ahora ya no se si sigue enfadado o solamente está dolido.

Espero no estar cometiendo un error al seguir con esta nueva estrategia, pero eso solo el tiempo lo dirá…

Casi veinte días después de nuestra «gran pelea», estoy comiendo en el patio junto a Ona y un par de amigas más, cuando escucho su voz a mi espalda y casi me atraganto con el trozo de bocadillo que tengo en la boca.

Hago lo que puedo para que la comida baje y le doy un gran sorbo a mi bebida, mientras me preparo mentalmente para lo que está por llegar.

Me doy la vuelta sobre el asiento y lo miro directamente a los ojos. Esperando.

— ¿Cómo estás, Juliett? ¿Crees que podríamos hablar un momento?

Trago saliva y asiento con la cabeza, siento la boca seca y el corazón me bombea con fuerza. Esto solo puede acabar de dos formas y lo sé. Seguimos juntos a pesar de todo o me deja. No hay

más posibilidades, lo conozco demasiado como para no saberlo de antemano.

Solo espero que no haya elegido la segunda opción.

Me levanto y lo sigo mientras él camina sin mirar atrás hasta que nos apartamos lo suficiente como para que nadie nos oiga.

Me preparo mentalmente para las preguntas o argumentos que pueda darme para que no me vaya cuando, por sorpresa, su brazo rodea mi cintura y sus labios se unen a los míos con hambre.

Yo también lo he echado de menos, pero hay algo más en este beso. ¿Es un beso de despedida?

Mis manos se enroscan en su cuello e inhalo con fuerza… Parece que hace una eternidad desde la última vez que estábamos así y, por primera vez, pienso en lo que será no poder vernos más que en las vacaciones durante años. ¿Podré soportar su lejanía? Creo que no me había parado a pensar en eso hasta ahora, mientras él me abraza con fuerza.

—No podía soportarlo un minuto más… —dice en mi oído cuando nuestros labios se separan —. Casi me vuelvo loco… —sigue diciendo—. No sé lo que pasará mañana, el mes que viene, o dentro de un par de años. Tan solo sé que voy a estar a tu lado pase lo que pase…porque no puedo imaginar una vida sin ti.

Mi mente acaba de explotar…, esto ha sido más que solo una declaración de intenciones. Sus palabras se han quedado grabadas a fuego en mi corazón y todas las dudas que tenía sobre él se han disipado en un instante.

Bran me quiere. Quiere estar conmigo, a pesar de haberle hecho daño. Sabe que me iré, todo lo que eso conlleva, y aun así, decide mantenerse a mi lado.

Me siento muy afortunada de haberlo encontrado y por primera vez agradezco que mi madre dejara a mi padre por un profesor de instituto. Porque si no hubiera pasado todo eso, nunca habría conocido a Bran. Y ahora sé que la vida sin él no sería lo mismo.

Sus ojos azules conectan con los míos y solo puedo asentir con la cabeza mientras siento que las lágrimas se desbordan.

Él levanta su mano con cariño y me las limpia con delicadeza para después abrazarme con fuerza. Sus brazos me envuelven como una manta y me siento tranquila y en paz por primera vez en estos veinte días. Porque solo él consigue hacerme sentir como en casa.

Porque Bran es mi casa, mi hogar, mi lugar seguro en el mundo.

—¿Qué hacemos esta tarde? —pregunta unos minutos después.

—¿No quieres hablar sobre el tema? —pregunto extrañada.

—Ya está todo dicho —espeta algo más seco—. Tu dijiste lo que necesitabas decir y yo lo que pensaba al respecto. Y como he dicho antes, estaré a tu lado pase lo que pase porque no soy capaz de vivir un futuro en el que no estés a mi lado.

Me muerdo el labio. Estaba preparada para una segunda ronda, para hablar, e intentar hacerle entender las cosas desde mi punto de vista, pero no para esto.

Parece que el tiempo que ha tenido, le ha servido para darse cuenta de que no quiero dejarlo,

tan solo voy a estudiar lo que siempre he deseado, pero eso no significa que no lo quiera a mi lado.

Porque yo tampoco soy capaz de vivir un futuro en el que él no esté conmigo.

—¿Sabes? —pregunta mientras paseamos por las calles del pueblo y comemos helado—. Tengo muchas ganas de tener mi propio caballo. Muchas noches me duermo imaginando cómo será.

—Ah, ¿sí? —preguntó con curiosidad. Es verdad que tienen muchos en el rancho, pero él siempre ha sentido la necesidad de tener uno como suyo, y no de la familia. Yo también tengo ganas de que pueda, por fin, tener uno del que pueda decir que es solo suyo.

Lo miro y guardo este momento, junto con su expresión tranquila y feliz en mi memoria, en una parte de mi cabeza que es solo para él, y que pienso seguir llenando cada día.

Los días pasan y todo vuelve a la normalidad. Es casi como si nuestra discusión y esos días separados nunca hubieran existido. Y, aunque es verdad que cada vez que le digo algo sobre la universidad, su cara cambia y es evidente que no le hace gracia, jamás ha vuelto a mencionar nada del tema.

El curso está llegando a su final, y las vacaciones de verano están a punto de comenzar, por lo que Bran, que cada vez está más ocupado ayudando a sus padres en el rancho, busca cualquier hueco posible para poder pasar tiempo conmigo.

Hoy es uno de esos días en los que ha sacado un rato, y estamos al lado del río que pasa por ambos pueblos, escuchando el sonido del agua al correr y a los pájaros que nos rodean mientras charlamos de todo y de nada a la vez. A los dos nos encanta la naturaleza, por lo que venir aquí, o pasear por el bosque se ha convertido en uno de nuestros pasatiempos favoritos.

—Entonces, ¿ya sabes si la yegua está embarazada? —pregunto con curiosidad.

—No —responde resoplando—. Aún debemos esperar un poco para ver si la inseminación ha ido bien, pero no queda demasiado.

—¿Y cuando dura el embarazo de una yegua? ¿Es igual que el de una vaca? ¿O de un cerdo?

Espero su contestación mirando al cielo pero me extraña no recibir respuesta por lo que me tumbo de lado, mirándolo, y solo entonces me doy cuenta de que se ha quedado dormido.

Nunca he comprendido su capacidad de dormirse tan rápidamente y en cualquier lugar. A mi me cuesta tanto dormir que es casi increíble.

Miro sus facciones, para mí casi perfectas, y su expresión plácida. Lo almaceno con el resto de recuerdos, y sonrío de lado mientras acaricio con cuidado su mejilla.

El ni se inmuta; otro de sus superpoderes es tener un sueño tan profundo que, como él mismo me ha dicho, a veces sus hermanos tienen que, literalmente, sacarlo de la cama tirándolo al suelo, para que despierte.

Vuelvo entonces a mirar al cielo por unos minutos pero luego decido acercarme un poco más a él. Pongo con cuidado mi cabeza en su pecho y, por increíble que parezca, el palpitar de su corazón, constante y fuerte, me relaja casi de forma automática y me duermo sin darme cuenta.

Capítulo 11

Ahora

Aunque mis amigas siguen en casa, yo no puedo dejar de ir a clase, por lo que salgo del coche e intento llegar hasta el aula haciendo malabares con los materiales que usaremos estas semanas. Se acerca el cambio de estación por lo que he pensado en enseñarles a los niños lo que esto significa a través de juegos y diferentes materiales de la naturaleza.

Los niños empiezan a llegar y la clase se llena de risas y juegos entre ellos. Suelo darles la oportunidad de que sean ellos los que comprendan que la clase comienza y es hora de aprender. Creo que el dejarles ser capaces de darse cuenta de las cosas y reaccionar en consecuencia es una forma sencilla de que aprendan cuales son sus responsabilidades.

Hay días que es fácil, los niños se dan cuenta enseguida y se colocan en sus asientos, pero otros, como hoy, están tan entretenidos, explicando lo que han hecho el fin de semana, que no se percatan de que es hora de empezar.

—¡Chicos! —digo con tono suave —Se que os gustaría seguir con lo que estáis haciendo, pero es hora de empezar. Luego, en el patio, podréis continuar. ¿Os parece?

—¡Sí, profesora! —exclaman al unísono.

Y mi sonrisa se amplía. Ojalá todos los problemas se resolvieran con la misma facilidad.

Comenzamos entonces con la clase y los niños se lo pasan en grande. Salimos fuera a buscar hojas y frutos caídos de los árboles para, una vez dentro, hacer un mural con una gran cartulina que he traído de casa. Ellos plasman sus manos llenas de pintura en la cartulina con diferentes colores y luego pegamos las hojas y demás, además de escribir sus nombres y el nombre de las cosas más típicas de la estación. Más tarde vamos a la zona de psicomotricidad y ellos se lo pasan en grande saltando, dando volteretas y, en definitiva, cansándose, que es la idea principal. Ellos se divierten y así luego están más receptivos a según que trabajos más tranquilos que, de otra manera, no acabarían porque necesitan moverse.

Estoy viendo como uno de los niños salta desde una colchoneta a otra mientras su risa lo dice todo cuando escucho lo que solo puede ser una pelea. Me acerco con rapidez y descubro a Ian golpeando a Kevin con fuerza mientras Kevin no para de llorar y de cubrirse la cara, cada vez

más arrinconado en la pared.

—¡Ian! —digo en tono autoritario, lo que consigue que el niño pare y me mire con cara de pocos amigos—. ¿Se puede saber que haces? ¿Por qué pegas a Kevin? —Me agacho para ponerme a su nivel mientras Kevin se abalanza hacia mí y casi me caigo con el ímpetu de su abrazo. Miro a Ian de nuevo mientras intento calmar a Kevin y rebajo el tono de voz, aunque no mi autoridad—. Sabes que eso está mal. ¿Cuántas veces hemos hablado en clase de esto? —Veo como Ian cambia su expresión, se cruza de brazos y rehuye mi mirada—. Ian, mírame —digo ahora con un tono más suave. Pasan unos segundos y repito la frase, esperando a que el niño dé su brazo a torcer. Cuando finalmente lo hace, su expresión ha vuelto a cambiar. Está claro que se arrepiente de lo que ha hecho, pero ahora no sabe como arreglarlo.

—Ven, por favor —le digo estirando mi mano libre hacia el. Ian se acerca y yo lo abrazo, junto a Kevin. Y ahora los dos lloran, cada uno en uno de mis hombros, y yo espero el tiempo que haga falta para que lleguen a relajarse para poder seguir con la conversación.

Una vez Kevin se separa un poco de mí, puedo ver como uno de esos golpes le ha dado de lleno en la mejilla y con seguridad estará hinchada para la hora de salida. Me armo de valor para la próxima conversación que tendré con sus padres y respiro de forma profunda para lo que es más urgente.

—Ian —lo llamo con cariño. El niño se separa un poco de mí, aun con lágrimas en los ojos, yo se las limpio y él se suena la nariz con fuerza—. Sabes que esto que has hecho está mal, ¿Verdad? —pregunto con tacto.

Él asiente mientras otras dos grandes lágrimas caen por su mejilla.

—¿Me puedes explicar lo que ha pasado?

Kevin empieza a decir que Ian quería un juguete que tenía él y que, como no se lo ha querido dar, ha empezado a pegarle para quitárselo.

Miro a Ian, para comprobar la otra versión de los hechos pero veo en su mirada que no hay nada más que añadir. Lo que ha dicho Kevin es verdad.

Vuelvo a respirar.

—Kevin, cariño, ¿Puedes ir allí a jugar con los demás? Miro a la profesora de gimnasia, que está detrás de mí, viendo el panorama, y le pido que le ponga algo frío en la cara a Kevin, antes, a lo que ella asiente y se lleva al niño con rapidez.

Una vez solos, agarro con cuidado las manos de Ian y me aseguro de que me mira a los ojos antes de hablar.

—¿Eso es todo lo que ha pasado? ¿O hay algo más? —pregunto con cariño.

Él me mantiene la mirada y niega con la cabeza. Está siendo sincero y lo agradezco.

—Bien —digo entonces—. Sabes, entonces, que, como muchas veces hemos hablado en clase. Toda acción tiene sus consecuencias.

La cara del niño vuelve a cambiar. Ahora está enfadado y tira de sus manos para volver a cruzarse de brazos. Me armo de paciencia y busco sus ojos.

—Cariño. Pegar está mal, no importa lo que pase. La violencia nunca es una opción —le digo cuando los encuentro.

Ian hace un pequeño puchero y mira al suelo. Sé que él entiende que está mal, pero a nadie le gusta que lo regañen, eso lo comprendo, por lo que le doy unos segundos para que acepte lo que le tenga que decir.

—Lo siento cielo, pero cuando salgamos al patio, tú tendrás que quedarte sentado a mi lado, en lugar de jugar —sentencio.

El niño vuelve a hacer pucheros y sé que eso le ha dolido. Ahora por fin tiene amigos y todos están deseando que llegue el momento del patio para jugar juntos. Precisamente por eso he elegido esto, como consecuencia a sus actos.

Y se que yo también lo pasaré mal, cuando vea su cara de súplica durante todo el tiempo del patio, pero debo ser firme en mis decisiones para que no vuelva a repetirse lo de hoy.

—¡No es justo! —dice Ian con rabia.

—Si que lo es, cariño.

—Pero Mark hace lo mismo en casa y a él no lo castigan… —dice Ian casi en un susurro. Lo que me hace comprender de dónde ha aprendido ese comportamiento, y todo lo que eso significa. Me quedo sin aliento durante unos segundos, pero me repongo con rapidez. Cada cosa a su tiempo, me digo a mí misma.

—Bueno, y cuando Mark hace eso, ¿tú cómo te sientes?¿Bien, o mal?

El agacha la mirada.

—Mal —suelta casi sin voz.

—Pues así es como se siente ahora Kevin, pero tengo una idea. Algo que podrías hacer para que él deje de sentirse mal —sonrío un poco al ver su mirada de esperanza—. Puedes ir, y disculparte. Además, puedes preguntarle si quiere un abrazo. ¿Qué te parece?

Ian amplía su sonrisa y sale corriendo en busca de Kevin, que justo vuelve de la mano de la profesora con un paño húmedo en la cara. Me pongo en pie y veo que Ian habla con Kevin y este asiente con la cabeza. Luego, Ian lo abraza con fuerza. Segundos después los dos juegan felices como si no hubiera pasado nada y me maravillo con la facilidad de los niños de perdonar y pasar página. Ojalá los adultos fuéramos así. Todo sería mucho más fácil y sencillo.

Más tarde, ese mismo día, escribo una nota para Joana y la dejo en la mochila de Ian, suplicando que esta vez haga caso de lo que le dije y se presente, para poder hablar con ella.

Dos días han pasado desde entonces y Joana no aparece, lo que me hace empezar a dudar de nuestra conversación. Le pregunto al niño si su madre le ha dicho algo sobre venir aquí, pero Ian me mira extrañado y niega con la cabeza.

«Esto no me gusta».

Al día siguiente es el niño quien deja de venir al colegio y mis dudas, junto con mis temores, se acrecientan aún más.

Dos días más tarde, Ian sigue sin venir a clase, por lo que decido volver a hacer una visita a Joana. Sé que no debería inmiscuirme en esto, que quizá sea una mala idea, pero no soy capaz de dejarlo pasar.

Llego a la zona de las caravanas, aparco, y camino directamente hacia el hogar de Joana e Ian.

Doy un par de golpes en la puerta y me encuentro con los ojos inyectados de Joana mirándome a la cara con una expresión de sorpresa y terror.

«Esto no me gusta nada».

—Hola Joana —pregunto como si no me hubiera dado cuenta del moretón que tiene en la mejilla—. ¿Cómo va todo? ¿Podemos hablar?

Su expresión cambia a miedo y, en lugar de dejarme pasar adentro, sale y cierra la puerta a sus espaldas mientras se tapa mas con la especie de bata que ha visto años mejores.

—Dime —responde de forma cortante—. Y sé rápida, tengo muchas cosas que hacer.

El olor a alcohol que desprende su boca llega hasta mis fosas nasales y tengo que contener mi rabia. ¿Era todo lo que me dijo, un cuento? ¿De verdad está buscando trabajo? Está claro que lo que veo no cuadra con lo que me contó.

—¿Cómo está Ian? Hace días que no viene a clase y me gustaría saber si está bien.

Joana niega con la cabeza mientras sus ojos se ponen en blanco.

—Está enfermo, por eso no ha ido al colegio. ¿Es que no tienes otras cosas que hacer? ¿Más niños por lo que preocuparte, o algo así? —pregunta con desdén.

No puedo creer lo que escucho. Algo va mal, aquí. No sé lo que es, pero necesito llegar al fondo de este asunto.

—Joana ¿Está todo bien? ¿Ian está bien? —se que me estoy repitiendo, pero algo me dice que no está diciendo la verdad.

—¡Joana! —escucho desde una pequeña ventana de la caravana—. ¡Dile a la loca de la profesora que se vaya por donde ha venido!

Miro hacia la voz y veo de refilón como Mark vuelve a cerrar la ventana con fuerza.

Espero con todas mis fuerzas que esta vez sea como la anterior, que ahora Joana me haga ver que solo estaba actuando para su pareja y que, en realidad, está preocupada por su hijo.

Espero.

Pero los segundos pasan y ella sigue mirándome de reojo con una expresión entre desdén y pasotismo que mi cabeza no logra entender.

«¿Está esperando a que me vaya? Si es así puede esperar sentada.»

Le mantengo la mirada. Esperando.

Pero sigue sin pasar nada.

Suspiro con fuerza, negando con la cabeza y empiezo a darme la vuelta para irme por donde he venido cuando noto unos dedos fríos en mi brazo, por lo que me detengo y mis ojos vuelven a encontrarse con los de Joana.

—Lo siento —dice con un hilo de voz.

Vuelvo a notar el olor a alcohol que desprende y mi nariz se arruga de forma involuntaria.

Me arrepiento en cuanto noto lo que mi cuerpo acaba de hacer ya que veo en sus ojos que se ha dado cuenta de mi expresión. Pero entonces veo como las lágrimas comienzan a brotar de sus ojos y, sin pensarlo dos veces, la envuelvo entre mis brazos.

Es algo que siempre he hecho. Cuando veo a alguien llorar, me acerco a quien sea, la conozca o no, tenga confianza o no, y la abrazo. En la mayoría de las veces no hace falta decir nada a la persona que llora desconsolada, ya que ella solo necesita sentirse arropada.

Me mantengo fuerte cuando siento que el cuerpo de Joana se queda flojo y noto sus lágrimas en mi ropa, que se va empapando poco a poco.

Empiezo a moverme con ella entre mis brazos, alejándonos de la caravana y de los ojos indiscretos de Mark, y solo cuando estoy segura de que no puede vernos ni oírnos, me despego de ella lo justo para poder mirarla a los ojos.

No estoy de acuerdo con que una persona beba hasta este punto de embriaguez, pero quiero pensar que debe tener una buena excusa para ello.

Joana se sienta en uno de los desvencijados balancines de la zona de juegos infantil a la que hemos llegado y yo me arrodillo frente a ella, esperando.

Noto como ella suspira con fuerza y siento que está buscando las fuerzas para hablar, por lo que le doy el tiempo que necesite. Si algo me ha enseñado mi trabajo como docente es que cada persona (o en su defecto, niño) tiene sus tiempos, y debo aprender a respetarlos.

—Siento que me veas así —dice Joana al fin con un poco más de voz, y notablemente más calmada—. Sé que no es lo correcto. Que no tengo excusa, pero a veces es la única manera que tengo de evadirme de la realidad…

La entiendo, pero no comparto su opinión. Todos pasamos por problemas en nuestra vida, pero no todos buscamos consuelo en el fondo de una botella.

—Es que Mark ha hecho algo que…

Dejo de escucharlo, mi cabeza se llena de los peores escenarios y ruego en silencio mientras la rabia me nubla la mente.

—Le pego… —Acaba por decir Joana.

Vuelvo en mí y parpadeo varias veces para dar sentido a lo que acabo de escuchar.

—¿Cómo que le pego? —pregunto con reticencia. Necesito confirmarlo

Ella se limita a asentir con la cabeza y las lágrimas vuelven a brotar de sus ojos.

Mi mente se pierde por un instante y siento que mi corazón bombea con fuerza. Mark es grande, muy grande, si a Joana, que es adulta, la deja marcada de esa forma, ¿cómo estará Ian?

—Quiero ver al niño —digo de forma tajante mientras me pongo en pie como un resorte. No es una pregunta. Tampoco la estoy informando. Es una orden, me doy cuenta del tono que he usado, pero no me arrepiento.

Ella me mira desde el balancín por un segundo, como dudando. Pero vuelve a asentir con la cabeza y se pone en pie con algo de dificultad.

Caminamos juntas hasta la caravana y Joana abre la puerta con una fuerza de voluntad que no sabía que tenía.

Mark pone sus ojos en mí en cuanto pongo un pie dentro y, un segundo después, mira a Joana con rabia. Sé lo que significa esa mirada y mi estómago se revuelve. Cuando salga de aquí ella recibirá su debido castigo.

—Sigue recto y a la derecha —me indica Joana sin dejar de mirar a Mark. Creo que por primera vez ha hecho algo en contra de la voluntad de este hombre y en parte me siento orgullosa de ella, aunque por otra, siento lastima.

«¿Cómo puede una persona llegar a estar en una posición así?»

Mis ojos se encuentran con el cuerpo maltrecho de Ian y al instante suelto un grito ahogado de terror, que tapo con mi mano. El niño está en su cama, inmóvil y con los ojos cerrados. Puedo ver cómo su mejilla izquierda está hinchada, así como el ojo. Tiene la ceja partida y sangre alrededor. No está cosida aunque puedo ver que Joana ha intentado limpiar la herida como ha podido. No veo el resto del cuerpo pero no me hace falta.

Me giro sobre mí misma y me enfrento a los ojos inyectados de Mark, que ahora no sabe donde meterse.

Sabe que está en un buen lío.

Lo mire por donde lo mire, ahora su libertad está en mis manos. Y él lo sabe.

—Me los llevo de aquí. —Vuelvo a usar un tono autoritario y él sabe que no se lo estoy pidiendo—. A los dos —continuo—. Y si sabes lo que te conviene no opondrás resistencia.

Miro a Joana.

—Recoge lo que necesites para ti y el niño —ordeno sin opción a réplica.

Veo como Joana mira de reojo a Mark, que asiente a regañadientes, y solo cuando él hace este gesto, ella comienza a buscar entre los pocos armarios de la caravana algo de ropa y demás.

Yo, por mi parte, vuelvo a mirar a Ian y pienso cuál será la mejor manera de llevarlo hasta el coche haciendo el menor daño posible.

Una hora después estamos en casa. Evado la mirada de Joana cuando ve la enorme habitación a la que he llevado al niño para depositarlo con cuidado entre las sábanas. Acto seguido, y sin esperar a que la madre me dé permiso, llamo al médico de la familia y le pido que venga lo antes posible, le explico la situación y asiento mientras el me dice que hacer hasta que él llegue.

—¿Esta es tu casa? —pregunta Joana mientras busco entre los armarios, toallas y demás para que ella pueda darme una ducha como Dios manda.

He visto su cara cuando hemos llegado. Se que está sorprendida, y lo entiendo. ¿Qué tipo de profesora puede permitirse tener algo así?

—Es la casa familiar —digo sin más—. Una larga historia —termino, quitándole importancia.

Sé que tiene más preguntas, pero tendrán que esperar. Lo primero es Ian, y explicarle a mi padre que, además de mis amigas, ahora tenemos invitados en casa de forma indefinida.

Capítulo 12

Antes

El fin de curso se acerca. Hemos estado todos bastante tensos con las notas finales. La mayoría depende de esas notas para poder conseguir becas que les permitan estudiar la carrera que han decidido. Otros, como Bran, no se preocupan demasiado ya que sabe que con aprobar le basta para poder estudiar mecánica, pero aun así ha sacado muy buenas notas, lo que demuestra que, cuando se decide a hacer algo, lo hace lo mejor posible.

—¿Y a ti que tal te ha ido? —me pregunta Ona. Estamos en la zona abierta del instituto. El campo nos rodea y el viento mece su pelo rubio, dándole un aire de diosa que siempre me ha encantado y he odiado a partes iguales. «¿Por qué tiene que ser tan guapa?». La vida no es justa, a veces. Mientras ella es preciosa físicamente, yo tengo que aguantar mis granitos, mi piel de naranja y mis michelines, aunque Bran se empeñe en decir que no me sobra ni un gramo.

—Bien —contesto. He sacado nota de sobra para la carrera—. ¿Y tú qué tal?

Ona se coloca un mechón de pelo tras la oreja, que no tarda en volar de nuevo con el viento, mientras sonríe de lado. Una sonrisa perfecta, como toda ella.

—La suficiente —responde—. De todas formas. Conseguiré lo que quiero de una forma u otra.

Mis ojos se entrecierran. «¿Que ha querido decir con eso?». No me da tiempo a pensar en una respuesta plausible ya que alguien rodea mi cintura con sus brazos y me levanta como si no pesara nada. Mi risa resuena a mi alrededor al reconocer de forma instantánea las manos de Bran. Lo reconocería en cualquier parte, en medio de una multitud, e incluso con los ojos cerrados.

—¡Bájame! —le insto unos segundos después—. ¡Te vas a hacer daño!

Ahora es él quien se ríe, y siento como mi corazón se calienta al escucharlo. No comprendo cómo puede ejercer ese poder sobre mí, pero así es.

—¿Daño? —pregunta entre risas—. ¡Si no pesas nada!

—Ja, Ja —contesto—. Muy gracioso. Sabes que eso no es verdad.

Bran me baja entonces, me hace girar hasta que nuestros ojos se encuentran y uno de sus dedos levanta mi barbilla con cuidado.

—Eres perfecta —susurra cuando se ha asegurado de que le presto atención. Sus palabras, como su aliento, acarician mi cara y mi alma y, de repente, me siento más segura. Más segura de mí misma, y más segura de que esto, lo que tenemos, es único, irrepetible, para siempre.

—Ehhhmm, tortolitos… —escucho a mis espaldas, y recuerdo que estaba hablando con Ona hace solo unos segundos. Me giro hacia ella y pregunto con la mirada.

—¿Os queda mucho para terminar con esta escenita? Lo digo para saber si espero o mejor me voy a otra parte.

«¿Por qué se pone así? Será que ella no protagoniza este tipo de escenitas cada vez que está con Axel».

—¡Vamos, Ona, no te quejes! ¡Vosotros dos sois peores, y lo sabes! —le responde Bran, a lo que yo asiento con la cabeza.

Ona sonríe con suficiencia y sus dientes blancos relucen perfectos.

—Lo sé —responde sacudiendo el pelo hacia atrás—. Pero eso es normal. Somos nosotros, al fin y al cabo.

—¿Y? —pregunta Bran con curiosidad.

—Pues que Axel me quiere tanto que nunca me dejará, nunca se alejara de mí, ni me abandonará por nada en el mundo…

Ouch, eso ha dolido. No entiendo porque a veces tiene que ser tan… tan mala persona, por no decir otra cosa. Acaba de meter el dedo en la llaga. Donde más duele. En lo único que empaña nuestra relación.

La expresión de Bran cambia de forma instantánea, se agria por segundos y no puedo evitar ver que hasta parece que suelta un pequeño gruñido. Yo por mi parte siento un intenso dolor en el corazón que hasta hace solo unos momentos no tenía. Sé que esto, lo nuestro, va a cambiar de forma drástica en menos tiempo del que me gustaría. Pero también sé que podremos con ello, que lo que sentimos el uno por el otro no desaparecerá por que me vaya a estudiar fuera. Esa seguridad es lo único a lo que puedo aferrarme.

—Ya te vale, Ona —escuchamos detrás de nosotros. Su expresión cambia al ver a Axel, al que no había visto venir, y que, por lo visto, ha escuchado lo que acaba de decir.

Ella simplemente se encoge de hombros mientras abre los brazos, a la espera de que Axel se acerque para envolverla en ellos. Le planta un sonoro beso en los labios a su novio y sonríe con inocencia mirándolo a los ojos—. ¿Qué? —pregunta como si nada—. Solo digo la verdad.

Axel se da la vuelta, aún entre los brazos de Ona y nos mira en un intento de esconder su tristeza por la situación.

—Disculpadla—susurra—. Seguro que no lo ha dicho con mala intención. —Nos sonríe, pidiendo perdón con los ojos.

Bran sólo asiente con la cabeza y yo hago un mohín. Ese comentario ha estado fuera de lugar. Se mire por donde se mire.

Más tarde, estamos tomando un helado, sentados al borde del río, en nuestro lugar especial,

mientras vemos caer el sol. Mi cabeza está apoyada en su hombro derecho y los dos comemos en silencio. Estos momentos son los que más echaré de menos. Cuando no necesitamos hablar para entendernos, cuando el silencio es la mejor de las formas en las que nos comunicamos.

Acabo mi helado y lo miro de reojo. Sus manos se apoyan en la tierra y su mirada está centrada en el cielo, aunque puedo asegurar que su cabeza está muy lejos de aquí, ahora mismo. Dejo que se tome su tiempo hasta que se de cuenta de mi mirada, y cuando por fin lo hace, sonrío de forma ligera.

—¿Estás bien? —pregunto con reticencia.

Bran me sostiene la mirada, pero no dice nada.

Espero una respuesta que no llega por lo que asiento con la cabeza y beso su hombro.

—Todo irá bien, ya veras.

—No quiero hablar de eso —contesta algo más rudo de lo normal.

Agacho mi mirada y me preparo para los consiguientes minutos de lo que yo denomino el Bran Gruñon. No suele durar mucho, pero es cabezón como él solo, así que sé que lo único que puedo hacer es esperar a que se le pase, por lo que me tumbo en la tierra y cierro los ojos, respirando el aire limpio.

Como preveía, a los pocos minutos, noto como Bran se mueve y entonces sus labios se rozan con los míos de forma suave. Abro los ojos para encontrarme con los suyos, de un azul cielo que siempre me ha encantado.

—Tienes los ojos que quiero ver cada día, de todos los días de mi vida —suelto sin poder evitarlo.

Él sonríe y vuelve a besarme, pero esta vez con más intensidad. El beso se hace mas rápido, mas urgente, y sin darme cuenta, esta casi encima de mí y siento sus manos por todas partes.

Estamos en medio del bosque, a la vista de cualquier persona, pero ahora mismo nada de eso importa. Solo quiero tenerlo cerca, sentirlo, saber que todo irá bien de verdad, que seguiremos juntos, a pesar de la distancia. Que lo nuestro no se acabara nunca, por que ¿como podría hacerlo?

Lo atraigo más hacia mí y comienzo a levantar su camisa sin dejar de besarlo hasta que noto como sus manos paran las mías y dejo de sentir sus labios

Abro los ojos y lo miro, preguntando con la mirada.

—Aquí no. —Es lo único que dice. Se levanta y me ofrece su mano, que acepto con gusto.

Caminamos en silencio por un sendero nuevo para mí, pero que él parece conocer bien ya que, a pesar de casi no haber luz solar, camina con seguridad, guiándome con su mano agarrada a la mía.

De repente, y como de la nada aparece una pequeña cabaña de madera.

Bran se adelanta, saca una llave de debajo de una roca y abre la puerta con confianza. Entra y me mira, agarrando la puerta, invitándome a entrar.

No me hago de rogar y camino con rapidez hacia adentro. Entonces se mueve entre la

oscuridad y la luz llena la estancia. La cabaña puede ser pequeña pero está equipada con todo lo necesario para poder vivir, al menos durante un tiempo. Un pequeño sofá, delante de una chimenea, una pequeña y rudimentaria cocina y una cama es todo cuanto hay, pero también todo cuanto se necesita.

—¿Dónde estamos? ¿De quién es eso? —pregunto con curiosidad. Está claro que él ya ha estado aquí antes.

—Mi padre y yo la hemos estado ocupados durante un tiempo —responde con una media sonrisa. Sabía que su padre es un manitas, como él, pero no tanto.

—¿Te gusta? —pregunta—. Ha sido nuestro pequeño proyecto conjunto —explica—. Siempre que tenía algo de tiempo para mí, veníamos aquí y pasábamos el rato construyéndola… —continúa, hablando más para sí mismo, que para mí—. Me dio pena terminarla —suspira, metiéndose las manos en los bolsillos delanteros—, pero creo que ha quedado bastante bien.

Veo como Bran se acerca a la pequeña cocina y saca algo de uno de los armarios, luego empieza a toquetear y la música de la radio llena la estancia.

Me acerco a él, que está absorto mirando a su alrededor y lo abrazo por la espalda.

—Es preciosa —susurro—. Me encanta.

El se gira dentro de mis brazos y me mira a los ojos.

—Tú sí que lo eres —dice antes de volver a besarme como en el bosque.

Los minutos pasan, la ropa cae al suelo en un pequeño camino que lleva a la cama donde, entre besos, caricias y palabras de amor, nuestros cuerpos se unen por primera vez mientras, como por arte de magia, suena nuestra canción. Una canción que siempre nos pertenecerá, al igual que estos momentos vividos, pues permanecerán en nuestra memoria mientras vivamos.

Las vacaciones se terminan y estoy en mi habitación, terminando de preparar la maleta e intentando reprimir las lágrimas de mis ojos. Estás últimas semanas han sido las mejores de mi vida. Bran y yo hemos pasado juntos casi todo el tiempo. Creo que nunca me he sentido más feliz.

Por eso dejo que las lágrimas caigan cuando cierro de forma definitiva la maleta.

Las cosas están listas. Todo está preparado.

Todo, menos yo.

Sé que tengo que irme. Es para lo que me he estado preparando tanto tiempo, por lo que he luchado tanto. Tengo una meta en la vida, la tenía mucho antes de conocer a Bran y se que es lo correcto; pero por otro lado, eso implica alejarme de él, y eso me está matando por dentro.

Escucho como mi teléfono móvil suena en el bolsillo trasero, lo saco y miro la pantalla. Una sonrisa sincera se planta en mi cara de forma instantánea.

Es Anthony, mi hermanastro. Solo nos llevamos cuatro años, y he de decir que al principio no me hizo ni pizca de gracia que mamá tuviera un bebe de su nuevo marido, pero ahora no podría estar más contenta. Anthony y yo nos llevamos tan bien que parece que estuviéramos siempre

juntos, aunque por desgracia no es así. Papá se aseguró de que mamá no pudiera estar conmigo más tiempo del estrictamente permitido por ley, aunque el mismo tampoco es que pasara ese tiempo a mi lado.

—¡Anthony! ¿Cómo estás, enano?

—¿Cómo que, enano? ¡¡Te recuerdo que soy más alto que tú!!

—Pero yo siempre seré mayor… —respondo con retintín, sabiendo que eso siempre le ha molestado por la cantidad de veces en las que peleábamos por lo mismo.

—¡Y por eso te saldrán arrugas antes que a mi! —contesta él con rapidez, como si ya supiera de antemano lo que iba a decir y tuviera la respuesta correcta en la punta de la lengua.

Hago un mohín y sonrío de lado. El siempre sabe como sacarme una sonrisa—. Bueno, ¿Y para qué me has llamado, hermanito?

—¿Es que no puedo llamarte simplemente porque sí, para saber como estas o que estás haciendo?

—¿Tu? ¡No! Vamos, suéltalo, ¿Qué necesitas? —pregunto sin perder la sonrisa mientras niego con la cabeza.

—¿Ahora mismo? Pues que me abras la puerta —dice justo cuando suena el timbre de casa.

Mis ojos se abren de forma instantánea, suelto el móvil, dejándolo de cualquier manera encima de la cama y bajo las escaleras tan rápido que me salto algunos escalones a riesgo de hacerme daño de la forma más tonta. Llego hasta la puerta antes de que el ama de llaves ponga la mano en el pomo y consigo abrir yo misma la puerta. Acto seguido un chico alto y delgado de complexión musculosa me envuelve en sus brazos y comienza a dar vueltas sobre sí mismo conmigo en el aire. Las risas de los dos resuenan por la entrada y el descansillo de la casa durante unos instantes y cuando el me pone de nuevo en el suelo, vuelco a abrazarle con fuerza.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al soltarlo

—¿Estas de broma? —pregunta con cara de incredulidad—. ¿Pensabas que te irías sin despedirte de mi?

Mi sonrisa desaparece por un instante y recuerdo lo que estaba haciendo cuando recibí su llamada.

—¡No! —respondo intentando disimular mi momentáneo malestar—. Pensaba pasar por casa de mamá para despedirme antes de conducir en dirección a la universidad…

—Mamá no está —responde Anthony haciendo una mueca—. Se ha tenido que ir al hospital a toda prisa. La Nona se ha enfermado de nuevo y está cuidándola.

La Nona, apodo con el que llaman de forma cariñosa a la madre de Philip, el marido de mamá, de ascendencia italiana, junto al mismo Philip, es lo más parecido a una familia de verdad que he tenido. Por eso siempre me ha dolido tanto no poder pasar más tiempo con ellos.

—¿Lo de siempre? —pregunto.

Anthony asiente con la cabeza y arrugo la nariz; las insuficiencias respiratorias cada vez son más frecuentes y duran más tiempo. Está claro que algo le pasa, aunque no logran dar con la

tecla—. ¿Cuando se va a vivir con vosotros de forma definitiva?

—¿La Nona?¿Viviendo con nosotros? —suelta una risotada—. Ya la conoces, todo lo que tiene de cariñosa lo tiene de cabezona. No acepta el hecho de que estaría mejor viviendo en casa. A ella le gusta su independencia, por no hablar de lo que ella denomina «ser una carga» —termina de decir él, haciendo el gesto de las comillas con estas últimas palabras.

Vuelvo a negar con la cabeza. Sí que es cabezona. Pero esto ya es un tema serio. Cualquier día puede no darle tiempo a avisar antes de desmayarse o darse un mal golpe por el mareo que le produce el no poder respirar de forma correcta.

—Va a tener que dar su brazo a torcer en algún momento —digo con sinceridad—, y más vale que no tarde mucho.

Anthony asiente, dándome la razón. Entramos en casa y el tiempo pasa con rapidez mientras nos ponemos al día, hasta que Brigitte, la ama de llaves, toca de forma ligera la puerta abierta del comedor.

—Señorita —dice de forma suave—, siento interrumpir, pero su padre está en su despacho, esperando para despedirse de usted.

Hago un mohín de nuevo y mis ojos se ponen en blanco, ni siquiera es capaz de venir hasta donde estoy para decirme adiós. Está claro que sabe que Anthony está aquí, y por supuesto, no quiere ver al hijo que su exmujer tuvo con el hombre por el que lo abandonó; aunque, si esta era su forma de proceder con ella, no me extraña que lo hiciera, de hecho no entiendo como tardo tanto.

—Ahora vuelvo —le digo a Anthony mientras me pongo en pie y me aseguro que mi ropa no tiene siquiera una arruga.

Él asiente con la cabeza y me infunde ánimos con los ojos. Me doy la vuelta, y salgo del comedor en dirección al despacho de mi padre mientras tomo aire y me obligo a calmarme.

Capítulo 13

Ahora

Joana sigue impactada y lo entiendo. El médico llegó hace una media hora y desde entonces está al lado del niño, trabajando en las heridas y hematomas que tiene, además de verificar si es necesario llevarlo al hospital.

Ella me mira de reojo, se ha duchado y lleva puesta algo de ropa que le he regalado. Le queda grande ya que está en los huesos, pero por lo menos no ha insistido en ponerse algo de la ropa que ha traído, que ha visto años mejores.

—Bueno —escucho que dice el médico mientras guarda sus cosas en el maletín—. Esto ya está.

Me levanto de la silla y me acerco con rapidez seguida de la madre.

—En general está bien. Se recuperará. Este tipo de cosas en niños son rápidas, pero las secuelas psicológicas ya son otra cosa —dice ahora en tono más bajo, para que Ian no lo escuche. Mira con seriedad a Joana—. No permita que esto vuelva a pasar o yo mismo interpondré una denuncia hacia ese salvaje. —Me mira de nuevo—. Si necesitas algo más, avísame y estaré aquí lo antes posible. Cuida del niño —dice en un tono que no consigo entender.

«¿Por qué me dice a mí que lo cuide? ¿No debería decírselo a su madre? Aunque, visto lo visto, está claro que no se fía de ella».

Asiento con la cabeza y se va.

Joana y yo nos miramos en silencio medio segundo antes de acercarnos a la cama, y consigo reprimir un grito al verlo de nuevo. Tiene un ojo y la mitad izquierda de la cabeza vendada, además de contusiones en los brazos que no había visto hasta ahora. Él abre el ojo bueno y me sonríe como puede, para, acto seguido, hacer una mueca de dolor. Está claro que le duele todo.

—Chisssss —replico con suavidad—. No hagas esfuerzos, cariño. Ahora descansa, que lo necesitas. —Fuerzo una sonrisa como puedo—. Ya verás como en unos días estarás jugando de nuevo en clase y todo esto será solo un mal sueño.

—¿Dónde estoy? —consigue decir a duras penas.

—Estamos en casa de Juliett, cielo —responde su madre, detrás de mí.

Noto como Ian cambia su expresión al verla. Se me encoge el corazón al ver que no está contento de ver a su madre cerca. No debería ser así, pero entiendo que su situación es complicada.

Jane, Susan y Emily aparecen en casa un rato después. Las pongo al día antes de subir las escaleras que dan a las habitaciones y ellas entran detrás de mí casi en fila, como si fueran los niños de sus clases al entrar al aula después del patio.

Se presentan a Joana en el mismo orden y seguidamente van hacia la cama sobre la que Ian las mira con algo de recelo, que pierde a los dos minutos, ya que las tres se deshacen en comentarios cariñosos hacia el niño, asegurando, tal y como he hecho yo hace nada, que en poco tiempo estará jugando de nuevo como si nada.

Poco después, se despiden y salen, para darles tranquilidad. Yo hago lo mismo, me despido de Joana, y le doy un beso con cuidado a Ian, antes de salir por la puerta.

Las tres están justo al otro lado de la puerta, al salir, tal y como había predicho. Les pido silencio con la mano y bajamos las escaleras, en dirección a la cocina.

—Te acabas de meter en un buen lío, Juliett —suelta Susan, cruzándose de brazos.

—¿Perdona? —respondo de forma automática, imitando.

—Ellos no deberían estar aquí, y lo sabes —contesta ella, sin más—. Para empezar —dice levantando un dedo—. Ese niño debería estar en un hospital, y no aquí. Y además —continúa, levantando otro dedo—, la madre tendría que estar detenida, como mínimo, por permitir algo así. —Termina, bufando de mala gana—. No se como una madre puede quedarse de brazos cruzados y encima intentar ocultarlo.

—Yo sí —responde de repente Emily. Las tres callamos, la historia de su vida es tan triste que me impido a mí misma pensar demasiado en ello, pero está claro que, de nosotras, la que mejor puede entender a Joana es ella.

—Emily, cielo —dice Susan poniendo una mano en su hombro—. Nadie está poniendo en duda que Joana quiera a su hijo, pero sabes mejor que nadie que Susan tiene razón.

—Lo sé —responde Emily—. Pero yo he estado en el otro lado, y veo las cosas de otra manera. —Me mira a mí—. Juliett, estoy segura de que solo pretendes ayudar. Pero, por favor —dice ahora con los ojos aguados—. No permitas que vuelva a pasar. —Se acerca y envuelve mis manos con las suyas—. Es verdad que tendrías que haber dejado las cosas en manos de las autoridades, pero ya que ellos están aquí. Asegúrate de que ese niño tenga una oportunidad.

Mis ojos imitan a los suyos y reprimo las lágrimas que pugnan por salir. Trago el nudo de mi garganta y comprendo la magnitud de mis actos.

Para Ian ahora yo soy la persona que lo ha salvado de una vida de miseria y maltrato, y no puedo permitirme el lujo de fallarle.

Asiento una sola vez y Emily me abraza. Siento su calor y le devuelvo el abrazo, sabiendo que acabo de aceptar una responsabilidad muy grande. Que quizá no me pertenecía, pero de la que no

me arrepiento.

Al día siguiente vuelvo a clase. Ian no estará durante un tiempo y lo se, por lo que debo poner a Mary al corriente. Me cae la consecuente bronca que sabía que me merecía, pero sigo sin arrepentirme de mi decisión.

—Bueno —dice ella—. Ahora te hablo como amiga, no como tu jefa. Necesito un favor.

Mi ceño fruncido desaparece en cuanto escucho esas palabras.

—Por supuesto, lo que necesites Mary, ya lo sabes.

—Tengo que irme unos días para estar con mi madre. Salgo esta tarde. Vuelve a estar enferma y su doctora ha pedido que le hagan unas pruebas. Así que necesito que te encargues un poco de esto mientras tanto —dice abarcando con las manos su escritorio, más desordenado que de costumbre, cosa que me extraña. Ella suele ser bastante ordenada.

—¡Claro! —respondo de forma inmediata, para darme cuenta del montón de papeleo y demás al que tendré que hacer frente.

—Muchas gracias… —dice Mary acercándose a mí y dándome un abrazo que me pilla por sorpresa, pero que acepto con gusto—. No sabes lo que me alegra oírte decir que sí… Tenía mis dudas, la verdad.

—¿Por qué? —pregunto de forma automática.

—Bueno, tus amigas están aquí, y es más trabajo de lo habitual… —responde.

Mis amigas…es verdad. No había pensado en eso cuando he dicho que Sí. Y es verdad que esto me hará quedarme hasta más tarde.

—No te preocupes. —Acabo por decir—. Ellas lo entenderán. —Le guiño un ojo y sonrío, para quitarle hierro al asunto.

Ella asiente y vuelve a su asiento, para cambiar su expresión de nuevo.

—No creas que esto hace que deje de estar molesta contigo por lo de Ian —dice guiñándome un ojo y con media sonrisa.

Yo asiento apretando mis labios para no reírme y salgo del despacho.

Esta tarde me paso por la residencia. Entre la llegada de las amigas y el tema de Joana e Ian, me he pasado un par de semanas sin venir y me remuerde la conciencia. Sé que ella no se acordará, pero yo sí, así que no me gusta faltar a mi cita.

—Hola, Amanda ¿Cómo estás hoy? —pregunto, como siempre.

—Muy bien, hija. No me puedo quejar —responde ella, también como siempre.

Pasamos la tarde juntas. La saco a pasear por el jardín y le doy la merienda. Últimamente no se acuerda de cómo se usan los cubiertos, eso es lo que me han dicho antes de pasar a verla, así que la he ayudado.

Para cuando me despido de ella, ya es de noche, así que la ayudo a meterla en la cama, la arropo como si fuera una niña y beso su frente para darle las buenas noches.

Salgo de allí con lágrimas en los ojos, como casi siempre. Y me paso el camino de vuelta intentando calmarme.

—¿Qué tal está? —me preguntan mis amigas al llegar a casa. Las pongo al corriente de las últimas noticias y me abrazan en conjunto, cuando termino.

—Voy a subir a ver a los invitados —les digo cuando deshacemos el abrazo, y entonces noto en sus caras una expresión que no me gusta—. ¿Qué pasa? —pregunto.

Se miran entre sí y yo arqueo mis cejas, esperando una respuesta.

—Joana ha estado hablando por teléfono con alguien —contesta finalmente Jane, mientras se cruza de brazos—. No se quien es —continúa—, pero no me ha gustado nada la forma en la que ella contestaba… —Da un paso hacia mí y pone una mano en mi hombro—Yo de ti, la vigilaría; es capaz de irse con el niño. Y tu y yo sabemos lo que eso significa.

Me quedo petrificada por un segundo.

«No creo que Joana sea capaz de volver con ese monstruo después de lo que le ha hecho a su hijo, ¿verdad?».

—Estoy pensando en volver —me dice Joana nada más entrar en la habitación. Cosa que me noquea por un instante.

—¿Cómo dices? —pregunto incrédula.

—He hablado con Mark, está destrozado, nos echa muchísimo de menos y está muy arrepentido de lo que pasó. Me ha asegurado que no volverá a suceder.

—¿Y tú lo crees?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —pregunta ella, como respuesta.

—¿Lo habías dejado alguna vez?

Ella asiente con la cabeza, sin entender el punto.

—¿En más de una ocasión?

Vuelve a asentir.

—¿Y te ha asegurado que ha cambiado cuando te has ido?

Asiente una sola vez, pero más despacio, comenzando a entender.

—¿Y realmente lo ha hecho? —pregunto como colofón.

Ella me mira por un instante antes de desplomarse en la silla de la que se había levantado. Sus manos cubren su cara y la escucho sollozar.

Es duro darse cuenta de que la persona a la que quieres no va a cambiar, pero es mejor verlo ahora, que más tarde, cuando quizá pase algo que sea irreparable.

Me agacho, para ponerme a su altura y pongo una mano en su hombro, notando como este tiembla, por el llanto incontrolable y lo acaricio con tacto.

—Todo irá bien —susurro—. No estás sola. Yo te ayudaré a salir de esta. Ian y tú estaréis bien. Y sobre todo, estaréis a salvo.

Espero hasta que noto como deja de llorar y su mano se posa sobre la mía, apretando con suavidad.

—Gracias —dice en un hilo de voz.
—No hay porque darlas —contesto.

Capítulo 14

Antes

—Vale, papá. De acuerdo —le digo después de escuchar la retahíla de normas y deberes que me ha impuesto, antes de poder irme.

—¿Estás segura de que te acordaras de todo? Puedo enviártelo todo por email —se ofrece.

—¿En serio? —pregunto sin poder creer lo que acabo de escuchar—. Papá, te prometo que seré capaz de acordarme. —Me encojo de hombros, reprimiendo mis ganas de mandarlo lejos.

Él me examina de forma minuciosa, como si fuera su oponente en la sala de juicios. Casi como si estuviera buscando un resquicio en el que meterse para poder desarmar mi argumento.

Yo me mantengo en pie, sin mover un músculo, con cara de hastiada de la situación y esperando a que me de el ok, para poder irme. Después de lo que parecen unos segundos interminables, agacha la mirada, vuelve a su ordenador y me hace una señal con la mano.

Entonces. Y solo entonces, me doy la vuelta y me voy.

Nada. Ni un abrazo, ni un beso en la mejilla. Ni siquiera un apretón de manos. Solo ha vuelto a lo suyo y ya está.

«¿Esa es la manera de despedirse de una hija?».

Estaré fuera años.

«¿Ni siquiera eso es suficiente como para un gesto de cariño?».

Intento no pensar demasiado mientras me coloco la enorme mochila al hombro, agarro el asa de la maleta y la arrastro escaleras abajo. Abajo, Anthony me quita la mochila y se la cuelga él, para agarrar un par de bolsas más, una en cada mano y salir los dos a la calle, camino del coche.

Metemos las cosas en el maletero y Anthony se acerca a mí para darme un abrazo cuando, por el rabillo del ojo, veo a Bran más adelante, a una distancia prudencial de la casa, como siempre hace cuando papá está aquí.

—Ahora vengo —le digo a mi hermano, que se cruza de brazos, al verlo.

—Vale, te espero aquí —me dice sin muchas ganas. Bran no le cae bien, desde que le hable de la discusión que tuvimos cuando le dije que me iría, con los consecuentes días que pasamos separados—. Si me necesitas, hazme un gesto, estaré pendiente.

—No te preocupes —le digo forzando una sonrisa y poniendo una mano en su pecho. Me doy la vuelta y camino con lentitud hacia el, que no me quita ojo de encima.

—Ya te vas —me dice al llegar.

—Sí —respondo con reticencia—. Ya está todo preparado.

—Todo no —contesta con una mirada triste—. Yo no lo estoy.

Lo miro a los ojos y hago una mueca. Se que lo está pasando mal. Los dos estamos igual.

—Lo sé —admito—. Yo tampoco.

—Pues no te vayas —suplica—. Te quiero, Juliett. No puedo pensar en que te alejes de mí.

Acaba de decirme que me quiere por primera vez. ¿Y tiene que ser ahora? ¿Tiene que usar esas palabras como chantaje, para conseguir lo que quiere? No me parece justo. Mi corazón bombea con fuerza por haberlas escuchado, pero estas, están empañadas por la situación.

Lo quiero, por haberlas dicho, pero lo odio, por haber esperado hasta ahora para escucharlas.

—Tengo que hacerlo —me fuerzo a decir.

—No, no tienes que hacerlo.

—Sí, sí que tengo.

Esto comienza a parecer un tira y afloja que no lleva a ningún lado.

—Dame un abrazo, Bran —pido.

En lugar de hacerlo, da un paso atrás y se cruza de brazos.

—Ven tú. Después de todo eres tú quien se va porque quiere.

—No empieces, por favor. —No es el momento para esto. Me está costando un mundo tener que irme, y no necesito una pelea. Necesito apoyo, que me diga que todo estará bien y que nada va a cambiar.

Él me mira con rabia, lo noto en su mirada.

—Esto lo has empezado tú, Juliett.

Bran no va a dar su brazo a torcer. Ahora lo veo.

—Está bien —digo, doy un paso hacia el para, como me ha pedido, ser yo quien le dé un abrazo, pero entonces él me deja la sangre helada, ya que no solo me rechaza el abrazo, sino que, además, hace un gesto de asco.

Y eso es lo último que me esperaba de él.

—Si no quieres que te abrace, no me pidas que lo haga —recrimino cruzándome de brazos, intentando que no vea mis puños cerrados.

No responde, solo me mantiene la mirada y puedo ver como las aletas de su nariz se dilatan, por el enfado.

Le mantengo la mirada unos segundos y entonces me doy por vencido.

—Como quieras —digo mientras me doy la vuelta para volver al coche con el alma derrotada y las lágrimas a punto de salir.

—¡Estás cometiendo un error, Juliett! —grita Bran desde su posición, cuando ya estoy algo alejada. Escucho sus palabras, pero no pienso darle lo que quiere. No quiero ni puedo hacer esto

ahora.

—¡Te arrepentirás de hacerme esto! —sigue diciendo—. ¡Piénsatelo bien, porque si te vas, no estaré aquí cuando vuelvas! —amenaza.

Sigo sin girarme. Miro a Anthony, que pasa su mirada de mi cara hacia Bran y vuelta, y parece a punto de correr hacia él con los puños cerrados. Le hago un gesto para que no se mueva del sitio y sigo caminando hacia el coche, sintiendo como pierdo energía a cada paso que doy.

—¿Me escuchas, Juliett? —grita—. ¡Ya no estaré aquí! ¡Si te vas, esto se acaba aquí y ahora! —vuelve a amenazar.

Pero no me giro. Solo me quedan un par de pasos para llegar hasta el coche y veo como los vecinos, curiosos, se asoman por las ventanas para ver qué es lo que está pasando y quién está formando semejante escándalo.

—¿No tienes nada que decir? —grita, aún sin moverse.

Miro hacia la ventana del estudio de mi padre y doy las gracias al ver que él no la ha abierto. No se si puede escuchar lo que está pasando pero agradezco que no se meta. O quizá es que le gusta que Bran este haciendo esto, ya que con eso consigue su propósito original; separarme de él.

«Punto para ti, papá».

Llego al coche y solo entonces me giro, abriendo la puerta del piloto. Lo miro por un segundo y veo como él ha dado un par de pasos hacia mí. Sus puños están cerrados por la rabia y su cara está roja, por el enfado.

Nuestros ojos se encuentran y creo ver algo de remordimiento por un segundo. Pero entonces esa sensación desaparece, y la seguridad de creer que hace lo correcto lo inunda.

—¡Tú decides, Juliett! —grita, finalizando su alegato.

Me tomo un segundo para calmarme, miro a mi hermano por un instante y aprieto los labios.

—Yo no estoy decidiendo nada, Bran. Eso solo lo estás haciendo tú —admito.

No he gritado, pero he alzado la voz lo suficiente para que él pueda escucharme. Me meto en el coche. Miro de nuevo a Anthony y arranco el motor. Él se agacha y asoma la ventana por el asiento del copiloto.

—Vete de aquí, Juliett. No dejes que esto te haga hacer algo de lo que te arrepentirás el resto de tu vida. —Saca la cabeza y mira hacia donde está Bran—. Yo me voy ya, o te juro que lo mato —susurra sin apartar la mirada del que, hasta ahora, ha sido mi novio, mi persona favorita y mi mundo. Pero que ha decidido tomar una decisión de forma unánime que nos hará a ambos extremadamente infelices.

Salgo del camino e intento no mirar hacia donde aún está.

Conduzco el coche a la salida del pueblo, y solo cuando he salido de él, dejo que las lágrimas, que he mantenido a raya hasta entonces, caigan con libertad por mis mejillas.

Capítulo 15

Ahora

Bran: «¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? Un tipo guapo, alto, fuerte…vamos, todo un partido…».

Juliett: «Pues ahora mismo no me suena… ¿Cómo era tu nombre?».

Bran: «Ja, ja… muy graciosa, ¿te acuerdas de que tienes novio, verdad? Lo digo porque como no sé nada de ti desde hace días».

Juliett: «Lo sé, lo siento, es que he tenido mucho lío, ya te contaré».

Bran: «¿Mucho lío? ¿Qué pasa, qué tanta fiesta con las amigas te está pasando factura?».

Juliett: «Ahora el gracioso eres tú… No. No es por salir de fiesta. Es que han pasado cosas y he estado atareada con mil asuntos».

Bran: «¿Estás bien? ¿Está todo bien? Si pasa algo sabes que puedes contar conmigo. ¿Verdad? ¿Me paso por tu casa? Prometo tocar el timbre en lugar de colarme por la ventana».

Sonrío al ver el último mensaje. Bran siempre será Bran. Irreverente, alocado, impulsivo…, pero con un corazón de oro. Se que puedo contar con él para lo que necesite. Siempre será así.

Suspiro sin apenas darme cuenta y vuelvo a escribir.

Juliett: «Puedes venir, si quieres. Y tranquilo,

puedes saltar la ventana si así te encuentras más cómodo, pero debo advertirte de que tenemos más visitantes en la casa».

Bran: «¿Y eso?».

Paso a llamarlo ya que será más fácil así, y diez minutos después cuelgo el teléfono y bajo al comedor donde Jane, Susan y Emily, que ya han terminado de desayunar.

—¡Perdona, Juliett! —dice Susan en cuanto me ve—. Es que teníamos hambre, y como no venias… —se encoge de hombros y hace una mueca, recordando a una niña a la que pillan haciendo una trastada.

—No te preocupes —digo haciendo un gesto con la mano. Y acto seguido, cojo una taza y la cafetera. Me doy la vuelta y apoyo la espalda baja en la encimera de la cocina—. Ahh, solo avisaros de que es posible que Bran se pase por aquí esta tarde. Lo digo para que os portéis bien con el, que os conozco… —replico antes de guiñarles un ojo y dar un sorbo.

—¿¡Nosotras!? —suelta Susan toda ofendida, con una mano en el pecho, tan teatrera como siempre. No por nada estuvo en un grupo de teatro en la universidad solo por pura diversión… aunque, el que nos obligara a ir a verla cuando actuaba no es que fuera tan divertido.

—Sí, vosotras —respondo en tono neutro. Las conozco lo suficiente como para saber que son capaces de hacer sentir incómodo a cualquiera, si es lo que se proponen—. Prometedme que seréis buenas —digo antes de acabarme el café y darles un beso antes de salir por la puerta, camino del colegio.

La jornada es de lo más intensa ya que, además de las clases, tengo que encargarme del trabajo de Mary. No es la primera vez que me pide ayuda, pero si la primera en que estoy sola ante el peligro.

No sé si son los niños o la forma que tengo de afrontar el día pero termino de los nervios y con más ganas que nunca de volver a casa. Cosa de la que me arrepiento nada más poner un pie en ella.

—¡Venga chicas, no seáis malas! —Escucho decir a Bran desde el comedor. Camino con rapidez hacia allí y la escena que me encuentro es de lo más cómica, si no fuera porque se que lo han hecho adrede. Bran está sentado a la mesa, con los brazos cruzados y una expresión que solo podría describir como «Por favor que alguien me ayude» mientras las chicas lo rodean y las preguntas bailan en el aire. Le están haciendo un tercer grado en toda regla. Cosa, que, por otro lado, se merece. Reprimo una carcajada y me obligo a mí misma a poner cara seria.

—¡Chicas! ¡Qué os dije! —les recrimino en voz alta para que me vean. Están tan concentradas en lo que hacen que ni siquiera me han oído llegar.

Suelto el bolso de cualquier manera y Bran se levanta como un resorte y se coloca detrás de mí como un niño que usa a su madre de escudo ante cualquier cosa.

—Menos mal que has llegado —susurra Bran en mi oído—. Sino, estas arpías me habrían

comido vivo.

—Te lo tendrías bien merecido —le digo girando la cara hacia él, mientras suplico por lo más sagrado que ellas no me escuchen.

—¡Oye! —responde Bran ofendido. Pero acto seguido lo escucho reír y todas lo seguimos.

Al rato, y después de haber cenado en un ambiente más que agradable. Bran se despide de todas ellas, dándoles un abrazo, dejándome a mí para el final. Lo acompaño hasta la puerta de casa y él me agarra la mano de camino hacia ella.

—Podría acostumbrarme a esto —dice al llegar al umbral.

—¿A que?

—A esto —repite encogiéndose de hombros—. Tu, yo, una cena con amigos.

—En una casa, no en lugar de un sitio público, donde puedan vernos .... —continuo yo.

El hace una mueca y niega con la cabeza.

—Ya sabes a lo que me refiero —dice, intentando salir bien parado.

—Y tú también sabes a lo que me refiero yo —contesto, negándole la oportunidad.

Finalmente, vuelve a negar con la cabeza. Me besa en los labios, y sale por la puerta como si fuera algo que hace cada día.

—¿Y bien? —pregunto al volver al comedor, donde mis amigas están ya recogiendo la mesa.

—Y bien, ¿que? —pregunta Jane, como si nada.

Arqueo las cejas. estoy segura de que se han hecho una imagen mental de la forma de ser de Bran en lo que ha habido de cena, y pensaba que estarían ansiosas por compartirla conmigo. No en vano es la primera vez que se pueden pasar tiempo juntos.

—¿Qué quieres que te digamos, Juliett? —pregunta ahora Susan.

—¿Cómo, que quieres que te digamos? —admito con diversión—. Pues lo normal. ¿Qué os ha parecido? ¿Verdad que es un creído, cabezón y que no lleva razón?

—Bueno… —comienza a decir Emily—. Cabezón y creído si que es, para que nos vamos a engañar. Aunque también es verdad que feo no es para nada.

Todas la miramos con algo de sorpresa. Es la primera vez que oímos a Emily decir que un hombre es guapo, desde hace muchos años.

—¿Por qué me miráis así? —responde ella—. Que no quiera saber nada de hombres no significa que esté ciega. Y Bran es atractivo, no lo voy a negar —dice encogiéndose de hombros.

—Vale, vale —responde Susan, quitándole hierro al asunto, y vuelve la mirada hacia mí, de nuevo—. Juliett, si lo que quieres oir es que tú tienes razón y él no. Siento decirte que te vas a llevar una decepción.

—Entonces ¿Es él quien tiene razón? —pregunto indignada. De todas las cosas que podría haberme imaginado, pensar que mis amigas se pondrían de su parte no estaba entre ellas.

—Tampoco es eso —dice ahora Jane—. Lo que pasa es que nosotras lo vemos desde afuera, y por eso podemos ver las cosas desde otro ángulo.

—A ver, ¿Y qué ángulo es ese? —pregunto ahora cruzándome de brazos. Esta conversación

no me gusta y comienzo a sentirme un tanto incómoda.

—Juliett —dice Emily poniendo una mano en mi hombro—. No te enfades, es solo que nosotras, después de haber escuchado su versión, podemos entender muchas cosas.

—¿Y qué cosas son esas? —pregunto son retintín.

—Pues, para empezar —dice Susan—. Es lógico que se sintiera traicionado cuando te fuiste. Después de todo, él pensaba que al final no te irías.

—¿Cómo podía pensar que no me iría? ¡Él sabía que lo haría!¡Prepare y envíe las solicitudes con él! ¿Cómo podría no saberlo?

—Pues, por que él no lo habría hecho. Por esa sencilla razón. Para él, eres tan importante en su vida que no habría puesto en riesgo vuestra relación por nada del mundo, incluidos los estudios —dice ahora Emily casi en un susurro.

Trago con fuerza al escucharla. La habitación se queda en silencio y no puedo más que sentir como mi corazón se rompe y un dolor intenso aparece en mi pecho. Nunca lo había visto así, desde esa perspectiva. Sabía que él no quería que me fuera pero recuerdo tener siempre las cosas claras; aunque también es verdad que evitaba hablar de ese tema con él para no discutir, y claro, quizá eso lo llevó a pensar que al final no lo haría…

Cierro los ojos y respiro con profundidad, intentando calmar el dolor que siento, pero este se disipa con rapidez al recordar algo.

—Pero, ¿y las cosas que dijo? Muchas veces os he dicho todo lo que me dijo el día en que me fui. Si quieres a alguien no dices esas cosas.

—Si ese alguien a quien quieres te abandona, sí —dice Jane con cariño—. Piensa por un momento, ponte en su lugar. ¿Qué habrías hecho tú, si hubiese sido él quien te dejara?

—¡Desde luego, ponerlo a parir, no! —respondo con rapidez.

—Bueno —dice Susan—, cada uno responde de manera diferente ante una misma situación…

Hago una mueca. Lleva razón y lo se. Pero claro, no me hace gracia tener que dar mi brazo a torcer.

—¿Y qué me decís de las cartas? Le escribí muchísimas, lo sabéis, y él nunca me contestó ni una sola vez.

—¿Se lo has preguntado? ¿Has hablado con él, sobre eso? —interviene Emily.

No. La verdad es que nunca lo he hecho porque me da demasiado miedo la respuesta. Si las leyó y no me contestó, ¿por qué lo hizo? Pero, claro, quizá ni siquiera las abrió, y en ese caso, ¿por qué lo haría?

—Pues te aconsejo que lo hagas. Quizá te sorprenda la respuesta —vuelve a susurrar Emily, aunque lo bastante alto como para que las demás lo escuchen. Veo como todas asienten con la cabeza casi a la vez y vuelvo a hacer una mueca. Esta vez me tocara a mi, tocar un tema candente.

Dos días después, y tras mucha insistencia de parte de mis amigas, a las que a veces odio, aunque

se que lo hacen por mi bien, acabo quedando con Bran en el bosque, en nuestro lugar, al lado del río.

—¿Cómo estás? —pregunto de manera informal, para romper el hierro. Hemos estado unos minutos en silencio después de saludarnos y creo que si seguimos mucho tiempo sin hablar empezare a escuchar hasta el sonido de mi corazón, latiendo cada vez más rápido.

—Pues no muy bien la verdad —responde él.

—Escucha —comienzo a decir, pensando que se refiere al tercer grado de mis amigas—. Lo siento, ¿Vale?, se que lo del otro día no estuvo bien, pero te prometo que les pedí que se comportaran…

—No es eso —responde de manera algo cortante, pero con un deje de dolor en su voz que no soy capaz de ignorar.

—¿Qué pasa? —pregunto de forma apresurada—. ¿Estás bien?

—Es Joel —contesta abrazando sus piernas y apoyando su mentón en las rodillas, mientras su mirada se pierde en el agua, que no deja de fluir, envolviéndonos con su suave sonido.

—¿Qué le pasa a Joel?

—El otro día llegó borracho, de nuevo. No sabemos qué le pasa, pero nos preocupa bastante. Él nunca ha sido así. Hablé con Axel y los dos fuimos a hablar con él, pero nos cerró la puerta en las narices, literalmente. Mamá lo está pasando mal y lo que menos necesita ahora es otra preocupación más..

—¿Vega está bien? ¿A qué te refieres con «otra preocupación más»?

Bran gira la cabeza en mi dirección y me mira, sonriendo de lado, aunque esta sonrisa no le llega a los ojos.

—Una madre, lo es sin importar la edad que tengan sus hijos. Se da cuenta de cuando estamos bien o mal, y nota mi cambio de humor, aunque intente disimularlo. En más de una ocasión me ha amenazado con llevarme hasta tu casa tirándome de la oreja como si fuera un niño solo para que arreglemos las cosas y pueda volver a ser yo mismo.

No puedo evitar sonreír al escucharlo. Vega es una gran mujer y me encantaría poder tener una relación más estrecha con ella, por lo que me propongo llegar a tenerla, más pronto que tarde, pero por otro lado lo que ha dicho me ha producido una especie de punzada en el pecho. Quiero a mi madre y ahora que soy mayor comprendo bastante bien por que se fue. Además, se que el hecho de no haber pasado más tiempo con ella no fue culpa suya, sino de mi padre; pero al final fui yo quien pagó las consecuencias, y en realidad no se muy bien a que se refiere con lo que acaba de decir.

En mi caso, mamá no estuvo el tiempo suficiente conmigo como para saber si estaba bien o no, solo por mi estado de ánimo; y eso duele. Duele más de lo que estoy dispuesta a reconocer.

—Entiendo —digo, a pesar de no hacerlo.

Bran resopla y vuelve su mirada hacia el agua de nuevo.

—Pues eso —dice—, que ya bastante tiene conmigo, como para encima añadirle a Joel…

Nadie sabe qué le pasa. Solo sabemos que está irascible, no hay quien hable con él. Es como si se hubiera metido en su mundo y nada ni nadie le importara. Hace su trabajo, eso sí, pero luego desaparece para volver cada vez más tarde y más borracho…esto no puede seguir así. Hay que arreglar lo que sea que le esté pasando.

Escucho a Bran hablar con su hermano y dejo que se exprese. Es normal que esté preocupado, todos lo estamos. Y entiendo que necesite desahogarse, pongo una mano en su hombro y casi de forma inmediata su mejilla se posa sobre ella con cuidado.

Nos miramos durante unos segundos en silencio y le intento infundir ánimos sin una palabra.

Capítulo 16

Antes

Los primeros días en la universidad se me hacen eternos. Parece que vivo en el día de la marmota. Me levanto temprano, me preparo y me voy a la clase que toca. Paso las horas sin pena ni gloria en las que mis cuadernos parecen rellenarse casi de forma automática.

Echo de menos a Bran mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir. Incluso después de su numerito y del daño que me ha hecho, no puedo dejar de sentir lo que siento por él.

Quiero pensar que fue la desesperación, lo que hizo que se comportara de aquel modo, pero ¿por qué tuvo que decir esas cosas? ¿Por qué tuvo que decirme que me quería justo en ese momento? Sigo dándole vueltas a la situación, intentando encontrar una explicación, pero me está costando bastante.

Solo espero que el tiempo le haga entrar en razón y ver las cosas desde otra perspectiva.

—¡Hola, Juliett! ¿Cómo estás? —pregunta Jane, mi compañera de habitación. Ella llegó un día después y la verdad es que la forma de conocernos no fue normal.

Estoy debajo de las sábanas, como hice ayer mientras intento dormir o, al menos, dejar de llorar, cuando la puerta se abre de forma algo brusca y me quedo quieta y alerta.

—¿Hola? —pregunta una voz femenina—. ¿Hay alguien debajo de las sabanas? —escucho que dice con la voz acelerada.

No puedo resistir la curiosidad y asomo la cabeza lo suficiente sobre la sábana para ver quien es.

Ella entonces pone cara de circunstancias y aparta la mirada, buscando donde dejar una abultada caja llena de cosas.

—Disculpa —dice ya de espaldas a mí—. Si estás ocupada puedo venir luego.

—¿Ocupada? —pregunto sin entender, limpiándome la cara.

Veo como ella se encoge de hombros.

—Sí —dice—. Si hay alguien contigo, me voy. Así podéis terminar, tranquilos. Yo vuelvo luego. —Veo como pone una mano en el pomo y los colores suben a mi cara

—¡Espera! —digo en voz alta, destapándome del todo—. Estoy sola, aquí —admito—. Es solo que me está costando un poco adaptarme…

Ella se da la vuelta y me mira a la cara.

—Entiendo —me dice después de analizarme y darse cuenta de que estaba llorando—. No te preocupes —dice poniendo la caja encima de la mesa de estudio—. Sea lo que sea, seguro que todo irá bien.

La miro a los ojos, agradeciendo sus palabras, que son justo lo que necesitaba oír. Asiento una vez y ella se sienta en el borde de mi cama.

—Soy Jane —estira su mano, presentándose—. Y yo tampoco lo llevo bien —me guiña un ojo y comprendo que no soy la única que ha dejado toda una vida atrás.

Las penas compartidas, son más fáciles de llevar. Al menos, eso dicen. Y el hecho de que Jane esté en una situación parecida me da esperanza. La comprensión de entender que estaré bien, aunque ahora no lo vea.

Días después, Jane y yo ya somos grandes amigas, para mi sorpresa. Hemos encajado a la perfección, y eso me hace feliz. Ahora sé que, al menos, no pasaré estos años completamente sola.

Jane me presentó a su amiga, Susan. Ellas se conocieron en el instituto y se hicieron amigas gracias a sus gustos y metas en común, cosa que ahora comparten conmigo. Así que las tres pasamos juntas la mayor parte del tiempo, después de clase, ya sea estudiando, comiendo, saliendo, o paseando por la ciudad.

Capítulo 17

Ahora

Juliett: «Pues sí, así están las cosas por aquí. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo te va en el trabajo?¿Te gusta tu nuevo puesto?».

Anthony: «¿Qué si me gusta? ¡Me chifla! Ya sabes que al principio el mudarme a otra ciudad no es que fuera mi ilusión, pero la verdad es que Escocia es mucho más bonito de lo que pensaba. Los paisajes son preciosos, y aunque el tiempo no es que acompañe demasiado, la alegría y el cariño de la gente Sí. Así que estoy muy contento de que me hayan destinado aquí».

Juliett: «¡Me alegro mucho! De verdad, que contenta estoy. Siendo sincera, pensaba que volverías corriendo antes de acabar el primer trimestre».

Anthony: «Ja, ja. Pues no, listilla. Cierto es que el trabajo ahora me absorbe mucho tiempo. Ya sabes, adaptarte a otra forma de trabajar, a los compañeros, ponerme al día con los programas, etc… pero luego, en las tardes libres y el fin de semana, puedo recoger este lugar tan único y la verdad es que cada vez estoy más enamorado de este sitio».

Juliett: «Al final te quedarás allí a vivir…».

Anthony: «Yo no diría tanto, pero quién sabe, la vida da muchas vueltas…».

Juliett: «Procura que, si eso es lo que quieres de verdad, mama se vaya haciendo a la idea. Así que ya puedes empezar a ir soltando alguna cosilla…».

Anthony: «¿Y las cosas por allí que tal van?».

Juliett: «Bueno, ya conoces a Bran…es complicado… ».

Anthony: «Juliett, si quieres que desaparezca de tu vida solo dímelo....estaré allí en menos de lo que canta un gallo… y parecerá un accidente ;)».

Sonrío al ver el último mensaje. Seguimos con la broma algunos minutos más y me despido. Mis amigas están terminando de hacer las maletas. Las vacaciones se han terminado y deben volver a sus vidas.

—¿Estarás bien? —pregunta Jane, siempre tan maternal.

—Sí, lo prometo —digo mirándolas a todas de forma alterna

—¿Seguro, verdad? —pregunta Susan al oído cuando me abraza para despedirse.

Asiento con la cabeza y ella aprieta un poco más su abrazo.

—Solo prometed que volveremos a estar todas juntas pronto. No podemos pasar tanto tiempo sin vernos, os he echado muchísimo de menos —pido casi suplicando.

Todas asienten a la vez y nos unimos de una abrazo conjunto, justo como hicimos la última vez que estuvimos juntas, hace ahora ya varios años.

Veo como Emily se atrasa un poco cuando las demás comienzan a bajar los escalones que separan la casa de la zona de los coches mientras me abrazo a mí misma. Después de este abrazo me siento extrañamente sola. Ya casi no recordaba lo que era pasar tiempo con ellas, y ahora que las he tenido de vuelta, daría lo que fuera por que no se fueran, aunque se que eso no es posible.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me pide Emily.

—¡Claro!, dime.

—Es sobre Bran. No te enfades —dice cuando ve mi mueca al oír su nombre.

Respiro profundo y asiento con la cabeza.

—No te preocupes, dime.

—Deberías hablar con él sobre las cartas. Se que aún no se lo has preguntado. De haberlo hecho, lo sabríamos. —Mira de reojo a Jane y Susan, como si se sintiera culpable por algo y vuelve su mirada hacia mí de nuevo—. Ellas me pidieron que no te dijera nada, que seguro que lo harías cuando estuvieras lista, pero de verdad, Bran es un gran tipo y te quiere con locura.

Dale una oportunidad. Habla con él, prométemelo —suplica en esta última parte.

Aprieto mis labios y hago otra mueca sin poder evitarlo. Me tomo un segundo para meditarlo y asiento finalmente. Se que tendría que haberlo hecho antes, así que ya es hora de comportarme como la mujer adulta que soy.

—Lo haré, te lo prometo.

Ella me abraza con rapidez, me da la gracias al oído y corre hacia el coche, donde las demás ya están sentadas y esperando.

Las despido con la mano mientras su coche da marcha atrás para salir del camino, hacia la carretera y me quedo allí mirando cómo el coche se hace cada vez más pequeño, hasta desaparecer.

Al día siguiente, Mary vuelve al trabajo por lo que, al fin, tendré un poco más de tiempo para descansar. Su trabajo es realmente cansado si tienes que compaginarlo con la enseñanza.

—Veo que mi mesa está incluso más ordenada que cuando me fui —me dice a modo de saludo cuando entró en su despacho.

—He hecho lo que he podido —replico, encogiéndome de hombros.

—Has hecho mucho más que eso Juliett. Los demás profesores me han comentado lo liada que has estado, pero que aún así has podido llevarlo todo con equilibrio, sin dejar nada atrás. Estoy orgullosa de ti. Algún día serás una estupenda directora —dice con una sonrisa complaciente, sentándose en su silla mientras suelta un sonoro ruido de cansancio acumulado.

La verdad es que se la ve muy cansada, las ojeras, ya de por sí marcadas, ahora tienen un tono negruzco, y su ropa, así como su peinado, hablan del poco tiempo del que ha dispuesto para ella misma.

—Si necesitas algo mas, solo dímelo —le digo mientras muevo mi cabeza asintiendo para aceptar el cumplido y a modo de despedida antes de darme la vuelta para irme

—Espera —escucho que me llama. Me giro de nuevo hacia ella y sujeto con las manos las carpetas que llevo entre ellas, a la espera de directrices.

—Se que acabo de llegar, pero ¿podrías hacerme un favor?

—¡Claro! Dime. Lo que quieras.

—Pues es que la chica que se encargaba de limpiar las aulas me digo antes de irme que cambia de empleo, pero la verdad, se me olvidó por completo avisarte, así que ahora no tenemos a nadie para ocupar su puesto y, con sinceridad, no tengo la cabeza como para encargarme de todo el proceso necesario para encontrar alguien que la sustituya. ¿Podrías encargarte tú? —suplica—. Sé que pido demasiado, pero, de verdad que la cabeza no me da para más.

Me quedo a cuadros una fracción de segundo pero asiento al siguiente. Sonrío y acepto la responsabilidad.

—De hecho —digo—. Conozco a alguien a quien podría interesarle el puesto. Le preguntare.

—¿En serio? —pregunta sorprendida pero con una gran sonrisa en la cara—. ¡Eso es

magnífico! Ojalá te diga que sí. Confío en tu criterio —responde, para bajar la mirada a su mesa con cara de no saber muy bien por dónde empezar.

Yo entiendo que la conversación ha terminado, por lo que, ahora sí, me despido y salgo del despacho mientras marco el número de Joana. Empezar a trabajar le vendría de perlas, como inicio a su nueva vida

Joana, que me coge el teléfono al primer tono, acepta sin dudar la oferta y se pasa los siguientes minutos dándome las gracias, para colgar cuando estoy a punto de preguntarle sobre Ian. Hago una mueca con los labios pero no me molesto demasiado. Después de todo, lo veré cuando llegue a casa.

Mara aparece unos minutos antes de que las clases acaben. Le doy un abrazo, que ella corresponde con la misma fuerza y hablamos sobre nuestras cosas un par de minutos.

—Hoy me llevo yo a Lia a casa, no irá en el bus. ¿Te parece bien? —me pregunta.

—¡Claro! —respondo.

La cara de Mara se ilumina y recuerdo sus inicios en este pueblo y como ha cambiado su vida y la de Axel, para bien, desde su llegada

—¡Estupendo! —replica—. Tengo una sorpresa para ella. ¿Quieres verla?

Asiento con rapidez y ella sonríe de vuelta.

—¡Mamá! —escucho a mi espalda. Veo como Lia prácticamente salta a los brazos de Mara, quien se agacha con rapidez para recibirla con los suyos abiertos. Lia también ha cambiado tanto, desde que Mara llegó, que eso hace que todos la queramos más, si cabe.

—Acompáñame —susurra, mientras pone una mano en mi brazo y con la otra agarra la de Lia, que la mira con una sonrisa perenne en la cara.

Hasta yo me sorprendo al llegar afuera.

Allí, dos caballos bien atados hacen las delicias de todos cuantos pasan, ya sean adultos o niños y, después de muchas risas y de subir a más de uno a lomos del caballo de Mara, esta sube a Lia en Shadow, que parece comprender que ahora Lia es la que manda e incluso su expresión se ve mas mansa.

—¡Ahh! —Me dice Mara, ya subida en su caballo—. Estás invitada a comer en casa este fin de semana —dice—. Y no acepto un no por respuesta —me guiña el ojo y le da la vuelta al caballo, dándome la espalda y sin darme tiempo a replicar, siquiera. Niego con la cabeza sin dejar de sonreír y me cruzo de brazos.

Me quedo en la acera y las veo partir a caballo, a un paso lento y seguro. Mara delante y Lia detrás, llevando por fin, a su caballo favorito y camino hacia casa.

La sonrisa no se me borra de la cara por semejante recuerdo hasta que llego a casa. Donde Joana me abre la puerta antes incluso de poner una mano en el pomo y me abraza, mientras me da las gracias de nuevo, por el trabajo. Subo a ver a Ian y me alegro al ver que los moratones ya tienen un tono amarillo, por lo que no tardaran en desaparecer. Las heridas emocionales son otra

cosa. Algo de lo que tendré que hablar con Joana.

Hablo un rato con él, le pongo al día de lo que hemos estado dando en clase e incluso le ayudo con los deberes para que su ausencia a nivel académico no se resienta. No me gustaría que, después de todo, tenga que sentir que va atrasado con las materias.

El fin de semana llega y me presento en casa de Mara y Axel a la hora acordada con una botella de vino de la vinoteca de mi padre. No creo que note siquiera que falta una botella ya que tiene tantas, que muchas de ellas están amontonadas en el suelo.

Mara me recibe con uno de sus abrazos, seguido de otro de Lia y otro de Axel. Parece increíble lo que ha cambiado este hombre.

Vega llega con Joel a los pocos minutos y me abraza como si lo hiciera cada día, cosa que al principio me sorprende, pero luego recuerdo que en realidad no es ella quien no quiere tener una relación más estrecha conmigo, sino que es culpa de su hijo.

Joel me da dos besos con una apariencia algo molesta, lo que me hace pensar que en realidad no quiere estar aquí, cosa que confirmo al ver que treinta segundos después coge una cerveza de la nevera y se sienta en el sofá para empezar a buscar el mando de la televisión y solo cuando Vega se le acerca y le dice algo con mala cara, es cuando se levanta del sofá y pide las cosas necesarias para empezar a poner la mesa; eso sí, sin soltar la cerveza.

Hago una mueca y miro a Vega sin poder evitarlo, ella me devuelve la mirada con cara de disculpa y sonríe a Lia, quien está bajando las escaleras de la casa en dirección a su abuela. La abraza con fuerza y acto seguido la agarra de la mano para, según le cuenta, enseñarle los últimos dibujos de su colección.

Preparamos la mesa y nos ponemos a charlar con tranquilidad cuando me doy cuenta de algo bastante importante.

En la cocina no hay nada preparado.

Estoy a punto de preguntar a qué se debe, cuando tocan a la puerta y Mara me sonríe con picardía antes de ir hacia allí, mirada que no entiendo hasta que esta se abre y veo entrar a Bran con una gran bandeja de comida humeante entre las manos.

—¿Alguien podría ayudarme con lo que queda en la furgoneta? —dice antes de verme.

Su cara cambia radicalmente y entiendo en ese mismo instante que no sabía que yo estaría allí.

—¿Qué es esto? —pregunta con el ceño fruncido mientras deja la bandeja en medio de la mesa—. ¿Qué haces aquí? —me pregunta intentando no parecer grosero.

—Mara me invitó a venir —replico, encogiéndome de hombros. Si no lo sabía no es culpa mía, así que no pienso pedir perdón.

Bran se gira y se toma unos segundos para mirar a cada uno de los integrantes de su familia a los ojos antes de abrir la boca.

—¿Se puede saber qué es esto? —dice en tono acusatorio.

—¿Acaso no es obvio? —replica Vega sin más, para salir de la casa en busca del resto de la

comida.

Bran entonces comienza a parpadear muy rápido, como si no pudiera creer lo que está pasando. Su propia familia le ha hecho una encerrona en toda regla y ha caído como un borrego. Bufa en respuesta y niega con la cabeza, para darse por vencido. La trampa ha surtido efecto, y ahora le toca pasar por el trance que tanto ha estado evitando. Comer todos juntos, conmigo incluida en la familia, algo que, encima, ha cocinado él.

—Os parecerá bonito… —replica en medio de risas, cuando ya todos estamos a la mesa y comiendo.

—¿Qué esperabas? —dice Mara—. Alguien tenía que dar el paso, y visto que no lo dabas, hemos querido darte un pequeño empujón —contesta guiñándole un ojo al terminar la frase.

Todos ríen, incluida yo, que me lo estoy pasando en grande. La comida está deliciosa, algo más que añadir a las cualidades de Bran. Todos mantienen conversaciones amenas conmigo, como si fuera algo que hacemos todos los fines de semana. E incluso Vega menciona la posibilidad de hacer de esto una nueva tradición familiar, a lo que todos asienten con la cabeza, felices.

—Pues ya podríais haber avisado, al menos, de que iba a cocinar para Juliett —replica Bran, sin querer dejar pasar el tema en cuestión.

—No se de que te quejas —responde ahora Axel—. No sé si recuerdas que a mí me hicisteis lo mismo —sonríe mirando ahora a su mujer, que le devuelve la sonrisa con un cariño infinito.

—¿Y qué tal salió eso? —pregunta Vega levantando las cejas antes de comer un poco más.

Todos ríen, recordando el momento y las consecuencias evidentes. Es cierto. Bran me dijo lo que planeaban hacer y no pude dejar de reír al imaginar la cara de Axel al ver entrar a Mara en su casa el día que su madre insistió en que le tocaba cocinar. Recuerdo incluso decirle que pagaría por ver su cara y como él me respondió que intentaría grabarlo para mi.

Disfruto de la velada, que culmina con un *brownie* hecho por Axel, cosa que me sorprende bastante, ya que está incluso mejor que el de Mara, y eso ya es decir mucho teniendo en cuenta que es como se gana la vida.

Lo único que empaña el día es que Joel vuelve a pasarse con la bebida. Es verdad que no lo he visto beber tanto como en la boda pero incluso sus hermanos le llaman la atención, cosa que lleva a que él les conteste de mala gana e incluso se vaya de casa cuando aún estamos con el postre.

Veo en Vega una mirada triste y unos ojos cansados, cosa que me hace recordar la conversación que mantuve con Bran, sobre esto, por lo que intento hablar con ella para animarla un poco, y creo que entre Lia y yo lo conseguimos, por lo que la escucho reír a carcajadas con las alocadas invenciones de su nieta sobre su intención de colocarle unas alas a Shadow para poder volar a lomos de su caballo favorito. Esto hace que se me ilumine la bombilla y piense en una

manera de introducir a Pegaso y la mitología griega en las próximas clases. Seguro que a Lia le encantará.

La velada concluye, recogemos la mesa y preparamos café para todos, que acompañamos de las famosas galletas de mantequilla de cacahuete con chips de chocolate de Mara, que hacen las delicias de todos.

Veo como Axel coge su teléfono y llama, pero nadie contesta. Maldice entre dientes y se lleva una mirada de reproche de Mara y de Vega, el niega con la cabeza y vuelve a intentarlo.

—¿Joel? —pregunta cuando por fin descuelgan el teléfono—. ¿Joel, estás ahí?

Silencio. Axel vuelve a maldecir entre dientes y esta vez nadie lo mira de mala manera sino que más bien las tres nos acercamos a Axel, preocupadas, mientras miro de reojo a Lia y veo con alivio como ella pinta tranquilamente en la mesa, aleja a todo.

—¡Joel, contesta de una maldita vez! ¡Di algo! — recrimina Axel con un tono algo más autoritario, aunque también noto la preocupación en su voz.

Axel se aparta el pelo hacia atrás con la mano libre mientras parece estar escuchando lo que su hermano le dice. Da un par de vueltas en círculos y cuelga.

—Voy para casa —dice, mirando a su madre y agarrando con suavidad la mano de su mujer —. Esto se tiene que acabar. No dejaré que siga así.

Abraza a Mara de forma rápida y esta asiente con la cabeza, infundiendo ánimos.

—No te preocupes por Lia —le dice en tono cariñoso—. Y tranquilo, seguro que, sea lo que sea, tendrá solución.

—Eso espero —contesta el. Se acerca a su madre, le da un cariñoso beso en la frente y aprieta con cuidado su brazo—. Quédate con ellas. Te avisaré en cuanto esté mejor, ¿vale?

—Adios Juliett, siento todo esto —dice antes de acercarse a donde está su hija. Le da un beso rápido, que ella acepta sonriendo pero sin dejar de pintar, y sale por la puerta con rapidez, llaves en mano.

—Creo que yo debería irme… —comienzo a decir, para ver que tanto Mara como Vega niegan con la cabeza.

—¡No! ¡Quédate! —dice Bran, sorprendiéndonos a todas. Se acerca a mí y me agarra de la cintura, apretándome tanto contra él, que creo que me ruborizo. Vega sonríe ante el gesto de su hijo y pone una mano en mi hombro—. Tomemos algo, ¿Te parece?

Un rato después, y en medio de las bromas de Bran, que se ha esforzado por conseguir alegrar el ambiente, suena mi teléfono. Lo cojo de forma inmediata al reconocer el número y siento que me falta el aire mientras escucho a mi interlocutor.

—Tengo que irme —digo recogiendo mis cosas con rapidez—. Lo siento, es una urgencia. — Espero que no se enfaden por mi partida repentina, pero, con sinceridad, ahora mismo es lo que menos me preocupa.

Nadie dice nada y ellas se limitan a asentir con la cabeza como despedida. Deben haber

intuido por mi tono que algo no anda bien, por que no veo molestia alguna en sus caras.

Bran me acompaña hasta la puerta con la preocupación pintada en la cara.

—¿Está todo bien? ¿Puedo ayudar en algo?

—No, lo siento Bran. Esto tengo que hacerlo sola. —Le doy un beso en la mejilla como despedida y salgo disparada hacia mi coche, camino de la residencia.

Capítulo 18

Antes

—Nada —susurro. Salta el contestador de nuevo.

—¿Cuántas veces van hoy? —me pregunta Jane, cerrando su libro y poniendo una marca, para no perder el punto.

—No lo sé —miento. Si que lo sé. Las he contado, y pasan de diez…

Ella bufa con fuerza.

—Déjalo ya, Juliett —pone una mano sobre la mía mientras yo miro hacia la mesa, con la mirada perdida—. Al menos por hoy, ¿vale?

Hago una mueca, tomo aire y asiento con la cabeza.

—Está bien —respondo. Dejo el móvil a un lado y miro el libro que tengo entre manos.

Intento centrarme en lo que estoy leyendo y me esfuerzo por retener información pero mi mente, traicionera, se empeña en recordarme el color de los ojos de Bran, si pelo, su olor, los momentos vividos, las risas, los helados, las charlas y un largo etcétera…

Vamos, que, en realidad, siento que estoy perdiendo el tiempo.

—¿Por qué no le envías una carta? —me sugiere Emily, que está hoy con nosotros. Desde que la conocí trabajando en la cafetería a la que vamos a menudo, se ha vuelto una más de grupo y siempre que puede se une a nuestras sesiones conjuntas de estudio.

Me quedo pensando un momento en la posibilidad. La verdad es que no se me había ocurrido, pero dado que ni las llamadas ni los mensajes surten efecto, ¿Que puedo perder?

—Es buena idea —le digo por fin. Ella, que me ha estado mirando sin pestañear, esperando una respuesta, sonríe. Veo como su hoyuelo aparece en la mejilla derecha y le agradezco la sugerencia.

Más tarde, ese mismo día, estoy sentada en la silla de la habitación, papel y boli en mano. Jane ha ido a ducharse, así que tengo un tiempo para mi sola.

Hola, Bran:

Llevo más de diez minutos con el papel en blanco y, en realidad, no sé cómo empezar.

Aunque la verdad es que cada vez que pienso en que puedo escribir, siempre se me viene a la cabeza una pregunta.

¿Cómo pudiste hacerme eso?. Puedo entender que te doliera que me fuera, pero eso no es excusa para el daño que me hiciste.

Sabes lo que siento por ti. Sabes que yo también te quiero. Porque sí, aunque no te lo dijera antes, te quiero. Quería decírtelo mucho antes de aquel día, pero ahora esta es la única manera que tengo de hacerlo, ya que no me has dado más opción. Y me siento tonta por no haberlo dicho antes, pero también por seguir queriéndote después de todo.

Por favor, responde.

Juliett.

Capítulo 19

Ahora

Llego lo antes posible, rezando por que no me llegue una multa ya que me he saltado el límite de velocidad por mucho.

—¡Ya estoy aquí! —digo a James, que se levanta de la silla en cuanto me ve y se acerca a mí, poniendo sus manos en mis hombros, procurando frenarme.

—Tranquila —me dice, mirándome a los ojos—. Ya está estabilizada, pero ha preguntado por ti varias veces. Seguro que se alegra de verte.

—¿Ha preguntado por mí? —pregunta sorprendida. Hacía mucho tiempo que no recordaba siquiera mi nombre.

—Sí, bueno… —dice él, ahora con una mano en su cuello, visiblemente incómodo—. Ha preguntado por su «nietecita querida» —explica.

—Entiendo… —respondo mientras asiento con la cabeza. No es que se haya acordado de Juliett, sino de su nieta, que es lo que dice cuando se acuerda de mí cuando tenía unos seis o siete años.

—¡Pero se ha acordado! —dice él, intentando ver la parte positiva de la situación.

—Sí, algo es algo —respondo mientras me coloco bien el bolso en el hombro—. ¿Puedo pasar a verla?

—Sí, claro —señala con la mano el pasillo que da a las habitaciones, invitándome a seguirlo, cosa que hago en silencio.

Ninguno de los dos habla durante el trayecto que lleva hasta su habitación y tan solo el repiqueteo de mis tacones rompe el silencio del pasillo.

—No te asustes— susurra James cuando llegamos a la puerta. Lo que consigue que me altere aún más, si cabe.

Tomo aliento, y abro la puerta con más decisión de la que en realidad tengo.

Mi alma se cae a los pies cuando veo a mi abuela tumbada y dormida, con una mascarilla de oxígeno que le ocupa la mitad de la cara y las constantes vitales sonando por el aparato que tiene a su lado.

Los cables están por todas partes y siento un frío en el cuerpo que me quita el aliento casi al instante. Aun así, me acerco con rapidez hasta ella y tomo su mano con cuidado. Ella no se despierta, aunque la noto caliente, así que miro a James en busca de respuesta.

—Le han dado unos medicamentos fuertes, para la neumonía y ha caído rendida —explica.

—¿Cómo ha podido pasar? —pregunto ahora algo enfadada. Se supone que está vigilada. Para eso están. ¿No?

—Anoche se levantó de la cama y abrió su ventana todo lo que pudo. Nadie lo supo hasta esta mañana, que pasaron a despertarla.

—¿¿Me estás diciendo que lleva así desde esta mañana y me entero ahora??

—¡No! —responde él, levantando las manos, a la defensiva—. Ha estado bien todo el día. A la hora de comer no tenía mucho apetito pero es algo normal en personas de su edad y estado, así que no lo hemos tomado como una señal de alarma. Además ella ha hecho lo de siempre, estaba en la sala de estar, donde siempre. Ha sido cuando la enfermera ha pasado a ver como estaba, que la ha visto muy apagada y al tocarla ha visto que estaba muy caliente. Nos la hemos llevado en seguida y te hemos llamado mientras los médicos la atendían.

Mi enfado comienza a calmarse, pero aun así no puedo entender como se les ha pasado por alto algo tan grave.

—¿Mi padre lo sabe? —pregunto, aún disgustada.

James aprieta los labios y desvía la mirada.

—James… —digo en tono amenazador—. Contesta. ¿Habéis avisado a mi padre?

Toma aire y lo suelta con fuerza.

—Sí que lo hemos avisado.

—¿Y?

—Ha dicho que nos encarguemos de ella, que para eso nos paga. Y que más vale que no le pase nada más o los dueños de la residencia se las tendrán que ver con él, en los tribunales.

«Típico de papá», pienso. Se cree que con dinero y amenazas conseguirá cualquier cosa. Aún no se ha dado cuenta de que hay cosas que el dinero no puede comprar. Una vida más larga y una buena salud, por ejemplo.

Ahora soy yo quien suelta el aire con fuerza, por la nariz, intentando calmarme. Lo hecho ya no se puede cambiar. Ahora solo importa que la salud de la abuela mejore.

Paso toda la noche en la residencia, dando cabezadas en la silla que me han facilitado y el domingo paso el día con ella, también. Solo cuando veo que la fiebre ha mitigado, ya por la tarde, me permito pensar en volver a casa para descansar un poco. Cosa que al final hago, tras la insistencia del personal de la residencia.

Bran me ha llamado varias veces y hemos estado hablando. Ha hecho bromas, para conseguir que me ría un poco y agradezco el esfuerzo, aunque tampoco es que se haya ofrecido a venir hasta aquí, y ahora no se si es por mi reticencia a dejarlo entrar en esta parte de mi vida, o por la

suya, a dejar que nos vean juntos.

El lunes estoy hecha un cromo, pero soy una adulta responsable así que me doy una ducha larga y me preparo mentalmente para un día que se me va a hacer larguísimo.

A la hora de la salida, arrastro los pies como nunca. Ni siquiera los tres cafés que me he tomado han podido con el cansancio acumulado. El dolor de cabeza que me empezó a segunda hora no ha hecho más que incrementarse y noto los párpados pesados. Solo puedo pensar en volver a casa y meterme en la cama cuando Mary me llama, pidiéndome que vaya a su despacho.

—¿Necesitas algo? —pregunto al asomar la cabeza.

—Sí, pasa por favor —dice cerrando su portátil y juntando las manos en el centro de la mesa. Cosa que solo hace cuando hay que hablar de un tema serio.

Me preocupo, cierro la puerta con cuidado y me siento con rapidez en la silla frente al escritorio.

—Tú dirás —digo.

—Juliett, tenemos que hablar —comienza a decir.

Mis cejas se arquean. Esa frase no me gusta, no puede significar nada bueno, así que comienzo a pensar en algún posible error que haya cometido sin darme cuenta.

Junto mis manos en el regazo e intento parecer tranquila, aunque en realidad mi corazón está a punto de salirse por el pecho. Bonito momento para que el café haga efecto.

—Verás —comienza Mary—, sabes que hasta ahora he hecho todo lo posible para poder compaginar el trabajo con el cuidado de mi madre. Y sabes también que hace poco estuve fuera porque le tenían que hacer unas pruebas.

Asiento con la cabeza. Aunque me relajo un poco porque veo que no tiene nada que ver con algún error mío, me preocupa lo que vaya a decirme. Mary es mi amiga, después de todo.

—Sí —La insto a continuar.

—Pues veras, los resultados acaban de llegar, y la verdad es que, aunque aún tenía esperanzas en poder seguir haciendo malabares con las dos cosas. Tengo que replantearme mi situación.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Veras, a mi madre le han detectado una enfermedad llamada La púrpura de Schönlein-Henoch. Básicamente consiste en que se forman coágulos de sangre en los vasos sanguíneos por todo el cuerpo, lo que puede dificultar o bloquear el flujo de sangre en el cerebro, riñones, el corazón…

Arqueo las cejas. Eso sí que no me lo esperaba.

—Imagino que te haces una idea de lo que eso significa. Mi madre debe estar vigilada en todo momento y con mi sueldo no puedo pagar a una persona para que esté con ella, además de que debe llevar un control médico importante.

—Puff —suelto sin pensar. La verdad es que su situación es complicada—. ¿Puedo ayudar en algo?

—Si que puedes —dice —Por eso estás aquí.

—Pues dime que necesitas y lo tendrás —me ofrezco.

—Veras. He tomado la decisión de dejar mi puesto de trabajo para cuidarla. Pero no puedo dejar el colegio hasta saber que quedará en buenas manos. Así que he pensado que tú podrías hacer el relevo y encargarte. ¿Cómo lo ves?

«¡Guau! Eso sí que no lo he visto venir».

Parpadeo varias veces antes de poder hablar.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Estás segura?

—¿Qué, por qué? —responde con una sonrisa irónica—. Juliett, estás más que preparada para el puesto. ¿O acaso crees que no leí tu currículo académico antes de contratarte? La verdad es que aun me pregunto cómo es que aceptaste este puesto.

Me encojo de hombros y miro hacia otro lado. Yo sí que sé porque lo acepté.

—Bueno, no sé… —comienzo a decir.

Mary eleva sus cejas, sorprendida.

—¿No me digas que te lo estás pensando? —Se levanta de su asiento con rapidez y pone las manos en la mesa, haciendo un ruido sordo, sin dejar de mirarme—. Juliett —suplica—. Sé que podrías aspirar a más, pero te lo pido por favor. Acepta el puesto. Es la única manera de que me vaya tranquila. Y Dios sabe que lo necesito.

Lleno mis pulmones de aire y lo suelto con fuerza, aprieto mis manos con fuerza y asiento con la cabeza una sola vez, aceptando un puesto que no he pedido, y que sé, que me traerá más dolores de cabeza y preocupaciones de las que ya tengo. Un nuevo frente abierto.

«Lo que me faltaba». Pienso mientras trago saliva.

Mary relaja su mirada, le da la vuelta a la mesa mientras me pongo en pie, y me abraza con fuerza.

Le devuelvo el abrazo. Es mi amiga después de todo. La quiero y haría lo que fuera para ayudarla, incluso si eso incluye aceptar su petición.

—Muchas gracias —susurra en mi oído, mucho más calmada que antes. Y entiendo que ha estado en tensión, al saber lo importante de mi decisión.

—Bien —vuelve a decir cuando me suelta, poniendo sus manos en mis hombros con cariño—. Entonces empezaré con el papeleo. Este será tu último curso como maestra. A partir del próximo año, estarás a cargo del colegio. —Me aprieta los hombros, infundiendo ánimos—. Todo irá bien, contigo al mando, estoy segura.

Cierro la puerta del despacho de Mary y me apoyo un momento sobre ella, cerrando los ojos e intentando asimilar lo que acaba de pasar. Esto supondrá un incremento en mi sueldo, lo sé, pero ahora mismo solo puedo pensar en mi niños, a los que quiero con locura y con los que me encanta pasar las horas de clase. A partir del próximo curso no podré hacerlo y siento un dolor en el pecho que me aprieta con fuerza al pensarlo.

Niego con la cabeza, intentando sacar estos pensamientos de mi cabeza. Me yergo y comienzo a caminar por los pasillos, en dirección a la salida del colegio con la mirada perdida.

Llego a casa sin apenas darme cuenta y apago el motor del coche. Entro en casa y, como de costumbre, paso a saludar a Ian. Su madre ahora mismo no está y el niño ya está casi recuperado del todo. Esta tarde pasará el doctor a verlo y, si hay suerte, le dará el alta e Ian podrá volver mañana al colegio. Estoy nerviosa, quiero que el niño vuelva cuanto antes a la rutina y pueda dejar su pesadilla atrás.

Paso un rato con él, le hago un pequeño resumen de lo que hemos estado dando en clase y lo ayudo con los deberes. Ian es un niño aplicado y muy listo, me doy cuenta de eso con rapidez. Lo pilla todo al vuelo y prácticamente no se equivoca con las letras, aunque las matemáticas son otro cantar, pero se que poco a poco irá mejorando. Cada niño tiene su ritmo y sus puntos fuertes y débiles, por lo que hay que respetarlos y tener paciencia.

Al cerrar la puerta de su habitación me topo con su madre, que acaba de llegar de trabajar y le sonrío.

—¿Cómo estás, Joana? ¿Cómo te va el trabajo? ¿Te has adaptado bien?

—¡Bien!, la verdad —contesta devolviéndome la sonrisa. Las ojeras que tenía al llegar prácticamente han desaparecido y sus ojos ahora tienen un brillo que antes no estaba ahí—. Es duro, no te voy a engañar, a veces desearía decirles a los niños que no ensuciaran tanto, sobre todo los baños, pero bueno, es lo que hay —dice encogiéndose de hombros—. A pesar de todo estoy contenta, me siento realizada y empiezo a creer que seré capaz de salir adelante.

Entonces hace algo que me sorprende. Se acerca más a mi y me abraza con fuerza. Le devuelvo el abrazo casi al instante, sonriendo.

—Muchas gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Gracias por no darte por vencida. Gracias por cuidar de Ian, y sobre todo gracias por ayudarme a abrir los ojos —susurra en mi oído.

No se que decir por un momento me he quedado sin aire, pero sonrío y le aprieto un poco más el abrazo en señal de respuesta.

—Todos necesitamos ayuda en algún momento de nuestra vida —respondo —Y me alegro de haber podido estar ahí para vosotros.

Bran se presenta en mi cuarto cuando estoy en la ducha y me asusta al salir.

—¿Has vuelto a entrar por la ventana? —pregunto enfadada cruzándome de brazos sobre mi pijama de gatitos—. Ya estás un poco mayor para seguir con eso, ¿no crees?

Bran se pone una mano en el corazón con expresión cómica.

—¡Ay! —responde—. Eso ha dolido…

Sonrío de lado.

—No deja de ser cierto —contesto acercándome y dándole un beso en los labios—. Toca el timbre la próxima vez ¿Quieres? —susurro junto a sus labios.

—¿Por qué debería hacerlo? —replica el, mordisqueando mi oreja y haciendo que una descarga de electricidad recorra mi cuerpo—. Así es más divertido, ¿no?

Me separo un poco para conseguir centrarme y lo miro a los ojos.

—Cualquier día caerás y te harás daño.

—¿Preocupada por mi? —pregunta con ironía.

—Preocupada por tu espalda; los años pasan para todos.

—¿Me estás llamando viejo? Te recuerdo que tenemos la misma edad.

—Sí, pero yo no me subo a los árboles para entrar en casas ajenas.

—Tocado —contesta haciendo una mueca.

Sonrío de lado, me doy la vuelta y al instante siguiente noto sus manos envolviendo mi cintura. Sonrío de nuevo. Sabía que lo haría.

Apoyo mi cabeza en su hombro y él me acuna como siempre hace cuando nos colocamos así, comenzando una pequeña danza más parecida a un arrullo que a cualquier otra cosa, y respiro con profundidad, sintiéndome en casa, arropada, cuidada y protegida.

Bran siempre será mi casa.

De alguna manera caemos en la cama mientras me llena de besos y mi mente se pierde, el tiempo desaparece y siento que podría quedarme ahí, con él, para siempre cuando suena mi teléfono con una melodía que hace saltar todas mis alarmas. Una melodía que tengo solo para un número en concreto.

Llego hasta mi bolso con rapidez y descuelgo. El color de mi cara desaparece en cuestión de segundos y Bran me mira con preocupación sin decir ni una palabra hasta que cuelgo.

—Es de la residencia. Mi abuela se ha vuelto a enfermar. Se la han llevado al hospital.

—¿Tan mal está?

—No lo sé, Bran. Lo único que sé es que no suelen hacer estas cosas. Tienen médicos especializados allí, por eso mi padre eligió esa residencia en especial. Si la han enviado al hospital es que debe ser grave —contesto a toda velocidad mientras me cambio con la misma rapidez sin pararme a pensar en si el me mira o no, mientras.

Me acerco a él cuando termino de ponerme las deportivas y le doy un rápido beso de despedida cuando él agarra mi mano con cariño.

—¿Puedo hacer algo? ¿Te acompaño? —pregunta preocupado.

—No —respondo, quizá demasiado rápido. Le ha dolido ver que sigo sin dejar que se involucre en la vida de mi abuela, pero ahora no puedo pararme a pensar en cómo se sentirá—. Te llamo cuando sepa algo. ¿Vale?

Él asiente con resignación y me voy, dejándolo sentado en el filo de la cama, y la mitad de mi corazón se queda con él. Mi otra mitad está ahora mismo en el hospital, con mi abuela.

Capítulo 20

Antes

—¿Has visto cómo te mira ese chico? —me dice Susan al oído. Estamos en un pub que hay cerca de la universidad. Hemos salido a despejarnos después de tantas horas metida entre libros y las buenas notas que hemos sacado.

La verdad es que no me apetecía, pero ellas me han convencido, así que, aquí estoy. En la barra del pub, con una copa en la mano a la que le doy vueltas una y otra vez y con la mirada perdida, deseando volver a la habitación.

—¿Qué dices? —pregunto sorprendida.

Susan me mira a la cara, sonríe y señala sin pudor a un chico que está sentado al otro lado de la barra. Momento en el cual, él levanta su copa en señal de saludo.

Noto como mis mejillas se encienden y agacho la mirada de forma inmediata.

—¿Quieres que vaya a decirle algo de tu parte? —me pregunta Susan mientras se mueve al ritmo de la música, demasiado alta para mi gusto.

Levanto mi mirada hacia ella con los ojos abiertos y niego con la cabeza con demasiado ímpetu. El alcohol hace su trabajo y me siento un poco mareada, así que pongo una mano en la barra para sujetarme. Susan, al darse cuenta, suelta una risotada y pone su mano en mi hombro.

—¡Vale, vale! —responde—. Pero si no lo quieres para ti, me lo quedo —me guiña un ojo, me lleva con las demás y la veo alejarse, en dirección al chico de la barra.

Vuelvo a negar con la cabeza y las chicas se ríen entre ellas, al ver a Susan en acción.

Unas horas más tarde, ya en pijama, estoy a punto de irme a dormir pero, en lugar de eso, me siento en el borde de la cama. Jane no está, ha encontrado compañía en el pub y se ha ido con él. Miro la mesa de estudio y el bolígrafo, que descansa dentro del lapicero. Me tomo unos segundos para tomar mi decisión, antes de ponerme en pie y me siento en la silla.

Hola, Bran:

¿Sabes que? Hoy he ligado. Bueno, eso no es del todo cierto. La verdad es que un

chico se ha fijado en mí.

Podría decirte que no me he acercado porque la universidad consume todo mi tiempo, o porque el chico no era atractivo. Incluso podría decirte que me he planteado seguirle el rollo pero que al final ha sido él quien me ha dejado plantada.

Pero nada de eso sería cierto. La verdad es que no he querido.

No quiero y no puedo. Porque no eras tú.

Simple y llanamente no quiero acercarme a nadie, que no seas tú.

Y, maldita sea, ojalá no fuera así.

Todo sería más fácil si no sintiera por ti esto que siento. Y es una condena.

En más de una ocasión he deseado no haberte conocido, ¿sabes? De esa manera me estaría ahorrando todo esto, pero por otro lado, doy gracias por haberte conocido. Sé que de no haberlo hecho, me habría perdido una de las mejores cosas de la vida. Porque tú, Bran, el rey de los cabezones, eres quien me ha enseñado lo que es sentirme querida, cuidada y protegida. Y creo que eso es lo más grande que alguien puede hacer por ti.

Te echo tanto de menos…

Ojalá estuvieras aquí. Ojalá pudiera hablar contigo, ojala contestaras mis llamadas o mis mensajes. Ojalá pudiéramos vernos de vez en cuando…

Ojala…

Juliett

Capítulo 21

Ahora

—¿Anthony? Siento llamarte a estas horas pero necesito que vengas —digo con rapidez en cuanto el descuelga el teléfono.

El insulto que he escuchado al otro lado me indica que ya estaba durmiendo, pero en lugar de mandarme a la mierda, como estoy segura iba a pasar, debe haber entendido que debe ser algo importante, para sacarlo de su sueño reparador y sagrado para él.

—¿Juliett? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Es la abuela —digo sin rodeos—. Acaban de llamarme, está ingresada en el hospital.

—¿Cómo? —escucho que dice con preocupación. Él sabe tan bien como yo la gravedad del asunto, si es que la han tenido que enviar allí—. Preparo cuatro cosas y salgo hacia allí. No estás sola, no te preocupes. —Esas son sus últimas palabras ya que ha colgado la llamada.

No me preocupo en llamar a mi padre. «¿Para qué?». Estoy tan segura de que también lo habrán llamado a él como lo estoy de que no se presentara. ¿Cómo se puede tener tan poco aprecio por una madre? Aunque tampoco es de extrañar, viendo lo que se ha preocupado por mí.

En tan solo unas horas, Anthony está a mi lado, sentado en la sala de espera. La abuela está intubada y sedada, por lo que ahora duerme. Tenía los pulmones encharcados de nuevo, solo que esta vez casi no lo cuenta. Los médicos de la residencia se dieron cuenta de que necesitaban ayuda y por eso la han traído aquí. Y aunque ahora está fuera de peligro, a partir de ahora necesitará una atención especial veinticuatro horas, cosa que mi padre ya se ha encargado de que tenga, aunque, como sabía que pasaría, no ha aparecido por aquí.

—¿Cómo estás? —me pregunta Anthony. Son las cuatro de la mañana. No hemos dormido nada, y el sueño nos está venciendo a ambos.

—Cansada —digo casi sin voz—. Y preocupada.

Él aprieta con cariño mi mano, que no ha soltado en ningún momento y busca mis ojos para sonreír, aunque su sonrisa no le llega a los ojos.

—¿Quieres un café? —dice poniéndose en pie.

Asiento rascándome los ojos y él se da la vuelta, camino de la máquina que hay un piso más

abajo.

Cierro los ojos y suelto el aire de mis pulmones con fuerza mientras me reclino en mi asiento, mas que incomodo. «¿Va a ser así, a partir de ahora? ¿Cómo es posible que haya cambiado tanto su estado de salud, en tan poco tiempo?». Hace solo un par de semanas estábamos tomando café en el patio trasero de la residencia, ella se había quitado las zapatillas y tocaba el césped del suelo con sus pies, y sonreía, cada vez que la brisa nos daba en la cara mientras su pelo blanco se mecía al viento.

Y ahora está en una cama de hospital, rodeada de cables y con una sonda puesta, por la que le administran medicamentos a cada rato. Duerme tranquilamente, eso es lo que nos han asegurado, pero una sensación de desamparo e impotencia me ha recorrido el cuerpo al verla de esa manera.

¿Como? ¿Por qué? Son dos preguntas que no paran de rondar por mi cabeza y que no hacen más que causarme dolor de cabeza.

—Hola—escucho decir a una voz más que familiar. Abro los ojos sorprendida y me encuentro con unos ojos azules, cuyo cuerpo se sienta a mi lado y me abraza, para conseguir que mi sorpresa crezca a niveles estratosféricos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mientras vuelvo a sentarme de forma correcta, cuando él me suelta—. Bran, es muy tarde, y mañana madrugas. Deberías estar en casa, durmiendo.

—Lo sé, pero no me dijiste nada, y estaba preocupado. No podía dormir, así que he preferido venir a ver como estáis.

Algo en mi corazón se calienta y siento que se derrite un poco.

—Es verdad —respondo pidiendo perdón con los ojos—. Perdona que no te dijera nada, se me pasó totalmente.

—Tranquila —responde—. Es normal, debes tener muchas cosas en la cabeza.

Le ha dolido. Lo sé. Puedo verlo en sus ojos, pero agradezco que no me lo eche en cara.

En lugar de eso, se sienta a mi lado, pasa un brazo por mis hombros y me invita a recostarme sobre su hombro, cosa que hago inmediatamente, llenándome de una sensación de calma casi de forma instantánea. Como siempre me pasa con él, incluso en este momento de tanta tensión. Bran siempre tendrá ese poder sobre mí, muy a mi pesar. Cierro los ojos y me dejo llevar por esa sensación que tanto necesito, ahora mismo.

En un momento dado noto como él se pega un pequeño brinco en su sitio, mientras carraspea, pero no hago caso, estoy demasiado cansada, así que no me molesto en moverme

—¿Qué hace él aquí? —escucho decir a Anthony. Abro los ojos y lo veo con un café en cada mano y con cara de pocos amigos. Vuelvo a colocarme en mi asiento, notando la tensión en los músculos de Bran.

—Hola Anthony —responde Bran con fingida cortesía, en lugar de soltar alguna de las suyas. Aunque estoy segura de que las está pensando—. Me alegro de volver a verte, aunque sea en estas circunstancias —sigue—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal te va la vida?

Anthony se traga lo que seguro está pensando y veo como se esfuerza en sonreír a Bran.

—Bien, gracias. La vida me va bien. Espero que a ti también —responde de forma escueta.

—Bien —digo yo, para romper el silencio incómodo que se instala después de esa mini conversación—. ¿Qué os parece si buscamos una mesa para poder sentarnos a tomar el café? —Me levanto y me doy la vuelta sin esperar contestación. Ellos dos van detrás y casi que puedo sentir como se miran entre sí con el entrecejo fruncido. Los dos me quieren, y entiendo que los dos tienen razones para odiarse entre sí. Pero ahora mismo lo importante es mi abuela y su estado de salud. Así que no pienso usar mi energía en nada que no sea ella.

Nos sentamos en la mesa y me los quedo mirando, esperando a que alguien diga algo. Ellos no dan su brazo a torcer así que tomo un sorbo del café y trago, antes de hablar.

—Bueno —comienzo a decir—. ¿Esto va a ser así todo el rato? —pregunto con retintín—. Lo digo porque se supone que estáis aquí para apoyarme, no para empezar una pelea que, ahora mismo, no tiene ningún sentido.

Ellos se miran entre sí por un momento y veo como Anthony hace una mueca mientras Bran resopla.

—Está bien —dice este último—. Llevas razón. —Mira entonces a Anthony y estira una mano en señal de tregua, que él estrecha sin mucha gracia.

—Bien —sigo—. Ahora que ya está todo dicho, podemos centrarnos en lo importante. —Miro a Bran y lo pongo al día de la situación, mientras me acabo el café. Una vez terminado, volvemos a la sala de espera y a los cinco minutos vemos salir a un médico que pregunta por los familiares de Amanda Brooks. Me levanto con celeridad y me acerco, sintiendo la presencia de dos cuerpos a mi espalda.

—Es mi abuela —digo.

El médico asiente una sola vez, me estrecha la mano y me hace un breve resumen de los medicamente que le han administrado, las pautas a seguir, y me indica que lo mejor es que se quede ingresada al menos un par de días, para asegurar que está fuera de peligro, ante de volver a la residencia. Además del seguimiento que, a partir de ahora, tendrá.

Asiento mientras escucho lo que el médico me dice e intento quedarme con toda la información posible.

—Creo que deberían ir a casa a descansar —dice cuando acaba con su explicación—. Su abuela está en buenas manos. Además está sedada, por lo que duerme. Estaría bien que ustedes hicieran lo mismo. —Me guiña el ojo en un intento de parecer cercano, que agradezco, dadas las circunstancias. Se da la vuelta y se va por donde ha venido.

Me giro entonces, para mirarlos a los dos.

—Entonces… —Comienzo a decir—. ¿Nos vamos a dormir? —pregunto.

Ellos asienten y emprendemos el camino hacia el *parking* en silencio.

—¿Mañana aquí a las ocho? —pregunto al ver que el coche de Bran está más adelante que el nuestro.

Él asiente y sonríe. Por primera vez lo estoy incluyendo en algo que tiene que ver con mi

familia. Soy consciente.

Me siento egoísta porque, en realidad, lo hago por la paz que él me transmite y que necesito con tanta urgencia, en estos momentos, pero parece no darse cuenta de eso. Tan solo sabe que lo quiero conmigo aquí, y eso es un gran avance para nosotros.

—Por supuesto —contesta antes de darme un beso en la mejilla y caminar hacia su coche, dejándonos a Anthony y a mí solos.

—Tienes que tomar una decisión ya —me dice de repente.

Levanto mis cejas ante lo que acabo de escuchar y lo miro, esperando una explicación.

—Sé que no es el mejor momento para decirte esto. Pero está claro que, aunque lo quieres, aún no tienes las cosas claras en cuanto a tu futuro con él.

—Tienes razón —contesto con enfado—. No es el momento —le digo antes de girarme hacia mi coche y meterme en él—. Nos vemos en casa —replico con el coche ya en marcha y la ventanilla bajada. La subo y salgo del aparcamiento con tanta rapidez que las ruedas rechinan en el suelo, dejando una marca.

Al llegar a casa, no espero a ver si Anthony me ha seguido o no. Solo subo a mi habitación, me doy una ducha y me meto en la cama para quedarme dormida casi al instante.

Al día siguiente me lo encuentro en la cocina, con una taza de café humeante en la mano y otra a su lado, que me ofrece en cuanto me ve.

—Lo siento —dice cuando cojo mi taza y me la llevo a la boca—. Tenías razón, no era el momento.

—No, perdóname tú —contesto—. Los nervios y el cansancio me jugaron una mala pasada. No debí contestar de esa manera.

Él deja su taza en la mesa, llega hasta mí y me abraza sin decir nada.

No hace falta. Es mi hermano, después de todo, y nos queremos. Todos los hermanos discuten alguna vez, pero siguen queriéndose a pesar de todo.

A las ocho en punto, tal y como habíamos quedado, nos vemos los tres en el aparcamiento del hospital. Bran viene hacia mí y me abraza con fuerza. Mis brazos envuelven su espalda fuerte por el trabajo duro y me siento reconfortada, de nuevo. No se como lo hace pero siempre consigue llenarme de energía.

Mira a Anthony y veo como su mentón baja ligeramente, en forma de saludo, e imagino que Anthony le responde de la misma manera ya que lo no escucho decir nada.

Bran me da la mano y me mira, de nuevo.

—¿Vamos? —pregunta.

—Sí —contesto. Y los tres entramos en el hospital para lo que será, intuyo, un largo día de espera en unas sillas la mar de incómodas.

Horas después, siento como mi trasero se resiente por las malditas sillas. No tenemos ninguna novedad sobre el estado de salud de mi abuela, por lo que me levanto, ofreciéndome para comprar cafés para los tres, a lo que ellos asienten sin mucho afán. Están tan cansados como yo,

además de la evidente incomodidad de tener que compartir espacio.

Asiento y me voy, esperando no ver sangre en el suelo de alguno de ellos al volver.

Minutos después, respiro con alivio al no escuchar gritos de fondo, en el pasillo que da a la sala de espera, aunque no estoy lista para lo que escucho, antes de doblar la esquina. Mi cuerpo se paraliza tan rápido que noto como algunas gotas de café ardiendo caen por mis dedos pero nada de eso me importa ahora, sino la conversación que está llegando a mis oídos.

—La verdad es que no se que haces aun aquí —dice Bran en tono poco amigable.

—¿Como has dicho? —responde Anthony—. Más bien eres tú, quien no debería estar aquí. ¿Crees que no vi lo que pasó ayer, en esta misma sala?

—¿A qué te refieres? —pregunta Bran, aunque puedo notar el miedo en sus palabras. «¿De qué tiene miedo?».

—Vi como casi saltas del asiento cuando tus ojos se encontraron con los de alguien. Supongo que ese alguien sería algún conocido tuyo, alguien que sabe de tu historia y de todo lo que dijiste aquel día. Me pregunto ¿Qué estará pensando ahora de ti? ¿O acaso ya hablaste con esa persona cuando te fuiste del aparcamiento, anoche?

Oigo a Bran balbucear. Algo que pocas veces le pasa. Algo que solo hace cuando se siente atrapado en algún momento incómodo. Como cuando lo pillaban en medio de alguna trastada en el instituto. ¿De qué está hablando Anthony?

Entonces mi mente hace memoria y recuerdo el momento exacto en el que note ese pequeño brinco de su cuerpo mientras yo estaba apoyada en su pecho, al que no di importancia. ¿Es eso lo que pasó?

«¡Pues claro que es eso!». ¿Qué, si no? Hasta el día de hoy ha estado empeñado en no querer que nos vean en público por la misma razón que ha expuesto Anthony.

Es evidente que no pensó en que alguien pudiera verlo conmigo, cuando se presentó en el hospital. Y también está claro, por su forma de responder, o más bien, de balbucear, que sigue afectando.

Mi cuerpo y mi mente me gritan que me mueva, que salga de la esquina en la que estoy escondida y enfrente la situación, así que eso es lo que hago.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —pregunto enfadada, mirándolos de forma alterna. Dejo los cafés en la pequeña mesita y pongo mis manos en las caderas, para darle énfasis a mi enfado.

Noto como Bran traga con fuerza y su nuez de adán se mueve en su garganta, mientras que Anthony solo mueve su cabeza, negando.

—¿Lo ves? —responde este último—. Lo sabía —sigue diciendo, mientras se mueve hacia mí —. Sabía que, en realidad, no quería estar aquí. —Desvía su mirada hacia Bran y lo enfrenta—. ¿Te atreves a negarlo?

Miro a Bran, desconcertada. Eso no puede ser verdad.

Mi abuela está muy enferma. No es momento para esto.

Mi mirada no se desvía de sus ojos azules ni un instante, esperando ver como él lo niega con vehemencia, pero en lugar de eso veo como Bran desvía su mirada, dándole la razón a Anthony.

—¿Bran? —pregunto con miedo—. ¿Es verdad eso? —repito la pregunta, dándole la oportunidad de negarlo, de salir del paso. Pero él no dice nada.

Y muchas veces el silencio es la única respuesta que necesitas.

—Juliett, yo… —comienza a decir Bran.

Pero es demasiado tarde. El daño está hecho, y eso ya no se puede cambiar.

—Vete… —digo con un hilo de voz, mirando al suelo.

Noto cómo él da un paso hacia mí, pero Anthony se interpone.

—Nadie te obliga a estar aquí, si no es lo que quieres. Así que haz caso, y vete.

Los brazos de mi hermano me envuelven mientras noto como los pasos de Bran se alejan y mi mente se pierde con ellos. Las lágrimas, que intento sujetar en mis ojos, acaban saliendo y dejo que se escurran por mis mejillas.

—Lo siento —escucho decir a Bran, unos metros más lejos.

—No la mereces —responde Anthony, al escucharlo decir eso.

Yo no digo nada. No puedo, las palabras no me salen. Aunque sí que siento como si me estuvieran apretando el pecho tanto que me cuesta respirar. Me deshago del abrazo de mi hermano y me siento, intentando calmarme y mantengo mis ojos cerrados, hasta que consigo que el aire entre con regularidad a mis pulmones.

Minutos después, aún con los ojos cerrados, pero sintiéndome mucho más cansada que hace una hora, sale de nuevo el médico encargado de mi abuela y se acerca hasta mí. Por lo visto mi abuela ha mejorado lo bastante como para poder volver a la residencia, por lo que esta tarde ya estará de nuevo instalada allí.

La pesadilla, al menos esta, ha terminado. Aunque ahora me toca enfrentar una nueva, una en la que debo tomar una decisión en cuanto a Bran. Una que no quería tener que tomar. Una que llevo mucho tiempo retrasando, quizá demasiado.

Capítulo 22

Antes

—Chicas —dice Emily. Todas la miramos. Nos ha pedido que vengamos a un restaurante a cenar porque tiene algo que contarnos.

—¡Este es Sean, mi novio! —exclama con una gran sonrisa en la cara. Los hoyuelos de sus mejillas aparecen y no puedo evitar sonreír de vuelta. Jane, Susan y yo nos miramos un segundo antes de levantarnos de las sillas y abrazarla, en señal de alegría. Sean nos mira con cara rara, a un lado, y hace una mueca. Parece que no le gusta el jaleo que estamos haciendo.

—Bueno, Sean —dice Jane—. ¿De donde eres? —pregunta. Ya estamos todos sentados a la mesa y estamos esperando la cena.

—Soy de aquí. Nacido y criado —responde él con una gran sonrisa.

—¿Y cómo os conocisteis? —pregunta ahora Susan.

—En su trabajo —La mira por un segundo y su brazo pasa por el hombro de Emily, acercándola a él—. ¿Cómo no fijarse en este bombón?

Ella sonríe y lo mira con cariño. Yo veo su felicidad y no puedo evitar que un pellizco de envidia aparezca.

—¿Y tú, Emily? ¡Cuéntanos! —sigue Susan.

Ella sonríe a su amiga y se acerca a la mesa, agarrando el vaso de agua.

—Pues la verdad es que, al principio, no le hice ni caso. —Lo mira de reojo y le guiña un ojo mientras él pone los ojos en blanco con una sonrisa—. Pero insistió tanto, que no tuve más remedio que aceptar. —Se encoge de hombros y bebe mientras él toma el relevo.

—No pensaba irme de allí sin su número. Creo que ella se dio cuenta de eso, así que lo hizo.

—¿Y lo habrías hecho? —pregunto sin pensar. El me mira sorprendido—. Quedarte allí hasta conseguirlo, digo.

—Me habría pasado la noche en la puerta, de ser necesario —responde él sin vacilar.

Y otro pellizco de envidia me sobresalta.

La cena se pasa volando entre preguntas, risas y emociones, así que cuando llegamos Jane y yo a casa ya es bastante tarde.

Agarro el móvil para mirarlo, ya que lo había dejado cargando antes de salir y mis ojos se abren al ver lo que la pantalla me enseña. Tengo seis llamadas perdidas de Ona y otras tantas de Axel.

«¿Qué ha pasado?»

Miro mi reloj y me debato entre llamar ahora o esperar a mañana, pero al final opto por llamar.

—¿Hola? ¿Ona, está todo bien? ¿Qué pasa? —pregunto sin darle tiempo a mi amiga a saludar, siquiera

Escucho lo que tiene que decir y me siento en el borde de la cama. Con cada palabra que escucho mi mano libre se cierra en un puño un poco más fuerte, hasta que los nudillos se quedan blancos y Jane, que está observando la escena, se preocupa un poco más.

—Está bien —digo casi sin voz. Cuelgo y miro a mi amiga. Me levanto como un resorte y me abalanzó hacia ella, abrazándola.

Ella me devuelve el abrazo y se mantiene fuerte por mi, mientras lo necesito.

—¿Qué pasa, Juliett? —pregunta cuando, después de un rato, me separo de ella y me limpio las lágrimas.

—Michael —susurro con un hilo de voz.

—¿Michael? ¿Quién es Michael?

—Es el padre de Bran —respondo con la mirada perdida.

—Vale —me dice, asintiendo con la cabeza—. ¿Y qué pasa con él?

—Que no está.

—¿No está? —Jane frunce el ceño y gira su cabeza hacia un lado—. ¿Y a donde se ha ido?

—No lo entiendes —le explico, sentándome en la silla.

Ella se agacha y pone sus manos sobre las mías.

—Explícamelo —pide.

Yo la miro a los ojos intentando centrarme. Tomo aire y lo suelto, intentando tranquilizarme.

—Michael se puso enfermo hace poco. Ona me ha explicado que le han detectado un tipo de cáncer.

—Vale —dice ella asintiendo con la cabeza—. ¿Entonces?

—No —digo—. Entonces nada. No han podido hacer nada. Michael ha muerto.

Ella se queda de piedra y sus manos aprietan la mías.

—¿Cuándo?

—Ahora —muevo la cabeza, negando—. Esta noche —rectifico—. Hace unas horas.

Jane aprieta los labios y vuelve a asentir.

—¿Qué quieres hacer?

—Me voy —digo sin pensar. Me pongo en pie con rapidez y empiezo a rebuscar entre mis ropa. Jane me busca una maleta y yo se lo agradezco con la mirada y meto la ropa de cualquier manera.

Cinco minutos después estoy en el coche arrancado con Jane en la puerta.

—Ten cuidado —me pide antes de dar un paso atrás.

—Sí, claro —digo alto aturdida—. Lo tendré. —Me fuerzo a darle una pequeña sonrisa y piso el acelerador, camino de Summerbona.

Es de madrugada cuando llego al pueblo. No he parado ni una sola vez. Necesito un café y una ducha, pero Ona me dijo que el funeral es hoy por la mañana, así que no tengo mucho tiempo.

Voy directa a su casa, donde ella, que ya me estaba esperando, me abre la puerta, café en mano. Me lo tomo con rapidez, me doy una ducha y casi sin darme cuenta, estamos en el cementerio, donde los Houdson al completo miran en silencio un ataúd, mientras este, baja sin prisa pero sin pausa, dentro del agujero ya preparado.

Ona está con Axel, dándole la mano en el proceso, como querría estar haciendo yo con Bran. Pero él, que me ha mirado al llegar, no ha vuelto a girarse hacia mí, ni una sola vez.

La ceremonia acaba, los asistentes pasan a dar el pésame a la familia, que los acogen como buenamente pueden. Vega está destrozada, no para de llorar, y sus hijos la arropan en todo lo posible.

Cuando todos se han ido y solo ellos quedan aún en el cementerio, hago el amago de acercarme, para poder hacer lo mismo que han hecho todos. Pero entonces Bran, como si supiera lo que iba a hacer, me mira. Y no es una mirada de gratitud.

No. Su mirada exuda rabia. No quiere que me acerque, lo está dejando claro.

Doy un paso atrás y él levanta la barbilla sin parpadear. Sus puños están cerrados y me desafía.

Al final, no soy capaz de mantenerle la mirada. Ha dejado clara su posición, y es su padre el que acaba de fallecer. Así que asiento una sola vez con la cabeza y acepto su decisión.

Me doy la vuelta y me voy de allí, sintiéndome peor que nada.

No entiendo por qué, después de todo, no es capaz de aceptar que he hecho todo el viaje por él. Porque no quería que tuviera que pasar por algo así, solo. Porque le quiero, y porque nadie debería tener que hacerlo.

Esa misma noche, estoy de nuevo en mi habitación. Jane se sorprende al verme entrar a esas horas y tan pronto, ya que pensaba que me quedaría, al menos, un par de días. Me mira a la cara, pero no soy capaz de hablar. Estoy destrozada, tanto física como emocionalmente, así que le hago un gesto con la mano y me meto en la cama, deseando no tener que salir de allí nunca más.

Capítulo 23

Ahora

—Me voy —suelta sin más Joana, dejándome sin palabras y con la boca abierta.

—¿A dónde? —pregunto, tras asimilar la sorpresa.

Ella desvía la mirada, lo que me hace tener una mala sensación.

—¿Con quién te vas? —cambio la pregunta, pero ella sigue sin responder, por lo que pongo mis manos sobre sus hombros, algo más rellenos que cuando llegó a esta casa—. ¿No vuelves con Mark, verdad?

Ella entonces levanta los ojos y busca los míos, para negar reiteradamente.

—¡No! —replica—. He encontrado una pequeña caravana en la que podemos vivir Ian y yo. No es mucho, pero para empezar, está bien. Y gracias al trabajo puedo permitirme vivir allí con él. —Sus manos suben hacia donde sigo teniendo las mías, y las envuelven—. Muchas gracias por todo —replica con los ojos aguados—. Has hecho mucho por nosotros, y nunca lo olvidare, pero necesito hacer esto yo sola. Necesitamos empezar de nuevo, tanto Ian como yo.

Hago una mueca. La entiendo, y sé que debo dejar que se marche, aunque no me guste la idea. Ian ha vuelto a clase y ahora se le ve feliz. No quiero verlo volver atrás, pero Joana es su madre y, debería saber que es lo mejor para él, ¿no?

—Está bien —respondo. Ella no me ha pedido permiso para irse, pero sé que necesita saber que estoy de acuerdo, así que se lo doy. Sé que así estará más tranquila, aunque yo no pueda decir lo mismo.

Solo el tiempo dirá si ha tomado una buena decisión.

Y no tardo demasiado en darme cuenta de que no lo fue. A los pocos días de irse, Joana empezó a dejar de venir a trabajar y no me cogía el teléfono. Al final, opte por entender que no volvería, por lo que me tocó buscar alguien para sustituirla.

Al menos, Ian sigue viniendo al colegio. Se le ve limpio y aseado, aunque su sonrisa comienza a desaparecer, de nuevo, lo que hace que vuelvan a saltar todas mis alarmas.

Las notas que dejo en la mochila del niño no se ven contestadas y, aunque he intentado hablar

con él para que me diga donde vive, el niño se niega a contestar alegando que se lo ha prometido a su madre.

Resoplo cuando vuelvo a ver mi nota en su mochila, tal y como la dejé ayer, si que esta vez tomo una decisión y esa misma tarde me apresuro a meterme en el coche para seguir el autobús escolar y lograr descubrir dónde viven ahora.

Quiero asegurarme de que los dos están bien, tan solo eso.

No puedo inmiscuirse en su vida, si no es lo que quieren, pero el niño sigue estando en mi clase, por lo que sigo sintiéndome responsable de él.

Casi veinte minutos después llego a otro parque de caravanas que no conocía y paro el coche al ver a Ian bajar del autobús. Salgo del coche cuando estoy convencida de que no me ve y lo sigo a una distancia prudencial. Espero, al ver que él toca la puerta de una caravana y veo como Joana sale a su encuentro y lo abraza con cariño antes de dejarlo pasar. Se la ve bien, por lo que decido no meterme más en su vida, si eso es lo que ella ha decidido. Mientras los dos estén bien, yo estaré tranquila.

Vuelvo por donde he venido, subo a mi coche y me voy a casa con la conciencia tranquila y algo más feliz. Parece que Joana de verdad ha encauzado su vida y solo espero que sea feliz, junto a su hijo.

Pasan los días y llega el trece de Febrero, el día menos feliz del año, para mí. El día en que murió mi abuelo, el marido de Amanda, aquel que me crió como si fuera su hija, que ocupó el lugar de su hijo, quien debió de haberme criado, en realidad.

Me levanto con los ojos hinchados de tanto llorar. Han pasado muchos años desde que él nos dejó, pero sigo sintiendo que fue ayer mismo, y el dolor persistente es tan fuerte como lo fue el día en que se fue.

Me ducho, me visto para la ocasión y me tomo un café, antes de salir, en dirección a la residencia para recoger a Amanda. Ella no sabe qué día es hoy, ni porque saldremos en coche hacia nuestro lugar especial, pero es algo que hicimos desde el primer año, y que seguiremos haciendo mientras viva.

Llegamos al aparcamiento y la ayudo a bajar. Le han puesto un vestido de color lila claro muy bonito y sonrío al verla tan guapa. Puede que su memoria falle pero su belleza sigue permanente en su mirada y sus ojos.

—Vamos, Amanda— le digo al salir del coche, paso una mano por su brazo para ayudarla a caminar y emprendemos el camino hacia el lago—. Ya no queda mucho, está aquí cerca, lo prometo.

—Vale, cielo—responde ella, amable como siempre, aunque crea que soy una de las enfermeras—. Lo que tú digas. —Sonríe, y siento que mi corazón se calienta un poco más.

Llegamos hasta la arena que nos separa apenas unos centímetros del agua y saco de mi bolso un pequeño barco de madera. Enciendo una pequeña vela, que dejo en medio del barco y nos

agachamos con cuidado.

—Ahora, Amanda —le digo—empuja el barco con cuidado.

Ella, obediente, lo hace, y sonríe al ver que este se mueve por el lago, alejándose cada vez un poco más, mientras es mecido por una ligera brisa. Nos ponemos en pie y lo vemos hacerse pequeño mientras yo la miro a ella y ella al barco.

No recuerda este lugar, ni el por que de lo que acabamos de hacer. Pero en mi memoria siempre quedaran los veranos en este mismo lago, y como el abuelo me explicaba que siempre tuvo esa ilusión de tener un barco propio por el que navegar durante meses con la abuela, y cómo, al crecer supe que, cuando pudo tener tanto el dinero como el tiempo, no lo compró para poder pasar ese tiempo conmigo. Pero aun así nunca vi un deje de tristeza en su voz, por no poder hacer su sueño realidad.

Así que, cuando él murió, decidí que esta era la mejor manera de honrar su memoria. Con un barco de madera por el que navegar, de manera simbólica. Dándole así en muerte lo que siempre quiso en vida y que no pudo tener.

—Es bonito, el barco, ¿a que sí? —pregunta Amanda, sacándome de mis pensamientos.

—Sí que lo es —digo asintiendo con la cabeza—. Sí que lo es.

Una vez terminada la tradición, me llevo a mi abuela a comer a su restaurante favorito y pido su comida, la que sé con certeza que más le gusta, aunque sea, a la par, de lo más simple. Pollo con salsa de queso y patatas con arroz. La ayudo a cortar la carne y comemos entre conversaciones banales. Luego la llevo de nuevo a la residencia y me despido de ella, hasta el viernes, cuando iré a verla como de costumbre.

Subo a mi habitación, al llegar a casa y me asusto cuando veo a Bran sentado en mi cama. Aunque no sé de qué me sorprendo, cuando me ha parecido ver a Wolfy amarrado en uno de los árboles.

—Estas muy guapa —me dice, en un tono algo bajo.

No sé qué hacer ni qué decir. La última vez que nos vimos, las cosas no acabaron bien y no se como reaccionar.

—Lo siento —dice él, antes de que pueda abrir la boca, mientras se levanta del filo de la cama y se acerca a mí—. Se que estuvo mal, y se que te he decepcionado. —Busca mis ojos mientras sus manos rozan mis mejillas—. Soy idiota. Lo sé —sigue hablando cuando los encuentra—. Y tu hermano llevaba razón, pero a partir de ahora eso se acabó, ¿Me oyes? Me da igual lo que piensen de mi. Lo único que me importa eres tú, no quiero perderte.

Lucho contra mis sentimientos, sus manos en mi piel provocan que mi mente no sea capaz de centrarse, pero parpadeo un par de veces y me concentro, dando un paso atrás para deshacer el contacto.

—Me hiciste daño, Bran —consigo decir.

—Lo sé, y lo siento —dice él, dando un paso más hacia mí.

—No —respondo, dando otro hacia atrás, manteniendo la distancia—. Ya no puedo mas…,

necesito pensar… —Lo digo más para mi, que para él, pero Bran lo escucha y veo en sus ojos que se teme lo peor.

—¿Pensar? ¿En qué quieres pensar?

Arrugo las cejas.

—En todo —contesto—. ¡Me defraudaste cuando más te necesitaba, es que no lo ves!

El agacha la mirada.

—Lo sé… —susurra—. Y no sabes como me arrepiento. He sido un completo imbécil.

—Sí —reitero, cruzándome de brazos, enfadada—. Sí que lo has sido.

Entonces levanta su mirada, da un paso hacia mí y me abraza.

—Perdóname —susurra en mi oído—. No sé en qué estaba pensando.

—¿Ah, no? —respondo, liberándome—. ¡Pues ya te lo digo yo! ¡En tu maldito ego! —estallo. Niego con la cabeza y me alejo aún más de él.

—Vete, Bran, necesito pensar.

Veo como él me mira, tiene la cara desencajada y el miedo recorre sus ojos, pero aún así hace lo que le pido, se acerca a la ventana y se para justo antes de salir por ella.

—Estabas muy guapa en el lago, y a tu abuela le queda muy bien el lila.

«Ha estado allí. Nos ha visto. ¿Por qué?».

Él me lee perfectamente como si tuviera hablado en voz alta.

—No podía dejar que lo hicieras sola, aunque no me quisieras allí… —responde antes de irse, dejándome con la boca abierta.

Dos semanas más tarde. Ian ha dejado de venir a la escuela, lo cual hace que vuelva a preocuparme de nuevo por él, y, además, no he vuelto a saber nada de Bran.

Le pedí tiempo, y es lo que me está dando. Lo comprendo, pero es demasiado tiempo sin verlo, solo comparable a cuando me fui a estudiar fuera, pero ahora estoy aquí, y este es un pueblo pequeño, así que sé con seguridad que debe de haberse esforzado por no coincidir conmigo.

Como último recurso me paso por la pastelería como si nada, para ver si puedo saber algo de él, pero Mara tan solo me dice que las cosas van bien y que no ha notado nada diferente en su cuñado, aunque es verdad que la última vez que fue a casa de Vega no estaba y ella le dijo que Bran necesitaba unos días para sí mismo y que, desde entonces, no ha vuelto a verlo.

Al despedirme y salir de allí, sonrío, ya que, sin saberlo, Mara me ha dado la información que necesitaba.

Se exactamente donde esta Bran, por lo que ahora solo me queda dar llegar hasta él para poder tener LA conversación.

Tardo un poco en llegar a la cabaña. Hacía años que no venía, aunque el recuerdo de la primera vez sigue intacto en mi mente y sé que siempre lo estará.

Comienzo a caminar con cuidado cuando me quedan unos metros para llegar, con la esperanza de poder mirar por la ventana.

«Sí, lo sé. Espiar está mal, pero la tentación es demasiado poderosa y me dejo llevar por ella».

Me acerco en silencio y consigo asomarme. Dentro puedo ver como Bran está agachado frente a la chimenea, aunque esta, no está encendida y hace demasiado calor como para pensar en hacerlo.

Arrugo mi frente. «¿Qué está haciendo?». Intento asomarme un poco más pero entonces me escurro y caigo de culo al suelo.

Maldigo entre dientes mientras me palmeo el trasero, intentando ponerme en pie de nuevo y limpiándome la ropa, a la vez que escucho como la puerta de la cabaña se abre de repente y, cuando miro, veo a un Bran que me mira entre sorprendido y alegre, aunque algo me dice que su alegría proviene de mi reciente caída, más que por el hecho de encontrarme allí.

—Muy mal, Juliett —dice después de chasquear los dientes y cruzarse de brazos, mientras se apoya en el vano de la puerta—. ¿Es que nadie te ha dicho que espiar está mal? —pregunta con retintín. Niega con la cabeza y su sonrisa se agranda—. Te lo tienes merecido —susurra mientras extiende su mano hacia mí, ayudándome a mantener el equilibrio a la vez que me invita a entrar en la cabaña.

—No tiene nada de gracia —refunfuño mientras vuelvo a palmear mi trasero, ahora por el dolor. Me va a salir un moratón de los grandes…

La carcajada de Bran inunda la estancia.

—¡Pues a mi me parece que sí! —responde entre risas—. Deberías haberte visto…, ojalá te hubiera grabado o algo.

—¡Sí, claro! —respondo ahora yo también entre risas.

Al menos mi caída ha conseguido romper el hielo.

Entonces se hace el silencio y los dos nos miramos sin pronunciar palabra durante unos segundos. La tensión llena la cabaña y siento que acabo de cometer un error. ¿Y ahora qué le digo? Vine hasta aquí solo porque lo echaba mucho de menos, pero reconozco que yo también tengo mi orgullo y la verdad es que ahora no quiero tener que reconocerlo.

El parece leer mis pensamientos y maldigo en mi interior por el poder que tiene este hombre sobre mi y lo fácil de leer que soy para él.

—¿Qué haces aquí, Juliett? —pregunta Bran, sentándose en el suelo, con la chimenea a su espalda, en el sitio justo en que estaba cuando lo vi por la ventana.

Me muerdo el labio y desvío mi mirada.

Bran espera con calma mi respuesta. Una que no quiero darle, mientras me da espacio aunque la cabaña no sea demasiado grande.

Sí, me he percatado de que no ha intentado acercarse, abrazarme o darme un beso. Le pedí tiempo y me lo está dando en todos los sentidos.

Aunque me fastidie decirlo, se está portando como un caballero.

Su mirada parece traspasarme y yo intento evitarla a toda costa. Ya he repasado las tablas del suelo, las del techo… e incluso podría enumerar los cubiertos de los que dispone para poder comer, aunque sea de manera rudimentaria.

Y tras unos minutos interminables, él parece darse por vencido. Suspira, se da la vuelta, dándome la espalda y noto como su cabeza se queda fija en el suelo por algún tiempo antes de empezar a hablar.

—Tengo muchos recuerdos en esta cabaña, ¿Sabes? —comienza—. Y la mayoría están relacionados con mi padre…

Noto como sus hombros se tensan durante un instante al mencionarlo y puedo sentir su dolor. Michael se fue demasiado pronto..., demasiado rápido…

Fue muy injusto, pero la vida raramente lo es, y las enfermedades no perdonan a nadie. Afectan sin importar si eres buena o mala persona. Rico o pobre. Niño o adulto.

Las enfermedades nos igualan a todos, ya que, al final, todos acabamos en el mismo sitio, independientemente de la vida que hayamos tenido.

—La empezamos un poco antes de que llegaras al instituto ¿Lo sabías? —sigue diciendo Bran, ensimismado—. Tardamos más de dos años en acabarla. Veníamos aquí cada vez que él tenía un hueco libre. Y no solo me enseñó a construirla de cero, sino que también pude aprender mucho sobre electricidad y fontanería. Papá era un manitas, como yo —suelta en medio de una ligera risa—. Muchas de las cosas que sé, las aprendí de él. Me conocía bien, y sabía que necesitaba un lugar seguro en el que poder pasar tiempo a solas. Así que me lo dio.

Se gira de nuevo y me mira.

—Recuerdo como, un día, mientras yo colocaba una de las tablas de aquella pared —señala la madera que está justo detrás de mí—. Apareció con Wolfy.

Elevo mis cejas. Wolfy me tiene robado el corazón, pero la verdad es que nunca le pregunté cómo llegó a ser su caballo. El suyo personal.

Es verdad que tienen muchos, pero se que cada uno de los hermanos Hudson tienen uno propio. Uno con el que tienen una conexión especial…es algo que no he experimentado nunca y que solo puedo comparar con el hecho de conectar más con una persona que con otra, por la razón que sea.

—¿Esa fue la primera vez que lo viste? —pregunto.

—¡No! —responde Bran negando con la cabeza—. Él era solo uno más de la manada que teníamos en ese momento.

—¿Entonces? —vuelvo a preguntar—. ¿Cómo supo que ese era tu caballo? —me encojo de hombros—. ¿Él, y no otro?

Veo cómo él imita mi gesto.

—Solo me dijo que lo había visto —vuelve a encogerse—. Imagino que debí de llevarlo en algún momento y él se dio cuenta, aunque yo no lo hiciera.

—Pensaba que erais vosotros quienes lo elegíais.

—No siempre funciona así. A Wolfy lo tuvimos desde que era un potro. Y recuerdo perfectamente que era muy cabezón, cuando se le metía algo en la cabeza era muy difícil hacerle cambiar de opinión.

«Empiezo a ver la conexión», pienso mientras sonrío.

Bran parece leer mi mente de nuevo ya que asiente solo una vez, como dándome la razón.

—Lo sé —dice, respondiendo a mi pensamiento—. Aunque a mi me costó un poco más, verlo.

—¿Entonces? —pregunto, instándole a seguir. No se por que me está explicando esto ahora, pero todo lo que sea estirar el momento de tener que afrontar nuestra conversación pendiente, es bienvenido.

—Entonces —responde él, continuando con su explicación—. Llegó aquí con él, me dijo que era mío y que ya tenía nombre.

—Pero ¿eso no es algo que también hacéis vosotros?

—Sí. Esa es la norma, pero conmigo no fue así. Papá dijo que se llamaba Wolfy y, aunque al principio me molestó que hubiera elegido por mí tanto el caballo como el nombre, luego lo entendí todo.

Su sonrisa de medio lado consigue que mi corazón se acelere por un momento, pero me niego a dejarle saber lo que acabo de sentir, por lo que levanto una ceja, preguntando con la mirada.

—Como decía. No entendía porqué había elegido por mí, por lo que intenté explicarle que no era justo, que los demás habían podido elegir, y que yo también quería poder hacerlo. Pero entonces él solo sonrió y me pidió que me acercara al caballo, que ese momento estaba atado a una rama. Le hice caso a regañadientes y, cuando estaba a solo unos metros de él, Wolfy se encabritó y relincho. ¿Lo ves? —le dije a papá—. ¿Cómo va a ser mi caballo si ni siquiera soporta mi cercanía? —conteste enfadado.

—¿Y qué pasó entonces? —Ahora estoy realmente intrigada. Bran está tan metido en su recuerdo que ha conseguido que yo también entre en él.

—Entonces papá me instó a dar un par de pasos hacia adelante, me impulsó un poco, poniendo su mano en mi espalda, y cuando me moví, sin que yo me diera cuenta, él puso la misma distancia hacia atrás. Al instante el caballo puso sus orejas hacia adelante, me miró a los ojos y resopló. Intrigado, di un paso más hacia él y Wolfy agacho su cabeza, dejando que lo acariciara. Cuando lo hice fue él quien se acercó a mí, pasó su cuello por encima de mi cuerpo y pude notar como su cabeza empujaba mi espalda para poder pegar mi cuerpo al suyo mientras él me mantenía allí, apretando ligeramente su mentón en mi espalda. Fue como si me estuviera dando un abrazo, algo maravilloso, y entonces fue cuando lo sentí. Note la conexión. No era yo quien lo había elegido, sino que había sido él. Wolfy me eligió a mí.

—Increíble —susurro algo emocionada. Nunca había pensado que algo así podría pasar.

—Me mantuve allí durante unos minutos. Disfrutando de su calor y su cercanía. Sabía que podía confiar en él. Que siempre podría hacerlo.

—¿Ahora me crees? —escuché decir a mi padre.

—Me giré hacia él, para darme cuenta en ese momento, que se había alejado y ahí entendí que el comportamiento anterior del caballo no se debía a mi, sino a él.

—Debió de costarte, traerlo hasta aquí —le dije, con una sonrisa en la cara y sin dejar de acariciar sus crines.

—No te haces una idea —contestó papá con una gran sonrisa.

Sonrío al hacerme una imagen mental de su padre estirando las riendas de Wolfy mientras este no paraba de moverse y resistirse.

—Entonces todo salió bien, al final.

—No todo —contesta Bran.

Frunzo el ceño y él sonríe de medio lado, otra vez, consiguiendo que mi corazón se acelere, otra vez.

Vuelvo a maldecir en silencio y siento que, esta vez, el rubor en mis mejillas acaba de delatarme. Bran se pone en pie, se acerca a mí, y me acaricia la derecha con el dorso de sus dedos. Lo hace con tanto cuidado que vuelvo a sonreír como una colegiala mientras me siento la mujer más estúpida del planeta por no ser capaz de controlar mi cuerpo.

Bran ladea la cabeza, vuelve a sonreír de lado y da un paso hacia atrás, rompiendo el momento más vergonzoso de mi vida.

Carraspeo y evito su mirada.

—Y tampoco te saliste con la tuya con el nombre, por lo que veo…

—Nop —responde con sencillez—. En realidad papá también acertó con eso.

Arrugo mi nariz.

—No lo entiendo —admito.

—Al principio yo tampoco —responde—. Pero papá entonces empezó a explicarme algunas curiosidad de los lobos.

—¿Lobos? ¿Y qué tiene eso que ver con el caballo?

La sonrisa de Bran solo se ve empañada por la nostalgia que le provoca el recuerdo de esa conversación con su padre.

—Mucho, en realidad —dice soltando el aire—. Ven —me pide.

Al principio dudo, pero al final me acerco a él y me siento en el suelo a su lado, sobre una alfombra mullida que me trae muchos recuerdos. El se pone frente a mi y me cubre mis manos con las suyas, para buscar entonces mi mirada.

—¿Sabías que los lobos se emparejan de por vida? —me pregunta cuando se asegura de que lo miro a ojos.

Vuelvo a ruborizarme y comienzo a entender por dónde irá la conversación.

Bran asiente con la cabeza cuando ve que no muevo ni un músculo.

—Papá me explicó que ellos son así. Los lobos pueden ser fieros, pero en general lo son para proteger a los suyos. Son leales a su manada, y los protegen con su vida, si es necesario.

Trago saliva y asiento, instándole a continuar.

—Papá me explicó que yo era como un lobo. Que quería a mi familia por encima de todo, que soy leal como ellos. Pero sobre todo, que cuando elijo a alguien con quien compartir mi vida, lo hago para siempre.

Sonríe, y siento que me falta el aire.

—Sí —sigue diciendo, asintiendo una vez—. Papá sabía lo que sentía por ti. Me conocía. Y sabía que mis sentimientos hacia ti no cambiarían por muchas trabas que nos pusiera la vida.

No soy capaz de hablar. ¿Esto está pasando de verdad?

—Él me dio a Wolfy cuando te fuiste —admite.

«Guau. Eso sí que no me lo esperaba», pienso.

—Estaba pasando por un mal momento. Por lo que todo esto que él me explicó, me pilló por sorpresa. De hecho creo recordar que me sentía enfadado, por lo que me contaba, pero él me hizo ver que, al igual que los lobos, no debía rendirme contigo, con lo nuestro…

—No sé que decir —admito. Y es la verdad.

—Papá me dijo que, cuando alguien es para ti, lo notas. Lo sientes en cada poro de tu ser. Y que cuando algo así pasa, rendirte no es una opción. Que lo único que puedes hacer es dejarte llevar. Cuando quieres a alguien, no puedes quedarte solo con lo bueno, conoces todos sus defectos e incluso lo peor de esa persona, pero debes abrazarlo todo, lo bueno y lo malo Y sobre todo no puedes, ni debes, intentar a la otra persona.

Noto como las lágrimas se cuelan por mis ojos y caen por mis mejillas. Su padre era un gran hombre. Y aunque nunca tuve la oportunidad de conocerlo tanto como me hubiera gustado, sus palabras transmiten una sabiduría y un cariño, tanto por su hijo como por mí, que no creo haberme ganado.

Ahora lloro. De rabia e impotencia, porque reconozco la calidad como persona de Michael aun sin haberlo tratado. Por la forma en que trató a su hijo cuando lo estaba pasando mal. Como le dio un compañero, un caballo, en el momento en que él se sentía solo, como me sentí yo, al marcharme. Y cómo, a pesar de ver el dolor en los ojos de su hijo, no hurgo en la llaga ni lo puso en mi contra, sino que, supo ver que, cuando el amor es de verdad, puede vencer cualquier obstáculo. Y además, se lo hizo ver con un tacto digno del mejor mentor. Como solo un padre puede hacerlo.

No digo nada, no hacen falta palabras. Tan solo me inclino hacia él mientras suelto mis manos de las suyas para acercar su cara a la mía.

Unimos nuestros labios mientras siento como nuestras vidas se unen y entrelazan para siempre. Como siempre quise que fuera. Como siempre debió haber sido.

Capítulo 24

Antes

Hola, Bran:

No se porque te estoy escribiendo esto. En realidad, creo que no te lo mereces, pero aun así, no puedo no hacerlo.

Tengo que darte el pésame, de una manera u otra.

Lo siento. Siento que hayas tenido que pasar por algo así. No puedo hacerme una idea de como estás, pero quiero que sepas que no estás solo. Me hubiera gustado poder abrazarte, en el cementerio. Decirte que todo estará bien, que estaréis bien. Que los Houdson sois fuertes y que os mantendréis unidos, como lo habéis hecho siempre.

Hubiera querido, también, abrazar a tu madre. Darle el pésame, como hicieron los demás. Llorar con ella por la pérdida de su marido y decirle que lo siento muchísimo.

Me has quitado muchas cosas, Bran. Tu tozudez me ha apartado de ti, y ahora me ha impedido hacer lo que, de corazón, quería hacer.

Porque, aunque no conocía mucho a tu padre, estoy seguro de que era un gran padre, y por tanto un gran marido. Estoy segura de que lo echareis de menos todos los días. Además, a pesar de todo, sigo preocupándome por ti, sigo pensando en ti cada día… y no sé cómo hacer para que dejes de dolerme, porque me dueles. Y siempre lo harás.

Y si a ti te duele algo, también me duele a mi.

¿Es que no lo ves?

Juliett

Pdta. Por favor, contesta

Capítulo 25

Ahora

—¡Hola Emily! ¿Cómo estás? —pregunto al descolgar la llamada. Por poco no la veo. Pero el ruido de la vibración del teléfono me ha alertado a tiempo.

—Bien… —contesta ella.

Conozco ese tono, y no me gusta nada.

—¿Qué pasa Emily? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien… —contesta de nuevo, pero el tono sigue siendo el mismo y comienzo a preocuparme.

—Emily —digo en tono algo más autoritario—. Cuéntame qué pasa, no será… —Comienzo a decir, intentando morderme la lengua mientras ruego a lo más sagrado que no haya vuelto con él.

—¡No! ¡No es eso! —responde ella con rapidez.

Suelto el aire que he estado conteniendo y me relajo. Mientras no sea eso, todo irá bien.

—Está bien —contesto—. Te creo. Pero, dime, qué pasa.

—Bueno… —continúa ella mientras yo comienzo a dar vueltas por el salón de casa. Cuando la pausa se alarga me meto una uña en la boca y comienzo a mordisquear la carne de alrededor —. Es que no se como decir esto… —concluye.

Me siento en el sofá, soltando el aire con fuerza.

—No importa lo que sea, Emily. Solo habla. Pide lo que necesites, lo que sea, lo sabes. —Intento que mi tono no le haga pensar que estoy enfadada, porque no lo estoy, es solo que me estoy poniendo muy nerviosa y necesito saber que necesita lo antes posible, para calmarme. Pero también sé que hay que darle su tiempo, por lo que me muerdo la lengua, de nuevo, y espero.

—A ver… —sigue ella, casi titubeando—, lo que pasa es que, desde que volvimos del viaje, las demás chicas han vuelto a sus vidas, ya sabes…

Asiento con la cabeza. Jane y Susan tenían una vida antes de venir a verme, pero con Emily las cosas son diferentes. Según me explico, el viaje fue la excusa perfecta para poner punto y final a su relación con Sean. Y ahora que ha vuelto a su piso, en la ciudad, no quiero ni pensar en cómo se debe de sentir.

—¿Has sabido algo de él? —Tanteo. Quizá sea eso.

—¡No! —contesta con rapidez y noto el alivio en su voz—. Gracias a Dios no he vuelto a saber nada de él. Y lo agradezco de verdad, pero…

—¿Pero? —repito, para insistir en una respuesta que parece reticente a darme.

—Pues que me siento sola, Juliett —comienza a decir antes de soltar un pequeño sollozo que comprendo ha estado aguantando durante toda la conversación—. Es que el piso, las calles, la gente…, todo me recuerda a él. Sé que hice bien. Que tome la decisión correcta, pero eso no significa que no me duela. Mi psicóloga me ha explicado que esto se llama dependencia emocional, y que es normal, dadas las circunstancias. Pero la sensación de ahogo y vacío es tan grande que no se ni como expresarla… y no se que hacer, Juliett. Sé que no puedo volver, eso nunca, pero también sé que no puedo seguir así. Necesito hacer algo con mi vida. Siento que no pertenezco a ningún lado, ahora mismo, y sobre todo, no quiero estar sola… —Lo suelta todo de forma atropellada y yo aprieto los labios mientras mi mano libre aprieta el reposabrazo. Sabía que iba a ser duro para ella, pero no imaginaba hasta qué punto.

—¿Quieres venir a casa? —digo sin pensar—. Puedes quedarte el tiempo que necesites, lo sabes, pero…

—No quiero molestar —contesta ella al escuchar la última palabra que sale de mi boca.

—Me refiero a cómo lo vas a hacer con el trabajo —respondo tratando de explicarme. Conociéndola, ha pensado que en realidad la he invitado por cortesía, y nada más lejos de la realidad.

La oigo soltar el aire y se que he acertado con mi teoría.

—No te preocupes por eso —responde aliviada—. He hablado con el colegio donde estoy con las sustituciones y ellos han sido muy comprensivos. Me han dicho que me tome el tiempo que necesite para recuperarme, y que me esperan con los brazos abiertos en cuando sienta que puedo volver a las aulas.

Sonrío al escucharla. Durante años no pudo ejercer su profesión por culpa del maldito de Sean. Y cuando por fin se le enfrentó y consiguió un trabajo, aunque fuera de este tipo, me alegré muchísimo por ella.

—Entonces ¿A qué esperas? ¡Cuelga y empieza a preparar las maletas! Mi casa es tu casa, lo sabes. —Siento que sabe que estoy guiñando un ojo, como en realidad lo hago mientras amplio mi sonrisa. Ella suelta un pequeño grito de alegría, me da las gracias de forma efusiva así como un millón de veces y cuelga para, estoy segura, preparar todo lo que quiera llevarse.

Dejo el teléfono en el sofá y me permito unos minutos para repasar nuestra conversación. Está claro que Emily necesita mucho cariño y ayuda. Sin duda su psicóloga está trabajando muy bien con ella, pero como amiga me siento responsable de ella en cierta manera.

Me levanto del sofá para preparar la que será su habitación, aunque estoy más que segura de que dormirá conmigo, cuando el teléfono vibra de nuevo. Me giro para mirar quien es. Sonrío al ver su nombre y descuelgo con una sonrisa tonta en mi cara, dando gracias por el que él no me

esté viendo.

—¿Qué pasa, Bran? —pregunto. Él no suele llamarme, sino que se presenta en casa, o mejor dicho, en mi habitación, y hablamos.

—¿Cómo está la más guapa de todo el pueblo? —pregunta el adulador, como saludo.

Niego con la cabeza, puede ser muy ñoño cuando se lo propone.

—¿Qué es lo que quieres ahora? —pregunto yo en respuesta. Cuando hace estas cosas suele ser con un propósito.

—¿Cómo que, qué quiero? ¿Es que no puede uno soltar un piropo a su novia sin querer algo a cambio? —responde haciéndose el ofendido.

Suelto una pequeña carcajada.

—Conociéndote, no —respondo sin pasar por alto que me ha llamado novia por primera vez desde que me fui a la universidad.

Ahora es él quien se ríe de forma abierta.

—Me conoces demasiado; no sé si eso es bueno, o no, aun lo estoy decidiendo.

—¿Y bien? —vuelvo a preguntar.

Bran carraspea y su voz se vuelve algo más solemne.

—¿Podemos vernos?

Mis cejas se juntan al notar el cambio de tono.

—Claro. Solo dime cuando y donde.

—Sube a tu habitación —dice sin más. Entiendo que ha estado allí todo el tiempo, e intento comprender por qué me ha llamado en lugar de bajar a buscarme, pero luego recuerdo al instante que mi padre llegó anoche de otro de sus viajes. Debe saberlo, y dado que no es que hayan conseguido llevarse bien nunca, comprendo que no haya querido arriesgarse.

—¿Y bien? —le pregunto de nuevo cuando ya nos hemos encontrado, abrazado y besado hasta decir basta—. ¿Qué pasa? ¿Porque querías verme? ¿Ha pasado algo?

Tiene la mirada triste y eso solo puede significar una cosa. Se cuando necesita hablar, desahogarse, y se que esta es una de esas ocasiones.

—Ya se que pasa con Joel— suelta Bran después de carraspear. Estamos sentados en el borde de la cama y él agarra mi mano con cariño.

Enarco las cejas en forma de pregunta sin dejar de mirarle a los ojos, instándole a que siga. Y vuelvo a insistir, cuando veo que él se resiste a decir nada.

—Es su novia —dice al fin—. Bueno, ahora ya no lo es…

Sabía que Joel tenía novia en la ciudad. Bran me lo había dicho, emocionado, en cuanto se enteró. Desde la muerte de su padre, Joel se había centrado tanto en el trabajo y en las responsabilidades que, como hermano mayor, creía tener, que ésta era la primera vez que comenzaba una relación en mucho tiempo. Así que me entristece saber que ya no están juntos, a pesar de no haber llegado a conocerla.

—Lo siento —digo en voz baja—. ¿Él, está bien? —Está claro que no. El espectáculo que montó en la boda de Mara y Axel es una buena muestra de ello, pero de eso ha pasado tiempo y parece que le cuesta remontar cabeza.

—No mucho, la verdad —dice Bran, sacándome de mis pensamientos—. Pero al menos ya ha pasado la etapa de negación y resentimiento, que ha intentado sepultar dentro del vaso de una botella.

Me sorprende que Bran conozca las etapas del duelo, y lo adornado de su explicación. El no suele ser tan delicado, pero luego recuerdo que nosotros mismos pasamos por lo mismo cuando me fui a estudiar y comprendo que las haya reconocido, en su hermano. Además, para ser justos, Bran no es ningún tonto; no, al menos en materia de estudio y con algo que le interese de verdad, aunque no siempre lo saque a relucir.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí —responde—. Pero ahora se ha dado cuenta de cómo se ha comportado por lo que el sentimiento de culpa es bastante grande. Y si a eso le añades que aún la quiere…

—Ya… —suelto casi en un susurro—. Puede ser difícil… Lo sé por experiencia.

—¿Y te ha dicho que es lo que ha pasado? ¿Porque ya no están juntos?

Bran se encoge de hombros.

—Ya conoces a Joel, no quiere «hacer nuestra carga más pesada» —dice haciendo un gesto con sus dedos—. Palabras suyas, no mías —termina.

—¡Pues dile que no es así! —respondo—. Se que a los hombres les suele costar más hablar de sentimientos, pero es necesario. Hablar no hará que tu lleves una carga pesada, sino que le ayudará, a él, a soltar esa presión, que seguramente tiene, y a ti a comprenderlo mejor y poder ayudarle. ¡Házselo ver!

—Lo he intentado, créeme. —Bran recuesta su cabeza en mi regazo y, casi de forma automática, comienzo a acariciar su pelo.

Es extraño cómo, a pesar de los años, y de los altibajos que ha tenido nuestra relación, hay cosas que no cambian.

Antes de ser pareja, fuimos amigos, y nos acostumbramos a hablar de lo que nos preocupaba para, al final, acabar justo como estamos ahora. Su cabeza en mi regazo y mis dedos enredados en su cabello.

Bran suelta un gemido de agradecimiento y se que sus ojos están cerrados a pesar de no verlos, como también se que, si sigo acariciando su pelo, no tardará en quedarse dormido. Y sonrió ante la posibilidad de que así fuera. Sonrío porque así es como me gustaría acabar cada día de mi vida…

Sí, así es como debería ser.

—¿Y sabes cuál será su siguiente paso? —pregunto bajito unos minutos después. Pero no obtengo respuesta.

Bran se ha dormido. Sonrío. Es una buena señal.

Me levanto con cuidado. Lo observo por un instante, guardo este recuerdo en mi memoria y planto un suave beso en su mejilla antes de dejarlo descansar, para ponerme a hacer lo que dije que haría antes de recibir su llamada. Preparar la habitación de Emily.

Emily llega solo dos días después y me sorprende, cuando me lo dice por el manos libres del coche, ya de camino a mi casa. Debe de estar peor de lo que me ha hecho ver, si ha tardado tan poco en empaquetar y salir corriendo de su ciudad. Una que la vio nacer y crecer, aunque no siempre la trato como debería.

—Entonces, ¿qué te ha dicho la psicóloga? ¿Porque la habrás avisado de que estarás fuera, no? —No querría tener que decírselo, pero el hecho de que esté aquí impide que pueda ir a consulta, y no debería dejar de ir. Le está sentando demasiado bien, como para dejarla.

—¡Sí! La llame en cuanto te colgué y hemos quedado en que, a partir de ahora, y durante el tiempo que esté aquí, podemos seguir con las consultas a través de internet. Nos veremos por cámara, y, aunque no será lo mismo que estar allí, al menos no perderé mis sesiones y ella podrá ver mi evolución.

Sonrío, soltando el aire que sujetaba en mis pulmones sin apenas darme cuenta. Emily no es una persona descuidada, nunca lo ha sido, pero realmente me preocupaba ese tema y me alegra saber que dejo el tema más que cerrado antes siquiera de hacer las maletas.

—¡Perfecto, entonces! —digo poniendo mi mano sobre la suya y apretándola solo un poco.

Nos pasamos el resto de la tarde viendo películas, mientras comemos palomitas caseras, y riéndonos con las muchas anécdotas que conservamos de nuestra etapa en la universidad.

—Me preparas un chocolate de los tuyos, por favor … —le pido haciendo pucheros como si de un bebe se tratara al caer la noche—. Casi prefiero eso que algo de cena o creo que explotaré —Le digo entre risas, acariciando mi vientre y mirando el enorme bol de palomitas, ahora vacío, que hemos rellenado más de una vez…

—¡Claro! — responde ella dando un brinco del sofá para ir directa a la cocina—. ¡No por nada era la mejor camarera del Starlook! —suelta entre carcajadas.

Y es verdad, recuerdo a la perfección la primera vez que nos vimos, en la cafetería de la universidad. Susan y Janet estaban conmigo, de hecho fueron ellas las que me llevaron, hablándome del delicioso chocolate especiado que se servía allí… y de la persona encargada de hacerlo.

Todos en la universidad conocían el horario de trabajo de Emily. Todos sabían cuando estaba dentro del local, aunque no pudieras verla.

Tan solo tenias que pasar por el parque que lindaba con la cafetería y, si había cola, sabías que Emily estaba trabajando. Su famoso chocolate atraía tanto a estudiantes como a profesores, que se aficionaron tanto, que incluso dejaban el café para otro momento, aunque fuera a primera hora de la mañana.

—¡Buenas tardes, chicas! —nos dijo cuando paró por nuestra mesa una chica con pequitas en

la cara y una cola de caballo que sujetaba su pelo a la perfección—. ¿Qué os apetece?

Ellas me miraron y sonrieron antes de pedir el chocolate especial de Emily. La camarera asintió, como esperando la respuesta obvia, y miró hacia la barra, donde una chica más bien menuda, con el pelo recogido en un improvisado moño alto del que se escapaban algunos semi rizos, y expresión estresada, no paraba de preparar comandas. Luego nos miró de nuevo y dejó su lápiz y su libreta dentro del bolsillo del delantal.

—Está bien —dijo—. Pero tendréis que esperar un poco. Como veis, hay mucha gente a la cola. —Señaló a las personas que ya esperaban ansiosos su bebida, y que llegaba hasta afuera del local.

—Tendrían que darle un aumento —le dijo Janet a la camarera—. Desde luego el dueño del local se está forrando gracias a ella.

La camarera nos devolvió la sonrisa de forma amplia y pude notar que en su expresión no había rastro de envidia.

—No eres la primera ni la única que lo dice, nosotras estamos cansadas de repetírselo al jefe, pero… —se encogió de hombros—.Al final, es él quien decide, aunque una cosa os digo, el día que Emily termine la universidad y se vaya, al jefe le dará un ataque —soltó una carcajada en la que la acompañamos, dándole la razón y se dio media vuelta para atender a la siguiente mesa.

—No sabía que estudiara aquí, no me suena haberla visto por los pasillos —comente a Susan y Janet.

—Porque sus clases casi no coinciden con las nuestras. Está estudiando lo mismo que nosotras, pero, por lo que tengo entendido, no le queda otra que trabajar muchas horas para poder pagarlo todo, así que debe ir más despacio.

Y en ese momento recuerdo sentirme mal, porque, a pesar de todo, debía reconocer la suerte que tenía de que mi padre me pagara la carrera. De esa manera podía concentrarme en mis estudios, en lugar de tener que hacer malabares para poder vivir y estudiar.

—Aquí tiene usted —dice Emily, sacándome de mis recuerdos. Le devuelvo la sonrisa e inhalo el aroma que desprende la taza.

—¿Algún día me dirás cual es el secreto? —le pregunto después de dar un pequeño sorbo y gemir de gusto.

Emily amplía su sonrisa y niega con la cabeza.

—Lo siento —dice de forma inocente, encogiéndose de hombros,

Le saco la lengua y hago un mohín con la nariz, para mostrar mi descontento, pero sabía cuál sería su respuesta. Siempre fue la misma, siempre. Incluso cuando el dueño de la cafetería intentó pagarle para que se lo dijera, y ella renunció a una suma de dinero importante, para mantenerlo.

Capítulo 26

Antes

—¿Sabéis algo de Emily? —pregunto a las chicas, en un parón de la sesión de estudio.

Ellas niegan con la cabeza y hago una mueca. Desde poco después de aquella cena en la que conocimos a Sean, Emily se ha vuelto cada vez más difícil de contactar y aún más, de ver.

—La llamo —dice Jane, siempre tan decidida. Todas esperamos mientras los tonos suenan uno detrás de otro para que, al final, salte el contestador. Hago otra mueca y resoplo.

—¿Y si vamos a la cafetería? —propone Susan.

Todas aceptamos y cerramos los libros para ir hasta allí. Al llegar, la buscamos por todos lados, pero no la encontramos. Y ya cuando estamos caminando hacia la puerta, vemos como ella camina hacia dentro.

—¡Emily! —la llamo, levantando la mano.

Ella, al vernos, se pone nerviosa y se acerca hasta donde estamos con rapidez.

—Hola chicas, ¿Qué tal todo? —pregunta con una sonrisa forzada. Lo sé porque cuando no es real, los hoyuelos no aparecen.

—Estamos bien —respondo—, pero te echamos de menos. ¿Cuándo puedes quedar?

Ella se muerde el labio y veo como mira alrededor, como si estuviera buscando a alguien, frunzo el ceño pero entonces ella busca mis ojos.

—Pues no lo sé —responde—. Entre el trabajo, los estudios, Sean… —dice agachando la voz con cada palabra, como si se quedara sin fuerza.

—Bueno —le digo, encogiéndome de hombros—. Pero algún hueco tendrás para nosotras, ¿No?

Ella asiente, nerviosa.

—Sí, no os preocupéis —Nos mira a la cara a cada una de nosotras—. En cuanto tenga un hueco, os lo digo, ¿vale? —Se da media vuelta y se va sin despedirse, siquiera.

Nos miramos, intentando comprender qué acaba de pasar.

—Habéis visto eso, ¿verdad? —pregunto, refiriéndome a cómo miraba a todos lados.

Ellas asienten, y hago un mohín.

«Algo me huele mal».

Días después, Emily no ha dado señales de vida y nosotras, tras intentar hablar con ella varias veces, acabamos desistiendo. Pero entonces alguien llama a la puerta.

—¡Voy! —digo cerrando el libro después de poner una marca. Abro la puerta y me sorprendo al verla allí, delante de mí—. ¡Emily! —La abrazo con fuerza. La suelto y solo entonces me doy cuenta de que tiene los ojos rojos—. ¿Estás bien? —pregunto.

Ella niega con la cabeza, entramos. Se sienta en el borde de la cama y me mira, mientras yo muevo la silla para quedar frente a ella.

—¿Qué pasa? —pregunto uniendo sus manos con las mías.

Ella me mira sin pestañear lo que parece una eternidad. Suelta el aire con fuerza y entonces las lágrimas caen una detrás de otra, sobre sus mejillas.

Me levanto, me siento a su lado y la abrazo con fuerza, acariciando su espalda mientras la acuno y dejo que ella saque todo lo que lleva dentro.

Cuando parece haberse calmado un poco, ella se separa y me mira, limpiándose las lágrimas.

—Lo siento —dice.

—¿Por qué dices eso? —pregunto sin entender.

—Por todo —se explica—. Siento no haber pasado tiempo con vosotras, siento no haber llamado ni contestado vuestros mensajes, siento haber desaparecido…

—No te preocupes —le digo forzando una sonrisa, para quitar hierro al asunto—. No pasa nada, todas tenemos nuestras cosas.

—Lo sé —replica—. Pero tendría que haber dado señales de vida. Perdóname.

—No pasa nada. Solo estábamos preocupadas. Quizá hemos sido demasiado insistentes —me excuso.

Ella niega.

—¡No! —replica—. No habéis hecho nada malo. Pero tengo que pedirles perdón también a las demás.

—De verdad, no te preocupes —insisto.

—Es que…—comienza

—Es que, ¿que?

Emily aprieta los labios y desvía la mirada.

—No tendría que haberle hecho caso… —dice más para sí misma que para mí.

—¿A quién? ¿Qué es lo pasa? —Me preocupo.

Ella me mira a los ojos entonces, y parece derrumbarse.

—Él me dijo que no tenía tiempo para vosotras.

—¿Él? —frunzo el ceño—. ¿A quién te refieres?

—Sean —dice ella. Como si eso lo explicara todo.

Y la verdad es que explica bastante.

—Él me dijo que tendría que elegir. Que no tenía tiempo para todo. Que ya tenia mucho encima y que, además, no erais buena compañía.

—¿Buena compañía? —Esas palabras me han descolocado del todo.

—¡Sí! —sigue diciendo—. Me dijo que vosotros solo me incitáis a salir de fiesta, a pasarlo bien, y que él solo quería lo mejor para mí y que eso era que pasara el tiempo con él, en lugar de con vosotras.

—¿Perdona? —suelto ofendida—. Que yo sepa, solo hemos salido un par de veces. Además, estamos en nuestro derecho de salir y disfrutar un poco, si es lo que queremos. Él no es nadie para decirte que estamos haciendo algo malo. Y mucho menos para elegir por ti el tipo de entretenimiento que puedes, o no, hacer. —No soy capaz de callarme. No puedo y no quiero.

—Lo sé —replica Emily, desesperada, limpiándose una lágrima—. Pero en ese momento lo creí —insiste—. Pensé que quizá tenía razón, y me deje llevar por lo que me decía.

—Y dime una cosa —le pido—. ¿Él sale de fiesta?

Ella se me queda mirando unos instantes y luego agacha la mirada.

—Sí —admite.

—Entonces —digo de forma pausada—, él puede salir de fiesta, pero está mal que tú lo hagas. ¿Me equivoco? —pregunto, haciendo hincapié en lo necesario para que entienda lo que está pasando.

Ella se muerde de nuevo y asiente una sola vez con la cabeza.

—¿Lo ves, verdad? Dime qué lo ves —suplico.

Emily cierra los ojos, de los que salen dos lágrimas más, mientras vuelve a asentir.

La abrazo de nuevo y suelto el aire que estaba manteniendo en mis pulmones. Al menos lo peor ya ha pasado.

—Entonces, ¿Qué película queréis ver? —pregunto, mirando la cartelera en el teléfono.

Jane y Susan, después de ponerse al corriente de lo sucedido, le pidieron a Emily que nunca más dejase que nadie pudiera decidir por ella misma lo que quería hacer, y ella les prometió que así sería.

Desde entonces hemos vuelto a ser las cuatro chicas inseparables de siempre, para alegría de todas.

—Pues es que hay dos que me gustan y no se por cual decidirme —dice Susan, que les enseña el tráiler de las citadas películas a las demás, para ver si nos ponemos de acuerdo.

El teléfono de Emily suena en ese momento y las demás la miramos, preocupadas.

Yo, que he visto de quien es la llamada, levanto una ceja y la miro a los ojos.

—Ten cuidado, por favor —le pido. Sé que cogerá la llamada, antes o después.

Ella se aleja y nosotras seguimos intentando decidir, aunque ahora esa no sea la prioridad.

Emily vuelve unos minutos después con el teléfono entre los dedos. Teléfono que está apretando tanto, que solo espero que pueda seguir funcionando.

—¿Qué pasa? —pregunta Jane, al ver su cara, descompuesta.

—Nada —dice ella, intentando disimular.

—Emily… —insiste Susan, poniéndose a su lado—. ¿Estás bien?

Ella asiente con la cabeza y me mira a los ojos, como si suplicara ayuda.

Y no me gusta lo que veo en ellos.

—Estoy bien, chicas. De verdad.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Jane de nuevo.

—Me ha pedido perdón. Sabe que la ha cagado y quiere verme para disculparse.

—¡Eso ya lo ha hecho por teléfono! ¿Qué necesidad hay de verle? —replico.

Ella se encoge de hombros y me siento a su lado.

—Emily. Dime que le has dicho que no.

Emily traga saliva y sé que ya han quedado. Cierro los ojos y niego con la cabeza. Me muerdo el labio y ruego, a lo más sagrado, para que esto no vaya a mayores.

Jane, Susan y yo nos miramos, entonces, preocupadas por nuestra amiga.

Esa fue la última vez que la vimos en mucho tiempo.

Capítulo 27

Ahora

—Niños —digo en voz alta—. Por favor, tomad asiento y esperad. En cuanto suene el timbre podréis salir hacia el autobús.

Sonrío cuando veo que todos hacen caso y miro el asiento vacío de Ian. Suelto el aire de forma audible y Lía, tan avispada como siempre, se levanta de su pupitre y se acerca.

—¿Estás bien, tita Juliett? —pregunta con cariño, levantando su mano y buscando la mía.

Escucharla llamame tita no debería emocionarme tanto, pero no puedo evitar notar como el pecho se me llena de cariño hacia mi preciosa sobrina.

—Sí, cariño, estoy bien, no te preocupes —contesto sonriendo, pero veo como ella, que no se da por vencido, sigue mi mirada hacia la mesa de Ian.

—Estará bien, ya lo verás —dice, después de hacer un pequeño mohín de preocupación con los labios.

«¿Cómo puede ser tan lista? ¿Cómo puede haberse dado cuenta? ¿Tan evidente soy?»

—Eso espero cariño —acaricio su mejilla con el dorso de mis dedos y le sonrío—. Anda, ve a sentarte.

Ella asiente con la cabeza y vuelve a su sitio, obediente.

El timbre suena solo unos segundos después y el revuelo es general. Los niños gritan y chillan, alegres, de poder, por fin, volver a casa. Algunos se abalanzan hacia la puerta tan rápido que casi no me da tiempo a abrirla para dejar que pasen y su rapidez produce remolinos de viento que despeina mi pelo. Sonrío cuando los veo salir con rapidez y solo cuando alzo la vista y me encuentro con los ojos de Joel, pierdo la sonrisa.

—Hola, Joel. ¿Cómo estás? —pregunto con tacto.

—Bien —contesta él, más bien tosco—. Vengo a por Lía.

—Claro —respondo. La miro y veo que ella ya está preparada, justo detrás de mí, por lo que se pone delante y pongo una mano en su hombro, con cariño—. Que pases buena tarde, cielo.

—¡Gracias! —dice ella antes de dar un paso hacia su tío.

—Joel, ¿podemos hablar? —pregunto cuando veo que él tan solo se ha dado la vuelta para

irse, sin siquiera despedirse.

Escucho un gruñido bajo y mis cejas se juntan. ¿Joel gruñendo?

—Lía, cielo, espérame en las escaleras, ahora voy —le dice Joel a la niña, para girarse de nuevo hacia mí—. ¿Qué quieres? —vuelve a responder de malas maneras, mientras se cruza de brazos.

Ahora mis cejas se elevan, por la sorpresa ¿Está enfadado?

—Bueno… —comienzo. Estaba muy segura de querer hablar con él, pero ahora ya no sé si es buena idea—. Solo quería decirte que siento que lo estés pasando mal, y que si necesitas algo, que sepas que estamos aquí.

Veo como Joel pone los ojos en blanco mientras niega con la cabeza.

—¡Y tú qué sabrás! —me dice en un tono desagradable—. ¡Tú siempre consigues lo que quieres! ¡Lo tienes todo!, así que no puedes hacerte una idea de cómo estoy, ni de cómo ayudarme. —Suelta un bufido—. ¡Hazte a ti misma un favor, ahórrate todas esas frases manidas y déjame en paz! —Se da la vuelta y llega hasta Lia con rapidez, subiendo a la niña sobre su hombro como si fuera un saco de patatas y caminando hasta la puerta mientras la risa de Lía se cuela hasta mis oídos.

Suelto el aire que tenía en los pulmones. Es la primera vez que Joel me habla de esa manera, y con sinceridad, no creo haberme ganado esa reprimenda.

Al día siguiente tocan a la puerta y es Emily quien abre la puerta, arrugando su nariz y uniendo sus cejas, al ver a Bran frente a ella.

—¿Tú? ¿Tocando al timbre? —pregunta en lugar de saludar, con ironía.

Bran sólo sonríe de lado y se apoya en el vano de la puerta, encogiéndose de hombros

—Buenos días a ti también, Emily —dice—. Y bienvenida de nuevo. —Le guiña ojo y pasa por el lado libre, buscándome con los ojos y encontrándome al instante. Mi expresión de sorpresa es parecida a la de Emily por lo que acaba levantando las manos, en señal de derrota.

—¡Vale, vale! —suelta—. Ahora mismo salgo y me subo al árbol, para entrar por la ventana. —Se da la vuelta, pero yo lo agarro por los hombros, empujándolo hacia dentro de la casa.

Las dos soltamos una carcajada a la vez, y Bran se nos une en las risas, caminando hacia la cocina, segundos después.

—¿Y bien? —pregunto cuando los tres tenemos un café humeante en la mano.

Bran, que está apoyado en la isla de la cocina, vuelve a encogerse de hombros sin apartar la mirada de su café, apoyado en la encimera.

—En realidad no soy yo quien debería estar aquí —dice, dejándonos con la duda.

—¿Cómo? —pregunto sin entender.

—Verás… —continua el—. Anoche Joel quiso hablar conmigo después de la cena. Mama ya se había ido a la cama y yo estaba subiendo las escaleras cuando pidió que nos sentáramos un momento en el sofá. —Levanta la mirada hacia mí buscando mis ojos—. Me contó lo que pasó

—susurra cuando los encuentra.

—Entiendo —respondo, desviando, ahora yo, la mirada. Emily no sabe nada, no se lo he contado.

«¿Para qué?». La conozco lo suficiente como para saber que se enfadara con él y se preocupara por mí y por cómo estoy. Y ¿qué conseguiría con eso? Lo que pasó ya no se puede cambiar y, aunque no me siento bien por lo ocurrido, puedo llegar a entender a Joel, aunque no comparto su forma de demostrar que aún no está preparado para hablar del tema.

Además, Emily no necesita más preocupaciones.

—¿Puedo saber qué es lo que pasa aquí? —pregunta ella, preocupada. Su mano ahora está en mi brazo y sus ojos buscan los míos con vehemencia—. ¿Juliett? ¿Qué pasa? —repite.

—No es nada, Emily. Tranquila —respondo con calma—. Solo que Joel y yo tuvimos un pequeño encontronazo.

Ella une sus cejas y ladea su cabeza al mismo tiempo. Pidiendo así que siga hablando.

—Joel es el hermano de Bran, y, digamos que no está pasando por un buen momento.

—Vaya… —contesta ella. Solo dice eso, pero puedo ver en sus ojos como su cabeza empieza a dar vueltas, pensando en todo lo que pueda haber ocurrido, así que me apresuro a explicar a grandes rasgos, nuestra conversación, aunque no el motivo del mismo hasta que veo que su expresión se suaviza y comprendo que ya no es motivo de preocupación.

—Me ha pedido que te pida perdón —dice Bran, cuando termino de hablar con Emily—. Y que venga a pedirte que, por favor, vengas a casa a cenar. Es su manera de intentar compensarte —Sus ojos ruedan de forma instantánea hacia mi amiga—. Por supuesto, tú también estás invitada.

Emily asiente una vez y yo hago lo mismo.

—Cuenta con nosotras —respondo antes de tomar otro sorbo de café.

Dos días después, aparco el coche en el amplio terreno de la entrada al rancho y sonrío cuando veo la cara de Emily.

—Nunca habías estado en uno, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza y mi sonrisa se ensancha al ver como se quita el cinturón, sale del coche y cierra la puerta sin apartar la mirada del terreno que hay frente a nosotras. La verdad es que el rancho de los Houdson es precioso. Siempre lo ha sido. Solo ver el césped cortado a los lados, las cercas para los caballos a un lado y la de las vacas al otro, bien cuidadas, y la casa amplia, llena de luces, ahora que la luz del día está cayendo…Sí, la imagen es digna de un cuadro.

—¡Ay! —la oigo decir en voz baja. Da una vuelta sobre sí misma y pega un pequeño gritido cuando uno de los caballos, ahora ya resguardados en sus cuadras, relincha a lo lejos, consiguiendo que suelte una carcajada.

—Te acostumbrarás —le digo, guiñándole un ojo. Paso la mano por dentro de su brazo y

caminamos hacia la puerta.

Esta se abre antes incluso de tocar y los ojos verdes de Lia nos dan la bienvenida. La pequeña sonríe con ganas al verme y se lanza sobre mí sin pensarlo.

—¡Tita Juliett! —dice mientras sus brazos se enroscan alrededor de mi cuello. El corazón me da un vuelco cuando la escucho llamarme tita de nuevo. «Supongo que llegaré a acostumbrarme», pienso mientras cojo aire y me levanto con ella entre mis brazos.

—Lía, ten cuidado con Juliett —escucho decir a Bran a lo lejos. Veo cómo se acerca a nosotras y me planta un beso en la mejilla—. Me tiene que durar muchos años —susurra a la niña. Me guiña el ojo, besa el pelo de la niña y la coge de mis brazos para hacerla volar en el aire un momento, antes de volver a agarrarla y dejarla en el suelo.

—¡Como pesas ya, pequeñaja! —suelta mientras la niña sale corriendo hacia la cocina, de donde sale un olor delicioso.

Veo como se frota la zona lumbar y se gira hacia mí, sonriendo de lado. Ahora sí, me da un beso en los labios y vuelve a sonreír, pero esta vez con esa sonrisa que usa solo para mí, la que consigue que mi corazón comience a latir más rápido y mi cuerpo suba varios grados en apenas unos segundos.

—Hola preciosa —susurra a unos centímetros de mi cara.

Luego se gira un poco hacia Emily y le planta dos besos en ambas mejillas para, luego, darle un pequeño abrazo.

—¿Cómo estás, Emily? —pregunta con sinceridad—. Bienvenida a nuestra casa. —Se gira y camina hacia la cocina.

Emily me mira asombrada y tensa, le devuelvo la mirada y sonrío de lado.

—Ellos son así —digo, para explicar su forma cariñosa de tratarla. Me encojo de hombros y le guiño el ojo, dando un paso hacia dentro de la casa.

La puerta se cierra a nuestras espaldas y nos giramos para encontrarnos con Axel, que me mira de forma algo extraña y al segundo entiendo que no sabía que vendría acompañada.

—Axel, ella es Emily, una compañera y amiga de la universidad, va a estar un tiempo conmigo en casa —explico. Me giro hacia ella —. Emily, te presento a Axel, el hermano pequeño de Bran y padre de Lía.

Axel la saluda casi de la misma manera que Bran, y noto que esta vez ya no se tensa sino que más bien agradece el cariño con el que está siendo recibida.

—¿Cariño, eres tú? —escuchamos decir desde la cocina. Axel se disculpa con rapidez y va hacia la cocina abierta de la casa, a la derecha de la entrada. Mara sale por el lateral y abre los brazos para recibir a Axel con un abrazo tan apasionado que casi consigue que me sonroje. Luego el la besa con cariño en los labios y me obligo a apartar la mirada. ¿Cómo es posible que algo tan sencillo como un beso y un abrazo exprese tanto amor? Una punzada de envidia sana me recorre y reconozco que me encantaría que Bran y yo tuviéramos esto mismo que acabo de presenciar.

Me giro hacia Emily, para presentarla, pero cierro la boca antes de pronunciar palabra alguna. Sus ojos están ahora aguados y casi puedo notar el esfuerzo que está haciendo por no echarse a llorar.

—¿Estás bien? —pregunto de forma discreta.

Ella suena su nariz y asiente varias veces con rapidez.

—Perdona —dice—. Es que… —no sabe qué más decir, pero no importa. Entiendo que ha visto lo mismo que yo, con la gran diferencia de que su situación sentimental es diametralmente opuesta.

—Tranquila —respondo, poniendo una mano en su hombro—. No pasa nada.

Ella niega con la cabeza, se limpia las lágrimas con la manga del jersey que lleva y respira con profundidad un par de veces antes de buscar mi mirada.

—Ya está —responde.

Asiento una vez y me giro de nuevo hacia la cocina, donde nadie parece haberse dado cuenta de la situación.

Doy un par de pasos hacia adelante para que pueda saludar a Mara y conocer a Lía, quienes la reciben de la misma manera que Bran y Axel, solo que el abrazo de Mara es aún más cariñoso que el de ellos. Lía le pregunta cuál es su animal favorito y le dice que se pondrá ahora mismo a hacerle un dibujo para que pueda llevárselo antes de que acabe la noche.

Vega aparece entonces detrás de nosotras y abraza a Emily, acerca sus labios a su oído izquierdo y le dice que todo irá bien mientras acaricia su espalda, en señal de consuelo, y entiendo que al final parece que alguien sí que se dio cuenta de lo que le acaba de pasar. Luego nos hace pasar al sofá, argumentando que nosotras somos las invitadas y que no debemos mover un dedo. Replico por las dos, ya que Emily es suele ser bastante introvertida al principio, pero al final, y para variar, Vega gana la batalla y nos encontramos sentadas mirando como Lía cumple su promesa de dibujarle algo a Emily, mientras hacemos tiempo para poder ir a sentarnos a la mesa a comer.

—¿Cuántos años tienes, pequeña? —pregunta mi amiga a la niña.

—¡Casi siete! —replica ella orgullosa, regalándonos una sonrisa.

—Pues dibujas muy bien, para tu edad —responde Emily.

—¡Lo sé! —Vuelve a replicar, con una sonrisa aun mas grande, y vemos como tiene algún que otro hueco, donde dentro de nada comenzaran a aparecer sus nuevos dientes—. En casa, mamá me lo dice mucho, y la tita Juliett también.

Las dos nos miramos cuando la niña vuelve su mirada a la hoja, lápiz en mano y reprimimos una sonrisa.

Es increíble lo que ha cambiado Lía desde la llegada de Mara. Se que Emily no puede ver la diferencia, pero para mí, verla tan feliz es un alivio.

Emily entonces empieza a hablar sobre lo bonita que es la casa y el rancho y en eso estamos cuando la puerta principal se abre y los ojos marrones de Joel se cruzan con los míos. Me tenso

casi sin darme cuenta. No estoy enfadada con él, pero el recuerdo de nuestro último encuentro sigue vivo en mi memoria.

Joel entonces se dirige hacia nosotras y me pongo en pie. Él me abraza sin más, al llegar hasta mí y me pide disculpas una y otra vez. Nunca lo había visto tan afectado por algo y puedo sentir que se siente mal de verdad. Quizá una parte de mi mente creía que se había sentido obligado a disculparse por ser yo y la relación que tengo con su hermano, pero ahora veo que no.

—No pasa nada —replico a su solicitud. Me deshago de su abrazo y palmeo su brazo con mi mano, asintiendo, para que vea que lo digo de verdad. Pero entonces ocurre algo que me descoloca totalmente.

Emily, que hasta ahora había permanecido sin moverse, se levanta y se interpone entre nosotros dos con un dedo en alto, señalando a Joel con cara de pocos amigos.

—Escucha, tú… —dice después de titubear al intentar recordar su nombre, pero sin bajar un ápice su tono—. Que sea la última vez que le hablas mal a Juliett, o te las tendrás que ver conmigo —amenaza—. ¿Entendido?

Joel no puede evitar su cara de asombro. Sus ojos ruedan desde los de Emily a los míos, buscando algún tipo de explicación a esta extraña situación.

Una mujer que no conoce le está echando la bronca en su propia casa por algo de lo que acaba de demostrar que está claramente arrepentido.

Aprieto los labios para sofocar una carcajada. Sé que Emily es muy protectora con los que considera su familia, y para ella, yo sin duda lo soy, pero es la primera vez que la veo tomar acción, sobre todo teniendo en cuenta que no lo conoce de nada y que es un hombre, cosa que, para ella, es un hándicap aún mayor. Un segundo después, y viendo que Emily no mueve un solo músculo en dirección a Joel y que ni siquiera pestañea, me pongo en medio de los dos y pongo mi mano sobre la que ella mantiene levantada, bajándola con suavidad. Ella desvía por fin su mirada de Joel y la posa sobre mí.

—Está bien, Emily —digo con suavidad, para calmar los ánimos—. Ya está todo arreglado. Tranquila. —Me obligo a sonreír con cariño hasta que veo que la expresión de su cara se suaviza y asiente una sola vez mientras Joel levanta las manos en señal de rendición.

—Está bien —dice él, sin dejar de mirarla a los ojos—. Mensaje recibido. —Me mira de soslayo durante una fracción de segundo para volver su mirada hacia ella. Asiente y sonríe con curiosidad.

—¿Puedo preguntar cómo te llamas?

Ella ahora vuelve a ser la Emily que conozco. Ya ha cumplido su misión. Ha conseguido proteger a su amiga de una posible amenaza y las dudas y la introversión vuelven a llenarla. Sus ojos se posan sobre los míos, como si me pidiera permiso para hablar, a lo que yo asiento con la cabeza para darle la seguridad que necesita.

—Emily —responde—. Mi nombre es Emily. —Estira ahora su mano hacia él, en un gesto formal, esperando a que se la estreche y veo como un amago de sonrisa se dibuja en su cara.

Joel le devuelve la sonrisa, pero la suya es amplia y cristalina. Está claro que no le ha molestado lo que acaba de pasar, incluso me atrevería a decir que le ha hecho gracia la situación. Este da un paso hacia adelante, agarra la mano de Emily, pero no se queda ahí, sino que con la otra mano libre la abraza, como ha hecho el resto de los Hudson, demostrando así que la posible rencilla que haya podido crearse entre ellos ha quedado olvidada.

—Bienvenida a nuestra casa —le dice Joel sin deshacer el abrazo, y veo como los pómulos de Emily se sonrojan, sin duda sintiéndose fatal por el numerito que acaba de hacer.

—Disculpa por… —empieza a decir ella, cuando Joel, entonces, deshace el abrazo y agarra su mano con las dos suyas, buscando sus ojos.

—No te disculpes —le corta al encontrarlos—. No hace falta. —Me mira de nuevo de soslayo y sonríe con cariño—. Me porté como un imbécil —admite—. Así que esto es lo mínimo que me merezco.

—Ya, pero… —insiste Emily. A lo que Joel niega con la cabeza, para interrumpirla.

—Déjalo —le guiña un ojo, y juraría que mi amiga se queda desconcertada con ese simple gesto. Joel le suelta la mano y me mira—. No sabia que tenias guardaespaldas —bromea, para mirar de nuevo a Emily y sonreír con cariño, a lo que ella responde sonrojándose, de nuevo.

—¡La cena está lista! —escuchamos decir desde la cocina, por lo que nos dirigimos hacia allí en silencio. Joel va delante y Emily me mira, mordiéndose el labio, en señal de arrepentimiento. Pongo mi mano en su hombro y lo aprieto ligeramente, indicando así que no tiene de qué preocuparse.

Llegamos hasta la mesa y Vega me sonríe con cariño y da un ligero apretón al brazo de Emily, sonriéndole con los ojos.

—Ahora sí, chicas. Sentaros y a disfrutar de la cena.

Lia viene corriendo desde la zona en la que estábamos y se sienta entre sus padres, se inclina un segundo hacia Mara y apoya su cabeza y su hermoso pelo en ella, a lo que la madre le contesta besándole el pelo y pasando una mano por la espalda de la niña con cariño. Luego los ojos de Mara buscan los de Axel y juro que me derrito de nuevo al ver el amor en los ojos de este, mirando a las dos mujeres de su vida.

Bran se sienta a mi derecha, y Emily a mi izquierda, dejando solo dos sitios libres. Por lo que entiendo que Vega se sentará al lado de mi amiga, pero me sorprendo al ver que Joel se adelanta y se sienta a su lado.

—Parece que tendrás que aguantarme un rato más —le susurra a Emily, mientras acerca su silla a la mesa. Esta me mira, pidiéndome ayuda con los ojos, pero yo solo puedo encogerme de hombros y hacer una mueca con los labios.

Es su casa, al fin y al cabo, no puedo decirle donde puede o no sentarse.

La cena transcurre con normalidad. Las pullas entre hermanos vuelan por el aire como si de bolas de papel se tratara, y las risas y las anécdotas están aseguradas, por lo que todos, incluida Emily, nos lo pasamos genial.

Joel vuelve a ser el de siempre, cosa de la que nos alegramos, y este no para de sonreír y hacer algún que otro comentario velado sobre la amenaza lanzada por mi amiga, que solo nosotros entendíamos, cosa que hace que ella se sienta mucho más tranquila y relajada.

Es bastante tarde cuando salimos por la puerta para irnos a casa. Mara, Axel y una dormida Lía, cargada en brazos de su padre, se han ido momentos antes, mientras nosotras, previa réplica de Vega, hemos conseguido que nos deje ayudar a terminar de recoger y limpiar.

—¡Chicos! —dice Vega mientras termina de secar un vaso—. Acompañad a las chicas al coche, es noche cerrada y no se ve nada.

—Sí, mamá —replican los dos a la vez. Se miran y sueltan una carcajada, al darse cuenta. Luego salimos al porche, bajamos las escaleras con las linternas del móvil encendidas y caminamos hacia el coche en silencio.

La mano de Bran encuentra la mía y un escalofrío recorre mi piel, y no, no es por el frío. Dios, «¿es que este hombre nunca dejará de conseguir que mi cuerpo arda solo con su tacto?».

Me abre la puerta del conductor y me besa sin previo aviso antes de dejar que entre en el coche.

—Gracias por venir —susurra en mi oído. Noto su mano en mi cuello y la piel se me eriza.

—A vosotros, por invitarnos —respondo, asintiendo una vez con la cabeza.

—Esta es tu casa —vuelve a susurrar, pero su mano ha agarrado la mía y la ha puesto en su corazón, así que entiendo que la referencia es doble, lo que hace que necesite tragar varias veces, por el nudo que se me ha formado en la garganta.

Nuestras frentes se encuentran y nos quedamos así unos instantes.

Instantes en los que no se oye nada, excepto la conversación que están teniendo Joel y Emily al otro lado del coche.

—Gracias por venir —dice Joel casi en un susurro.

No hay respuesta por parte de Emily, pero puedo ver en mi mente como su cabeza está asintiendo, sin darse cuenta de que, como ha dicho Vega, es noche cerrada, por lo que es poco probable que Joel pueda verla.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —pregunta de nuevo Joel.

—No lo sé —responde ella.

—Bien… —dice Joel, algo pensativo.

«¿Bien? ¿Cómo, que bien? ¿Qué significa eso?». Me giro hacia ellos cuando a duras penas veo como Joel se acerca a Emily y aprovecha la cercanía para abrir la puerta del copiloto a la vez que le da un suave beso en la mejilla. Emily entra en el coche y me mira, pidiéndome con los ojos salir de allí cuanto antes.

Me despido de Bran con un rápido beso en los labios y me meto en el coche.

Le doy la vuelta al coche y salimos a la carretera en silencio. No miro a Emily, no puedo…

Una vez estamos fuera del camino, de camino hacia casa, me atrevo a frenar por un segundo. Miro entonces a Emily a los ojos.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto sin pestañear.
Ella me devuelve la mirada y se que no sabe de qué hablo. Niega con la cabeza varias veces.
Y yo hago lo mismo, niego con la cabeza, pero no por la misma razón.
Niego con la cabeza porque no me gusta, no. No me gusta nada.

Capítulo 28

Antes

Hola, Bran:

Tengo muchas cosas que contarte.

El curso me ha ido genial, incluso mejor de lo que esperaba. Las notas han sido tan buenas que incluso los profesores me felicitan por ellas.

Acabo de terminar de hacer la maleta. Pasaré las vacaciones con mi madre, su marido y mi hermano, Anthony. El enano (que ya no es tan enano) está deseando que llegue. Me ha contado que ha hecho planes para todos los días que voy a estar allí, a pesar de que le dije que necesitaba descansar, pero bueno, al final estoy segura de que me lo pasaré bien.

La Nona, la abuela de Anthony, me dijo que prepararía platos típicos de Italia, cuando llegara, así que seguramente volveré con unos kilos de más.

Jane y Susan se van con sus respectivas familias, y la verdad es que me duele dejar a Emily, la pobre lo está pasando mal con su novio, y encima no tiene familia con la que irse a desconectar. Le vendría bien. E incluso he pensado en que venga conmigo, pero claro, no es lo mismo que venga a casa, donde hay habitaciones de sobra, que ir con mi madre, donde la casa es justa para ellos. Tanto, que suelo dormir en el sofá.

Por otra parte, me gustaría saber algo de ti. ¿por qué no recibo nada de ti? No lo entiendo, yo lo estoy intentado, pero tú ¿Qué haces, tú?

Juliett

Capítulo 29

Ahora

Bran está cenando en casa. Ha pasado una semana desde que fuimos a cenar a casa de los Hudson, y desde entonces Joel se ha tropezado, digamos que de forma casual, varias veces, con Emily. Primero en la tienda en la que trabaja Mara. Ella le había pedido que fuera para que pudiera probar una nueva receta de *cupcakes*. Y la segunda junto a la librería del pueblo, donde había ido a buscar algo nuevo que leer, ahora que había terminado el libro que trajo consigo.

En ambas ocasiones, Joel ha sido cordial con ella. Ha querido invitarle a un café, e incluso le ha sugerido una nueva lectura, que al final ella se trajo a casa.

Sé que no es nada de otro mundo, y quiero pensar que solo ha sido casualidad, pero algo me dice que no.

He hablado con ella, quien le quita importancia. Emily está segura de que no tengo de qué preocuparme. Me recuerda que el pueblo es pequeño y que es normal encontrarse con otras personas a menudo. Se que tiene razón, pero aun así…

—No tienes de qué preocuparte, Juliett —repite por décima vez Emily, antes de comer un poco más de pasta—. Además —continúa después de masticar y tragar—. ¿De verdad crees que estoy interesada en algo así en este momento? —Hace un ademán con el tenedor vacío—. Joel no es mi tipo, lo sabes… —responde mientras vuelve a llenar su cubierto con más pasta—. Y solo sería complicarme la vida, y si he venido aquí, es justo para lo contrario —sentencia.

—Ya lo sé —repito —Es solo que…

—Deja de protegerla —suelta Bran, que hasta ahora se ha mantenido al margen—. Hablaré con Joel, si así te quedas más tranquila, pero de verdad que no creo que sea nada.

—Está bien… —cedo. No me queda otra que esperar que sea verdad, aunque en el fondo sé, que noté algo…

Empiezo a recoger la mesa y ellos hacen lo mismo, cuando acabamos de cenar, y los tres nos quedamos en silencio, por lo que solo se escucha el sonido de los platos, vasos y cubiertos siendo lavados y colocados en su sitio.

—Voy al baño —les digo cuando hemos terminado y estamos a punto de sentarnos en el sofá

para ver una película. Mañana es sábado por lo que no hay que madrugar. Bueno, nosotras no. Bran tendrá que levantarse a la misma hora de siempre. Los animales no entienden de fiestas o fines de semana, ellos necesitan seguir comiendo y sus zonas de descanso deben seguir estando limpias.

—¡Vale! —contestan los dos a la vez.

—No busquéis demasiado —digo antes de salir por la puerta —Sabéis que al final terminaremos viendo la serie que tenemos a medias.

Termino de lavarme las manos y estoy en el camino de vuelta cuando me paro en seco al escucharles hablar.

«¿Están hablando de mí?».

—Te lo digo en serio, Bran —insiste Emily—. No juegues con ella. No se lo merece.

—¿De qué hablas? —responde él. Parece ofendido.

—No te hagas el tonto conmigo. Sabes que llevo razón. Ella podría hacer lo que quisiera, ir a donde quisiera.

—¡No te entiendo! —repone—. De verdad. No sé de qué me estás hablando.

Silencio.

—Es cierto… —susurra ella—. No lo sabes…, ¿ella no te lo ha dicho?

—¿Decirme que?

Silencio de nuevo…

«No por favor, Emily, no lo hagas…»

—Bran…—empieza a decir.

—Dimelo, Emily. —Ahora la voz de Bran es de súplica.

«Mierda. Demasiado tarde».

Ahora ya solo me queda esperar y ver su reacción.

Escucho como ella se acomoda en el sofá. Está tomándose algo de tiempo, buscando la manera de explicarlo bien. La conozco, sé que es así.

—Veras —empieza, pero entonces vuelve a moverse en el sofá—. ¿Qué te contó Juliett de su paso por la universidad? —pregunta.

—¿Qué?¿Por qué me preguntas eso?¿Qué pasa?

—Dímelo, Bran. ¿Qué te contó ella sobre eso? —insiste Emily

Silencio. Bran está incómodo, lo sé.

—La verdad es que no hablamos mucho sobre eso —dice al final.

Es verdad. Cuando volví, al principio ni siquiera me hablaba, simplemente hacía como si no existiera…, pero claro, era la profesora de su sobrina, así que al final debíamos tener contacto, aunque solo fuera para entregarla, y más además cuando empezamos a vernos más, ni una sola vez me pregunto por la universidad. Siempre fue un tema tabú para nosotros.

—Idiota… —susurra Emily. Está enfadada y se nota. Es como si la viera negar con la cabeza mientras pronuncia esa palabra

Tengo que taparme la boca para que no sepan que estoy escuchando. Emily nunca habla así, nunca.

—¿Perdona? —suelta el, sorprendido.

—Idiota —repite—. Eso es lo que eres. Un total y completo idiota.

Se escucha un bufido y no se si es que Bran está enfadado o a punto de echarse a reír.

—Pero ¿de qué hablas? —se le escucha decir.

Vale. Se acaba de reír de Emily.

«Sí. Es un idiota»

—¿Te parece gracioso? —espeta ella de malos modos. Ahora está ofendida—. ¿Acaso no sabes a todo lo que ha renunciado ella por ti? ¿Y para qué? ¿Para que no seas capaz de bajarte del burro y aceptar que te equivocaste?

—No te entiendo —replica el después de carraspear para aclararse la garganta—. ¿Cómo, renunciar?

—¿Es que ella no te lo ha dicho? —responde Emily después de unos segundos de silencio en los que se ha dado cuenta de que acaba de meter la pata hasta el fondo.

—¿Decirme, que? —insiste Bran, al ver que ella no sigue hablando.

Escucho como Emily suelta el aire con fuerza.

—Juliett se graduó con honores en la universidad.

—Bueno —espeta él—. Ella siempre ha sido muy aplicada y sacaba muy buenas notas —lo dice de tal forma que casi lo veo encogerse de hombros.

—No es eso, Bran —sigue ella—. No es solo que sacara buenas notas. Es que saco las mejores de su año.

Silencio.

—Bran —continua Emily—. Juliett se graduó *Suma Cum Laude*. Cuando terminaron los exámenes, y antes incluso de la graduación, ya había empezado a recibir ofertas de trabajo. Incluso la misma universidad le ofreció un puesto con ellos.

—¿Cómo? —Bran parece atragantarse con la información. Esa que nunca quise que supiera. A él le conté que mi puesto en el colegio del pueblo había sido tan solo una casualidad, cuando la verdad dista mucho de eso.

Pero ¿cómo decirle a la persona de la que llevas enamorada desde el instituto que has rechazado múltiples y mucho mejores ofertas de empleo solo para volver a estar cerca de él, a pesar de saber que no quería ni verme?

No podía hacer eso. Una también tiene su orgullo.

—Y no solo eso —continúa Emily—, sino que siguen llegando ofertas. Cada año recibe por lo menos un par de ellas. Y mientras tanto tú no eres capaz de demostrarle lo que todo el mundo sabe y ve. Todo el mundo menos tú, al parecer.

—¿Tengo que recordarte que el otro día estuvisteis en mi casa? —repone él, intentando demostrar que no tiene razón.

—Sí, vale. Pero ¿Y qué pasa cuando no estás en familia? ¿Acaso quedar con ella a cenar en un restaurante donde alguien pueda reconocernos es un pecado? ¿Por qué no eres capaz de dejar tu cabezonería a un lado?

El silencio llena la estancia y creo que es el momento de entrar, pero algo en mí se resiste porque mi cabeza lleva haciéndose esa misma pregunta mucho tiempo. Demasiado.

—Tú no lo entiendes— respondió él, casi en un susurro.

—¿El qué, no entiendo? ¿Que os queréis con locura? ¿Que os hacéis bien el uno al otro, pero que tu orgullo no te permite reconocer que cometiste un error? ¿O acaso es, quizá, que tu ego es más grande que tu amor por ella? ¿Eso es lo que no entiendo? —pregunta ella con vehemencia, dándole énfasis a las palabras adecuadas, para ayudarlo a darse cuenta—. La vas a perder, Bran. En algún momento ella se cansara, y puede que cuando quieras hacer algo al respecto ya sea demasiado tarde —sentencia.

Ya está. Esto es demasiado. Me alejo un poco y hago ruido con la puerta más cercana para que sepan que estoy llegando y, cuando lo hago, los dos me miran fijamente. Pero cada uno con una expresión diferente.

Emily me pide perdón con los ojos sin decir una palabra, pero Bran…, su mirada me mata. Es la mirada de alguien que se siente engañado por una parte y preocupado por la otra.

Alguien que sabe que lo nuestro tiene los días contados, si no mueve ficha.

Pero sobre todo alguien que sabe que puede perderme. Que la posibilidad es más real de lo que él nunca habría creído posible.

—Juliett, ¿podemos hablar? —me pide él, levantándose del sofá de forma casi automática.

Mis ojos buscan los de Emily por un instante y luego vuelven a los azules de Bran. Trago saliva con fuerza, preparándome mentalmente para lo que se avecina y asiento con la cabeza.

«Allá vamos». Pienso.

Subimos las escaleras en silencio, entramos en la habitación y siento que me falta el aire cuando Bran cierra la puerta tras de mí.

—¿Es eso verdad? —pregunta él, sin darme tiempo a tomar una bocanada, llenar mis pulmones e intentar tranquilizarme. Está claro que sabe que he escuchado la conversación.

—¿El qué? —pregunto, intentando ganar tiempo.

—No te hagas la tonta. Está claro que no lo eres —sentencia.

Hago una mueca y evito su mirada. No quiero tener que darle la razón a Emily. No cuando eso implicaría admitir que no podía pasar más tiempo alejado de él, a pesar de todo. No cuando eso podría darle ventaja en esta especie de relación que no termina de cuajar. Hacerle pensar que puede seguir haciendo lo que quiere sin tomar la responsabilidad de dar el paso, de hacerlo oficial para todos, y no solo para la familia. No cuando no quiero tener que seguir escondiéndome como si fuéramos niños que hacen algo malo.

—¡Juliett! —reclama, cuando ve que no digo nada—. Dime. ¿Es verdad?

Mis ojos buscan los suyos, de nuevo y me muerdo el labio inferior.

—¿Qué quieres saber? —pregunto, dándome por vencida.

Bran me sostiene la mirada con el ceño fruncido. No se si intenta descubrir si lo que acaba de escuchar es verdad, por sí solo. O simplemente quiere saber hasta dónde es cierto.

Luego gira sobre sí mismo, se pasa la mano por el pelo, mira hacia la calle por la ventana y acaba sentándose en el filo de la cama, con las manos en las rodillas, tan quieto que parece una estatua. Sus ojos se clavan en los míos y sé que estoy perdida.

—¿Qué es lo que quieres que te diga, Bran? —pregunto a la defensiva. Es mi último cartucho y pienso usarlo.

—La verdad, por ejemplo —replica desde su posición, sin mover ni un solo músculo.

Bufo, camino despacio y me siento a su lado, resoplando.

—Está bien —digo.

—¿Y bien?

—Sí, es verdad —confieso.

—¿Te ofrecieron trabajar en la universidad?

—Sí —replico.

—¿Y en otros colegios, de más prestigio?

—Sí.

—¿Y te siguen llegando ofertas?

—Sí.

Bran entonces se levanta y vuelve a dar vueltas por la habitación. Pero ahora su expresión facial es diferente. Solo que no consigo descifrarla.

«¿Qué estará pensando?».

Después de lo que parece una eternidad vuelve a buscar mis ojos.

—¿Y porque no aceptaste ninguna de ellas? —pregunta. No hay rastro de enfado, pero si parece asombrado. «¿Asombrado? ¿Por qué?»—. No lo entiendo —acaba por decir Bran.

—¿Como? —pregunto, ahora intrigada.

—Que no lo entiendo —repite—. Ese ha sido tu sueño desde que te conozco —susurra volviendo a pasarse la mano por el pelo,

—¿Cómo que mi sueño? —pregunto extrañada.

—Sí —dice dando énfasis en esa única palabra—. Me dejaste muy claro que querías ser profesora y poder cambiar las cosas. Mejorarlas —dice, ahora más para sí mismo que para mí—. ¿Y qué mejor que una universidad o colegio de prestigio, para conseguirlo?

Ahora sí lo entiendo.

Sí. Ahora lo entiendo todo.

Me levanto y camino despacio hasta el, agarro sus manos y busco sus ojos.

—Ya conseguí lo que quería —digo, explicando mi punto—. Quería ser profesora, en eso tienes razón. Y es verdad que quizá en otro lugar podría conseguir más. Pero todos debemos tomar decisiones en base a nuestras prioridades. Y, Bran, creo que ya deberías saber que tu eres

una de ellas —admito.

Me mira con intensidad y algo más que no consigo descifrar. Vuelvo a morderme el labio y sonrío.

—Bran, cariño, ¿aún no te has dado cuenta de que, lo que siempre he querido, es una vida contigo?

Él sigue mirándome casi sin pestañear y siento que los minutos pasan, aunque quizá solo sean segundos, pero juro que podría estar aquí para siempre. Él y yo, juntos…sí. Esto es lo que siempre he querido.

Bran entonces suelta sus manos de entre las mías, me envuelve con ellas y me besa con tanta fiereza que siento que me derrito.

—Te quiero —susurra entre nuestros labios. y mi corazón se salta un latido. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo dijo—. Sigue besándome y repitiendo las mismas dos palabras entre beso y beso. Cada una de ellas suena más bonita que la anterior y me llenan el corazón con un calor que no pensaba volver a sentir nunca.

Poco a poco vamos dando pequeños pasos hacia la cama, donde caemos entre risas y caricias y de donde no volvemos a salir hasta estar saciados el uno del otro.

—Buenos días —me dice Emily al día siguiente, por la mañana, mientras me ofrece una taza de café humeante—. Pensé que la necesitarías, teniendo en cuenta que no os escuche discutir, creo que acierto si digo que no has dormido demasiado, esta noche —susurra con retintín, y veo cómo esconde una sonrisa de complicidad dando un sorbo a su taza.

—Gracias —respondo, y sonrío de lado, dándole la razón sin decir una palabra. Bran se ha ido temprano, después de besar mi mejilla y despedirse con cariño pero me he tomado la licencia de remolonear en la cama antes de darme una ducha y bajar.

—Bueno —empieza a decir Emily—. Aunque la cosa ha terminado bien, te pido disculpas por decir algo que no me pertenecía. Lo siento Juliett. —Su mano toca la mía y yo la miro, sonriendo con cariño.

—No te preocupes —le digo. Estoy segura de que ella tampoco ha dormido demasiado, pensando en el error de decir lo que siente que no debería haber dicho—. En realidad me has hecho un favor —miento—. Bran se merecía saberlo, solo que mi orgullo me impedía abrir la boca. —Le guiño un ojo y vuelvo a sonreír, antes de tomar otro sorbo del café.

Ella parece calmarse y asiento, dando credibilidad a mis palabras. En parte es cierto, que debería habérselo dicho. Solo que no quería tener que hacerlo. Al menos no hasta que Bran hubiera tomado por sí mismo la decisión de hacer pública nuestra relación.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —me pregunta ella, sacándome de mis pensamientos.

—Pues pensaba no hacer nada —replico en medio de una pequeña carcajada—. ¿Qué te parece? Día de peli, manta y palomitas…

—¡Me parece perfecto!

El móvil suena en ese momento, y me acerco a cogerlo. Mis ojos se abren como platos, al ver quien es y descuelgo con rapidez.

—¿Diga?

Escucho lo que mi interlocutor me dice y siento como mi cabeza empieza a dar vueltas, por lo que busco algo en lo que apoyarme.

Emily se posiciona a mi lado al momento y me mira con preocupación mientras sigo escuchando en silencio.

Una vez cuelgo el teléfono, me siento en la primera silla que veo y mantengo mi mirada fija a pesar de sentir que el mundo sigue moviéndose a demasiada velocidad.

—¿Qué pasa, Juliett? —me pregunta.

No respondo. Lo intento, pero las palabras no salen de mi boca. Mi mente grita y estalla en mil pedazos, mientras mi corazón se rompe con la misma rapidez; no puede ser. Simplemente no puede ser.

—¡¿Juliett?! ¿¿Qué es lo que pasa??¡Dime algo! —Emily está desesperada.

Siento que algo me zarandea y tengo que parpadear varias veces para darme cuenta de que es ella, que está intentando llamar mi atención y traerme de vuelta.

Me centro, o al menos lo intento. Enfoco mi mirada en ella y veo la preocupación y desesperación en sus ojos. Mantengo su mirada pero sigo sin poder hablar.

—¿¿Juliett??, dime algo por favor —suplica. Sus ojos empiezan a aguarse y hago un esfuerzo sobrehumano por centrarme.

—Es mi abuela—susurro con esfuerzo—. Que no está…

—¿Cómo que no está? —pregunta—. ¿Qué pasa, se les ha perdido?¿Se ha escapado?

Niego con la cabeza mientras vuelvo a enfocar mi mirada para no vomitar el poco café que he tomado.

—No, no es eso.

—¿Entonces? —Emily no lo entiende. Y lo comprendo, no estoy usando las palabras adecuadas.

—No —niego con la mirada—. No está. Ella ya no está con nosotros —escupo cada palabra con toda la fuerza que me queda y entonces bajo del asiento hasta que mi trasero toca el suelo frío. Me tumbo en él y agradezco la sensación que siento en mi cara, y que contrasta con el calor que ahora emanan mis ojos. Estos me arden con las lágrimas que comienzan a salir y siento el sabor amargo y salado de cada una de ellas.

Mi abuela.

Mi mente se llena de imágenes de nosotras como si de una película se tratase. Los recuerdos flotan en mi cabeza, algunos en los que soy una niña y juego con ella en el jardín de casa, otras en las que está con mi abuelo, y los dos me llevan de la mano a tomar un helado, luego mi mente me lleva a la residencia en la que ha vivido tanto tiempo, a las charlas sin sentido, a las veces que ha preguntado por el abuelo, a los intentos fallidos de escapar conmigo para ir a ver su madre.

Vuelven los recuerdos de las conversaciones en las que comencé a darme cuenta de que algo no iba bien, a la disputa con mi padre para que no la internara, a las primeras visitas, en las que aguantaba el tipo y acababa llorando en el coche. Toda una vida de amor y sacrificio por su familia. Todo se acaba hoy, o más bien se acabó hace unos minutos, cuando dejó de respirar y su corazón se paró.

«Abuela», pienso. «¿Qué voy a hacer sin ti?».

Capítulo 30

Antes

—Abuela, la comida está un poco salada, ¿No crees? —le digo con educación.

—A ver —dice —toma una cucharada de la sopa y pone una cara que lo dice todo, poniendo una mano sobre la mía—.No comas más, hija —pide—. Ahora mismo pedimos algo. No entiendo qué ha podido pasar.

—¿Cuántas veces le has puesto sal?

Ella hace un gesto con la mano y junta las cejas, frunciendo el ceño.

—Solo una —contesta convencida.

Me encojo de hombros y pienso que es lo que podemos comer ahora.

Al día siguiente, pongo mala cara al probar la comida. Está demasiado salada, de nuevo.

—Abuela… —empiezo a decir.

—¡No puede ser! —dice ella al mirarme con la cuchara en la mano. Prueba un poco y retira el plato en cuestión de segundos—. ¡No entiendo nada! ¡No se que pasa! —empieza a decir, poniéndose muy nerviosa.

Esta vez soy yo, quien pone una mano sobre la suya.

—No te preocupes, abuela. No pasa nada.

«Menudas vacaciones más raras».

Dos días después, mientras mi abuela prepara la comida, me quedo cerca. No me deja ayudarla, pero aun así la vigilo. Me quedo con ella, dándole conversación y preguntando cosas sobre el abuelo. A ella le encanta hablar sobre él y su afición por los barcos, así que nos pasamos el rato charlando y picando algo. Y en ese corto espacio de tiempo me doy cuenta del problema.

A mi abuela se le olvidan algunas cosas. La memoria a largo plazo la tiene perfecta, ya que recuerda muchísimas cosas, pero la memoria a corto plazo es otra cosa.

Tanto, que la he visto echarle sal a la comida cinco veces.

Me he mantenido al margen y no la he avisado. Necesitaba saber hasta dónde llegaba el problema. Y el resultado me ha dejado de piedra.

No sabía que la abuela tuviera un problema de salud, y mucho menos que estuviera así de

avanzado.

«¿Papá sabrá algo?».

No, me contesto, al instante.

«Papá no pasa el tiempo suficiente con ella, como para darse cuenta de algo así».

Y entonces, se lo que tengo que hacer, aunque no me haga gracia.

—No lo hagas, papá —suplico.

—La decisión está tomada, Juliett —replica mi padre—. De todas formas, tú no tienes derecho a opinar. Después de todo no estás aquí.

«Eso ha dado donde duele, papá. Muchas gracias».

—Pero… —intento replicar.

—Sin peros —me corta el sin mirarme. Por lo visto, lo que sea que está mirando en la pantalla del ordenador es más interesante que la conversación que está manteniendo con su hija.

—Papa —lo intento de nuevo—. No sabemos hasta donde llega el problema de la abuela. Primero tendríamos que llevarla a que le hagan pruebas, ¿No crees?

—Claro que sí —responde sin inmutarse—.Y se le harán todas las pruebas que sean necesarias, pero aun así, está claro que ya no puede valerse por sí misma, y yo no puedo estar pendiente de ella, así que me mantengo en mi postura.

—Bueno —insisto—. Podrías contratar a alguien para que esté pendiente de ella —propongo —. De esa manera, la atención, será personalizada.

Y con esas palabras, lo he conseguido, aunque no sé si eso es bueno o malo. Mi padre despega la pantalla del ordenador y clava sus ojos oscuros en los míos. Trago saliva. La verdad es que, si esa es la forma que tiene de mirar a sus oponentes en los juicios, entiendo la reputación que se ha ganado.

—Juliett —dice él con voz profunda—. He dicho que irá a una residencia. Fin de la discusión.

Y su mirada vuelve a la pantalla.

Mi padre hace su gesto de despedida hacia mí, y me doy la vuelta, saliendo de su despacho.

Ya está todo dicho. No hay más opciones para la abuela. Su destino acaba de ser sellado. Y ella ni siquiera ha podido opinar.

Capítulo 31

Ahora

—¿Como que no puedes venir? —replico al teléfono, alzando la voz más de lo necesario—. Anthony, es el entierro de la abuela. ¡Tienes que estar!

—Lo siento, Juliett. Pero no puedo.

—¡Sí puedes! —insisto—. ¡Claro que puedes!

—No, Juliett. Esta vez no podré. Papá está en el hospital y no voy a dejarlo solo. Mamá estará contigo, pero yo me quedo con él.

La rabia me inunda y siento que mi cuerpo se tensa tanto que si lo tuviera delante, podría golpearlo.

«¿Cómo puede ser tan frío?».

Entiendo que su padre esté en el hospital, pero que él se ausente unas horas, no hará una gran diferencia en cuanto al diagnóstico final.

Escucho de nuevo sus pésimos argumentos, mordiéndome la lengua para no mandarlo a pastar un rato.

—¡Pues muy bien! —espeto, antes de colgar con fuerza. Lanzo el teléfono al sofá y aprieto mis labios por la impotencia mientras me cruzo de brazos. Doy un pequeño respingo al sentir unas manos sobre mis hombros y recuerdo que no estaba sola. Emily está aquí, lo ha estado desde que recibí la llamada de la residencia, hace ahora dos días.

Dos días que han parecido siglos, aunque se me han pasado volando. ¿Quién iba a decir que morirse implicaba tanto papeleo? Entre los viajes a la residencia para el alzamiento del cuerpo previa confirmación de un médico, el traslado al hospital, la reunión con el servicio funerario, para asegurarme de que se cumplan los últimos deseos de mi abuela, el tanatorio, y el entierro, apenas si he podido descansar.

Por un lado lo agradezco. Si estoy ocupada no puedo pensar, pero por otro. El cansancio me está pasando factura. Tengo los nervios a flor de piel y se que estoy demasiado gruñona.

Siempre ha sido así, desde luego. Puedo ser adulta, pero si no duermo mis horas, es como si mi cabeza dejara de funcionar, y entre mi mente y mi boca hubiera desaparecido el filtro que se

supone debemos tener para no decir todo lo que pensamos.

Por eso acabo de colgar a Anthony cuando, en realidad, puedo llegar a entender que no venga.

No.

Es mentira.

Eso no puedo entenderlo.

—¿Estás bien? —escucho a mi espalda. Y las manos de Emily me aprietan los hombros con cariño.

—No —admito—. Ya has oído a Anthony. No vendrá. —Me gira hacia ella—. ¿Cómo es posible que no venga? No lo entiendo —digo con mi último aliento antes de romper a llorar y hundirme en sus brazos, que me acunan una vez más, como lleva haciendo desde esa maldita llamada de la residencia.

Una vez termina todo, tengo a mi abuela dentro de una urna y mis ojos se pierden en ella cuando me la entregan.

«¿Cómo puede ser que la persona a la que tanto quería, que tantas veces he abrazado y que tanto me ha cuidado, esté ahora dentro de algo tan pequeño?».

Mi mente se resiste a comprender algo que, sin duda, no tiene explicación, no la tuvo antes ni la tendrá nunca.

—Cuando quieras —me dice Emily. Centro mis ojos y me doy cuenta de que estamos en el coche, y está parado. No sé cómo he llegado aquí.

Miro a mi alrededor y entiendo que ella ha conducido y que ahora estamos en el lago, por lo que me doy cuenta de que tampoco sé cuando ha pasado todo eso. He ido en piloto automático desde que me entregaron la urna, esa es la única solución.

—Sí —respondo. Parpadeo varias veces y me centro en lo que va a pasar. Abro la puerta del coche y caminamos juntas hacia la orilla del lago.

Me quedo parada y frunzo el ceño.

—Mierda —espeto.

—¿Qué pasa? —pregunta ella preocupada.

—El barco… —empiezo a decir. Con todo el lío de estos últimos días, se me olvidó preparar el barquito para el ritual que empecé con mi abuelo y que pienso continuar con ella. Vivieron juntos hasta la muerte de mi abuelo, y ahora navegarán juntos de forma simbólica en el mismo lago.

—No te preocupes —contesta ella, sacando de una pequeña bolsa que tampoco había visto, no solo uno sino dos barquitos, y me los entrega—. Aquí tienes.

La miro a los ojos y siento que se me comienzan a aguar, de nuevo.

—Gracias —consigo decir entre suspiros. La abrazo de nuevo, esta vez con fuerza y ella me devuelve el abrazo con todo el cariño del mundo.

Unos minutos después, cuando deshacemos el abrazo ella me mira a los ojos y noto un rastro

de duda.

—¿Qué pasa? —pregunto, algo más tranquila.

—Yo también he traído algo…espero que no te moleste.

Niego con la cabeza. No sé que es, pero después de todo lo que ha pasado conmigo en las últimas cuarenta y ocho horas, le diría que sí casi a cualquier cosa.

Ella duda otro instante pero al final se gira y veo que saca algo más de la bolsa que ha traído. Mi boca se abre cuando veo lo que es y dos grandes lágrimas caen por mis mejillas, que limpio con el dorso de mi mano libre y aprieto una de sus manos con cariño. Mi forma de conmemorar la muerte de un familiar no es usual, y lo sé, por lo que puedo entender que cada uno tenga su propia forma de expresar y hacer su duelo. Conozco a Emily, y sé que esta manera es importante para ella, por lo que, por extensión, también lo es para mi.

—¿No te molesta? ¿Seguro? —pregunta algo compungida.

—Para nada —aseguro, negando con la cabeza—. Me parece perfecto, Emily.

Ella asiente con la cabeza, se enjuaga sus propias lágrimas y enciende la vela que va enganchada.

Yo preparo los barcos y cuando estamos a punto de soltarlo todo escuchamos unos ruidos a nuestra espalda. Nos giramos y me quedo boquiabierta al ver a los Houdson al completo bajar de sus respectivos automóviles y acercarse hacia donde estamos.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto sorprendida.

Vega se adelanta y me abraza con fuerza.

—Somos familia, Juliett, y la familia debe mantenerse unida, sobre todo en momentos como este —dice, respondiendo a mi pregunta. Acto seguido abraza a Emily con cariño y le dice algo al oído, aunque no alcanzo a escucharlo. Todos y cada uno de los miembros de la familia Houdson me abrazan y dan el pésame, dejando a Bran para el último.

A pesar de lo atareada que he estado no se me ha pasado por alto el pequeño detalle de que no ha hecho aparición alguna desde aquella maldita llamada de la residencia. Como tampoco he podido evitar notar que mi padre se ha desvinculado por completo de los preparativos y pormenores de la defunción de su propia madre.

—Estás aquí…—le digo de manera algo cortante.

—Claro que estoy aquí —responde—. ¿Dónde, sino, iba a estar?

—Pues no sé, como estos días no he sabido nada de ti…

Veo como Bran tuerce el gesto, se pasa la mano por el pelo y desvía la mirada. Sabe a la perfección que no se ha dignado siquiera preguntar cómo estoy, y el que no esté conmigo justo cuando más lo necesito no le hace ganar puntos, precisamente.

—Lo siento —concluye después de unos segundos que se me antojan eternos. No he apartado la mirada de él, pero Bran ha mirado hacia su familia, imagino que, para ver si estaban atentos a lo que pasaba a nuestro alrededor. Cosa que la mayoría ha disimulado bastante bien, aunque Vega no ha hecho ni un pequeño esfuerzo por hacer como si nada ha pasado, por lo que, al

escuchar lo que digo, se acerca a su hijo y le suelta una colleja que resuena con fuerza, mientras lo reprende con la mirada.

—Ya te vale, Bran —le dice—. Pensaba que te habíamos criado mejor —sentencia. Busca mis ojos y sonríe con pesar, cuando los encuentra—. Disculpa, cielo —susurra mirando por el rabillo del ojo a su hijo y negando con la cabeza—. Este niño grande y cabezón, se ha pasado estos últimos días buscando la manera de ayudarte, pero está claro que ha olvidado lo más importante. —Pone su mano sobre mi brazo y lo aprieta con cariño—. Que con estar al lado de la persona afectada es suficiente, cuando no se sabe que decir.

Asiento con la cabeza una sola vez. Como siempre, Vega tiene razón.

Entiendo que a más de uno le aterra la idea de no saber qué decir, ante una situación como esta, pero en la inmensa mayoría de las veces, solo con estar, ya se consigue que la persona que está a tu lado, se sienta querida y apoyada. Aunque no se diga una sola palabra.

—Gracias—le digo a la matriarca de la familia. Ella hace un pequeño gesto con la cabeza y sonríe ligeramente de lado, vuelve a apretar con suavidad mi brazo y se aleja, no sin antes volver a reprender con la mirada a su hijo, que no pierde el color rojo de su cara.

«Te lo mereces, por inmaduro», pienso.

—Tita Juliett —escucho a mi espalda. Me doy la vuelta y me agacho para ser casi aplastado por la fuerza del abrazo que me propina Lía. Las lágrimas se me atoran en la garganta por este acto genuino de una niña a la que cada día quiero más, y carraspeo para deshacerme del nudo que estas, me han creado.

—Lo siento mucho, tita —dice entonces la pequeña con su dulce voz, en mi oído. El nudo en mi garganta vuelve y siento que esta vez no seré capaz de mantenerlo a raya. Parpadeo un par de veces y siento la humedad de las lágrimas, que se niegan a quedarse en su lugar, y la sal de moja los labios. Podría limpiarlas, pero para eso tendría que soltar a la niña, y no estoy preparada para hacerlo.

Ella parece entender mis sentimientos como si tuviera más edad de la que en realidad tiene y no tiene prisa en soltarme. Me sorprendo cuando siento que me balancea, como si en realidad me estuviera acunando, mostrándome sin palabras que entiende mi tristeza.

Y vuelvo a pensar en lo madura que es.

—Muchas gracias, cariño —le digo cuando me armo de valor y deshago el abrazo.

Me encuentro con los ojos cariñosos de Mara, quien desliza su mirada entre su hija y yo mientras sonríe con tristeza. Le devuelvo la mirada y asiento con la cabeza. Dándole las gracias de esta manera.

Tomo aire y lo suelto con calma, mientras Emily se acerca hasta mí y agarra mi mano.

—Cuando estés lista —dice.

Los miro a todos, uno por uno, les doy las gracias por estar aquí, y comenzamos con el ritual.

Los barcos gemelos se posan en el agua, y estos se desplazan con suavidad por el río. Nos mantenemos en silencio mientras los vemos alejarse con parsimonia por el agua.

—Hasta siempre, abuela —susurro.

Damos por finalizada esta parte mientras mis manos se agarran por un lado a Emily y por el otro a Bran, a quien, a pesar de todo, necesito a mi lado, por muy cabezón e inmaduro que sea.

Emily entonces prepara su farolillo. Veo como mira detrás de mí, por lo que sigo su mirada y me sorprendo al ver que todos y cada uno de los Houdson tienen uno igual. Frunzo el ceño en señal de pregunta. Emily se encoge de hombros y Bran hace una mueca con el labio.

—Queríamos participar de alguna manera —es lo único que dice a modo de respuesta, y entiendo que quizá esto tenga algo que ver con lo que Vega le ha dicho a Emily.

De cualquier manera, me siento arropada por esta familia, que siento como la mía, en estos momentos tan duros.

Todos se acercan y entonces Bran me entrega un farolillo a mí también, para que, de esta manera, pueda participar. Me sorbo la nariz sin vergüenza alguna, lo agarro y todos encendemos nuestras velitas para, momentos después, lanzarlos al aire.

Vemos como se acercan poco a poco a los demás y se alejan con la suave brisa. La familia empieza a apiñarse a mi alrededor y todos acaban formando un corro junto a mi, en silencio, y se mantienen así, respetando mis tiempos, hasta que decido que podemos dar esta otra ceremonia como acabada y ellos comienzan a hablar entre sí.

Bran agarra mi mano y me separa un poco del grupo.

—Perdóname —dice compungido. Está arrepentido y lo sé, pero es adulto al fin y al cabo y, aunque estas situaciones no son fáciles para nadie, no es excusa para no estar, cuando se te necesita.

Asiento con la cabeza una sola vez, intentando dar la conversación por terminada pero, maldita sea, él también me conoce lo suficiente como para saber que con eso no está todo arreglado.

—Juliett —insiste, poniendo mi mano en su pecho, justo encima de su corazón —De verdad, lo siento. He sido un completo imbécil. No sabia que decir y al final he metido la pata hasta el fondo. Pero sabes que te quiero, y por nada del mundo habría dejado que hicieras esto sola…

—Bueno —digo sonriendo ligeramente de lado, ya sin ninguna pizca de enfado—. Tampoco es que estuviera sola del todo… —susurro al decir la última palabra, y miro a mi alrededor.

«¿Y Emily?»

Desapareció de mi ángulo de visión cuando la familia se unió formando una media luna en dirección al río…

Giro sobre mí misma y la busco con los ojos y el ceño fruncido. «¿Dónde se ha metido?» Puedo ver a los demás hablando sin armar escándalo y algo se remueve dentro de mí. No están todos. Falta alguien más.

«Mierda».

Dejo a Bran con la palabra en la boca y doy pasos largos y rápidos hasta Vega y Mara, que hablan entre sí mientras Axel está con Lía metiendo los dedos de las manos en el agua fría.

—¿Habéis visto a Emily? —pregunto, intentando parecer tranquila. Pero Vega se da cuenta de mi angustia por lo que me pone una mano en el brazo—. Seguro que está por aquí cerca, ¿Estas bien?

—Sí —contesto a la carrera mientras asiento con la cabeza y mis ojos vuelven a buscarla por todas partes. El corazón me retumba con fuerza y noto su martilleo rápido y constante, como si de un aviso se tratara. Escucho una risa a lo lejos y unas pisadas acercándose, me giro hacia los ruidos y los veo.

Emily y Joel caminan con tranquilidad hacia nosotros y yo me obligo a no salir corriendo hacia ellos, aunque lo consigo a duras penas.

No pasa nada, Juliett, me repito una y otra vez. No pasa nada.

«A la mierda».

La sonrisa de Joel se desvanece cuando, al llegar hasta su posición, lo agarro del brazo con fuerza y lo empujó en dirección contraria, justo por donde venían, sin parar siquiera a decir una sola palabra, y dejando a Emily parada en mitad del camino con cara de no entender nada.

Sé que por lo menos Bran, Mara y Vega, están viendo el espectáculo que estoy montando pero ahora mismo me importa bien poco lo que puedan pensar.

Joel, gracias a Dios, no opone resistencia, y se deja llevar por mí. No paro ni un solo segundo y solo cuando estamos algo alejados me tomo la licencia de mirarlo de reojo. Cosa de la que me arrepiento en ese mismo instante al ver la cara de diversión de mi cuñado.

«Lo mato. Juro que lo mato».

—¿Y bien? —pregunta él, intentando ocultar una sonrisa sin conseguirlo. Se lo está pasando en grande, con mi arrebato de cólera y yo estoy a nada de echarle las manos al cuello y apretar con ganas.

—¿Cómo que, y bien? —pregunto ofuscada—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Joel se encoge de hombros.

—No sé Juliett, dímelo tú. ¿Qué estoy haciendo? —pregunta con sorna.

«Uff…, te las estás ganando…».

Lo miro a los ojos, intentando poner algo de cordura en esta situación pero al ver que él no parece inmutarse con mi enfado, mi paciencia se acaba.

—Dos palabras, Joel —le digo señalando con el dedo—. Ella no.

Joel me mantiene la mirada con los ojos entrecerrados por lo que parecen siglos y yo ni parpadeo, esperando que entienda a qué me refiero y me haga caso.

Finalmente, desvía la mirada y sonríe de lado.

—No sé de qué me hablas —suelta como si estuviera hablando del tiempo. Se da la vuelta y se va por donde hemos venido, dejándome entre perpleja y cabreada.

Lo miro caminar tranquilamente por el sendero que lleva hasta los demás y niego con la cabeza, poniendo sin remedio mis manos en mi cadera y adoptando la forma de una jarra.

«Como si con Bran no tuviera suficiente, ahora Joel también va a ser un quebradero de

cabeza».

—¡Eres una exagerada! —me dice Emily en el coche, de camino a casa—. No entiendo porque te has puesto así con el pobre Joel. El no ha hecho nada más que acompañarme al coche a dejar las cosas que han sobrado.

—Lo sé —bufo—. Lo siento.

—¡Mentirosa! —me reprende ella en medio de una sonrisa—. No lo sientes ni un poquito.

Me obligo a sonreír. Emily me conoce bien.

—Está bien, no lo siento —admito—. Es solo que no me gusta.

—¿Qué no te gusta?¿Que haya querido ayudarme?

—No es eso, y lo sabes.

—¿Entonces? —insiste.

Me callo. No quiero tener que decirle que no me gusta que se haya fijado en ella porque en realidad me encantaría ver a mi amiga feliz. Pero ha pasado por mucho y aún le queda un largo camino por recorrer para recuperarse. No creo que sea el mejor momento para empezar nada con nadie.

También se que, en realidad no soy nadie para decidir cuándo es el momento adecuado para ella…pero por otro lado, la quiero y me preocupa que le hagan daño…y si encima quien le hace daño es mi cuñado, las cosas se complican enormemente.

«¿Estoy siendo egoísta?».

«¿Debería dejar que las cosas fluyan y ver hacia dónde van?».

No lo sé. Creo que, al final, no hay respuestas correctas.

Capítulo 32

Antes

Querido Bran:

Sigo esperando que me contestes. Durante mucho tiempo pasaba cada día por la recepción de la residencia y preguntaba si había carta para mí.

Pero ya no lo hago.

Ahora solo miro de reojo, y el chico hace un gesto con la cabeza.

¿Sabes lo que duele, eso? ¿Sabes lo que es esperar algo que sabes que no va a pasar?

Es triste.

Triste y descorazonador.

Aún recuerdo con cariño todos los momentos vividos juntos. Las risas, las bromas, las ocurrencias. La forma en la que te metías con tus hermanos, el sonido del río, en nuestro lugar favorito, los ratos charlando hasta las tantas en mi habitación.

¿Recuerdas el día en que, justo después de comprarnos un helado, te tropezaste y tu helado acabó en tu camisa blanca? Cómo nos reímos aquel día. No parabas de quejarte, enfurruñado, y yo, además de darte la mitad del mío, me pasé el resto del tiempo buscando formas en las manchas, diciendo que la marca haría que tu camisa fuera única.

Como me gustaría poder dar marcha atrás en el tiempo y volver a vivir todo aquello. Lo disfrutaría el doble, sabiendo que esos tiempos no volverían, que no tendríamos más oportunidades, que las cosas cambiarían para siempre un poco más adelante..., aunque, si te digo la verdad, en realidad lo que me gustaría es poder aumentar esos recuerdos con unos nuevos. Recuerdos para llenar estos años, perdidos en muchos sentidos. Años en los que he aprendido a estar sin ti, aunque de alguna manera nunca te has ido del todo.

Juliett

Capítulo 33

Ahora

—Buenos días, buenos días —repito una y otra vez según van entrando los niños a clase. Algunos de ellos me chocan la mano otros prefieren un abrazo y a otros, algo más tímidos, soportan que les despeine cuando les muevo el pelo con energía.

Una vez se cierra la puerta, miro hacia el pupitre de Ian y suspiro. No ha venido, de nuevo.

Niego con la cabeza mientras intento deshacerme del mal presentimiento que me da el que lleve tanto tiempo sin venir, y me centro. El resto de los niños charlan entre ellos, pido silencio, y comienza la clase mientras elaboro un plan para intentar contactar de nuevo con su Joana.

Esa misma tarde, y acompañada de Emily, recorremos el camino que ya me conozco de memoria y que lleva a la zona de caravanas.

Aparcamos y caminamos en silencio mientras sentimos las miradas curiosas de los vecinos, que saben que no somos de allí.

Damos una vuelta completa a la zona.

Luego dos.

Pero no hace falta que demos una tercera.

Nada. La caravana no está.

«¿Se han ido?», me pregunto.

Sí, está claro.

«Esto no me da buena espina».

—No te preocupes —me dice Emily de camino a casa. Tengo el ceño fruncido y llevo demasiado tiempo en silencio. Ella me conoce lo suficiente como para saber que en mi cabeza las preguntas vuelan de un lado a otro sin parar.

No digo nada. Sé que tiene razón, pero es complicado no preocuparse.

—Te entiendo —me dice al final, cuando aparco el coche en la entrada de casa—. Por experiencia, sé que los chicos con problemas familiares, a veces no son constantes en sus estudios, o directamente los abandonan…

—Lo sé—respondo demasiado rápido, y con demasiada rabia—, pero Ian es solo un niño. Los

niños deben aprender, y asegurarse, el poder tener un futuro mejor que su presente.

Ella me mira y aprieta los labios, lo que me hace arrepentirme en el momento de mis palabras. Ella misma estuvo en esa situación. Y aunque es verdad que ella fue una niña aplicada, no todos a su alrededor, lo fueron.

—Perdona —le digo poniendo una mano en su brazo. Ella pone su mano opuesta encima de la mía y asiente una sola vez.

—Tranquila —susurra. Tiene un nudo en su garganta, soy consciente cuando carraspea para poder seguir hablando—. Pero, aunque cueste, debes entender que, primero, lo más probable es que no dependa de él poder ir a la escuela. Y, segundo, hay una posibilidad de que pueda y, aun así, no quiera. Pero en cualquier caso, al final no es responsabilidad tuya. —Toma aire y lo suelta con fuerza—. Sé que es difícil para ti, porque esa es una de las razones por las que te hiciste profesora y que, por como eres, te sientes responsable de tus alumnos. Pero al final son los propios padres, los responsables de que sus hijos asistan a clase. —Busca mis ojos—. Lo entiendes ¿verdad? —pregunta al encontrarlos.

Tomo aire y lo suelto sin prisa. Asiento una sola vez y trago saliva. Lleva razón, lo sé pero aun así es complicado.

Pasan los días. Ian no aparece por el colegio y mi preocupación por su bienestar aumenta. aunque intento que no se me note. Y creo haberlo conseguido hasta que, estando en el patio, en mi turno de vigilancia, mientras los niños juegan después de merendar, escucho como Lia menciona su nombre, hablando con una amiguita. Mis ojos se abren de forma automática y no puedo evitar acercarme a escuchar.

—Entonces por eso no viene —le dice la niña a mi sobrina.

—Nop —Lía le da un bocado a su bocadillo y luego un sorbo a su bebida de frutas——. Pero, es normal. Ahora le pilla mucho más lejos.

La niña se encoge de hombros, respondiendo de esa manera.

—¿Entonces? —pregunta—. ¿Se cambiara de colegio o algo?

—Pues no lo sé—responde Lía. Luego tira a la basura el papel que envolvía su comida y señala a lo lejos—. ¿Jugamos con ellos? —pregunta refiriéndose a un grupo de compañeros que juegan a pillarse los unos a los otros. Ambas asienten a la vez, sonriendo con la inocencia propia de su edad y corren hacia el lugar indicado, dejándome con más preguntas, que respuestas.

Ese mismo día, al acabar las clases, aprovecho que la mayoría de los niños ya se han ido, para apartar a Lia un poco y preguntarle por Ian.

—Se que está mal, escuchar conversaciones ajenas —comienzo—. pero no he podido evitar escucharos hablar de Ian. ¿Sabes dónde está?

—Llevas razón —replica la niña—, y no por ser mi tita, te vas a librar del castigo —amenaza, mientras entorna los ojos y señala las normas de la clase, que yo mismo explique y colgué en la pared, y que incluye, precisamente, lo que acabo de hacer hoy.

—Lo sé—replico a regañadientes—. Y cumpliré con lo que sea que creáis conveniente —bufo. Otra de las reglas, es que el castigo se elegiría por unanimidad entre todos los niños de clase. Animando así a todos a participar y entender que cada acto tiene su consecuencia.

Aunque ahora mismo esa misma regla se esté volviendo en mi contra.

—No te preocupes —admite ella sonriendo con picardía—, por esta vez, lo mantendremos en secreto, pero no creas que por eso el castigo será menos duro —vuelve a amenazar.

Intento no reírme al ver su boca mellada y asiento con vehemencia, aceptando así que, lo que sea que ella decida, estará bien.

—¿Y bien? —pregunto de nuevo, volviendo al tema—. ¿Sabes dónde está Ian?

—Sí—responde ella, mientras asiente con la cabeza.

Yo enarcó las cejas e inclino hacia adelante la cabeza, instándole a seguir, pero ella vuelve a reír, haciendo una mueca que reconozco en mí misma, haciendo que me dé cuenta de lo que podemos llegar a influenciar a los niños, sin siquiera darnos cuenta.

—Mañana tendrás tu respuesta, cuando yo tenga una bolsa de galletas con chocolate —responde ella, como si nada.

Me quedo a cuadros. Acaba de chantajearme una niña de siete años.

Intento no boquear, pero me es casi imposible, por lo que parpadeo mientras veo como ella mira detrás de mí, y me giro, intentando recomponerme para ver como Axel se acerca hasta nosotras para recoger a su hija.

—¿Qué tal estás, Juliett? —me pregunta al llegar.

—Bi…bien.. —contesto mientras mi cerebro asimila lo que acaba de pasar.

—¿Seguro? —pregunta algo divertido—. No lo parece.

—Digamos que acabo de darme cuenta de que Lía es más lista de lo que nos quiere hacer creer.

Él me mira como esperando una explicación a mis palabras, pero un segundo más tarde, cambia de parecer y simplemente se encoge de hombros, soltando el aire de sus pulmones con fuerza.

—Creo que a Mara y a mi nos espera una adolescencia bastante entretenida —contesta, a modo de respuesta.

—Ni que lo dudes —respondo sin un ápice de envidia.

Miro hacia la niña, que ya va de la mano de su padre y se despide guiñándome un ojo, haciéndome partícipe de su estratagema y nuestro secreto. Yo le remuevo un poco el pelo y me despido de ellos, negando con la cabeza al volver a analizar la jugada maestra de la niña mientras apunto en mi lista mental, que tengo que pasarme por la pastelería donde trabaja Mara, para conseguirle a la pequeña su bolsa de galletas.

Me lo llegan a decir hace un par de años y no me lo creo. Pienso, una vez recogidas mis cosas, y de camino a ver a la madre de la listilla de clase.

Momentos después salgo con la dichosa bolsa, además de un surtido variado de dulces para

que Emily pueda degustarlos junto con nuestro café de la tarde, que se ha convertido en casi un ritual diario.

Las dos nos reímos cuando le cuento la historia de la bolsa de galletas, que ahora reposa en una esquina de la cocina, junto con la libreta que Emily siempre lleva encima.

—No me lo puedo creer —dice divertida, después de dar un sorbo a su café—. La gran Juliett Brooks, chantajeada por una niña. Si hubiera algún tipo de competición de anécdotas sobre profesores, creo que esta estaría, mínimo, en el *Top* cinco.

—Eso, seguro —suelto casi sin pensar.

Pasamos el resto de la tarde charlando. Ella me pone al día de los avances que ha tenido junto a su psicóloga y yo le cuento algunas de las respuestas más divertidas sobre el tema que estamos tratando ahora en clase.

Nos reímos tanto, y pasamos un rato tan agradable, que la noche cae casi sin darnos cuenta, por lo que, después de cenar algo rápido, nos despedimos y cada una se va a su habitación.

—Buenas noches —escucho en una esquina, al cerrar mi puerta—. Estaba a punto de irme —dice Bran, acercándose a mí y posando un suave beso en los labios, para luego abrazarme con todo su cuerpo, y consiguiendo que mi sangre se caliente al notar su calor, rozando cada centímetro del mío.

—¿Por qué? —pregunto en un susurro.

—¿Has visto la hora que es? —responde él, a modo de respuesta.

—Sí —digo—, se nos ha hecho tarde, estábamos de cháchara.

—¿Y no has pensando en que podría estar aquí esperándote? —contesta.

«No lo entiendo. Con lo bien que estamos, ¿Porque parece que quiere empezar una pelea?».

—¿Y tú no has pensado en bajar a saludar en lugar de esperar aquí? —respondo, soltándome de su abrazo —Hay el mismo camino—le digo mirándole a los ojos. Si quiere pelea, la tendrá. Nunca me he achantado, y no pienso empezar ahora.

Me mantiene la mirada por unos instantes. Como si estuviera sopesando el entrar en batalla o no.

—Llevas razón —admite, claudicando—. Culpa mía.

Parece que se lo ha pensado mejor. Asiento una sola vez y me siento en el borde de la cama. —¿Qué tal? ¿Cómo ha ido el día? —pregunto.

—Como siempre —responde encogiéndose de hombros y acercándose hasta donde estoy—. A las vacas no les queda mucho para parir y las yeguas están intranquilas, como si lo presintieran y supieran que a ellas tampoco es que les quede mucho tiempo para pasar por lo mismo. —Suelta casi sin respirar—. Y aunque ver algo así es espectacular, te soy totalmente sincero cuando pienso en que, por suerte, no seré yo quien tenga que pasar alguna vez por eso.

—Explícate —pido. Sé con exactitud a que se refiere, pero no me hace gracia que se jacte de su suerte por nacer hombre.

Me mira unos segundos, como si supiera que acaba de meter los pies en terreno pantanoso,

pero aun así decide seguir adelante.

—Pues que agradezco que la madre naturaleza me hiciera chico. De lo contrario, creo que nunca estaría preparado para dar a luz.

—¿Y crees que las mujeres lo estamos? —respondo como un muelle.

—Bueno —dice, haciendo una mueca de lado—, está en vuestra naturaleza.

—Eso no significa que nos sintamos preparadas, que no nos vaya a doler o que nos apetezca sufrir el dolor intenso que implica un parto. Por muchos médicos, medicamentos o epidurales que nos inyecten —tomo aire con fuerza—. Lo único que significa es que, si en algún momento de nuestra vida queremos tener hijos, no hay más opciones. El bebe tiene que salir por algún lado. Ya sea parto natural o cesárea. Nosotras no elegimos nacer chicas, al igual que no elegiste nacer hombre. La diferencia es que para vosotros, ser padres no implica el esfuerzo de crear vida y luego expulsarla de vuestro cuerpo a base de empujones, sudor y sangre.

«Vale, me he despachado a gusto, y creo que ha entendido mi punto de vista».

—Es una forma de verlo —responde él, con calma.

«Pues no. No lo ha entendido»

Mi yo mental se golpea la cabeza con la mano abierta, mientras intenta crear una excusa que no existe, para que él no lo haya pillado.

—A las vacas y las yeguas no parece dolerles tanto —continúa diciendo—. A ver, se nota que lo pasan mal, pero…

—¿Alguna vez has visto un parto humano? —le corto. No puedo, ni quiero, seguir escuchando sus palabras—. No puedes compararlo. No es para nada, igual.

Él se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—La próxima vez que veas a tu madre, o a Mara, pídele que te lo explique. Y solo cuando te hayan contado con pelos y señales, lo que implica para una mujer pasar por algo así, podrás dar tu opinión —respondo, a modo de cierre. Este es un tema candente, para mí.

—¿Por qué te pones así? — contesta él, reprochándome mis formas.

«Este hombre es tonto».

—Primero, porque no puedes hablar de algo que no entiendes. Y, segundo, y no por eso menos importante. Porque no quiero escuchar ni una sola expresión de ese tipo, sí, en algún momento, decidimos ser padres.

Los ojos de Bran se abren de golpe.

—¿Y por qué íbamos a querer eso?

Ahora mi cabeza explota.

«¿Como? ¿Es que acaso él no lo ha pensado nunca?».

Niego con la cabeza cuando me planta un cartel delante de los ojos. Uno que no quería ver. Uno que me he negado a leer, durante todo este tiempo.

Bran no nos ve como una pareja, no, al menos, como una para toda la vida. Porque si lo hiciera, lo querría todo conmigo, el *pack* completo. Pero no es así. Por eso no nos ve formando

una familia ni ampliándola.

Ya está. Esto es todo. Todo lo que puedo esperar tener junto a él.

Y entonces mi corazón, al darse cuenta de esa realidad tan dura, tan cruda, pero a la vez, tan real. Se rompe.

Y lo siento.

Noto como se apaga, como una luz que va perdiendo su fuerza hasta desaparecer, hasta que finalmente todo se vuelve oscuro, y los latidos se paran, marcando el final de una vida.

El final de una ilusión, de una visión de futuro en conjunto, de una historia que jamás será contada ni leída…el final de la relación. Nuestro final.

—Vete —susurro con las fuerzas justas. Estoy a punto de echarme a llorar pero no le daré la satisfacción de verme. No lo haré. Él no verá ni una sola de mis lágrimas. No. Porque no se las merece.

—¿Como? —pregunta, sorprendido, como si no entendiera lo que está pasando ni cómo hemos llegado a este punto.

Y puedo entenderlo, pero ahora mismo me da igual.

No es mi culpa que sea corto de mente ni que tenga menos inteligencia emocional que una ameba.

—¡Que te vayas! —grito.

Se asusta. Lo veo en sus ojos, pero no se mueve ni un centímetro. Pero no me retraigo en mi decisión, así que al ver que no hace movimiento alguno, lo hago yo. Doy un paso decidido hacia él, luego otro, y uno más, hasta llegar a su cuerpo, del que ahora no noto calor alguno, sino un hielo gélido. Lo empujo con toda la fuerza que reúno y consigo que el de un solo paso hacia atrás. Sus manos se posan sobre mis brazos, pero no me aprietan, sino que más bien me sujetan. Mi cuerpo tiembla de rabia y me odio por eso.

Levanto mi mirada hacia su cara y nuestros ojos se encuentran. Los suyos se abren al ver como los míos están llenos de lágrimas y veo preocupación en ellos.

Pero no me importa.

—¿Qué es lo que pasa, Juliett?

Niego con la cabeza y me sueno la nariz sin vergüenza alguna

—¿Eso es lo que quieres? —pregunta, ahora visiblemente dolido.

Asiento una sola vez. Me suelta los brazos, se da media vuelta y se va por donde ha venido.

Solo cuando escucho cómo sus pies suenan en el césped que rodea la casa me permito derrumbarme, sobre mí misma, mi cuerpo cae al suelo y siento que salgo de él. Puedo verme desde el techo de la habitación. Un madeja de pies y brazos temblorosos que se acurrucan sobre la alfombra.

Emily entra en la habitación a los dos minutos. Pide perdón por no haber entrado antes pero explica que no quería inmiscuirse en lo que fuera que estuviera pasando entre Bran y yo. Me abraza, me lleva hasta la cama y, al final, mis ojos se cierran cuando me dejo llevar por el sueño.

Capítulo 34

Antes

Querido Bran:

¿Puedo contarte algo?

Mi abuela no está bien. Es verdad que nunca volvió a ser la misma, desde que el abuelo murió, pero esto ya es preocupante. La última vez que estuve de vacaciones con ella, me di cuenta de que no recordaba haber hecho cosas que sí había hecho, me di cuenta, por que la comida estaba demasiado salada y resultó que ella le echaba sal una y otra vez, por que no recordaba haberlo hecho. Se lo conté a mi padre y él decidió internarla en una residencia, a falta de las pruebas necesarias para saber qué es lo que realmente le pasa.

Pues bien, ya tengo los resultados. Y no son nada buenos.

Mi abuela tiene demencia senil. He estado investigando y no hay cura.

La verdad, no sé cómo sentirme al respecto. No puedo hacer nada por ella y eso me consume. Sé que, de haber algún tipo de tratamiento, mi padre lo pagaría. Porque, aunque no se haya pasado a visitarla desde que se la llevaron, al menos se preocupa de que tenga lo mejor.

Me duele ver que mi padre no visita a su madre, no te voy a engañar. Pero por otro lado, ¿Que otra cosa podía esperar? Tampoco es que se haya interesado por mí, nunca. Así que supongo que es su modus operandi.

En realidad, a estas alturas, no entiendo que hago escribiéndote. Se que no me contestaras, pero de todas maneras lo hago, no sé por qué. Supongo que se ha convertido en una costumbre. Una forma de mantener algún tipo de contacto contigo. Como si fuera el último hilo que me une a ti…

Juliett

Capítulo 35

Ahora

—Entonces, ¿Tenemos un trato? —le pregunto a Lía, mientras le ofrezco la bolsa de galletas con chocolate.

Ella mira la bolsa, la agarra y parece sopesar, como si se debatiera en si hay suficientes galletas para aceptar. Me mantengo a la espera y me sueno la nariz de nuevo. Le he explicado que estoy medio resfriada, porque es más fácil decir eso que explicarle que no puedo dejar de llorar por lo ocurrido la noche anterior.

—Trato hecho —dice ella, que parece haberse decidido, y sacándome de mis pensamientos, que vuelven de forma irremediable al cabezón de su tío.

—¿Y bien? —insisto, mientras ella le da un primer bocado a la galleta.

—Está en la zona de caravanas.

Niego con la cabeza.

—No está allí. Créeme. —No pienso decirle que ya he estado allí buscando, cual acosadora.

—¿En qué zona has estado? —pregunta ella con inocencia.

—¿Como que en cual? En la que está a la derecha, saliendo del pueblo.

La niña niega con una sonrisa en la cara.

—Hay dos —aclara—. Esa que dices es la que está cerca, pero hay otra, justo en dirección contraria y algo más alejada, entre nuestro pueblo y el siguiente.

Mis ojos se abren y parpadeo varias veces. Cómo conoce ella esa información, y cómo la desconozco yo teniendo en cuenta el tiempo que llevo aquí, es una incógnita.

—Muchas gracias por tu ayuda, Lía —le digo poniendo en pie—. Disfruta de las galletas. Le guiño un ojo y veo como ella me devuelve el guiño, consiguiendo sacarme una sonrisa. Me alejo un poco, limpiándome la nariz, de nuevo, y urdiendo un nuevo plan, para conseguir dar con Ian y su madre mientras planteo la estrategia para que no se me vuelva a escapar de entre los dedos.

Dos días después, no he tenido noticias de Bran, y lo agradezco.

Emily y yo hemos estado hablando mucho sobre el tema, e incluso hemos planteado la opción

de irnos de vacaciones junto con Jane y Susan.

—¿Qué te parece una escapada a Bali? Es un lugar precioso y la verdad es que siempre he querido ir —me dice Emily, mientras conduzco de camino a la otra zona de caravanas.

—Suena bien —respondo distraída. No le estoy prestando atención. En realidad me daría igual pasar unos días en medio del bosque dentro de unas pequeñas tiendas de campaña y sin forma de alimentarnos, con tal de salir del pueblo.

—O también podríamos ir a el país más peligroso del mundo, pasear solas por la noche en mitad de su peor barrio, y esperar a que nos rapten y nos asesinen —sigue diciendo.

—Pues tampoco suena mal —respondo sin más.

—¡Juliett! —suelta Emily alzando la voz y devolviéndome al presente—. ¡Quieres escuchar de una vez, lo que te digo!

Está claro que se ha dado cuenta de que no la escuchaba, y mi respuesta a su locura de proposición acaba de darle la razón.

—Lo siento —admito—. No tengo la cabeza en su sitio.

—No hace falta que lo dudes —dice ella engañándome, pero usando una vez melosa, lo que me indica que, en realidad, solo quiere que deje de pensar tanto en algo que no está en mi mano cambiar, y me centre en lo que está pasando ahora mismo. Pone su mano en mi brazo y yo paro el coche en la cuneta, para poder mirarla a los ojos.

—Lo siento —susurro mientras noto como las lágrimas comienzan a salpicar mi cara, de nuevo.

Ella niega con la cabeza y me las limpia con el dorso de su mano.

—No te disculpes —dice con cariño—, sé lo que es desear con todas tus fuerzas que algo funcione, a pesar de saber que puede que no llegue a pasar.

Humedezco mis labios con saliva, y asiento con la cabeza. Desde luego sus clases con la psicóloga la han ayudado mucho, lo que me hace pensar que quizá no estaría mal que yo también acudiera. Le pregunto por ella y Emily me pasa la información al momento, quejándose de que siempre pasa igual.

—¿El qué? —pregunto, cuando dice eso.

—Pues que al final las personas que van a terapia, lo hacen para aprender a lidiar con personas que deberían ir a terapia y no lo hacen.

Me tomo un instante para meditar en lo que acaba de decir, hago una mueca y asiento con la cabeza.

—Tienes más razón que un santo —replico.

Ella mueve la cabeza de arriba a abajo, se encoge de hombros y sonríe con tristeza. Acaricia mi mejilla con el dorso de su mano.

—Todo irá bien —dice casi en un susurro—. Ya lo veras. De una manera u otra, irá bien. —Mira hacia adelante y señala la carretera—. Una cosa a la vez, Juliett. Ahora, vamos a por esa madre y su hijo.

Aparcamos el coche y me alegro al ver que la zona es algo más nueva que la anterior y que hay varios parques infantiles, cerca. Caminamos en silencio, buscando la caravana de Joana y sonrío, al localizarla al fin.

—Ahí está —le digo a Emily, que asiente y se sienta en uno de los bancos que hay por todos lados.

—Te espero aquí —dice. Y sonríe con confianza, intentando de esa manera, transmitírmela a mí.

Asiento una sola vez y me doy la vuelta, directa hacia la casa portátil, pero entonces me freno de golpe y la sonrisa se borra de mi cara.

Mark acaba de abrir la puerta con un botellín en la mano y baja las escaleras tambaleándose.

Esto no es bueno.

Doy un paso atrás, pero entonces él me ve. Hacemos contacto visual y de forma automática una sonrisa cruel se dibuja en su cara. Veo cómo camina hacia mí y yo, que aunque por dentro tiemble, no pienso hacerle ver que la situación me asusta, hago lo mismo, caminando con toda la entereza que puedo reunir y dando pasos firmes, a diferencia de él, que parece estar bailando con la nada.

Nos quedamos a escasos centímetros uno del otro y siento la necesidad de poner mi mano sobre mi boca cuando él eructa con tanta fuerza y descaro que su aliento apestoso y alcoholizado me alcanza.

—¿Qué crees que haces aquí? —me pregunta, con lengua de trapo.

—Creo que podría preguntar lo mismo —respondo—. Sabes lo que pasara si te atreves a ponerle la mano encima al niño o a la madre. No me temblará la mano a la hora de hacer una llamada a la policía. Lo sabes —amenazo.

Entrecierra sus ojos y me mira de arriba a abajo. Como si me estuviera evaluando. Y yo, que noto lo que está haciendo, pongo mis manos en las caderas, y ni siquiera pestañeo.

Está claro que si quisiera, podría hacerme daño ya que, a nivel físico me supera con creces, pero no se atreverá. El perfil del maltratador en realidad es un cobarde, que solo se atreve a usar su fuerza contra las personas que sienten afecto por él.

—Lo único que sé, es que estoy aquí porque ella me dijo que viniera. Y, que yo sepa, tú no puedes hacer nada en contra —se jacta.

—Quiero hablar con ella. —Me cruzó de brazos y paso por su lado, dejando el espacio suficiente para no tener que rozarnos, pero él es más rápido y se atreve a pararme, sujetándome del brazo. Me paro en seco y levanto la mirada de su brazo, hacia sus ojos inyectados—. Vuelve a tocarme y te las veras con el mejor bufete de abogados de la zona —amenazo.

Titubea y yo entrecierro mis ojos.

—¿No sabes cual es mi apellido, verdad?

Mark boquea y ahora soy yo quien sonríe con altivez. Por una vez me siento orgullosa de tener un padre que ame su trabajo más que a su propia familia.

—Brooks —susurro—. Mi apellido es Brooks —repito—. ¿Te suena de algo?

Eso es todo lo que necesita oír. Me suelta el brazo como si quemara, y se aleja totalmente asustado.

Le mantengo la mirada unos segundos y asiento una sola vez.

—Ya me parecía a mí —susurro caminando con aparente tranquilidad, hasta la puerta de la caravana. Doy dos toques con los nudillos y espero.

Joana abre la puerta segundos después y puedo ver como la sorpresa, la vergüenza y el miedo pasean por sus ojos casi a la vez, mientras se decide a decirme algo.

Espero paciente a que encuentre las palabras adecuadas y asiento, sonriendo de forma ligera para darle la entereza que creo que necesita.

—Ho..hola —acaba por decir.

—Hola, Joana. ¿Qué tal estás?

—Bien —contesta casi al instante—. Estoy bien, lo prometo.

El moratón de su brazo que tanto se esfuerza por esconder me dice lo contrario y aprieto los dientes, al sentir la impotencia. ¿Por qué ha vuelto con él? ¿Por qué le ha pedido que vuelva?

—¿Estás segura? —me esfuerzo a preguntar. Joana es adulta. No puedo obligarla a hacer algo que no quiere incluso si eso es lo mejor para ella. pero Ian es otro cantar. Él es un niño, un inocente que sufrirá por culpa de una madre que no es capaz de tomar buenas decisiones, por mucho que duelan.

—Sí, estoy segura —repite, aunque le tiembla la voz. Carraspea para volver a tomar compostura y se yergue—. Te agradezco que te preocupes por mí y por Ian, pero no hace falta que vuelvas. Estaremos bien, lo prometo.

Ya está, acaba de sentenciarse, a sí misma y a su hijo. Me ha dejado claro que no quiere mi ayuda aunque la necesite. Y yo no puedo hacer nada más por ella, si no quiere.

Me tomo unos segundos, en los que no aparto mi mirada de sus ojos, intentando ver un resquicio de duda, una petición muda de ayuda. Pero esta no llega, así que asiento una sola vez con la cabeza.

—Está bien —digo con los brazos cruzados, me doy la vuelta y me voy por donde he venido, pero me paro en seco y giro mi cuerpo para poder mirarla una última vez antes de irme—. Solo asegúrate de que Ian está a salvo y no falte a clase, por favor —pido.

Joana parpadea un par de veces ante mi petición, pero asiente con rapidez varias veces y solo entonces me acerco hasta donde Emily me espera, pasando por el lado de Mark y viendo como su sonrisa triunfante llena su cabeza. Siento rechinar mis dientes, forzándome a callar una respuesta que no me ha pedido, pero que a todas luces se merece.

Llego hasta mi amiga, que ha visto toda la escena, y que se acerca a mí con rapidez, pasando su brazo por el mío y caminando en silencio a mi lado hasta que entramos en el coche.

—¿Tan mal ha ido? —pregunta, mordiéndose el labio.

Asiento con la cabeza.

—Me ha pedido que me vaya y que no vuelva.

Ella aprieta sus labios y niega con la cabeza.

—Lo siento por ella.

—Y yo —admito—, pero sobre todo, lo siento por Ian.

El niño vuelve, por fin, a clase, al día siguiente y sonrío al ver que al menos Joana ha cumplido con su palabra. Yo debo hacer lo mismo, pero al menos podré estar al tanto del niño y, gracias a él, saber si las cosas en casa están bien o no.

Me acerco a él para darle la bienvenida y su abrazo me indica que me ha echado tanto de menos como yo a él. Siento como mi corazón se derrite un poco en ese abrazo y suspiro de tranquilidad al tenerlo de vuelta con nosotros.

El día transcurre con tranquilidad y observo como los niños lo incluyen en sus juegos y hablan con él como si nada, consiguiendo que me fascinen una vez más. Ojalá todos fuéramos como niños en muchos aspectos. Estoy convencida de que las cosas serían mucho más fáciles.

El día termina y sonrío de nuevo a Ian cuando veo que se acerca para despedirse, pero mi sonrisa desaparece cuando me dice que tiene una nota para mí.

«Esto no es bueno. No, nada bueno».

El niño me entrega la nota y se va con cara algo tristona, lo que acrecienta mis sospechas.

Que se ven confirmadas en cuento leo las pocas líneas que tiene escritas.

Antes de nada, quería disculparme contigo, Juliett. Soy consciente de que has hecho por nosotros más de lo que nadie ha hecho jamás, y te estaré eternamente agradecida por eso, pero aun así debo dejar el trabajo que me ofreciste y al que se que llevo tiempo sin ir.

Por otra parte, además, te pido por favor que no vuelvas por aquí. Te agradezco que te preocupes, como ya te dije ayer, pero puedo manejar a Mark. No volverá a hacernos daño, te lo prometo.

Ian seguirá asistiendo al colegio, pero limítate a tu trabajo como profesora y deja que vivamos nuestra vida como nosotros queramos.

Gracias de nuevo y saludos,

Eso es todo. Joana ha dejado claro su punto. No quiere que me meta más en su vida. Que no me preocupe por la seguridad del niño. Un trabajo que, en realidad, es suyo y con el que yo solo estaba intentando echar una mano, porque es más que evidente que necesita. ¿Cómo puede decir que esa es la vida que ambos han elegido cuando es ella la que expone a su hijo a malos tratos por parte de un impresentable como Mark? ¿Por qué deben los hijos sufrir por las malas decisiones de los padres? Hay cosas que nunca podré entender. Si ella no es capaz de poner fin a esa relación de abuso por sí misma, que lo haga por su hijo, que es, al fin y al cabo, lo más

importante en su vida. O debería serlo.

Hago una bola de papel con la nota, por pura rabia y estoy a punto de tirarla, pero algo en mi interior me pide que no lo haga, así que intento hacerla volver a su estado original, cosa que no consigo y reflexiono en lo que veo. Una hoja arrugada que nunca será lo que era, mientras veo las similitudes entre esta pequeña nota, y la vida.

Por que la vida, al igual que la hoja, se arruga con cada pequeña decisión errónea que tomamos, y luego, aunque consigamos subsanar el error, nunca volverá a ser lo que era, al igual que la hoja nunca volverá a estar totalmente lisa, por mucho que lo intentemos.

Suelto el aire de mis pulmones con fuerza y guardo la dichosa nota en el expediente de Ian, para luego volver a casa de mal humor.

Emily, que nota mi estado de ánimo en el mismo instante que pone un ojo sobre mí, da un par de pasos adelantados y me abraza sin decir nada. Otra cosa que, según me explicó, aprendió con la psicóloga.

A veces no hace falta decir nada, a veces, solo hace falta estar al lado de la persona en cuestión. Hacerla sentir acompañada. Que sepa que no está sola.

Me encanta su psicóloga y cada vez estoy más dispuesta a empezar mi propio camino con ella.

«Todos deberíamos ir, al menos una vez en la vida, a un psicólogo», me dijo. Y no puedo estar más de acuerdo.

—Entonces, ¿cuándo nos vamos? —me pregunta Emily, ya montada en su coche cargado con sus cosas, antes de partir.

—Pues creo que para las próximas vacaciones del colegio —le digo con los brazos apoyados en su ventana abierta—. Habla con las demás, pero seguro que te dirán lo mismo —le guiño un ojo y me pongo en pie, para dejar que se vaya. Ya hemos llorado y nos hemos abrazado muchas veces, antes de que ella entrara en el coche, por lo que no queda más que decir. Sonrío y doy un paso atrás, ella sube la ventana y arranca pero veo como se muerde el labio y vuelve a bajarla.

—¿Estarás bien? —me pregunta desde dentro.

Me abrazo a mí misma y asiento con la cabeza. Intento parecer convincente pero soy consciente de que no lo soy, por dentro estoy hecha un flan. Su presencia me ha reconfortado desde la última charla que tuve con Bran. Le pedí tiempo y espacio y él me lo ha dado, como cada vez que se ha pasado algo, pero eso no quita que lo eche de menos con cada fibra de mi ser. Y en todo este tiempo ella ha estado a mi lado. La voy a echar tanto de menos…

Pero ella debe encaminar su vida. Cuando me dijo que estaba lista para irse no pude pedirle que se quedara. Era lo que yo menos necesitaba en ese momento, pero debo pensar en ella, y no en mi.

Emily me mira fijamente desde su lugar y yo hago un esfuerzo por sonreír y volver a asentir sin apartar la mirada, hasta que ella parece quedarse satisfecha y le da al botón, para que el cristal suba. Luego le da la vuelta al coche y la veo alejarse mientras sujeto mis lágrimas.

Entro en casa y solo entonces las dejo caer. Me siento en el sofá y me dejo llevar por mis emociones. La sal de las lágrimas llega hasta mis labios y saboreo la pérdida, la soledad y la impotencia. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? ¿Por qué la vida de adulto tiene que ser tan difícil? ¿Porque, aún habiendo conseguido lo que siempre he querido, siento que me falta algo?

Las preguntas se agolpan en mi cabeza y cierro los ojos, mientras me hago un ovillo en el sofá hasta que, en algún momento, me quedo dormida. Al despertar, es de noche, maldigo entre dientes y camino hasta mi cuarto donde, justo al llegar a la cama, me encuentro una rosa encima de la almohada.

Bran ha estado aquí.

Agarro la rosa y la pego a mi pecho mientras me vuelvo a hacer un ovillo dentro de la cama y me duermo con ella entre mis manos.

Capítulo 36

Antes

Querido Bran,

Ya he dejado de esperar recibir nada de tu parte, has tenido tiempo de sobra para hacerlo, si no lo has hecho es por que no has querido. Y no sabes lo que duele, eso.

Veo a Jane con Jonathan, su pareja desde hace casi un año. Los veo tan bien, tan felices, juntos, que me dan envidia.

¿Y qué decir de Susan y Carl? Estos dos están hechos el uno para el otro. Desde que se conocieron han sido inseparables, y ojalá sigan así.

De Emily prefiero no hablar. Desde que ella y Sean tuvieron su primera pelea todo ha sido un desastre. Él es demasiado controlador, no quiere que pase tiempo con nosotras, ni siquiera para ir al cine o dar un paseo, y las pocas veces que viene, él no para de llamarla y preguntarle qué hace, dónde está y cuánto le queda para volver. Me encantaría equivocarme, pero mucho me temo que este hombre no va a cambiar, por mucho que se empeñe en decir eso mismo a Emily, después de cada pelea y ruptura. Solo espero que ella no le haga caso. Él está empeñado en que se vayan a vivir juntos, por lo que ella tendría que dejar más clases para poder trabajar más y así poder aportar su parte de los gastos. Hemos intentado hacérselo ver, pero ella insiste en que, si él le pide eso, es por que va en serio con ella. Y si a eso le sumas que él se empeña en decirle que es el amor de su vida y que no piensa dejarla ir nunca, pues ya tenemos el combo perfecto.

Y eso me deja a mí. Que a pesar de haberlo intentado por activa y por pasiva, no consigo olvidarte. ¿Cómo lo hago, Bran? Por favor, dime cómo lo hago…

Ellas son felices con sus parejas y yo no puedo serlo porque no quiero a nadie a mi lado, si no eres tú. ¿Soy egoísta? Sigo pensando que tuviste tus motivos para dejarme, pero nunca me has dejado dar mi versión. No he tenido la oportunidad de defenderme de

lo que sea que creas que hice contra ti.

Juliett

Cierro el sobre y miro a Jane, que me mira con pena. No se cuantas cartas llevo, enviadas. Y la respuesta a todas ellas ha sido un silencio absoluto.

—Creo que podrías empezar a pensar en dejarlo —me dice, mientras dobla su ropa recién salida de la secadora.

—Lo sé, pero…

—Sí —contesta ella, cortándome—. Te entiendo. Te cuesta porque aún tienes esperanza —Deja de doblar ropa y se sienta en el borde de su cama, mirándome—. Juliett. Sabes que él no va a contestar. Honestamente creo que si sigues con eso solo te harás mas daño.

Tiene razón y lo sé. Pero aun así…

Hago un mohín y resoplo, dejando el bolígrafo en el lapicero.

Tengo que dejar de hacerlo.

Sí.

Tengo que cerrar este capítulo de una vez por todas.

Capítulo 37

Ahora

—¿Cómo estás? —me pregunta Bran una vez estamos sentados en la orilla del lago, donde siempre.

Envuelvo mis piernas con mis brazos, apoyo mi cabeza en las rodillas y lo miro unos instantes.

—Bien —miento.

Me mira. Sabe que no es verdad, pero no dice nada. Me conoce y entiende que mis tiempos no son iguales a los suyos. Bran tendrá muchas cosas, pero me conoce tanto como yo a él. Tanto, que sabemos que es lo que necesita el otro, incluso sin hablar.

Pero aun así, no supo que, al decirme aquellas palabras me hizo más daño que nadie en el mundo. No por el hecho de tener hijos o no, sino por la falta de compromiso que eso implicaba.

—¿Ya se te ha pasado el berrinche, entonces? —pregunta sin más. Y lo miro con los ojos desorbitados. ¿Es posible que no se haya dado cuenta, aún?

—¿Perdona? —pregunto, dándole una segunda oportunidad para redimirse.

—Sí —contesta él, encogiéndose de hombros —Entiendo que ya no estás enfadada por lo que sea que te dijera aquel día.

«No lo puedo creer. ¿Cómo puede ser tan…estupido?».

—¿Crees que solo fue un berrinche?

—Qué otra cosa, sino.

«Esta claro que es tonto».

Me pongo en pie.

—Esto no va a ningún sitio —digo

El hace lo mismo, sorprendido.

—No entiendo.

Veo que es verdad, que no lo entiende, pero por otro lado se que tampoco puedo pedir más. Si no lo entiende ahora, no lo entenderá nunca.

—Da igual —contesto, quitándome las hojas muertas de la ropa a manotazos.

Él mira mis gestos y se da cuenta de que estoy enfadada.

—¿Y ahora que he dicho? —pregunta.

Paro de moverme, lo miro a los ojos y niego con la cabeza.

—¿Que qué has dicho? Será más bien lo que no has dicho —contesto de malos modos.

Sus manos van a mis brazos, que sujetan con suavidad, mientras busca mi mirada.

—Solo dime que he hecho para poder pedirte perdón —suplica—.No quiero estar así, no quiero no poder vernos, sino estar bien. Me duele estar así.

Entrecierro los ojos. También lo ha pasado mal, puedo sentirlo. Pero una cosa no quita la otra.

—Si no sabes qué es lo que has hecho mal, no debería ser yo quien te lo dijera —espeto—. Eres adulto, me conoces mejor que nadie. Sabes todo de mi, por lo tanto sabes que es lo que me duele. Y aun así… —No puedo seguir, las lágrimas amenazan con salir y no quiero que me vea así.

Bran me abraza de repente y siento su calor inundando mi cuerpo, cosa que me enfada aún más. Mi cuerpo traicionero respondiendo ante el suyo, incluso si la situación no es la más adecuada. Intento zafarme, pero él me retiene con suavidad.

—Lo siento —susurra en mi oído mientras una de sus manos rodea mi cabeza, enredando sus dedos en mi pelo y acariciándome la nuca—. Siento lo que se que haya dicho, que te ha dolido —Me besa en el cuello y noto como se me eriza la piel—. Soy idiota, ya lo sabes. —Otro beso, esta vez en la mandíbula—. Pero este idiota te quiere con locura, y eso también lo sabes. —Un beso en la mejilla, y mis barreras caen por completo.

Las lágrimas ruedan por mi cara y él las atrapa con el dorso de la mano mientras sigue besándome la mejilla, el cuello, el oído, la sien y la frente.

Suelto un pequeño gemido de dolor. Dolor por lo que siento por él, dolor por la impotencia de saber que, aunque me quiera, no lo hace de la manera correcta, y dolor por saber que, a veces, el amor no es suficiente para que una relación funcione.

Y esta es una de esas veces.

Maldigo por ello.

No es justo.

¿Cómo es posible que dos personas que se quieran tanto, no sean capaces de hacerse felices?

Se lo que quiero, y sé que él no me lo dará. Por mucho que me quiera, no está dispuesto a sacrificar su orgullo por mí.

Y yo, por mucho que lo quiera, no voy aceptar un amor a medias.

Ya lo viví en mi casa. Ya vi como mi padre no ponía a mi madre como prioridad en su vida y sufrimos las consecuencias, las dos.

No pienso repetir el mismo patrón.

Alguien tiene que tomar una decisión.

Tomo aire y vuelvo en mí. No puedo dejar que esto continúe. No, así. Uno de los dos debe ser adulto.

Y me toca serlo a mi.

—No puedo —termino por decir, cuando reúno el valor necesario.

Bran deja de besarme y se aparta lo justo para buscar mis ojos.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con miedo.

—Esto no puede seguir así —respondo con toda la tranquilidad que soy capaz de expresar.

Él me mira, esperando una respuesta diferente a la que estoy insinuando. Pero no llega. Lo miro a los ojos mientras busco sus manos, las agarro con ternura y las separo de mi cuerpo mientras intento grabar en mi memoria su olor, su tacto y la sensación de tu roce contra mi piel.

—Se acabó —sentencio.

Dos palabras que me rompen el corazón, una vez más, pero esta vez de forma más intensa.

—No —susurra él, negando con la cabeza.

Me centro en mis pies y en dejarlos plantados contra el suelo. Me aferro a las pocas fuerzas que me quedan, para no lanzarme a sus brazos y perderme en ellos. Lo miro a los ojos y siento dos grandes lágrimas caer.

—Sí.

Niega de forma vehemente con la cabeza. Negando la evidencia. Me agarra las manos y se las lleva al corazón, dando un paso hacia mí.

—Por favor —implora. Siento el dolor, el miedo, la desesperación…lo siento todo, porque yo siento lo mismo.

Pero debo mantenerme firme. Debo hacerlo. Es la única manera de acabar una historia que no va hacia ningún lado.

Lo miro a los ojos, me suelto de su agarre y doy un paso atrás, abrazándome a mí misma. Niego una vez con la cabeza.

—Lo siento.

Bran cae de rodillas al suelo y sus manos se aferran ahora al suelo. Veo cómo su cuerpo tiembla. Siento como se rompe en mil pedazos y todo mi ser me grita que lo acune, que lo envuelva entre mis brazos y lo consuele, que le diga que todo estará bien…pero no puedo hacerlo. Este es el final de una carretera sin salida. Me trago mi dolor, me doy la vuelta y camino hacia el coche, entrando en él y saliendo a la carretera con rapidez.

No sé como llego a casa, ni como me ducho, pero cuando vuelvo en mí estoy en la cama con el pelo mojado y unas cuantas horas en blanco que no puedo recordar. Una vez más, el piloto automático de mi cabeza se ha activado para librarme por un rato de mi dolor, y permitiéndome ser una persona autosuficiente.

Apunto esto en mi lista de temas pendientes a tratar con la psicóloga y me voy a dormir aunque no tengo sueño.

Es curioso como podemos llegar a pensar que la vida se para, cuando nos pasan cosas malas, o situaciones dolorosas. Creemos que somos el centro del universo y que, como tal, si nosotros paramos, el mundo debe hacerlo también. Pero nada más lejos de la realidad.

La vida sigue, aunque no queramos.

Y como tal, la luz de la mañana llena mi habitación, ya que no recordé dejarlo todo cerrado, por lo que me despierto bastante antes de mi hora habitual. Me doy otra ducha y me preparo un café en silencio, añorando como nunca a Emily, sus abrazos y sus «todo irá bien», cada vez que lo necesito. Me preparo mentalmente para el día que tengo por delante y pienso que, aunque yo no esté ahora mismo para nada ni nadie, mis niños no tienen la culpa de lo que me pasa, y por eso no puedo dejar que sean ellos los que paguen el precio de mi dolor. Me pinto una sonrisa y salgo, camino del colegio.

Los niños se merecen mi mejor versión, y haré que este día cuente, al menos para ellos.

Días más tarde, sigo con el corazón encogido. No tengo apetito, no puedo dormir, y ni siquiera las charlas telefónicas con Emily me alivian… Sé que es parte del proceso de duelo. La psicóloga ha sido clara con eso, pero aunque tengo clara la teoría, no pensé que la práctica fuera tan dolorosa.

Lo único que me hace seguir adelante es el hecho de seguir trabajando. Estuve barajando la posibilidad de pedir vacaciones, pero mi psicóloga me explicó que, a veces, el trabajo puede jugar a nuestro favor. Me habló de cómo usar mi tiempo en algo que, además, me encanta, puede ayudar a mantenerme distraída de mi situación emocional. Y estoy viendo que tiene razón.

Es verdad que cuando estoy en casa no tengo fuerzas para nada, pero el tiempo que estoy en la escuela, se me pasa volando y el tener que mantener mi mente enfocada en las distintas actividades hace que me relaje, ya que no hay espacio para pararme a pensar en nada más.

O eso pensaba hasta que Joana apareció para recoger a Ian y me pidió hablar a solas. Sabía, desde el mismo momento en que la vi, que las cosas no marchaban bien con Mark, como era de esperar, así que me preparo mentalmente para lo que viene mientras me despido del último niño que quedaba en clase. Ian está en el patio jugando, a instancias de su madre y esta, está sentada en la silla de su hijo, mirándome de reojo y mordiéndose las uñas con cara de preocupación.

Una vez cierro la puerta, me acerco hasta ella y me siento en una de las pequeñas sillas que nos rodean. La miro y sonrío de medio lado, poniendo una mano en su rodilla al ver que no es capaz de mirarme a los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto, después de unos segundos en silencio—. ¿Necesitas algo?

Ella termina levantando la mirada y sus ojos se clavan en los míos casi sin pestañear y veo como los suyos comienzan a ponerse vidriosos.

—¿Estás bien? —insisto

Joana niega con la cabeza y una lágrima grande cae de su ojo derecho. Ella se la limpia con rabia y vuelve a abrazar su bolso, que mantiene entre sus piernas.

Mi mano no se mueve de donde está, y le doy un suave apretón, instándole a que diga algo.

Más lágrimas caen de sus ojos y me nuevo, para abrazarla sin levantarme de la silla. Noto como su cuerpo tiembla y escucho sus sollozos. Mis manos envuelven su espalda demasiado delgada y se que ha perdido el peso que ganó estando en casa, cosa que consigue enfadarme,

pero se que no puedo hacer nada. Como dice mi psicóloga, no puedes ayudar a quien no quiere dejarse ayudar.

—No sé qué me pasa, Juliett…—Susurra Joana entre mis brazos.

Yo muevo mis manos hacia arriba y abajo de su espalda, dándole el consuelo que necesita y siento como, poco a poco, se relaja.

—¿A qué te refieres? —pregunto. Se exactamente lo que quiere decir, pero es necesario que lo diga. Que se escuche a sí misma decirlo. De esa manera será más real, y quizá, con suerte, pueda aceptar su situación para poder empezar a mejorar.

—Sé que no debería estar con Mark —admite—. Pero no puedo dejarlo. Creeme, lo he intentado, pero cada vez que pienso en no estar con él, siento que no puedo respirar…creo que no soy nadie sin él.

La miro a los ojos. Sé cómo se siente. Quizá no al mismo grado, pero entiendo lo que es sentir que no eres nadie sin la otra persona.

Dependencia emocional, así es como me dijo Emily que se llamaba, una de las muchas veces que hemos hablado sobre lo que le impedía a ella dejar a Sean y todo lo que ha tenido que trabajar en sí misma, para poder dar el paso. Y también me dijo que no es fácil salir de una situación así.

—¿Cómo puedo ayudar? —pregunto. No puedo hacer nada que ella no quiera, eso lo tengo claro, pero tampoco quiero quedarme corta, por lo que necesito saber hasta dónde puedo llegar —. ¿Quieres que hable, para que vuelvan a darte el trabajo que tenías aquí? Además, puedes volver a casa, si quieres. Sabes que hay espacio de sobra y estaría encantada de tener compañía —le ofrezco.

Joana me mira con un resquicio de esperanza en la mirada y siento que quizá pueda ayudarle a ganar esta batalla cuando escucho como suena su teléfono. Ella rompe el contacto visual y rebusca en su teléfono de forma desesperada.

Sé quien es por su forma de mirar la pantalla. Está aterrada.

—Disculpa —me dice de atropelladamente, mientras se levanta como un resorte y camina con rapidez hacia la otra punta del aula, cuando caigo en algo.

Él no sabe que está aquí. Puedo verlo en la forma rígida de su cuerpo, en su nerviosismo, en como me mira de reojo mientras habla casi en un susurro y con monosílabos, pero sobre todo en su cara de auténtico terror, cuando mira a Ian jugar, a través de la ventana.

Me mantengo en silencio. No seré yo quien le haga saber a él dónde está ella. Espero hasta que veo que cuelga y se acerca hacia mí con rapidez.

—Tengo que irme —dice casi sin parar, y camino del patio—. ¡Ian, hay que irse! —grita con fuerza.

El niño levanta la mirada del juego que tiene entre las manos y lo deja con rapidez, corriendo hacia su madre mientras yo la sigo con la cara desencajada.

—Pero Joana, espera —suplico—. Hablemos. Puedo ayudarte… —Ella ni siquiera me mira.

Espera hasta que Ian está cerca y le agarra la mano para irse cuando pongo una mano en su brazo, en un último intento desesperado—. Por favor, déjame ayudarte —suplico de nuevo.

Joana hace un movimiento brusco para librarse de mi mano y me mira con los ojos desorbitados.

—He cometido un error al venir aquí —dice con aparente enfado—. No necesito ni tu ayuda ni la de nadie. Estaremos bien —se gira, con Ian ya de la mano, y juntos caminan con rapidez hacia la salida del colegio, dejándome sola y preocupada.

Me gustaría pensar que lleva razón, que estarán bien…, pero no puedo creerme esas palabras, por mucho que me las repita.

«Ojala, Joana…Ojalá estéis bien. Lo deseo con todo mi corazón».

Ese mismo día, mi mente está tan ocupada pensando en lo que ha pasado con Joana, que ni siquiera me doy cuenta de cómo he llegado a la cama, y rezo por poder dormir, al menos un par de horas.

La mañana llega antes de lo que me gustaría. Prácticamente no he dormido nada, así que, me tomo un café doble, echando de menos a Emily y nuestras cortas pero siempre entretenidas charlas mañaneras, antes de salir hacia el trabajo.

El día pasa rápido y hoy es Joel quien pasa a recoger a Lía. Me sonríe al hacer contacto visual y llamo a la niña para que venga hasta la puerta.

—¿Qué tal, Juliett? —pregunta.

Dudo en si decirle algo o no. No sé si Bran les ha dicho algo, así que termino por hacer una mueca y encogerme de hombros.

Joel frunce el ceño y se, por su expresión, que no entiende mi respuesta y que, por lo tanto, no está al corriente de los últimos acontecimientos.

—¿Estás bien? —pregunta, de nuevo—. ¿Pasa algo? —En cuanto me hace la última pregunta un gesto de preocupación pasa por su rostro y temo haber desvelado algo que quizá Bran aún no está preparado para contar.

—¿No será por Emily? —pregunta con rapidez—. ¿Ella está bien?

Mis dudas se disipan y algo dentro de mi se llena de rabia. Así que no es por mí y su hermano, que está preocupado, sino por ella.

Yo tenía razón.

Lo sabía.

Intento calmarme pero no lo consigo y el instante de rabia se expande, llenándome de preocupación por mi amiga y ahora soy yo quien frunce el ceño. Mi dedo acusador lo señala sin apenas darme cuenta y lo miro enfadada sin poder ni querer evitarlo.

—Ni se te ocurra —le advierto.

Mira mi dedo con incredulidad y luego sus ojos suben hasta encontrar los míos, haciendo el camino de ida y vuelta del dedo a los ojos un par de veces antes de sonreír con altanería y

encogerse de hombros.

—¿A qué te refieres? —pregunta con aparente inocencia.

—Ella no —amenazo sin dejar de señalarlo.

—¿Ella no, que? —reta.

Un ruido gutural sale de mi garganta y Joel suelta una carcajada que resuena por todo el pasillo, haciendo que parpadee un par de veces. ¿Es posible que sea tan… tan... hijo de…?

—¡Ya estoy! —escucho decir a Lía, sacándome de mis pensamientos.

Mi dedo vuelve a su lugar antes de que la niña pueda verme hacer algo así y ella mira a su tío, esperando para marcharse.

—¡Hasta mañana, tita Juliett! —la escucho decir.

Joel y Lía se alejan mientras un dolor profundo me atraviesa el pecho.

«Tita» pienso. «Ya no soy su tita…».

Ian deja de venir a clase solo un par de días después y empiezo a preocuparme de nuevo. «¿Estará bien?» «¿Por qué no ha venido?» «¿Vendrá mañana?». Solo espero que esté bien. No podía soportar pensar que ese salvaje de Mark le haya puesto la mano encima de nuevo.

Al tercer día de ausencia. Decido que tengo que hacer algo o me volveré loca. Me pasaré por allí, solo para verificar que todo esté bien. No me meteré en la vida de Joana y su hijo, pero necesito saber que están bien, así que al acabar el trabajo me meto en el coche y conduzco hacia la zona de caravanas.

Conduzco sin poder dejar de pensar en Bran, en mí, en todas las cosas que hemos vivido y las que nos quedaban por vivir. Maldigo entre dientes por todo y por nada. Siento ganas de llorar, luego la rabia vuelve a llenarme… Soy un revoltijo de emociones que no son capaces de desenredarse y vuelvo a maldecir por no conseguirlo, cuando algo me saca de mis pensamientos.

Una sirena. Pero no una sirena cualquiera. La sirena de un camión de bomberos que se acercan a mí por detrás a gran velocidad.

Miro por el retrovisor y me freno en el arcén en cuanto puedo para dejarlos pasar. Algo gordo debe estar pasando.

El corazón se me encoje cuando, al pasar los bomberos, veo que dos coches de la policía los siguen con la misma rapidez. Todos van en la misma dirección y frunzo el ceño.

Estaba tan ensimismada mientras conducía, que no me he dado cuenta de donde estaba, y cuando por fin tomo conciencia, el corazón me da un vuelco y ruego con fuerza mientras sigo con la mirada el camino que toman, tanto los bomberos como los policías.

Solo hay dos direcciones posibles. Una que va hacia el pueblo de al lado, y la otra, que va hacia la zona de caravanas donde están Joana e Ian.

«Por favor, no giréis a la izquierda. No giréis a la izquierda». Repito una y otra vez mientras conduzco cada vez a mayor velocidad.

Los vigilo de cerca y maldigo cuando lo veo girar en dirección a la zona de caravanas.

Una columna de humo comienza a salir por entre los árboles que rodean la zona y siento que me falta el aire. Aprieto el acelerador sin importarme las consecuencias mientras intento calmarme.

«No tiene que ser por ellos».

«Hay más gente viviendo allí».

«Calmate Juliett».

Aparco de cualquier manera y veo como los agentes rodean la zona cercana a su caravana y otros comienzan a acordonarla, para que nadie pueda pasar.

Corro cuando veo que los bomberos hacen lo propio en dirección a donde viven Joana e Ian y siento que unos brazos me sujetan con fuerza, impidiendo avanzar. Miro hacia ellos y me topo con los ojos de un agente de policía.

—No puede pasar, señorita —contesta él a mi pregunta muda, sujetándome con más fuerza cuando intento zafarme.

—¡Déjeme pasar! —suplico

El agente niega con la cabeza y sus brazos se mantienen inamovibles, por lo que dejo de forcejear y doy un paso atrás, intentando calmarme.

—¿Puede decirme, al menos, que está pasando?

El agente levanta una ceja.

—Los conozco. Soy amiga de Joana y profesora del niño —le digo, en un intento desesperado por información.

El agente aprieta la mandíbula al escucharme y siento la adrenalina correr por mis venas.

—Dígame al menos que están bien —suplico.

Silencio.

Una explosión dentro de la caravana me sobresalta y veo cómo, de entre la humareda, sale un bombero con un cuerpo demasiado pequeño, como para ser de un adulto y pierdo las formas.

Corro hacia un lado, aprovechando que el agente está absorto viendo el humo subir por el aire y paso por el cordón policial, llegando hasta el bombero, que camina con rapidez para alejarse del calor y de la zona cero.

—¡Qué hace aquí, señorita! —recrimina el bombero con razón, al hacerlo parar en seco—. ¡Aléjese ahora mismo!

—¡Lo conozco! —respondo, acercándome más a él e intentando tocar a Ian, que está inconsciente.

—¡Aléjese si no quiere que la detengan! —replica el bombero, apartándose de mí y dejándome sola mientras él sigue su camino. Lo sigo sin hacer caso de sus amenazas y freno cuando lo hace el.

—¿Esta…? —No soy capaz de terminar la pregunta.

—Sí, está vivo —dice el, que parece haberse dado por vencido al ver que no hago ni caso a sus amenazas.

Respiro aliviada.

Otra explosión dentro de la caravana. Dos bomberos más salen de entre el humo, alejándose, mientras otros bomberos se afanan por apagar las llamas.

Y entonces la veo.

Joana está en brazos del último de los bomberos. Pero este no corre, no pide ayuda, no se preocupa por ella, y eso solo puede significar una cosa.

«¡No! No, no no…».

«No puede ser. Esto no puede estar pasando».

Capítulo 38

Antes

Querido Bran,

Esta es la última carta que te escribo. Me ha costado años tomar esta decisión. Y te aseguro que no ha sido fácil, ni me ha gustado tener que tomarla, pero está claro que es algo que debo hacer.

El curso está llegando a su fin. Las notas van a ser buenas, teniendo en cuenta los exámenes.

La vida sigue. Tú has seguido con la tuya, así que yo debo hacer lo mismo.

Espero que todo te vaya muy bien. Ojala seas feliz y deseo que recuerdes nuestro tiempo juntos con alegría y cariño, y no con un paño de resentimiento.

Yo…, bueno, yo lo intento. Hay días en que sonrío, al recordar algunas cosas, y hay otros en los que mi estómago se encoge al rememorar lo que teníamos y que nunca más tendremos.

Va a parecerte increíble, pero sigo recordando tu olor, el tacto de tu pelo y la sensación de tus dedos acariciando mi brazo. Mi memoria es capaz de recordar detalles como la tranquilidad que tenía, siempre que me envolvías en tus brazos y la facilidad para dormir, sintiéndome segura a tu lado.

Eso es algo que nunca olvidaré. ¿Cómo podría hacerlo?

Así que, sí. Esta es una carta de despedida.

Pero antes, hay algo que debes saber. Y es que no importa donde estés, no importa que no contestes o que no nos volvamos a ver.

Mi corazón siempre será tuyo. Se quedó allí, en el porche de mi casa aquel día, cuando me fui. Y sé que nunca lo recuperaré.

Porque mientras siga latiendo, mi corazón latirá por ti.

Hasta siempre, Bran

Juliett

Cierro el sobre, me limpio una lágrima y dejo la carta a un lado, para tirarla al buzón. Algo que haré por última vez.

No me puedo creer que esto esté pasando, pero tengo que hacer frente a la realidad.

Me cambio, me pongo un vestido bonito y salgo a la calle, donde Jane, Susan y Emily me esperan.

Las cuatro, vamos juntas hasta el buzón más cercano y Jane lo abre, para que pueda echar la carta. Siento que me quema en los dedos. No quiero hacerlo y ella se da cuenta. Me guiña un ojo y asiente una vez. Siento las manos de Susan y Emily a cada lado de mis hombros, infundiendo fuerzas.

Doy un paso adelante, y estiro la mano, soltando la carta dentro del agujero mientras siento que lo que queda de mi roto corazón cae dentro, junto con el papel.

Luego, las cuatro caminamos sin prisa por la calle, camino del restaurante donde hemos reservado. Ellas para celebrar que una etapa ha terminado. Yo para pasar mi duelo de la mejor manera que creo posible. Acompañada de estas chicas a las que conocí casi por casualidad, pero que se han convertido en mi familia. La familia que se elige.

Capítulo 39

Ahora

Espero en uno de los bancos hasta que el sol cae y llega la noche. La zona para entonces está llena de policías, que me echaron a los pocos minutos de la segunda explosión, y he estado aquí sentada desde entonces. No pienso irme. Ian está ahora asistido por los paramédicos. Está vivo, malherido, pero vivo. Eso es lo importante.

No me iré de aquí hasta que no lo lleven hacia el hospital, pero antes de eso debo saber que va a ser de él.

Es lo que Joana habría querido. Quiero pensar que no querría que su hijo estuviera solo.

Me levanto al ver que el agente que no me dejó pasar al principio, se acerca a mí.

—¿Puedo preguntar qué es lo que ha pasado?

Él parece meditar si contármelo o no, así que pongo una mano en su brazo.

—No me iré de aquí hasta que lo sepa —Le amenazo, mirándolo fijamente.

Me mantiene la mirada y resopla, sintiéndose derrotado, al fin.

—Al parecer, y por lo que nos han contado los vecinos, la mujer…

—Joana —le corto. No dejaré que la cosifiquen. No es un número, es una persona… era… una persona. Aún me cuesta asimilarlo.

—Está bien —rectifica—, Joana y el hombre con el que vivía, discutieron. Se escucharon gritos durante mucho tiempo. Y luego… —lo veo titubear.

—¿Y luego? —digo, para que prosiga.

Toma aire con fuerza.

—Y luego…se empezaron a escuchar gritos de otra índole. Los de ella.

Mi corazón se salta un latido y pongo de nuevo una mano en su brazo, pero esta vez para poder estabilizarme ya que siento que me falta el aire y me mareo.

—¿Se encuentra bien? —pregunta, poniendo su mano sobre la mía.

Asiento con la cabeza y lo miro a los ojos, intentando mantener las lágrimas a raya.

—Prosiga por favor.

Me mantiene la mirada y hace una mueca con los labios.

—Está bien —cede desde pues de unos instantes —Los vecinos escucharon también al niño gritar, luego estos gritos pararon de repente y poco después vieron al hombre salir de la caravana con evidentes signos de embriaguez. A los pocos minutos el humo empezó a salir por debajo de la puerta…y el resto es historia.

—Fueron los vecinos quienes llamaron a la policía y los bomberos —confirmo.

El agente niega con la cabeza.

—Sí que lo hicieron, pero esa no fue la primera llamada.

—¿Entonces? —pregunto sin entender.

—Creemos que fue el mismo niño.

—Ian —informo.

—Ian —repite el, asintiendo—. Él hizo esa primera llamada a emergencias. Por lo visto no pudo decir casi nada, pero lo suficiente como para activar las alarmas y que todos pudieran presentarse aquí a tiempo.

Parpadeo, y ahora sí, dejo que las lágrimas salgan y campen a sus anchas. Ian es demasiado pequeño, demasiado inocente como para tener que enfrentarse a algo así. Pero la vida no es justa para nadie. No, nunca lo es.

—Si no llega a ser por él, no habríamos llegado a tiempo para salvarlo. Los bomberos dicen que ya estaba muy mal, cuando lo sacaron.

—¿Y Joana? —pregunto con un hilo de voz.

El agente niega con la cabeza.

—Para cuando llegamos, ella ya… no estaba —responde él, intentando hacerlo un poco más ligero—. No pudieron hacer nada por ella.

Me siento en el banco. No puedo seguir de pie, las piernas me fallan y sé que, si no lo hago me caeré en cualquier momento.

—¿Está bien, señorita? —pregunta—. ¿Eran muy amigas?

Centro mi mirada en el suelo, tomo aire y cierro los ojos, intentando centrarme y coger fuerzas para lo que sigue.

Por qué se, lo que viene ahora. Lo sé demasiado bien. Y sé que no va a ser fácil.

La ambulancia se enciende y me levanto como un resorte sin pensar en nada más, acercándome hacia ella. Los policías ya no intentan pararme. Saben que no lo haré.

—¿Ya se lo llevan al hospital? —le pregunto al conductor.

—Sí, ahora ya está estable, así que solo queda llevarlo para que pueda recuperarse y encontrar a su familia, si es que la tiene.

—¿Como? —pregunto desubicada. Con todo lo que ha pasado. Ni siquiera me había parado a pensar que no tuviera familia alguna, pero si eso es así…

—Sí —responde él—. Es un menor, así que con su nombre y apellidos, y teniendo en cuenta lo que ha pasado con su madre, ya se han iniciado los trámites para encontrar a quien pueda hacerse cargo de él, pero…

—¿Pero?

—Por ahora no hemos encontrado a nadie.

Siento como si el suelo se abriera a mis pies y una piedra muy pesada me arrastrara hacia el núcleo de la tierra. No puede ser. Simplemente no puede ser.

—Pero tiene que haber alguien ¿No? —pregunto, con la esperanza de una respuesta favorable.

El conductor se encoge de hombros y hace una mueca.

—Ojala encontremos a alguien —susurra.

—¿Y si no?

Él me mantiene la mirada, como si tuviera que decidir si darme esa información o no.

—Si no encontramos a nadie, el niño entrará en el sistema.

De nuevo, el mundo se cae a mis pies.

«¡NO!». Es todo lo que puedo pensar. Mi mente grita esa palabra una y otra, y otra vez mientras siento que salgo de mi cuerpo de nuevo.

«¡NO! No, no no, no…».

La ambulancia se va y parpadeo, para centrarme de nuevo. Corro hacia mi coche y entro, para ir hacia el hospital. No dejaré que Ian pase por esto solo.

Me aseguraré de que encuentren a algún familiar que pueda darle la estabilidad que todo niño necesita, y si no…

«No, no dejaré que entre en el sistema».

Sé lo que pasa con los niños que entran en el sistema, y no dejaré que eso le pase a él.

«No. No lo permitiré. Aunque tenga que pactar con el diablo, para conseguirlo».

Los días pasan. Ian mejora a pasos agigantados, pero no consiguen encontrar a ningún familiar, lo que hace que sus ojos pierdan el brillo que solían tener. Él ha tenido una vida dura y para nada convencional, pero a pesar de todo, tenía a su madre.

Pero ahora…, ahora no tiene a nadie.

Así que, cuando los médicos me confirman que han dejado de buscar quien se quede con él, hago mi llamada. Una que no pensé tener que hacer nunca. Una que se, me va a costar cara. Pero a pesar de todo, una que vale la pena una y mil veces.

—No va a ser fácil, Juliett —contestan al otro lado del teléfono.

—Lo sé —respondo lo más neutral que puedo—. Pero podrás conseguirlo, ¿verdad?

—¿Por quién me tomas? —responden con sorna desde el otro lado—. Pero, ¿Estás segura, verdad?

—Lo estoy —respondo, y asiento una vez con la cabeza—. ¿Cuánto tardarás?

—Dame un par de días y lo tendré todo listo.

—Está bien. Gracias —cuelgo sin esperar una respuesta y me regaño a mí misma. A partir de ahora las cosas van a tener que cambiar con él. Soy consciente, pero aun así me cuesta aceptarlo.

Mi padre fue claro con los términos del acuerdo. Así que me fuerzo a llamarlo de nuevo y espero a que descuelgue.

—Dime.

—Lo siento —empiezo—. Gracias de nuevo, papá. Aprovecharé estos días para hacer la mudanza y preparar la nueva casa. Y a partir de que esté todo resuelto, cumpliré con mi parte del trato.

—Muy bien, hija. ya eres grande para vivir por ti misma. Además ahora necesitaréis espacio para vosotros. Y recuerda, los miércoles cenamos en familia, además de en todas las festividades.

—Sí, papá —claudico. A partir de ahora se acabaron las fiestas señaladas con la familia de mamá, pero buscaré la manera de poder estar también con ellos.

—Ahh… ¿Sabes algo de Mark?

Escucho como mi padre hace un ruido gutural de rabia y entiendo que, por primera vez, estamos de acuerdo en algo. Aunque ese algo sea lo que sentimos por alguien en especial.

—No te preocupes por él, hija. Me encargaré personalmente de que pase el resto de su vida en la cárcel. Este hombre no volverá a ser libre en lo que le queda de vida.

Asiento con la cabeza.

—Gracias, de nuevo.

—No me las des. No por eso. Mark se merece todo lo malo que le pueda pasar. Es por las personas como él, que me gusta tanto mi trabajo.

Sonrío. Eso es verdad, mi padre se ha labrado la reputación de abogado implacable, pero es cierto que no acepta un caso a no ser que crea que la persona a la que representa es inocente. Por eso es tan fiero. Se asegura de que los malos estén donde tienen que estar. Fuera de la sociedad.

—Gracias —repito.

—De nada, hija. Nos vemos en casa.

Cuelgo de nuevo y miro el teléfono. «¿En qué momento han cambiado tanto las cosas con mi padre?».

Los días pasan, el curso llegará a su fin en solo una semana, e Ian se recupera a pasos agigantados. Los papeles de la adopción llegaron hace unas horas y me tiembla el pulso cuando entro en la habitación del niño al salir de clase, como cada día, con los papeles dentro del bolso.

«¿Cómo se lo tomara? ¿Querrá quedarse conmigo? ¿Se pondrá contento?».

—¡Hola Ian! —sonrío al verlo despierto, tomándose un zumo—. ¿Cómo estás hoy?

—¡Hola, Juliett! —responde, al verme, dejando el zumo en la mesita portátil.

—¿Qué tal todo? ¿Qué has hecho hoy? —pregunto.

—Pues hacer los deberes —dice señalando la pila de papeles que tiene a un lado—. Lía pasó ayer a verme y me ha dicho que tengo que hacerlos, que sino la profesora se va enfadar conmigo —responde encogiéndose de hombros y haciendo una mueca graciosa, terminando así la broma.

Yo le guiño un ojo y lo abrazo con cuidado.

—Lía lleva razón —contesto tocando su nariz con la punta del dedo—. No creas que la profesora tendrá piedad de ti solo por estar aquí —le sigo yo, sonriendo y señalando la habitación.

Reímos los dos y así conseguimos distender el ambiente. Ian ha cambiado, desde los últimos acontecimientos. Es como si hubiera madurado años en un solo día. Pero es cierto que pasar por una experiencia como la suya cambiaría a cualquiera, tenga la edad que tenga.

—Bueno, Ian —hablo después de unos segundos en silencio—. Tengo que hablar contigo.

La sonrisa del niño desaparece en ese instante y mi mano se coloca sobre su brazo de forma instantánea, para tranquilizarlo.

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo? —pregunta preocupado.

—No, cariño. Tu no has hecho nada —acaricio su brazo—. No te preocupes.

La sonrisa y la tranquilidad se instalan de nuevo en su cara y me prometo a mí misma conseguir que siga así durante muchos años, si me deja.

—¿Entonces? —pregunta mirándome a los ojos casi sin parpadear.

—Verás—empiezo. Me mojo los labios y pienso en la mejor manera de decírselo —Sabes que, desde el hospital, han intentado dar con un familiar, ¿verdad?

—¡Sí! —contenta entusiasmado, lo que confirma mi teoría de que nadie le ha contado nada. Quiero pensar que han querido esperar a que estuviera más recuperado, pero también entiendo que decirle algo así a un niño no es plato de buen gusto para nadie. Por lo que me va a tocar a mí, decírselo.

Podría enfadarme con las autoridades competentes, pero elijo tomármelo como parte del entrenamiento que conlleva tomar una decisión tan importante como esta.

—Pues, verás… —empiezo.

—¿Han encontrado ya a alguien? —me corta con una sonrisa en la cara.

Y siento que el corazón se me rompe en pedazos.

Mi otra mano se posa sobre la suya y lo miro a los ojos.

—Lo han intentado durante mucho tiempo, pero no han conseguido dar con nadie, cielo.

La sonrisa de Ian desaparece y juraría que la luz de la habitación se ha apagado, junto con su felicidad.

Ian agacha la mirada y ahora sus ojos miran mis manos unidas a las suyas, luego las separa de las mías con lentitud y se abraza a sí mismo, sintiéndose solo y abandonado.

—Entiendo… —dice. No necesita decir nada más. Y comprendo que ha conocido a otros niños que han estado en la que ahora es su situación. Lo que hace que me duela aún más el corazón.

Quiero abrazarlo, protegerlo, liberarlo de toda esa tristeza que ahora le inunda, pero entiendo que debo ser prudente. Así que mis dedos levantan su mentón para que pueda mirarme a la cara.

—Pero tengo una idea —le digo cuando nuestros ojos se encuentran.

No hace gesto alguno, aparte de mover su cara con lentitud, y apartar la mirada. Está

demasiado triste, y lo entiendo.

—Ian —lo llamo con suavidad. Y espero.

—¿Qué…? —replica él sin fuerzas. Puedo ver cómo su cuerpo, aún a medio recuperar, empieza a temblar y sé que está luchando por no llorar. Con eso mi corazón se vuelve a romper otro poco.

—Cielo. Tengo algo para ti —digo sin más, moviendo una de mis manos, y sacando los papeles de la adopción que hay dentro del bolso.

Los pongo sobre su regazo y acaricio su pelo con suavidad mientras espero a que el los agarre y lea lo que pone en el enunciado.

Su posición cambia por completo al hacerlo y ahora el temblor de su cuerpo cambia. Se seca con rapidez una lágrima que cae por su mejilla y agarra el papel con fuerza para, ahora sí, buscar mis ojos.

—¿Esto es de verdad? —pregunta con incredulidad.

Asiento con la mirada y sonrío.

—Solo si tú quieres —admito. Y ahora soy yo la que tiembla. Esta decisión cambiará nuestras vidas. Nunca había pensado que sería madre de esta manera, pero no he dudado ni un solo segundo de que esto es lo que quiero. No, desde el momento en que se confirmó que Ian estaba solo en el mundo.

Y aun así. Tengo tanto miedo a que el diga que no, que no sabría ni cómo reaccionar si lo hace, ya que ahora mismo ya no me veo de ningún otro modo.

—¿Que, si quiero? —pregunta entusiasmado. Suelta los papeles y sus brazos me envuelven antes de que pueda darme cuenta, con más fuerza de la que creía capaz, dadas las circunstancias.

Los dos estallamos en carcajadas y la habitación vuelve a llenarse de luz y color, y ahora sé que siempre será así. Mientras estemos juntos, todo irá bien. Será feliz, estará seguro, crecerá y me aseguraré de que sea un hombre de provecho. Y yo, por mi parte, estaré inmensamente agradecida de haber podido formar parte de su vida.

—¿Cuándo me voy contigo? —pregunta mientras se vuelve a limpiar una lágrima de forma disimulada.

—Cuando estés recuperado —respondo, sonriéndole con cariño mientras le limpio otra lágrima en la mejilla opuesta—. Pero con una condición.

—¿Cuál? —vuelve a preguntar con miedo.

—Nada de reprimir emociones —indico, haciéndole ver así que no hace falta que esconda sus lágrimas, como tampoco tiene por qué esconder su alegría, tristeza, o cualquier otra cosa que pueda estar sintiendo—. Nuestra familia será un lugar seguro para ti, en todos los sentidos. —Le guiño un ojo y el vuelve a abrazarme mientras siento como suspira y suelta el aire, junto con una pesada carga que no debería haber llevado. Ningún niño debería pasar por algo así. Ninguno debería convertirse en el adulto que protege. Ninguno en el que acaba en un hospital por una paliza.

Ninguno debería ser víctima de abuso por falta de protección. Ninguno debería sufrir por falta de coraje de quien tiene el poder de tomar las decisiones. Pero sobre todo ninguno debería ver a su madre muerta por una paliza…

Ian ha vivido todo eso durante más tiempo del que estoy dispuesta a admitir. Y le queda un largo camino por delante.

Porque los golpes y moratones se curan antes que un corazón destrozado. Porque el dolor físico, es más fácil de entender y comprender que las cicatrices en el alma. Estas no se ven, pero son tan profundas que pueden tardar toda una vida en curarse. Y quizá nunca lo hagan.

Parpadeo un par de veces y entiendo que yo también he cedido a las lágrimas. Pero como acabo de decirle, nosotros somos un espacio seguro, así que las dejo correr y, al separarme de él, permito que las vea y sonrío. Porque son lágrimas de felicidad. La felicidad que da el saber que ahora, y por fin, Ian está a salvo. Y lo estará mientras yo viva.

Pero entonces él hace algo que me descoloca. Levanta una mano y me acaricia la mejilla, llevándose con él una de mis lágrimas y me mira mientras sonríe y asiente, agradeciendo así lo que he hecho por él.

Y no necesito nada más. Ian, de una manera inusual a la par de hermosa, ha llenado una parte de mi que no sabía que estaba vacía.

Esa noche, al llegar a casa, recibo una llamada de Emily y me apresuro a cogerla.

—¿Qué tal estás, Emily?

—¡Bien! ¿Y tú? ¿Cómo ha ido con Ian? ¿Se lo ha tomado bien?

—Digamos que a partir de ahora eres tita —contesto con alegría.

El grito que se escucha al otro lado del aparato es tan agudo que tengo que alejar el móvil de la oreja para no quedarme sorda, mientras río a carcajadas. Estoy feliz de ver como ha cambiado la triste y apagada Emily. Ha florecido como una rosa, y ahora es mucho más alegre y expresiva, a la par que cariñosa, con todos.

La psicóloga ha hecho un gran trabajo con ella. Y ella ha trabajado duro para estar así.

Lo que me recuerda una cosa, así que apunto en una nota, el llamarla para que empiece la terapia con Ian. Él lo va a necesitar, y estoy más que dispuesta a darle todas las facilidades que no ha tenido hasta ahora.

—Entonces, ¿cuándo os mudáis? —pregunta Emily

—Pues en cuanto lo tenga todo preparado, me llevaré las cosas a la casita. A Ian aún le quedan dos o tres semanas para que le den el alta y quiero tenerlo todo listo para entonces. Lo que me recuerda otra cosa…

—Dime.

—Dado que las cosas van a cambiar mucho para mi a partir de entonces, ¿qué te parece si adelantamos el viaje un poco? Se que al final habíamos quedado con las chicas en irnos antes de que empezaran las clases, pero para entonces Ian ya estará conmigo.

—No tienes que decir nada más. No te preocupes por nada. Yo hablo con ellas y cambio la reserva. En cuanto acaben las clases, nos vamos.

Capítulo 40

Antes

Las clases han terminado de forma oficial. Ya soy profesora.

Me ha tocado dar el discurso en la graduación y quiero pensar que las muchas cartas escritas me han ayudado a preparar un bosquejo decente para que todos queden satisfechos.

Los birretes vuelan por el aire, las risas y los vítores se escuchan por todos lados, el campo está lleno de padres que abrazan a sus hijos, orgullosos de lo que estos han conseguido y yo los miro con cariño.

Estoy sola. Mi padre, a parte de pagar todo lo que necesitaba, no se ha interesado más, en lo que respecta a su hija, así que, por supuesto, no está presente el día de mi graduación.

Tampoco es que esperara que viniera

Me gustaría haberlo visto aquí. Sí, pero soy realista y práctica. Tampoco es que lo necesite.

Mis notas no dejan nada que desear. Sé que él está al tanto de ellas, porque me las ha pedido. Tengo lo que quería. Y al final, él también se salió con la suya.

El precio a pagar ha sido alto. Y quizá por eso me siento vacía.

Ahora que he conseguido mi objetivo, no tengo nada por lo que luchar, y eso me ha dejado un vacío enorme que no sé como llenar.

—¡Juliett! —escucho a mi espalda. Me giro y veo como Jane se acerca a zancadas a mí, junto a los que, entiendo, son sus padres.

—¿Cómo estás? —pregunta dándome un gran abrazo.

—¡Bien! —contesto.

—Mira, te presento a mis padres. Ellos son Grace y Tom.

La madre me abraza con la misma fuerza de su hija y su padre me estrecha la mano con cariño.

—Hemos oído hablar mucho de ti, Juliett —dice el padre—. ¡Y todo cosas buenas! —replica la madre, guiñándome un ojo.

Yo sonrío y se lo agradezco a Jane con una mirada y una sonrisa. Luego ella me explica que se tomará unos meses de vacaciones, mientras decide donde ir a trabajar.

—También espero para saber dónde irá Jonathan y así no estar demasiado lejos —me susurra al oído con un guiño, igual al que me acaba de hacer su madre.

Sonrío de nuevo y la madre me pide que les haga una foto, cosa que hago en seguida, retratando un momento crucial en la vida de los tres, pero sobre todo en la de su hija.

Un pellizco de envidia se instala en mi estomago.

«Como me gustaría tener lo mismo».

—¿Y tú?¿Ya sabes a donde iras? —me pregunta Tom.

Voy a hablar cuando Jane, pone una mano en mi hombro.

—Ella puede ir a dónde quiera, papá —explica, ahorrandome a mi, tener que decir nada más al respecto.

Y es cierto. Puedo elegir, pero creo que ya tengo un lugar decidido.

Capítulo 41

Ahora

—¿Lo tienes todo listo? —pregunta Emily por el altavoz del teléfono.

—Creo que sí —contesto cerrando la maleta a presión con mucho esfuerzo.

Las clases terminaron ayer. La fiesta de fin de curso ha sido preciosa y todos hemos llorado. Los niños crecen demasiado rápido y el curso que viene no estaré con ellos. Aún recuerdo la conversación que mantuve hace solo unas horas con Mary.

—Bueno, Juliett ¿Estás preparada? —me pregunto, mientras recogía el aula por última vez.

—Pues, si te soy sincera. No lo sé. Solo espero hacerlo bien.

—Lo harás genial. Estoy segura. Estas mas que preparada, Juliett. Incluso te diría que estás más preparada de lo que lo estaba yo al empezar —respondió en medio de una carcajada.

—¿Tú crees? —pregunté mordiéndome el labio.

Mary puso una mano en mi hombro.

—Verás como sí —y me guiñó un ojo, para darme confianza.

—Eso espero —le dije—. Pero echaré mucho de menos a mi niños —suspiré.

—Te entiendo —dijo —Yo trabajé como profesora muchos años, antes de que me ofrecieran el puesto. Y te diré lo que me ayudo a mi.

La miré, esperando instrucciones y asentí cuando ella puso cara de añoranza.

—Solo tuve que cambiar el enfoque. Antes ayudaba a los niños desde el aula, y luego, los ayudaba desde el despacho. Asegurándome de que tenían a los mejores profesionales para que pudieran crecer intelectual y emocionalmente. Apoyando a los profesores en todo lo que estuviera en mi mano y confiando en que ellos lo harían lo mejor posible —me miró entonces fijamente—. Y creo que lo hice bien —me guiño un ojo de nuevo y sonrió.

Yo solté el aire que estaba aguantando en mi pecho y asentí, al darme cuenta de que tenía razón.

—Y ahora te toca a ti, Juliett. Es un cargo importante. No solo tienes a los alumnos de tu clase, a tu cargo, sino que tienes a todos los del colegio. Pero estoy segura de que lo vas a bordar.

—¿Juliett? —escucho a lo lejos—. ¿Juliett? ¿Estás ahí?

Vuelvo en mí y recuerdo que tengo a Emily al teléfono.

—¡Sí!¡Estoy aquí! —respondo con rapidez—. Perdona, que estaba en otras cosas —me disculpo.

—No te preocupes —la escucho decir, quitándole hierro al asunto—. Es lógico. Tienes muchas cosas en las que pensar. ¿Cómo se lo ha tomado Ian?

—Bien. Mejor de lo que esperaba, la verdad. Le expliqué que sólo estaría fuera unos días, y que, mientras tanto, serían Axel y Mara, con Lía, los que pasarían a verlo cada poco tiempo, y le harían compañía.

Puedo sentir como sonríe al otro lado del teléfono y sonrío con ella.

—Me alegro mucho —dice—. ¿Lo tienes ya todo preparado en la casa nueva?

—Pues me falta darle una capa más de pintura a su cuarto y deshacer un par de maletas, pero puedo hacerlo al volver, y antes de que le den el alta. Así que creo que lo tengo todo controlado.

—Ya podrías habérmelo dicho antes —la escucho decir—. Habría ido a ayudarte con todo eso, y lo sabes.

—Lo sé —me excuso—. Pero no quería molestar. Recuerda que me dijiste que habías vuelto a dar clases y que incluso te habían dado más horas ¿Como voy a pedirte que vengas y pierdas todo eso?

—Está bien, lo entiendo —admite Emily—. pero eso no quita que quiera ayudarte. La próxima vez que pueda hacer algo por ti, dímelo, por favor, ¿Vale?

—Vale —accedo.

Un rato después, mientras estoy preparándome algo de cena en la pequeña cocina que no se parece en nada a la que tenía en casa de mi padre, escucho el familiar relincho de Wolfy, y me sorprendo. Hasta ahora Bran ha cumplido con mi petición de mantenerse alejado y además no llegué a comentarle nada de lo de Ian y la mudanza. El ya no forma parte de mi vida, así que, ¿Para qué?

—¿Qué haces aquí? —pregunto al abrir la puerta y encontrarmelo con el puño en alto, justo antes de que tocara la madera para entrar como un adulto, para variar.

—Hola, a ti también —responde un poco ofendido por mis maneras.

—Te he hecho una pregunta —repito cruzándome de brazos.

Veo como su nuez de adán se mueve tragando saliva. No sabe qué decir, pero en lugar de quedarse ahí parado, me esquiva y entra en la casa.

—¿Quién te ha dicho que puedes pasar? —Estoy siendo borde, lo sé, pero no quiero que esté aquí. No puedo tenerlo cerca si quiero mantenerme en mi decisión. Ha pasado tiempo y la decisión está tomada, pero el solo hecho de tenerlo cerca hace que flaquee, y no puedo ni quiero permitirlo.

—Te he hecho una pregunta —lo paro, cuando veo que está inspeccionando la casa sin

consentimiento.

Sigue sin pronunciar palabra. Se mantiene de brazos cruzados y mira alrededor, ya que no dejo que se pasee libremente.

Al final decide sentarse en una de las sillas de la cocina y me mira fijamente, aún sin pronunciar palabra. Así que le mantengo la mirada, sin sentarme. Me cruzo de brazos y levanto las cejas, instándole a que hable de una maldita vez.

—¿Cuando pensabas decirme que te mudabas?

Parpadeo un par de veces «¿Perdona? ¿Qué parte de que no estamos juntos, no entiende?».

—No tengo por qué decirte nada.

—¿Y por qué no?

«Este hombre es tonto».

—¿Porque ya no estamos juntos? —respondo de forma irónica

Bran se levanta como un resorte y sus manos rozan mis brazos, pero doy un paso atrás en cuanto siento su tacto.

—Vete —le pido.

Los brazos de Bran caen con fuerza y vuelven a su sitio, derrotados, y suelta el aire con fuerza.

—¿Me vas a contar, al menos, que ha pasado con el niño de la clase de Lía?

Ahora soy yo quien toma aire. No entiendo por qué tengo que contarle nada, pero si esa es la manera más rápida para que se vaya, le daré el gusto.

Le explico cual era su situación, lo que pasó con su madre, y que pronto se vendrá a vivir conmigo, cosa que, por increíble que parezca, no le sorprende en absoluto.

—Serás una buena madre para él —responde, después de mirarme de forma fija durante unos segundos interminables.

Asiento, dándole así las gracias por el cumplido y veo como se levanta.

Agradezco que no ponga pegas en cuanto a una decisión tan grande como la que es, quedar al cargo de un niño, pero, por otro lado, quizá sí tenga una opinión, pero entienda que no sirve de nada darmela. Yo no se la he pedido y él no es nadie para decirme si es acertada o no.

—Te irás ahora, ¿no? —le pido, ya cansada.

Da entonces un paso hacia la puerta y cuando creo que por fin se irá, mira en dirección a mi habitación y su cara pierde todo el color.

«¿Qué ha visto?» Me giro de forma automática y entonces la veo.

La maleta. Ha visto la maleta.

—¿Te vas? —me pregunta preocupado.

—Sí —contesto, cruzándome de nuevo de brazos.

—¿Por qué?

Frunzo el ceño. «¿Como, que por qué?».

—Por qué lo necesito y por que me sentara bien.

—¿Lo necesitas? —me mira a los ojos de forma intensa—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Necesito pensar —digo con rabia. Se está extralimitando y no voy a consentirlo. No tengo que darle explicación alguna, perdió ese privilegio al dejarme claro que no teníamos un futuro en conjunto.

—¿Pensar en qué? —insiste el.

—En todo —replico—. Necesito pensar en todo.

—¿A qué te refieres?

—¿Tú qué crees?

Bran aletas de su nariz se expanden y contraen de forma evidente. Está enfadado, puedo verlo. Me mantiene la mirada unos segundos y yo no parpadeo, manteniéndosela.

—¿Te vas a ir? —pregunta al final.

Mi corazón se para por un instante y entiendo a lo que se refiere.

Cree que necesito pensar si me voy del pueblo, o no.

Cree que voy a abandonarlo de nuevo. Cosa que, por otro lado, sería lógico teniendo en cuenta que yo no soy de este pueblo y que estoy aquí por el.

Cree que me iré. A mi mente vuelven los recuerdos de la conversación que mantuvieron Bran y Emily.

«La perderás, y esta vez será para siempre».

—¿Tú qué crees? ¿Me juzgarás, si lo hiciera?—respondo, casi sin respirar.

No me responde. Simplemente, mantiene la mirada un par de segundos más, y entonces camina con fuerza y rapidez hasta la puerta de la casa, saliendo por ella sin despedirse, siquiera.

Veo la puerta cerrarse con fuerza. Tanta, que parece que los marcos de la misma, tiemblan. Y me mantengo en el sitio con los brazos cruzados. Sin aliento.

No me he expresado bien, lo sé. Pero él tampoco me ha dado el tiempo para poder rectificar.

«¿Voy detrás de él e intento explicarme?».

Intento moverme, pero no puedo. Parece que estoy clavada en el suelo.

Cuando por fin consigo moverme, corro hacia la puerta, pero al salir solo puedo ver la estela de polvo que Wolfy va dejando a su paso y el sonido de sus cascos se escucha, ya, a lo lejos.

«Mierda».

Vuelvo a casa y lo llamo varias veces, pero después de la décima llamada perdida entiendo que no quiere hablar conmigo…

Me paso las siguientes horas intentando pensar en algo que no sea Bran, así que sin darme cuenta, son las tres de la mañana y estoy pintando la habitación de Ian. La segunda capa que pensaba pintar a la vuelta, ya está lista. Me miro las manos llenas de pintura, cuando he terminado, y me llevo los trastos a lavar, para, luego, darme una larga ducha. Cierro los ojos en cuanto toco la cama y caigo en los brazos de Morfeo, mientras suplico por poder descansar. Mañana tengo que conducir por horas y necesito estar atenta.

Añado el pensar en serio que voy a hacer con mi vida a partir de ahora, a mi lista de tareas. Algo que, hasta que Bran no salió por la puerta, no me había ni siquiera planteado.

Bran

«¿Cómo puede estar pasando esto?». Es cierto que Juliett y yo no pasamos por nuestro mejor momento, pero ella sabe lo que siento por ella. Siempre lo he sentido, desde el momento en que mis ojos la vieron en el colegio el primer día de curso, hace tantos años, aunque a la vez parezca que solo fue ayer.

Siempre ha sido ella. Siempre.

Así que no puedo entender por qué se empeña en que estemos mal. ¿Porque siempre parece haber un motivo de disputa? ¿Porque siempre hay algo que nos separa?

Recuerdo aquel fatídico día en que ella se fue.

«¿Cómo pude ser tan estúpido?» «¿Cómo pude decir aquellas palabras?».

Aunque ahora, con la perspectiva que da el tiempo, puedo llegar a entender lo enfadado que estaba. Así que, entiendo que ella también lo esté. Entiendo que le doliera. Pero a pesar de todo, no puedo entender por qué sigue estando resentida.

Vale. Acepto que tampoco se lo he puesto fácil. Desde que volvió al pueblo he intentado por todos los medios que no me vean con ella. Recuerdo como intenté darle celos con Mara, el día que quedamos a cenar en el restaurante al que ella iba cada semana, a pesar de no poder apartar los ojos de ella, durante toda la maldita cena.

También recuerdo todas y cada una de las veces que ella ha querido ir a algún lugar público para pasear, comer, cenar, tomar un helado... Lo que viene siendo algo normal entre dos personas que están juntas. Y todas y cada una de esas veces yo he puesto una excusa o directamente no he contestado a su petición..

Soy estúpido, no hay otra palabra. Ahora lo veo.

Soy estúpido y voy a perder a la mujer de mi vida por mi cabezonería y mi estupidez.

Acaricio a Wolfy, que me mira con desesperación por no haberme ido ya de su cuadra, y yo miro el reloj. Son las tres de la mañana.

No puedo dormir. Por eso he vuelto aquí. Wolfy es el único que consigue darme paz. Siempre ha sido así desde que me lo dio mi padre.

Siempre que tenía un mal día, montaba en mi caballo y cabalgaba hasta la pequeña cabaña que construimos él y yo.

Hoy no puedo hacerlo. Es demasiado tarde y no hay luna, así que la oscuridad es total y no voy a exponer a Wolfy a hacerse daño por mi culpa.

Soy estúpido, pero si él se hace daño por mi culpa y no podemos curarlo, no me lo perdonaría en la vida.

Ahora que lo pienso. Soy mas tonto de lo que pensaba. «¿Soy capaz de pensar en todo eso por el caballo, pero no por Juliett?».

El Bran de mi mente se está pegando ahora mismo, como debería hacer en realidad.

Tengo que hacer algo. No puedo dejar que Juliett se vaya, no puedo perderla de nuevo.

Mi mente se llena con las palabras que una vez me dijo mi padre, y estoy seguro de que si

estuviera aquí, sería él quien me diera una colleja, y bien fuerte. Porque me la merezco.

Las cartas… Esas palabras resuenan en mi mente. No se de donde ha venido ese pensamiento, pero acabo de recordar algo que durante mucho tiempo me obligue a olvidar.

Esas cartas que llegaron durante tanto tiempo a casa, cuando ella se fue. Cartas que nunca he abierto. Al principio no lo hice porque estaba enfadado con ella por su partida que no quería saber nada, y luego porque tenía tanto miedo por lo que en ellas estuviera escrito que no era capaz de hacerlo, así que nunca lo hice.

Esas cartas están todas guardadas en un rincón de mi armario, dentro de una pequeña caja de madera que tallé cuando era pequeño. Algo que en su día hice como si fuera un cofre del tesoro, ahora guardan las palabras de la persona más importante en mi vida, como si de un tesoro real, se tratara.

Una urgencia por conocer su contenido me llena como nunca antes, así que dejo, por fin a Wolfy para que pueda descansar y él me responde con un resoplido, al verme salir de su cuadra.

—Lo sé —le digo, aunque sé que no puede responder—. Ya te dejo tranquilo.

El caballo relincha, en respuesta y sonrío en la oscuridad mientras me dirijo a casa. Una vez allí, me voy directo a la caja de madera. La mantengo en mis manos y me siento en el borde de la cama, sin dejar de acariciar la tapa pulida. Tomo aire con fuerza y la abro. Rogando por no cometer un gran error.

Los sobres se abren con rapidez y las palabras me llegan hasta el alma. Están fechadas, así que puedo leerlas de forma correlativa.

Como pudiste hacerme esto…

Esta es la primera, estaba enfadada y lo entiendo.

Te echo de menos…

Y yo también te echaba de menos a ti.

Por favor, contéstame…

Eso, Bran, ¿Por qué no le contestaste?

¿Por qué no recibo nada de ti?

Porque era y soy un estúpido cabezón.

Sigo esperando que me contestes…

Lo siento mucho…

Ya he dejado de esperar recibir nada de tu parte…

De verdad que siento no haber sido un mejor hombre para ti.

No importa que no contestes, mi corazón siempre será tuyo…

Y el mío, cariño… El mío te pertenece por siempre y para siempre.

No puedo seguir… Las lágrimas, el dolor y la rabia por todo lo que debería haber hecho y no hice, me inunda, y me siento la peor persona del mundo.

Le hice tanto daño, tanto, que ahora entiendo que el hecho de que ella volviera aquí tendría que haber sido más que suficiente para darle todo lo que siempre se ha merecido.

Cierro la tapa de madera con las cartas dentro, la guardo donde estaba y tomo una decisión.

Tengo que hacer algo. No dejaré que se vaya, no, al menos, pensando que soy algo que no soy. Si se va, será con sabiendo lo que siento por ella, lo que siempre he sentido.

Miro hacia la ventana. El sol está saliendo y la luz comienza a llenar la estancia.

Bajo con rapidez y corro hasta Wolfy, que resopla al verme, de nuevo, tan temprano.

—Lo siento amigo —le digo, mientras le pongo la montura. El se mueve inquieto y entiendo que está cansado y no le apetece trabajar—. Te compensare, lo prometo —le digo mientras monto con rapidez y salimos para deshacer el camino recorrido hace solo unas horas, camino de la mujer de mi vida, con la esperanza de poder hacer algo para no perderla para siempre.

Capítulo 42

Antes

Miro la carta que tengo entre manos y la leo de nuevo.

Nos sentiremos honrados de contar contigo para el curso que viene.

«¿Qué hago?». Tenía las cosas muy claras, cuando envíe la solicitud. De hecho, no lo dude un instante. En cuanto vi que se ofertaba un puesto allí, me lancé sin paracaídas. Pero ahora… ¿He cometido un error? No lo sé…

Vuelvo a mirar el remitente. Parpadeo un par de veces y me siento en la silla. Miro a mi alrededor y mi mente se llena de recuerdos.

Las clases, las horas de estudio, las risas con las chicas, los nervios de los exámenes, la alegría al ver las notas… Han pasado muchas cosas en estos últimos años.

Jane y Susan ya tienen puesto asignado, y Emily…, bueno, a ella le quedan unas cuantas asignaturas, para poder sacarse el título. No le queda otra, tiene que costearse sus estudios, por lo que le toca compaginarlos con su trabajo en la cafetería, pero se lo toma con resignación. Sin prisa pero sin pausa, es lo que siempre me dice con una sonrisa en la cara.

Lo que me deja a mí, aquí, sola.

La habitación de la residencia, ahora ya sin los estantes llenos de nuestras cosas, las paredes vacías de nuestras fotografías y los armarios vacíos, parece otra muy distinta.

Me levanto, miro la caja que reposa en la cama, resoplo, la cierro y la cargo. Me dirijo a la puerta y doy un último vistazo, antes de hacer una mueca.

—Hasta siempre —susurro. Y cierro la puerta.

Llego a casa de mi padre por la noche, cojo todo lo que puedo cargar y me acerco a la puerta. Nadie está esperando mi llegada, como es lógico, a pesar de que mi padre sabe que vuelvo hoy y, de hecho, he visto luz en la ventana de su estudio.

Niego con la cabeza, cierro la puerta y subo las escaleras. Dejo las bolsas de ropa en el suelo, y la caja, en la mesa de estudio.

Ahora miro de nuevo a mi habitación. Se supone que estoy en casa, en mi propia cuarto, pero ya no parece el mismo, a pesar de estar exactamente igual que cuando me fui.

Y me siento perdida.

La habitación de la universidad, que consideraba mi casa y parte de mí, perdió su esencia cuando recogimos todo lo que había, y aquí, donde parece no haber pasado el tiempo, no me siento conectada. Frunzo el ceño cuando reviso cada rincón, con la mirada, e intento comprender qué es lo que ha cambiado

Hasta que lo entiendo.

No es que la habitación tenga algo diferente. Yo soy.

Ahora yo soy diferente. Los años han pasado y he cambiado, madurado. Y entiendo que debo volver a encontrar mi lugar en el mundo.

Me giro hacia la caja y agarro el sobre que reposa encima. Le doy la vuelta y miro el remitente.

Colegio de Primaria de Summerbona

Allá voy.

Capítulo 43

Ahora

El despertador suena y maldigo en silencio. He dormido, pero no he descansado, o no me sentiría como si me acabara de pasar un tren por encima. Miro el reloj y luego a la ventana. El sol aún no ha salido del todo, pero no queda mucho para que haga su aparición. Me levanto y me doy otra ducha. Me visto, me tomo un café rápido y meto las cosas en el coche. Luego lo arranco, y salgo, camino hacia unas merecidas vacaciones.

Pongo la radio para intentar dejar de pensar en Bran y en todo lo que pasó ayer. Las canciones van cambiando y pasan por mis oídos sin pena ni gloria, y cuando me canso, apago la radio y sigo conduciendo en silencio.

Todo es monótono, aburrido a mi alrededor. Bostezo y pienso en parar a tomar otro café ya que necesito más cafeína en mi organismo o en breve el sueño hará acto de presencia, cosa que no me puedo permitir mientras conduzco.

Cuando encuentro un bar de carretera cercano, preparo el gps para que me indique el camino, arranco el motor de nuevo y conduzco durante unos minutos…, hasta que un sonido familiar llega a mis oídos a través de las ventanas abiertas del coche.

Un ruido que no imaginaba escuchar a tanta distancia del pueblo. Un ruido que no pensé volver a oír en mucho, mucho tiempo.

El ruido de unos cascos chocando contra el asfalto a una velocidad frenética.

«No puede ser»

Miro por el retrovisor, parpadeando al ver que sí, que no me he vuelto loca. Que los cascos pertenecen al caballo más bonito que he conocido. Un caballo al que siempre me ha dado miedo montar, a pesar de las múltiples peticiones de su dueño. Un caballo cuyo carácter es agrio con prácticamente todo el mundo, menos con él.

Los ojales de Wolfy se abren y cierran con rapidez y este relincha cuando Bran lo hace frenar, al acercarse al coche, que ya está parado en el arcén.

Yo estoy aún dentro del coche, en mi asiento. Porque aunque mi instinto al verlo ha sido frenar, mi orgullo me impide salir.

Ahora mismo, mientras Bran y yo nos miramos a través del retrovisor de mi puerta, mi corazón da saltos de alegría al verlo aquí, en medio de la nada, por mí. Mientras mi mente me pide calma, que no me haga ilusiones y, sobre todo, que no me fie de sus palabras.

Bran es el primero en dar su brazo a torcer. Baja del caballo y camina hacia el coche.

Tomo aire y me preparo mentalmente mientras salgo de mi asiento. Cierro la puerta y me apoyo en ella con los brazos cruzados.

—Hola —dice Bran, parando solo a dos pasos de mi cuerpo.

Wolfy patea el asfalto y resopla, mientras Bran palmea su cuello.

—Buen trabajo, amigo. Lo has conseguido —le dice casi en un susurro, rascando, ahora, su oreja.

—Que haces aquí —replico, usando las mismas palabras que use hace solo unas horas.

Bran deja de acariciar a Wolfy y me mira a los ojos.

—¿De verdad? —pregunta con un deje de broma—. ¿No sabes porque estoy aquí? —sonríe.

Le mantengo la mirada e intento no devolverle la sonrisa. «No lo hagas, Juliett. Mantente fuerte».

—Dímelo tú —respondo.

El exhala aire con fuerza y da un paso.

—He venido a por ti —responde, rindiéndose.

Mi corazón se salta un latido.

— ¿A por mí? ¿Por qué?

—Porque te quiero —admite sin rodeos. Y mi corazón se salta un latido más. Pero no respondo. Le mantengo la mirada e intento poner mi cara de póquer.

—¿Me has escuchado? —pregunta al ver que no digo nada—. Te quiero, Juliett. Siempre te he querido y siempre te querré.

Sigo sin decir nada. No sé qué decir, la situación es demasiado emocional. La última vez que Bran me dijo que me quería en medio de la calle, la cosa no terminó demasiado bien.

Entonces Bran, al ver que no reacciono, suelta las riendas del caballo y da un paso hacia mí, quedando demasiado cerca para que pueda pensar con raciocinio. Sus manos tocan mis brazos y estos se mueven de arriba a abajo, acariciándome la piel y consiguiendo que mi piel se erice. Cierro los ojos sin darme cuenta y me centro en el contacto de sus manos sobre mis brazos y en lo bien que se siente estar cerca de él, de nuevo.

Pero entonces los abro, recordándome a mí misma que no puedo flaquear en mi decisión. No si él no está dispuesto a darme lo que necesito. Una vida de pareja.

No estoy pidiendo demasiado, solo lo normal. Quizá el problema es que lo he pedido en el lugar equivocado.

—No sigas —le digo, en un intento por mantener la distancia. No puedo ir hacia atrás ya que el coche está justo a mi espalda, así que él, que se da cuenta, da un paso hacia atrás y sus brazos caen derrotados a los lados.

—Al menos, dime si vas a volver —pide con tristeza.

—Claro que volveré. Tengo a Ian en el hospital —respondo, haciendo caso omiso a lo que realmente me ha preguntado.

—No me refiero a eso y lo sabes —replica.

Tomo aire y lo suelto con fuerza.

—¿Qué es lo que quieres saber, Bran?

Hace una mueca con los labios que me transporta a nuestros años de instituto y tengo que forzarme para no sonreír.

—¿Me vas a dejar, Juliett? ¿Se ha acabado de verdad? ¿No hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión?

Y con eso mis ganas de sonreír desaparecen. Todo mi cuerpo grita que me lance hacia él y lo bese. Incluso mi mente, traidora, me pide que lo abrace, que lo consuele y lo cuide. Pero no puedo hacer eso. No, al menos, sin saber antes una cosa. Algo que es un límite infranqueable para mí, uno que he tenido que poner, para protegerme y que no pienso dejar que se traspase.

—Sí que hay algo que puedes hacer —respondo, al fin—. Pero no seré yo quien te lo diga. Me conoces, Bran. Sabes cómo soy y lo que quiero. Si no has sido capaz de hacer nada hasta ahora no es por que no lo sepas, si no porque no has querido. —Mis palabras han sido como dardos envenenados. Rabia contenida por mucho tiempo. Palabras guardadas en un cajón que ahora salen disparadas por todas partes. Sentimientos que no puedo callar por más tiempo.

—Lo sé —responde él casi de inmediato. Sin inmutarse, casi como si esperara que dijera exactamente lo que he dicho.

Y una pequeña luz de esperanza se abre en mi mente y mi corazón.

—¿Lo sabes?

Asiente con la cabeza sin dejar de mirarme y sonríe de lado con cariño.

—Y siento no habértelo dado desde el principio. He sido un estúpido cabezota que ha pensado en sí mismo todo este tiempo sin pararse a pensar en lo que tu necesitabas. Pero te prometo que no volverá a pasar. —Da un paso más y agarra una de mis manos, llevándola hasta su corazón—. No me dejes —suplica—. Déjame enseñarte que soy capaz de ser el hombre que siempre has sabido que soy.

Hago una mueca.

«¿Qué hago?».

Él aprieta un poco mi mano sobre su pecho y siento como su corazón late desbocado. Parece sereno, pero el bombeo rápido que siento dice lo contrario.

—Vas a ser una madre estupenda —dice, repitiendo las palabras que me dijo anoche—. Permíteme ayudarte. Demostrarte que puedo ser un buen padre para ese niño.

Sus palabras me descolocan.

—¡Pero dijiste que no querías ser padre! —replico sin entender.

El niega con la cabeza.

—Te dije que no quería tener hijos. Y es verdad.

—¿Entonces? —no entiendo lo que quiere decir.

Bran niega con la cabeza sin dejar de sonreír, pero esta vez la tristeza inunda su mirada.

—Me refería a que hay muchos niños sin padres en este mundo. O pasándolo mal, como para traer más niños a este mundo. Pero siempre me ha atraído la idea de adoptar. —Su sonrisa se amplía—. Sé que nunca te lo había dicho, pero es lo que pienso. Y tú, sin saberlo, has cumplido uno de mis sueños.

Parpadeo, alucinada con sus palabras.

—Tú. —Su mano libre acaricia mi mejilla con el dorso de la mano—. Has dado el paso de ayudar a un niño que lo necesita, demostrando una vez más, que estamos hechos el uno para el otro.

«Entonces, no es que no quisiera tener hijos…, ¿lo entendí todo mal? Parece ser que sí»

Me enfadé con él, rompí con él, lloré por él…todo por no pararme a pedir una explicación… y, siendo totalmente sincera, sin dejar que él se explicara…

La Juliett de mi mente se da golpes contra la pared. Me siento tonta por no darle el tiempo y el espacio para dejarlo hablar. Idiota por prejuzgar sus palabras, estúpida por pensar que solo había una manera de hacer las cosas…

Está claro que los dos somos imperfectos, y que él no es el único cabezón.

Me abalanzo hacia él, abrazándolo, y dejándolo sin aliento por un momento. Mis lagrimas corren por mis mejillas y mojan su camiseta y el tarda solo un segundo en reaccionar. Al momento siguiente sus manos envuelven mi cuerpo y siento como el suyo tiembla. Lo escucho sollozar y levanto mi mirada para comprobar que es cierto, que está llorando sin importar que lo vea.

Y lo quiero aún más por eso. Porque así es como debe ser. Las parejas deben ser capaces de mostrarse vulnerables ante el otro, sabiendo que la otra persona no tomará ventaja de su vulnerabilidad, sino que lo cuidara y protegerá.

Sí. Así es como debe ser.

—Entonces, ¿no te vas? —pregunta él minutos después, estando ambos más calmados pero sin dejar de abrazarnos.

Levanto de nuevo mi cabeza y lo miro a los ojos.

—Sí que me voy —respondo sin más.

Él frunce el ceño y se aparta un poco, como para comprobar que no le estoy tomando el pelo.

—Pero ¿por qué? —pregunta extrañado—. ¿No acabamos de hacer las paces? —pregunta sin comprender.

Yo sonrío de lado, vuelvo a abrazarlo y apoyo mi cabeza en su pecho, inhalando su aroma y sintiendo como me calma cada latido de su corazón.

—Estamos bien —respondo—. Pero tengo que irme. Mis amigas me esperan.

—¿Tus amigas?

Muevo la cabeza y busco sus ojos.

—Es un viaje que teníamos planeado desde hace meses. Solo serán unos días. Volveré antes de que te des cuenta.

Me mira sorprendido, me aparta con cuidado e inspecciona mi mirada buscando algún resquicio de chiste. Niega con la cabeza, ofendido al ver que no hay nada, y da un paso atrás.

—Entonces ¿No te ibas para siempre? —pregunta dándose cuenta, al fin, de que él también ha prejuzgado la situación.

—¿En qué momento te dije yo eso? —pregunto aparentando inocencia mientras me aguanto una sonrisa.

Boquea varias veces y juraría que puedo ver como los engranajes de su cerebro, reviven una y otra vez la pequeña conversación que mantuvimos en mi casa hace apenas unas horas. Así que me apoyo de nuevo en la puerta del coche y espero a que llegue el solito a la conclusión lógica.

Veo el momento exacto en el que se da cuenta de que nunca dije nada parecido y levanta una mano con el dedo acusador para, al instante, bajarla. Da media vuelta sobre sí mismo, quedando de espaldas a mi y pasa su mano por el pelo, seguro que sintiéndose algo tonto.

—Perdóname —dice dándose la vuelta y mirándome, cosa que me descoloca.

—¿Por qué me pides perdón? —pregunto extrañada.

—Porque llegarás tarde por mi culpa —me dice acercándose. Me da un beso en los labios que se vuelve más intenso por momentos y me obligo a separarme de él—. No llegaré tarde, no te preocupes. He salido con tiempo porque sabía que tendría que parar a tomar café más de una vez.

—¿Y eso? ¿No has dormido bien?

Me encojo de hombros.

—No es que duerma demasiado bien si no es contigo, ya lo sabes. Pero esta noche no he descansado nada —admito.

Él hace una mueca con los labios y sé que se siente culpable, pero ahora sé que también es en parte culpa mía, así que hago un gesto con la mano para quitar hierro al asunto.

—Siento no haberte dado la opción de explicarte ayer —me dice.

—Siento no haber sido clara desde el principio —respondo. Pero luego veo como él hace un gesto con las cejas y sonríe con ganas.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver su sonrisa.

—¿Seguro que no lo hiciste adrede?

—¿El que? —pregunto.

—El que pensara que te ibas del pueblo.

Yo, entonces, caigo en la cuenta de lo que quiere decir y me cruzo de brazos mirándolo con diversión. El pensar que me perdía para siempre es lo que ha hecho que entienda que debía hacer algo.

—¿Habrías venido, de saber que solo me iba de vacaciones? —pregunto divertida.

Bran, entonces, niega con la cabeza mientras sonríe, dando el tema por zanjado. Pone sus

manos en mi cintura y une nuestras caderas.

—Me conoces demasiado bien, Juliett Brooks —susurra justo antes de besarme de nuevo.

Epílogo

—Espero que, al menos, nos lo pasemos bien—le digo a Mara, que se sienta a mi lado en las gradas del colegio.

Las clases no comienzan hasta dentro de un par de semanas y quería aprovechar para hacer una pequeña escapada antes con Ian y Bran. Pero de repente los profesores de las diferentes clases dijeron que querían hacer una especie de fiesta preclases y a mí, como directora, no me quedó más remedio que aceptar.

Después de todo es una buena iniciativa para que tanto profesores como alumnos se vean unos días antes del comienzo de curso. Además de que los profesores y los padres de los niños podrán acercar posiciones y entablar amistad, cosa que puede ser beneficiosa para, más tarde, tener la suficiente confianza como para hablar de los posibles problemas que tengan sus hijos en clase.

Así que aquí estoy, sentada en las gradas, a la espera del baile que, según me han comentado los profesores, los niños de las diferentes clases se han empeñado en preparar para deleite de sus respectivos padres.

—Estoy segura de que te gustara —me dice Mara, apretando con cariño mi hombro a la vez que me medio abraza. Luego mira a Axel y veo como se besan con cariño, para, después, mirar hacia la parte donde los niños ya se preparan para el siguiente baile.

—Ahora sale Lía con sus compañeros. Está super emocionada —me asegura Mara con una sonrisa—. No sabes la de veces que he ensayado el baile con ella —comenta en medio de una risa espontánea.

Asiento con la cabeza y veo como todos los niños de su clase se colocan en sus respectivas posiciones y las luces se apagan a la espera de que comience la música.

Suena de forma estruendosa y los niños bailan al ritmo del sonido de los tambores. Todos sonreímos al ver como ellos lo dan todo y, de repente, la música se para y las luces se apagan de nuevo, dejándonos en completa oscuridad.

Hago el amago de levantarme, pensando que deben haber saltado los plomos, o algo, pero Mara entonces me sujeta la mano y me sienta de nuevo.

—Ahora empieza lo bueno —susurra en mi oído.

«Vale. Entonces entiendo que forma parte del *show*».

Me siento de nuevo, las luces brillantes de la bola que cuelga del techo parpadean y cambian de color, me relajo y espero. Pero para mi sorpresa esta vez no se escuchan tambores sino que los acordes de una canción famosa a nivel mundial, le toma el relevo.

It's a beautiful night, we're looking for something dumb to do.
Hey baby, I think I wanna marry you.

Los niños, que han vuelto a la formación original, empiezan ahora un baile distinto y veo como, poco a poco, más niños de otras clases, se unen al grupo inicial.

«¿Qué está pasando?».

Is it the look in your eyes or is it this dancing juice?
Who cares, baby, I think I wanna marry you

Más niños se unen, hasta que, al final, la pista está llena de ellos. Los más pequeños están delante y los más grandes, detrás, para que nadie tape a nadie.

Sonrió con la iniciativa. Esto debe de haberles costado muchas horas de preparación a todos y cada uno de ellos.

Los colores de la bola siguen cambiando y se mueven con el ritmo de la canción de Bruno Mars.

Well, I know this little chapel on the boulevard we can go
No one will know, oh, come on girl
Who cares if we're trashed, got a pocket full of cash we can blow
Shots of patron and it's on, girl

Los niños entonces se van separando desde el centro hacia los lados hasta que, al final, queda un camino perfectamente delimitado en medio.

Entonces aparece alguien desde la parte final del grupo, alguien a quien reconocería entre un millar de personas. Alguien a quien nunca, ni en sueños, habría pensado que podría hacer algo así.

Don't say no, no, no, no, no
Just say yeah, yeah, yeah, yeah, yeah

Bran se va acercando con cada paso de baile que hacen los niños y que él parece conocer a la perfección, hasta llegar a la primera fila. Una vez allí, y en medio de las risas y los vítores de los muchos adultos que llenan la grada, el baile continúa.

And we'll go, go, go, go, go

If you're ready, like I'm ready

La música baja el volumen, los niños siguen bailando, pero Bran ahora deja de hacerlo y se acerca hacia la grada. Se acerca a mí.

Y cuando está justo debajo me hace señales, para que baje.

'Cause it's a beautiful night, we're looking for something dumb to do
Hey baby, I think I wanna marry you

Yo miro sorprendida a Mara, que asiente con la cabeza y me aprieta la espalda con la mano de forma suave, incitando a hacer lo que Bran pide.

Yo levanto las cejas, pero les hago caso y las persona de las gradas me hacen espacio casi a la vez, como si estuviera preparado, para que pueda bajar sin dificultad

Llego hasta la pista y me agarra una mano sin dejar de sonreír.

Is it the look in your eyes or is it this dancing juice?
Who cares, baby, I think I wanna marry you, oh

—¿Qué me dices? —pregunta con una gran sonrisa en la cara

—¿Que, qué te digo? —pregunto de vuelta.

Él asiente y hace algo aún más loco. Hinca la rodilla derecha en el suelo a la vez que saca una pequeña cajita de terciopelo y la abre delante de todos

Los vítores y los aplausos resuenan por todos lados. Yo miro a mi alrededor y entonces lo entiendo.

No es solo que me esté pidiendo matrimonio. Es que lo ha hecho delante de prácticamente todo el pueblo.

Si esto no es una demostración de que ha dejado su orgullo a un lado y no le importa que lo vean conmigo, ya no sé qué más puede ser.

La música entonces cambia de forma repentina y los acordes que escucho a continuación consiguen tocar la fibra sensible de mi corazón. La canción. Nuestra canción, suena por los altavoces.

Looks like we made it
Look how far we've come, my baby
We mighta took the long way
We knew we'd get there someday

Asiento con la cabeza mientras Shania Twain resuena en el aire, y reprimo una lágrima. La gente se levanta de los asientos, aplaudiendo y gritando como si su equipo favorito acabara de marcar el gol de la victoria.

hey said, “I bet they’ll never make it”
But just look at us holding on
We’re still together, still going strong

Bran se levanta y me abraza, levantándome del suelo y dando vueltas sobre sí mismo, conmigo.

Mm (you’re still the one)
You’re still the one I run to
The one that I belong to
You’re still the one I want for life
(You’re still the one)
You’re still the one that I love
The only one I dream of
You’re still the one I kiss goodnight

La música sigue pero yo ya no puedo escucharla. Solo puedo sentir el pulso del corazón de Bran y el mio, que parecen latir a la vez. Mi cabeza da vueltas, pero no es por el mareo, sino por la felicidad de saber que, por fin, seremos lo que siempre debimos ser.

Bran y yo, junto con Ian, seremos una familia.

No puedo estar más feliz.

—Gracias —susurro al oído de Bran, al bajarme.

Él me mira a los ojos y sus manos acarician mis mejillas con cariño.

—Gracias a ti, mi vida. Gracias por quererme y aguantarme, a pesar de mis defectos, que no son pocos.

Le devuelvo la sonrisa y agarro una de sus manos para besar su palma, mientras niego con la cabeza.

—Los dos, tenemos defectos.

—Pero yo tengo más que tú —replica el, divertido.

—Eso no te lo voy a negar —respondo encogiéndome de hombros,

Nuestras risas llenan el aire y se que, a partir de ahora, nada ni nadie podrá separarnos.

Epílogo 2

Estoy en la oficina, poniendo orden entre los muchos papeles que Mary dejó atrasados en los últimos meses e intentando ponerme al día con todo, antes de que empiecen las clases. Cosa que pasara mucho antes de lo que me gustaría,

A pesar de todos mis estudios, no me siento preparada. La teoría me la sé de memoria, pero la práctica es algo más complicada.

Resoplo y me desplomo en el asiento de Mary que ahora es el mío, con un taco de papeles en la mano.

«A ver donde os pongo yo, ahora».

Se escucha, entonces, como alguien golpea la puerta con los nudillos y miro hacia la entrada.

—Pase —digo.

Adam entra en el despacho y procuro sonreír mientras dejo la pila de papeles a un lado.

—¡Hola! —digo—. ¿Pasa algo?

Adam se sienta en la silla que hay frente a mi escritorio y veo como une sus manos en el regazo.

—Verás —comienza—. Tengo que contarte algo, pero no sé muy bien por dónde empezar.

—Pues, inténtalo por el principio —replico. La verdad es que no estoy para adivinanzas.

Carraspea y hago una mueca.

—Pues es que me han llamado de un colegio en la ciudad. Hace mucho que intente entrar allí, pero resulta que les ha quedado una vacante libre y me han pedido que me vaya con ellos. —Sus ojos me piden perdón con la mirada—. No he podido decirles que no. Trabajar en la ciudad es mi sueño desde hace mucho, ya lo sabes.

Tomo aire y lo suelto despacio. Lo que me dice es verdad. De hecho es casi lo primero que conocí de él cuando llegó al pueblo. El problema es que estamos a solo unas semanas de empezar las clases y ahora parece que tengo un problema gigante que resolver.

Pero sé lo que es luchar por tus sueños. Y no seré yo quien le impida irse con un buen sabor de boca.

—Entiendo —le digo.

—¡Perdóname, por favor! —replica él, sin darme tiempo a hablar.

Asiento con la cabeza una vez y sonrío con sinceridad. Consiguiendo así que él se relaje.

—No te preocupes, Adam. Tu tienes que seguir tu camino, incluso si eso implica que nos quedemos sin un gran profesor.

Adam sonríe con ganas al escucharme decir eso. Pero es que lo es. Una cosa no quita la otra.

—Estoy segura de que te irá genial, en la ciudad.

—¡Gracias! —dice él, levantándose de la silla.

Me lo agradece un par de veces más y sale por la puerta, mientras yo le doy vueltas a la cabeza para ver como puedo solucionar el problema.

Miro mi mano por un segundo, y me muerdo el labio. El anillo que me dio Bran no se ha movido de su sitio, ni lo hará nunca.

Organizar una boda está siendo más estresante de lo que pensé, pero al menos no estoy sola. Todos en la familia se han volcado en este evento y la verdad es que están ayudando muchísimo.

Incluso Jane, Susan y Emily han dicho que se pondrán manos a la obra con todo el trabajo que quiera darles…

«Hablando de… ».

Una idea se me pasa por la cabeza. Me lo planteo por un momento, pero al final cedo. «¿Qué puedo perder?», me pregunto mientras busco su número y le doy al botón de llamar.

Espero un par de tonos y entonces ella coge la llamada.

—¡Juliett! ¿Qué tal estás? ¿Cómo lo llevas? ¿Preparada para lo que se te viene encima?

Sonrío al escucharla. Está feliz y se le nota. Estoy más que contenta por ella.

—¡Estoy bien! —replico—, pero tengo un problema y creo que podrías ayudarme.

—¡Claro! ¡Lo que quieras, ya lo sabes!

Le explico la situación y ella ni siquiera deja que termine de hablar.

—¡No digas más! —me dice entusiasmada.

—Pero, ¿seguro que puedes? ¿Qué pasa con tus clases?

—No te preocupes por eso. Me gusta mi trabajo aquí, pero ya te dije no hace mucho que si necesitabas ayuda, te la daría —dice, quitándole hierro al asunto—. Además, me vendrá bien un cambio de aires.

Hago una mueca.

—¿Y eso? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Sí, todo bien, Solo que… bueno… Sean se ha pasado por casa un par de veces. Le he dicho que no quiero saber nada de él, pero siempre tiene alguna excusa para venir hasta donde estoy o cruzarse conmigo… Así que quizá un tiempo alejada de la ciudad me venga bien.

Esto no me gusta. Me alegro de haberla llamado.

—Pues ya está todo dicho, entonces. ¿Cuándo puedes venir?

—Lo que tarde en empaquetar mis cosas y meterlas en el coche.

—Perfecto —le digo—. No te preocupes por la vivienda. Te buscaré algo.

—Contaba con eso —me dice desde el otro lado del teléfono—. Te cuelgo ya, que tengo trabajo que hacer —la escucho reír y sonrío, tranquilizándome.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono. Parece que mi primer problema como directora se ha resuelto bastante rápido.

Ahora solo queda esperar y ver cómo se adapta Emily al pueblo, aunque estoy segura de que lo hará genial, tanto con los niños como con los padres.

Un rato después, ya tengo una pequeña casita apalabrada para Emily que seguro de que le encantará y sonrío al pensar en tenerla cerca para todo lo que vendrá.

Solo espero haber hecho lo correcto al traerla aquí. Mi mente me dice que es lo mejor, que así todos ganamos. Pero por otra parte, quiero pensar que no he sido egoísta, sacándola de su zona de confort. Quizá no sea eso lo que ella necesita, quizá en lugar de ayudarla, solo lo estropeo todo…

Ojalá no sea así.

Si te ha gustado

Una vida contigo

puedes disfrutar de estas



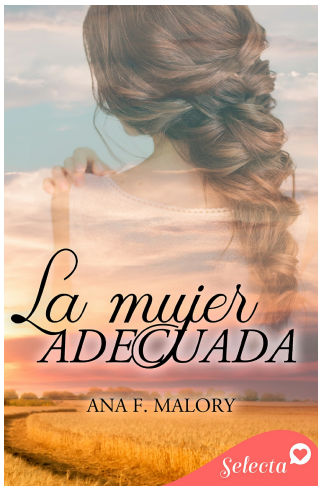







CLAUDIA CARDOZO
Custodia compartida
DIVORCIOS EN NUEVA YORK 1
Selecta


Laimie Scott
Tú
ERES MI DESTINO
Selecta


La mujer ADECUADA
ANA F. MALORY
Selecta


TERESA CAMESELLE
Leyla
Selecta

Porque las mejores cosas de la vida no son fáciles.

Porque las segundas oportunidades existen.

Porque no hay que dejar de perseguir los sueños.



Dos personas.

Una pareja.

Ella, determinada y con las metas claras.

El, tozudo y cabezón como nadie. Convencido de llevar siempre la razón.

Se quieren, pero no son capaces de dar su brazo a torcer.

¿Qué puede salir mal?

¿Tomarán buenas decisiones?

¿Serán capaces de darse a sí mismos la oportunidad que se merecen?

Porque en esta vida, las amistades, las preocupaciones y los traumas, nos enseñan que nadie es perfecto y que lo realmente valioso, cuesta; pero que aun así el esfuerzo vale la pena.

¿Podrán ellos verlo antes de que sea demasiado tarde?

Detrás de **Alana Moira** se esconde Ana María Capilla, aunque siempre ha preferido que la llamen Ana. Aunque es natural de Andalucía, actualmente vive en Palma de Mallorca. La lectura siempre ha formado parte de su vida, pero fue en el instituto donde comenzó a escribir de verdad, al principio solo como parte de las tareas del profesor, pero a pesar de que él no era exigente, sus historias se volvieron cada vez más y más extensas, lo que la lleva a participar en algunos concursos. Más tarde, pasados los años, retoma el habito de escribir como una forma de darle una salida a todas las historias que se forman en su cabeza, que llegan incluso a no dejarla dormir. Su intención es seguir «dándole a las teclas» y dar vida a todos esos personajes que actualmente siguen viviendo en su mente.



Edición en formato digital: noviembre de 2024

© 2024, Alana Moira
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-28-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Una vida contigo
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo
Epílogo 2
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Alana Moira
Créditos